



**Hans
Blickensdörfer**

La boina

Hace algunos años, dos hombres charlaban en la venezolana ciudad de Caracas. Uno de ellos había escrito un libro que, partiendo de París, inició su marcha victoriosa por el mundo entero: *Papillon*. Su autor era Henri Charrière. El otro era un periodista alemán llamado Hans Blickensdörfer. Este le explicó su vida, en la que Charrière vio la suya propia, pues, al igual que Charrière en América del Sur, Blickensdörfer corrió en Europa las aventuras a las que lo llevó su irreprimible deseo de libertad. Henri Charrière animó a su amigo a relatar en un libro los acontecimientos que había vivido. Y así nació *La boina*, la historia auténtica de una azarosa odisea a través de las fronteras de tres países, de prisiones y campos de concentración cercados con alambradas de espino, en los que, sin embargo, la voluntad de vivir y la astucia se sobreponen a todos los reveses del destino. Hans Blickensdörfer disimula todo cuanto hay en él de alemán, se interna en Francia sin documentos de identidad y se convierte en trofeo de caza para los Servicios Secretos, quienes lo consideran sospechoso de espionaje.

Lectulandia

Hans Blickensdörfer

La boina

ePub r1.0
Titivillus 18.04.18

Título original: *Die Baskenmütze*

Hans Blickensdörfer, 1973

Traducción: Ángel Sabrido

Imagen de portada: Patrick Bach en un fotograma de la serie de TV «Die Baskenmütze»

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

MUCHOS hombres creen ser hermanos cuando asisten los domingos a misa, pero esta fe tiene que ser muy superficial si tenemos en cuenta cómo actúan cuando están fuera de los muros de la casa de Dios. En mi opinión, es más fácil que florezca la verdadera hermandad entre los hombres que se encuentran detrás de unas paredes cuyas ventanas, en vez de pintadas, están protegidas por sólidos barrotes de hierro. Y sé de lo que estoy hablando. Sé lo auténticas que son las amistades, no desfiguradas por artificio alguno, que brotan en los lugares donde el hombre se ve privado del derecho que tiene a ser tratado como persona.

Sé también, como es lógico, que estos lugares son terreno abonado para el desarrollo desmesurado del egoísmo y del puro instinto de conservación. La mayor parte de mis conocimientos sobre los defectos del ser humano, sobre su cobardía y sobre su virtud no he de agradecerlos a la libertad, sino a la prisión.

No tuvimos necesidad de sondearnos mucho tiempo cuando Hans Blickensdörfer me hizo una visita en Caracas. Piensan de la misma forma todos los que, a fuerza de luchar, han sabido librarse de situaciones que el hombre aborregado, movido por un fatalismo apático y cobarde, considera sin salida. Por ello le he escrito en mi libro una dedicatoria que he firmado con «*ton pote Papillon*».

Pote significa amigo, camarada, compañero de fatigas. Se comprenderá esto cuando se haya leído *La boina*. A pesar de su variedad, los problemas son iguales para todos los que se arriesgan a la azarosa aventura de la huida, sea cualquiera el lugar del mundo donde se hallen y la situación que reine en él. Son el mismo miedo y el mismo valor los que les hacen temblar y combatir. Y con frecuencia es solo la desesperación la que presta el valor necesario para enfrentarse con un peligro carente de sentido si se considera con lógica.

Soy un hombre que ha paladeado el sabor de la gran aventura de la huida en todas sus honduras y cimas, y por ello me fascina la tensión de este libro, una tensión que no remite nunca. Sin embargo, también tengo en la estima que se merece su actitud humorística y reconciliadora, que nunca hubiese podido salir a flote bajo la impresión inmediata de los acontecimientos. Por ello es recomendable que *La boina* se publique en este momento, cuando Europa parece dispuesta, por fin, a unificarse.

Escribo este prólogo en las altas montañas de Caracas, a muchos miles de kilómetros de distancia de la pequeña colina que se llama Montmartre y que forjó mi destino. Pero comprender a los demás y sentir con ellos, son factores que salvan cualquier distancia.

HENRI CHARRIÈRE

NO HAY salida de la trampa. Uno de los gendarmes ha quitado ya el seguro a la pistola que sujeta con la ancha mano, y en sus ojos brilla un odio voluptuoso, un odio que no tiene intención de esperar.

No le detendrán. Está ocurriendo lo mismo que años atrás en Rusia, cuando cogimos prisioneros a los primeros comisarios políticos. Nadie frenó a los hombres que se presentaban voluntarios para dar el tiro en la nuca. Eran balazos legales, disparados por orden del Führer.

Pero quien está esperando su hora como lo estoy yo en este momento, tiene fe, sin embargo, en que se producirá el milagro, en la aparición de un hombre que se interponga y diga que el gendarme que tengo enfrente no está autorizado para disparar.

Veo las vacas que serán los únicos testigos de este asesinato. Solo tienen ojos, unos ojos ansiosos y estúpidos, para la hierba jugosa y humeante de Normandía. La aldea está lejos y es aún muy temprana la mañana de este primer domingo que sigue al armisticio del 8 de mayo de 1945. No ha sonado todavía ninguna campana llamando a la primera misa, e incluso aunque alguien se dirigiese ya al pueblecito, tampoco podría ver nada desde la carretera a causa de los altos setos tras los cuales se esconde la granja.

El campesino recibe las felicitaciones de los tres gendarmes. Dentro de una hora, la aldea entera sabrá que ha tenido los arrestos suficientes para atrapar a un alemán vagabundo que merodeaba vestido de paisano, no de uniforme, y que lo ha entregado a la Policía. Después, los gendarmes le han abatido a tiros porque intentó emprender la huida. Es la gran ocasión de estos hombres. Las pistolas deben humear cuando se enfunden y todo ha de concluir antes de que suenen las campanas.

Juntas las cabezas, y susurrando, señalan los vallados donde se depositan los lechosos jirones de niebla de la primera hora del día. Es el camino para huir y no habrá ningún testigo.

Me retuercen los brazos contra la espalda y siento que me corta las muñecas el frío acero de las esposas. Después, un sonido claro y chirriante, como una castración: la prueba de que desean matarme. Si se tratara tan solo de someterme a un interrogatorio, me habrían encadenado a uno de los gendarmes. Pero uno que va a ser tiroteado mientras intenta huir, no debe quedar colgando de la mano de un gendarme, sino con la cara en el barro.

—*Allez, en route!*

El gendarme pequeño y grueso, de cuello de toro, cuyos galones le dan el aire de un capitán, aunque posiblemente sea solo un sargento, pisa con fuerza el pedal de arranque de la pesada BMW con sidecar y la pone en marcha. Uno de los hombres monta en el asiento suplementario, mientras el otro se introduce en el sidecar. El

conductor mete acto seguido una marcha y entra en el camino, describiendo una curva cerrada.

—¡Adelante! ¡Y nada de darse la vuelta! —grita cuando salto a un lado para evitar que me atropelle la rueda delantera. Frena y me hace volver de nuevo al camino. Por fortuna, el camino es tan malo que la motocicleta, con los tres hombres encima, comienza a brincar como un animal salvaje.

El miedo me seca la garganta. Mientras corro tropezando, echo una mirada hacia atrás y observo que no pueden apuntar, ya que han de agarrarse con fuerza a la máquina. Y cuanto mayor es mi rapidez en el avance, tanto más enérgicas son las sacudidas que sufren.

Quedan todavía cien metros hasta la carretera, que pasa por detrás del alto vallado pegada a él. Lo que sea tiene que ocurrir en estos cien metros, pues no dispararán en la carretera. Necesitan ocultarse para este asesinato, del cual no quieren tener que rendir cuentas.

Gozaré de un respiro si consigo salvar estos cien metros. Me tendrán que conducir a la ciudad y habrá entonces un auténtico interrogatorio, para el cual no tienen jurisdicción los gendarmes del pueblo.

Pero estos cien metros no parecen tener fin.

Al hacerse más largos mis pasos, oigo un rugido del capitán:

—¡Alto! —grita deteniendo el motor. Vuelvo la cabeza y veo tres caras coléricas y los cañones de dos pistolas.

—¿Quién te ha ordenado correr?

Necesitan únicamente apretar el gatillo y todo habrá terminado, pero sé que debo darles la espalda. Un fugitivo con un balazo en el pecho no es ningún trofeo noble, aunque se trate de un alemán que en este mayo de 1945 y en este lugar está tan fuera de la ley como la alondra que trina muy alto, por encima de nuestras cabezas.

Todavía cuarenta metros hasta el seto. Camino hacia atrás, y cuando el capitán mete de nuevo la marcha y acelera oigo de repente, procedente de la derecha, el sonido de unos cascos de caballo en la carretera. Quizás alguna familia campesina que se dirija a la iglesia. Y si los gendarmes disparan ahora, tendrán que explicar a los demás lo ocurrido.

Treinta metros aún. Si consigo salvar la mitad de esta distancia sin correr, tendrán que enfundar las pistolas. Camino diez pasos andando de espaldas, y el trotar del caballo se oye tan claro, que me atrevo a volverme hacia la carretera.

El capitán frena con tal brusquedad, que los dos héroes de la pistola están a punto de ser arrojados de la motocicleta. Los hombres deliberan brevemente mientras la tartana avanza en dirección a la aldea. Está bien claro que los ocupantes de este vehículo no se han dado cuenta de nada. Los gendarmes hablan entre sí, y si comprendo bien los retazos de conversación que llegan hasta mis oídos, he aquí poco más o menos lo que dice el jefe:

—Le fusilarán de un modo o de otro, pero será mejor que lo entreguemos para

que lo interroguen.

El corazón parece estallarme en el pecho, de verdad. Diez metros antes de llegar a la carretera, me quitan de la espalda las manos, y el gendarme que había sido el primero en echar mano de la pistola extiende el brazo izquierdo. Las esposas se cierran sobre mi muñeca y la del policía, cuyo humor va mejorando a ojos vistas mientras recorremos como hermanos siameses, al mismo paso, los pocos cientos de metros que restan hasta la aldea, andando delante de la motocicleta cuyo motor tabletea con suavidad. El gendarme disfruta de su entrada en escena, pues ahora ya hay espectadores que nos contemplan con la boca abierta, y el gendarme es el pescador en cuyo anzuelo se retuerce el gran pez cobrado.

Es una mañana de domingo, el día que los hombres no solo dan las gracias al Señor, sino que también se muestran agradecidos a Él, bien es verdad que cada uno a su manera. Yo le doy las gracias por haber hecho que los ocupantes de la tartana se presentaran en el momento justo. Los gendarmes se muestran agradecidos por la captura que han hecho, y las muchachas vestidas con blancas faldas piensan en el baile que se celebrará en el Café des Sports, aunque aparentan serles indiferentes por completo los mozos que la guerra ha respetado, unos muchachos que se visten con unos trajes domingueros que les sientan bastante mal.

La gente me mira con fijeza. Conozco aún a todos, salvo a dos prisioneros de guerra que han regresado entretanto. Mientras la muñeca me duele a causa de las esposas con que voy encadenado a mi vigilante, los demás están libres y lucen con orgullo los distintivos de la vida civil: pañuelos de atrevidos colores, corbatas de seda artificial y cosméticos en el pelo.

Frente al café reluce el negro Traction del propietario, el único automóvil de lujo de todo Lieurey. No parece que el Café des Sports haya hecho mal negocio durante la ocupación alemana, según señala el vehículo que brilla a la luz del sol.

En cambio, Monsieur Deschamps, el dueño del Café du Commerce, el establecimiento de la competencia, continúa con su Renault de antes de la guerra. Ciertamente no lo necesita en modo alguno para ir a la iglesia, pues él y su pelirroja Odile solo tienen que cruzar la calle para cumplir con el precepto dominical. He reconocido ya de lejos a la patrona por su forma de contonearse.

Pero no es este el momento de entretenerse con recuerdos y contemplaciones idílicas. Está en juego mi vida. Basta con que solo uno de los integrantes de esta pacífica asamblea dominical que se dispone a asistir a misa sienta de pronto el deseo de que se cumpla la ley de Lynch... y todo habrá terminado para mí. ¿Y no puede sentir este deseo la mejor de las personas si le presentan en esta deliciosa mañana de domingo una pieza de tal calibre?

El mundo le viene estrecho de repente esta mañana a los habitantes de la aldea normanda de Lieurey, pues Monsieur Josselin ha hecho hace una hora lo que se denomina *son devoir de français* en este final de la guerra acariciado desde tan largo tiempo y se ha portado como un auténtico francés. Entre las posibilidades que se le

ofrecían, ha escogido la más patriótica y espectacular, que hoy nadie pretende echarle en cara, aunque, sin embargo, quede por decir algo al respecto.

Solo esto por el momento. Si no hubiese querido ayudarme, no tendría por qué haber acudido necesariamente a los gendarmes. Su esposa había procurado retenerme en la cocina con el señuelo de un litro de sidra, aunque su expresión desconfiada tendría que haberme puesto sobre aviso. Yo, un vagabundo necesitado de ayuda, había llamado temprano a su puerta, pues al fin y al cabo había ahorrado un año antes a los Josselin enormes molestias cuando la policía militar se presentó a practicar un registro domiciliario. En aquella época escondí a tiempo en el jardín la escopeta de Josselin, evitando así que fuera deportado a Alemania y librándole quizá de cosas peores. Así, pues, creí ahora, en mi apurada situación, que podría contar con una devolución del antiguo favor.

Si Josselin hubiera rehusado ayudarme y me hubiese mandado al diablo, desde luego no habría conseguido el mérito de ser el último de los combatientes de la Resistencia de su aldea, pero quizá su actuación hubiese sido más decente en el aspecto humano. Y así, me habían engañado con una falsa sensación de seguridad poniéndome en manos de los gendarmes de Lieurey sin que yo tuviera la menor sospecha.

Bien es verdad que los gendarmes, que antes habrían disfrutado matándome a balazos, se convierten ahora en mis protectores frente a la enfurecida multitud, pues ha vuelto de nuevo la claridad a sus cabezas y recuerdan la vieja regla policial según la cual el delincuente tiene que llegar intacto a la guillotina o frente al pelotón de fusilamiento.

Cuando vuelan las primeras piedras, los gendarmes se ponen delante de mí con una decisión y energía dignas de tenerse en cuenta, y el capitán grita con voz tan fuerte que se oye desde todos los rincones de la plaza Mayor:

—¡Aquí no se linchará a nadie, amigos! ¡Lo que ahora queréis hacer lo podríamos haber hecho nosotros hace ya tiempo, pero sabemos cuál es nuestro deber, *nom de Dieu!* Este individuo será encerrado ahora y se le conducirá mañana a Evreux para ser interrogado. Y podéis tener la seguridad de que aquello no es una escuela dominical. Pero si alguno de vosotros le toca siquiera un pelo de la ropa, os las tendréis que ver conmigo.

El calabozo está en el depósito de bombas de incendio de los bomberos. Hay en él una tarima, tiene una ventanilla protegida con barrotes de hierro y huele a goma podrida. Al apretar la cara contra los oxidados barrotes, entre los cuales brillan telarañas, veo en el extremo izquierdo de la plaza Mayor la casa de la viuda Demancourt, que hace esquina, y una punta de la roja marquesina del Café du Commerce, con el anuncio «Bière de la Meuse».

Nada ha cambiado. Las aldeas no cambian su rostro tan velozmente como las vanidosas y febriles ciudades, y reconozco también el rostro que se acerca en este momento a los barrotes. Es la patrona, dentro de cuya blusa podían meter sus manos

los soldados cuando corría el Calvados, e incluso podían llegar más lejos cuando el viejo estaba en la bodega.

Sus labios, cubiertos con la espesa capa de lápiz labial de los domingos, se abren ampliamente para dejar paso a una voz preñada de odio:

—*Sale boche!* ¡Puerco alemán! —grita en dirección a mi semialumbrado calabozo. Silba en toda regla, pues todavía no se ha hecho arreglar la mella que tiene en un sitio tan desafortunado, y luego me escupe a la cara con tal rapidez, que me resulta imposible apartarla. Tengo que limpiarme el salivazo con la manga, pues ni siquiera me han dejado un pañuelo de bolsillo cuando me han cacheado.

Comienzan en este momento a entrar piedras por la ventanilla, a través de los barrotes, por lo que he de refugiarme en el extremo derecho de la tarima, en un ángulo muerto donde no me pueden alcanzar los salivazos ni las pedradas. La seguridad de mi refugio excita las iras de los enfurecidos curiosos. Por suerte, la cerradura que ahora intentan abrir con violencia es tan fuerte como la madera de roble de la puerta, la madera que utilizan en Normandía para fabricar esos armarios campesinos tan magníficos.

El gendarme bajo y gordo me trae al mediodía un pedazo de pan, agua y medio Camembert. Mira mi reloj de pulsera para ver qué hora es y dice después:

—He estado esperando que la gente se vaya a sus casas a comer.

Y en la penumbra del calabozo adivino el asomo de una sonrisa irónica.

Es evidente que nos vamos acercando mutuamente, debido a que esta mañana ha conseguido dominarse y quizás haya recibido ya un elogio telefónico por su actuación enérgica.

—Hay todavía alguno con intenciones de lincharte, pero nada de miedo, andamos con mucho ojo. Y si fuera necesario nos pasaríamos la noche delante de tu puerta.

Ciertamente tengo la sensación de que alguien intenta llevarme con caricias a la horca, pero de momento he ganado veinticuatro horas muy valiosas, mucho tiempo para una persona fuera de la ley, para un hombre al que, evidentemente, no desean privar de sus fuerzas por el momento, pues el pan y el queso de Camembert son tan abundantes como el agua.

Cuando oscurece, atraviesa de repente los barrotes un paquete de Gauloises en unión de las correspondientes cerillas. Doy un salto para expresar mi agradecimiento a este buen samaritano, pero solo oigo el ruido que hacen unos zapatos de tacón alto que se alejan con rapidez. ¡Una mujer! La cosa no carece de romanticismo. ¿Quizá la patrona, que intenta reparar ahora con este secreto gesto amistoso la mala acción de esta mañana, su ponzoñoso salivazo? Al fin y al cabo no hay bajo el sol ningún hombre capaz de llegar con su mirada a los rincones más profundos del alma de la mujer.

¿O quizá Simone, que ahora tiene diecinueve años, pero que ya a los diecisiete sabía besar como ninguna otra? Por desgracia, únicamente siempre después de la cena, cuando estaba oscuro como en estos momentos y nadie podía vernos detrás del

seto. Eran unos besos ardientes, pero mezclados también con un olor fuerte, pues su madre condimentaba las comidas con gran cantidad de ajo. Había visto esta mañana a Simone entre la enfurecida multitud, mientras sonaban las campanas de la iglesia, pero la muchacha había desviado en el acto la mirada y no estaba entre los que se acercaron a la ventana de mi encierro. Me esfuerzo en creer que ha sido ella la que ha echado los cigarrillos a través de los barrotes, aunque no haya en el paquete ninguna «S» ni indicación de cualquier otra clase, así como tampoco en la caja de cerillas, pero al fin y al cabo ella no tiene por qué correr riesgos.

El bajo y gordo se presenta al cabo de diez minutos y olfatea.

—¿Quién te ha dado cigarrillos?

—Nadie —respondo—. ¿Qué culpa tengo de que no los hayan descubierto al cachearme?

Reflexiona intensamente durante un par de segundos. Pero como el paquete de cigarrillos es un hecho consumado y tiene el convencimiento firme de que acabarán conmigo de un modo u otro la próxima semana, el hombre se muestra generoso.

—Por mí puedes echar todo el humo que quieras, pero ¡ay de ti si se produce un incendio en el depósito de las bombas! —dice. Yo contesto con una sonrisa irónica.

Pero la diversión se acaba al instante, pues *Gastón*, como lo he bautizado desde que me trajo la comida del mediodía, no gusta de familiaridades. Por lo demás, está aquí de servicio, pues tiene puesto el correaje y la repugnante gorra de gendarme, que parece una lata de conservas amarilla con cubitos para sopa y que me perseguirá todavía en muchos sueños.

—Tienes un invitado esta noche. Un argelino. Le hemos cogido robando, con las manos en la masa. ¡Qué asco de cerdos! Merodeando por ahí para hacer daño a la gente honrada. ¡Hermoso domingo el que nos habéis preparado!

Llega con él cinco minutos más tarde. El argelino tendrá unos veintidós años, la misma edad que yo. En su cara brillan unos ojos negros, penetrantes, y quizás aniden las pulgas debajo de su puerco jersey. Sus pies despiden el mismo aroma que el resto de mi Camembert, que he envuelto en un viejo periódico por si Gastón se olvidaba de la cena.

Pero Gastón se presenta con una sopa de habas en la que se ven trozos de carne. Trae dos platos y, además, dos mantas pardas de lana que levantan una gran nube de polvo cuando las echa sobre la tarima. Nos deja un farol de establo para que nos alumbremos durante la comida y también nos entrega un cubo vacío para que lo usemos por la noche.

—No vayáis a imaginaros que se puede llamar por este motivo. ¡No quiero que me molesten más!

Esto no se cumplirá, pues aunque hay sitio bastante para los dos en la tarima, el argelino se me acerca más cada vez y lo que yo había creído al principio unos movimientos inocentes ocasionados por la somnolencia, no tarda mucho en mostrarse como algo encaminado de una manera inequívoca a una aproximación que no

responde en absoluto a mi manera de ser.

Golpeo con los puños la puerta de roble. No hay duda de que pueden hacer conmigo aquí muchas cosas, pero se ha de poner en claro si tienen derecho a soltar sobre mí un lascivo y maloliente salteador de caminos.

Golpeo con todas mis fuerzas y grito en la ventanilla enrejada, pero no se mueve ni un alma. Y en este momento, el aguzado instinto del proscrito que soy desde unas cuantas semanas atrás me hace volver la cabeza con la velocidad del rayo. Reluce a la luz de la luna una navaja de afeitar que ha sacado el argelino, en cuyos ojos, negros como el carbón, arde un odio salvaje.

Me acerco de dos zancadas al cubo que sirve de orinal y estoy a punto de lanzarlo con todas mis fuerzas contra la cara del repugnante individuo cuando Gastón abre con violencia la puerta. Acude en mangas de camisa y con tirantes. Está bien claro que ha tenido que dejar deprisa y corriendo la cena en familia.

—¿Os habéis vuelto locos de remate? ¡Os encadenaré si no os estáis quietos!

Pero entonces ve la navaja en la mano del argelino.

—¡Conque esas tenemos, hijo de perra! Cuando te he cacheado, ¿no me has asegurado que ya no te quedaba nada encima? ¡Tira ese chisme al suelo o te pego un balazo, bastardo piojoso!

El argelino arroja la navaja al suelo, a los pies del gendarme.

—¡Condenado burdel! —maldice este sin sospechar lo cerca que está de la realidad.

—Si me colocan a un invertido en la tarima, lo menos que pueden hacer es quitarle el cuchillo. Al fin y al cabo, a mí me han cacheado como a un ladrón —me quejo con la esperanza de que mi protesta tenga un resultado práctico.

—Y no hemos encontrado ni un cigarrillo —rezonga Gastón, que tiene más humor del que mostrara a primeras horas de la mañana—. Si no os mostráis tranquilos ahora, estad seguros de que volveré con las cadenas.

Después que ha cerrado la puerta, maldiciendo aún, me siento en la tarima con las rodillas levantadas y pongo al argelino las cosas en claro:

—Ahora los dos contamos solo con las manos. Te retorceré el cuello si vuelves a intentarlo siquiera una vez. En mi caso no tiene ya importancia que mate a un asqueroso invertido, pues de todos modos me fusilarán. Pregunta al capitán.

Esto le hace sentirse pacífico y se tumba en el otro extremo de la tarima, tan retirado de mí que me queda espacio suficiente para dormir.

Pero no puedo. Enciendo un cigarrillo detrás de otro no solo para tranquilizarme, sino porque deseo habérmelos fumado antes del próximo cacheo. A primeras horas de la mañana me quitarán los cigarrillos que me queden, igual que ya me han quitado la provisión de cigarrillos americanos, que, cuando menos, me habrían durado quince días si los hubiese administrado bien.

Podría haber conseguido la libertad en esos quince días, pero ahora me encuentro encerrado en un depósito de bombas de incendio francés, en Normandía, junto con un

ladrón a quien el asunto no le costará más de un par de meses de cárcel. Al contrario que el mío, su caso está previsto ya. La maquinaria de la justicia funcionará sin esfuerzo alguno: tres meses. «¡Que pase el siguiente!»

Estoy sentado en la tarima. El humo azul del pitillo, que hará ya el número quince o dieciséis, se cuele por la ventanilla, tras cuyos barrotes duerme la aldea de Lieurey, satisfecha y en paz.

HACE cuatro semanas yo estaba todavía en Berlín. Tenían la intención de ponerme, en Spandau, un puño antitanque en las manos... para una defensa insensata de la capital del Reich. Y ahora estoy sentado en esta tarima. ¿Un azar sin sentido? Los pensamientos, al principio borrosos y enturbiados por el miedo que me golpeó como un mazo en esta mañana de domingo, se toman de repente claros como el cristal esta noche, la más larga de mi vida, incluido Stalingrado.

No, no es cosa del azar que yo esté aquí. Pero ¿cómo explicarlo? ¿Podré hacer comprender a quienes han de juzgarme que mi vida, desde sus mismos comienzos, ha estado marcada de forma completamente distinta de la de la mayoría de mis paisanos, no solo por la influencia de una nación, sino por la de dos, por la alemana y la francesa al mismo tiempo? ¿Podré pedir a mis jueces que retrocedan en la historia de mi vida hasta enterarse de lo ocurrido una determinada tarde de verano de 1914 en Lorena?

Si quisieran comprenderme, tendrían que ocuparse de un hombre que aquella tarde escapó por puro milagro de una muerte heroica cuando intentaba hurtar los dorados frutos de un ciruelo, un hombre de veintiséis años de edad, teniente de la Reserva alemana, que, sangrando profusamente, yacía tendido en una huerta lorenesa, y que tiene en el fondo la culpa de todo lo que se relatará en este libro. Aquel hombre era mi padre.

Un tirador de primera le había derribado del árbol, una forma, por completo legal en guerra, de poner fuera de combate a los ladrones de ciruelas. Esto ocurría antes del primer ataque que mi padre tenía que lanzar por orden del Kaiser contra los franceses. Y así cayó rodando al suelo sin haber visto siquiera la cara del enemigo, pues la irreflexión propia de la juventud le había hecho olvidar que se combate mal y se muere con facilidad cuando se tiene el estómago lleno.

Fue un milagro que sanara del balazo en el vientre. Todos los conocimientos de la ciencia médica se inclinaban por lo contrario, razón por la cual yo podría calificar también de milagro mi existencia. En realidad se la debo a los sanitarios franceses, que trasladaron sin pérdida de tiempo a mi padre a un hospital de campaña. En aquellos días de guerra del verano de 1914, el patriotismo no se había trocado aún en odio y existía aún una caballerosidad lógica.

Meses después, mientras mi padre se encontraba en un hospital militar de retaguardia casi confortable, recibió incluso la Cruz de Hierro, con la que el Kaiser podía distinguir también a los prisioneros de guerra por medio de la Cruz Roja. Y de esta forma, aquel hombre se convirtió en un héroe acreditado, bien es verdad que sin que fuera sometido a debate el hecho de que el hado favorable le sorprendió precisamente cuando estaba hurtando ciruelas.

Cierto que mi padre no disfrutó plenamente con esta recompensa patriótica. ¿La

había merecido en realidad? Cuanto mejor le salía todo, tanto más reflexionaba sobre el sentido y la falta de lógica de estas cosas. Sobre todo después de que los franceses, para que se curara por completo, le trasladaron a un idílico sanatorio de los Pirineos, a gran distancia del ruido de la guerra. Mientras millones de sus contemporáneos eran comidos por los piojos en las trincheras, él, un *prisonnier de luxe*, se restablecía en el aromático aire de las montañas, comiendo un jamón sabroso y un mantecoso queso de cabra.

El hombre es un ser desagradecido. Mi padre tendría que haberse sentido contento si hubiese examinado con mirada clara la situación de Francia y de Alemania. Pero ¿quién es el que actúa con arreglo a los dictados de su buen sentido? Ignoro si sería el sentimiento patriótico el que inclinara el fiel de la balanza, o se debió tan solo a la nostalgia, pero en cualquier caso adoptó la resolución de huir. Al fin y al cabo, y según atestigua la inundación de libros de dos guerras mundiales, la huida es el deber más elevado del prisionero de guerra.

Más tarde, cuando hube crecido lo suficiente para comprender, mi padre me confesó haber perfeccionado en aquella época su incorrecto francés *à la manière naturelle*, concretamente, con ayuda de una enfermera llamada Geneviève, una mujer de ojos de fuego cuyos méritos me pintaba con un tal ardor que, a decir verdad, tengo mis dudas de que la enseñanza se limitara única y exclusivamente al estudio intensivo de los verbos irregulares. El francés de mi padre logró ese refinamiento al que por lo general aspiran en vano los alemanes, e incluso hizo suyo el pesado acento meridional de los habitantes del sur de Francia.

Geneviève, que tal vez hubiera llegado a ser mi madre si el dios Marte no hubiese dirigido con su batuta este *intermezzo* pirenaico, le procuró no solo el equipo necesario para la fuga, sino que también tuvo parte de culpa del fracaso, pues el arte culinario de aquella mujer, perfeccionado gracias a préstamos hechos en secreto por la despensa del sanatorio, convirtió en un sibarita al prisionero de lujo, al que se le hacía la boca agua frente a un plato de sopa de garbanzos con tocino.

Por ello volvieron a capturarlo ocho días después de haber huido, cuando encendió en un oscuro bosque un alegre fuego para asar un ganso sustraído, un lujo imperdonable en el caso de un hombre que se ha despedido a la francesa con la intención de regresar a su patria.

Lo atraparon, como antaño en Lorena, por culpa de las golosinas.

A partir de aquel momento no hizo ya nada que estuviera prohibido. Solo le fueron retirados ciertos privilegios, y la amistad con Geneviève concluyó. Pero, a cambio de esto, fue recompensado en 1918, al terminar la guerra, con un internamiento en Suiza, en Engelberg, al pie del Titlis. Y el ex guerrero se enamoró enseguida allí de una joven suiza que habría de convertirse poco tiempo después en su esposa. Debido a su condición de antiguo funcionario del Estado y veterano de guerra, mi padre no tenía por qué sentir preocupaciones frente al futuro. En cambio, fue digno de admiración el valor de Rose Endriss, que abandonó la rica Suiza en

plena inflación germana para contraer matrimonio con un alemán.

Me presenté un día, chillando cuando sentía hambre, llorando cuando estaba furioso y riendo cuando alguien me agradaba. Y uno de los que me agradaban era tío Leo, la oveja negra de la familia, cosa que, como es lógico, yo no podía saber. Me agradaba porque siempre estaba de buen humor. Él, en cambio, no sentía afición por un trabajo burgués regular, y por esta causa la familia opinó que tío Leo debía marcharse lejos. Reunieron dinero hasta juntar la suma necesaria para el pasaje a América en barco. Mi tío pagó de su bolsillo particular a los músicos que tocaron en la estación de Pforzheim, y las caras de mis tías reflejaron un amargo enojo a causa de esta penosa sorpresa musical. Lloré cuando me alzó hasta la ventanilla del vagón y me apretó contra su pecho. Y aunque tan solo tenía tres años, que acababa de cumplir, recuerdo todavía perfectamente que las mías fueron las únicas lágrimas que se derramaron.

Pero el clan familiar no tardó en recibir una buena lección, pues el alemán inútil se convirtió de repente en un americano mimado por la fortuna. Su laboratorio de dentista, montado en Louisville (Kentucky), adquirió una gran fama, y por medio del matrimonio que contrajo con la hija de un corredor de inmuebles, poseía en la ciudad cuarenta y dos casas en el momento de estallar la guerra. Es posible que nos hubiese dejado en herencia de buen grado algunas de estas casas, pues era una buena persona, según oía decir con más frecuencia cada vez a los parientes, a medida que iban empeorando los tiempos, pero murió de un ataque de apoplejía antes de que pudiera hacer testamento, con lo que fueron únicamente los herederos americanos los que se aprovecharon de la capacidad alemana de mi tío.

Según fui creciendo, tuve la sensación de vivir en una época deliciosa. Mi mejor amigo era el pequeño Max Goldmann, con el que podía jugar tan a menudo como lo deseara. Sin embargo, esto terminó cuando cumplimos los diez años.

Ocurría esto en 1933, el año en que comencé a estudiar el primer curso en el Instituto de Enseñanza Media. El doctor Bloch fue mi profesor, aunque bien es verdad que por muy poco tiempo. Mi madre decía que los Goldmann se lo habían llevado a América con ellos, pero en el colegio se hablaba del campo de concentración. También desaparecieron los profesores Waldvogel y Lütterer. Y nuestro médico de cabecera, el doctor Roos, un hombre grueso y agradable, venía ya únicamente por la noche, cuando nadie podía verlo, y pronto se dijo que había emigrado también a América.

—¿Por qué no nos marchamos nosotros también? —pregunté, ignorante de todo, a mi padre—. Tío Leo tiene ya automóvil, y de seguro que podría conseguirte un trabajo estupendo.

Sin embargo, mi padre se enojó muchísimo y me prohibió hablar de aquellas cosas.

En realidad se prohibían más y más cosas continuamente. Por ejemplo, jugar a las prendas. Y así llegué a ser cadete de las Juventudes Hitlerianas, lo que me pareció al

principio muy bien. En las veladas de campamento se leían las historias de pilletes de Ludwig Thoma, y los juegos al aire libre no eran malos. Lo único que no se podía hacer era jugar al fútbol en la compañía York, pues nuestro jefe de compañía era patizambo y tenía manía por los fuegos de campamento y las canciones de lansquenetes. Ludwig Thoma fue sustituido pronto por Walter Flex y casi solo se hablaba de raza y de honor.

También era importante la Obra de Socorro de Invierno para los pobres, pero yo no comprendía que se nos prohibiera comprar en Knopf, los almacenes más grandes de la ciudad. Una de las cosas que más placer me producían era dar vueltas por su gran cantidad de pisos durante los días que precedían a la Navidad. El ferrocarril eléctrico ocupaba medio piso, y yo era capaz de estar horas y horas contemplando con ojos ardientes aquella maravilla.

Pero esto no estaba permitido. Sin embargo, y a pesar de la prohibición tajante del jefe de mi compañía, decidí comprar en los almacenes Knopf mis primeras botas de fútbol. En primer lugar, costaban cuatro marcos menos que en las tiendas de deportes, y en segundo lugar, eran unas botas inglesas auténticas, de piel suave, rojiza, con un almohadillado especial para los tobillos.

¡Unas botas de maravilla por nueve marcos y medio! Pero pronto tuve que teñirlas de negro, pues ignoraba que había ojos encargados de vigilar que se cumplieran al pie de la letra las órdenes recibidas. Concretamente, nuestro jefe de compañía tenía situados espías que vigilaban las entradas de los almacenes. Cuando logré descubrir que me había delatado Kellers Fritz, le propiné tal paliza que se vio libre durante quince días de los ejercicios de gimnasia.

Sin embargo, pronto me enseñaron que estas cosas no se podían arreglar con los puños aunque se tuvieran únicamente diez años de edad. Se había establecido un orden nuevo, y mi padre fue citado a la Jefatura de Grupo local a causa del asunto de las botas de fútbol. Hubo discusiones enérgicas y en voz baja con mi madre, discusiones de las que fui excluido, y unos días más tarde mi padre se afilió a la Federación Colonial del Reich siendo nombrado al instante jefe de célula. Tuve que entregar mis botas de fútbol a la Obra de Socorro de Invierno, mi primera contribución a la justicia social que se iba extendiendo continuamente por nuestro país.

Y entonces, precisamente entonces, se presentó... París. Mi madre, educada en Territet-Montreux, donde se habla un francés correctísimo, aunque alargando un poquitín las palabras, había procurado que yo hablara ambos idiomas. Y por tal razón, mi padre, mucho más francófilo de lo que en realidad le estaba permitido ser en esta época a un funcionario alemán, había buscado y hallado con ayuda de un bisutero de Pforzheim un chico de mí edad para mantener conmigo intercambio epistolar.

—Tu francés no suena mal —dijo—, pero no tienes ni idea del imperfecto de subjuntivo. El chico que he descubierto te enseñará todo lo que haga falta. Es el primero de su clase.

Yo no podía sufrir a los primeros de la clase, pero mi padre se mantuvo firme. «Algún día me lo agradecerás», acostumbraba decir cuando volvían de París mis cartas en francés, corregidas con tinta roja.

Sin embargo, mi agradecimiento tuvo que esperar hasta el verano de 1936 en que Germain Delbès, mi amigo epistolar, y yo pasamos por primera vez las vacaciones uno en casa del otro. Ciertamente Germain vivía en el primer distrito, en pleno distrito del mercado, donde los camiones procedentes de Nanterre descargaban con mucho ruido sus verduras a las tres de la mañana, pero París era más fascinante de lo que había soñado mi desbordada imaginación. Y conocí a personas completamente distintas de las que habían sido descritas por nuestro profesor de Historia.

Tras pasar las segundas vacaciones en París, sentí envidia de cualquiera que pudiese vivir en esta capital. Incluso los *clochards* que viven debajo de los puentes del Sena no se me antojaban miserables, sino más bien la demostración palpable de una libertad paradisíaca. Adopté la resolución de que más tarde tendría que vivir en Francia a toda costa, pero las decisiones que se toman a los catorce años y en una época como aquella son como paja al viento, y las siguientes vacaciones en París hubieron de ser sacrificadas a un campamento de las Juventudes Hitlerianas. La instrucción premilitar era en 1938 más importante que un sospechoso viaje de vacaciones al extranjero.

Un año después estábamos en guerra.

Ni siquiera la imaginación más pesimista podía hacerse una idea de las flores que daría el año 1923, el año de la inflación. Era la primera cosecha abundante de Adolf Hitler, pues aquella quinta estaría doce años bajo las órdenes del Führer. Tenía yo diez años cuando aquel hombre llegó al poder en 1933 y veintidós cuando se suicidó en la Cancillería del Reich.

Los años de la guerra son en el recuerdo como una película macabra, una sucesión rápida de escenas en parte borrosas y en parte destacadas con nitidez. La embriaguez de los éxitos militares, charangas con informaciones especiales, llamamiento a filas, Rusia, insensibilización frente al peligro y la muerte, ante el odio y el asesinato, herido en la bolsa de Stalingrado, enviado a Francia desde el hospital de campaña patrio.

¡De nuevo en Francia! ¿Adónde conduciría todo aquello? ¿Dónde podría terminar? Se veía con mayor claridad cada vez que no podría terminar bien. Pero ¿qué podía hacer? ¿Era la desertión una salida? Había acariciado este pensamiento durante mi juventud, pero quedó tan solo en breves sueños, aunque la permanencia en Francia durante un año me ofrecía muchas posibilidades de desaparecer. Mi francés logró por aquel entonces el pulimento de la perfección, incluso tuve la oportunidad de aprender el *argot*, de penetrar en el rico mundo de las creaciones de palabras y conceptos que son obra de los arrabales de París, creaciones que han enriquecido y continúan enriqueciendo al idioma francés de una forma tan caprichosa. Más de un conocimiento personal llevaba a la amistad hasta conseguir la desaparición de los

últimos residuos de desconfianza. Este contacto tan estrecho acarreó después la desgracia a una familia que tuvo el valor de testimoniarme su amistad cuando el llamado deber patriótico exigía una actuación completamente contraria.

Luego llegó la invasión de los aliados y comenzó el retroceso hacia Alemania. La guerra entró en su período de agonía. Y finalmente, en 1945, el espantoso baile de máscaras del siglo: los oportunistas alemanes desaparecieron en sus agujeros mientras comenzaba a brotar un nuevo oportunismo en la Francia liberada, pues el oportunista no acostumbra dar fe de vida cuando ha de ser beneficioso para un ideal y solamente sale de su escondite cuando las posibilidades de éxito son muy superiores al peligro que se corre.

La justicia y la injusticia se convirtieron en una madeja imposible de desenredar y para muchos el fin de la guerra estuvo mucho tiempo sin ser un equivalente de la supervivencia. Esto es lo que me ha movido en última instancia a relatar lo ocurrido antaño tal como aconteció. No he añadido nada ni he olvidado nada sustancial. Bien es verdad que hoy, cuando las aventuras se ven solo en la pantalla, este relato puede parecer irreal a consecuencia de la absurda conjunción de episodios felices, desgraciados y demenciales. Cada línea es el reflejo de un acontecimiento vivido, pues, además de mis viejas notas, que me han servido de ayuda para el relato de los detalles, existen también protocolos oficiales sobre todos los hechos fundamentales.

Todo comenzó en los últimos días de abril de 1945, durante un viaje en comisión de servicio a Berlín, un viaje tan carente de sentido como todo lo que se emprendía en los últimos días de la guerra. Dejé la existencia, relativamente segura, que llevaba en Bamberg, en la sección de reserva del Regimiento Acorazado número 36, para correr hacia las manos de los rusos. Parecía imposible escapar de esta trampa.

EL EXTREMO más occidental de Berlín termina estos días en la estación de Wannsee, del ferrocarril subterráneo. «Todo el mundo a tierra, el tren no continúa», transmiten los altavoces de un andén intacto. Los aviones de bombardeo americanos han respetado considerablemente esta verde punta occidental de la capital de Alemania.

Siento que me golpetea un poco el corazón cuando dejo el tren, pues las estaciones término son el territorio de caza favorito de la policía militar. Habría sido posible que su notable olfato hubiese hecho terminar mi viaje en este lugar, en la estación de Wannsee, pero hoy no aparecen por alguna razón que no intento explicarme. Los cabos primeros de un Ejército condenado a la ruina hace ya tiempo que han dejado de preguntarse el motivo de las cosas.

Pero los ojos se han tornado más vigilantes en la misma proporción. Y los ojos descubren, entre las mujeres, las chicas y los ancianos, un cartel cuya claridad no deja nada que desear ni permite alentar esperanza alguna:

«La Comandancia Militar de Berlín anula todos los pases para viajar en comisión de servicio y todas las autorizaciones para el disfrute de permisos. Los oficiales, los suboficiales y la tropa se presentarán sin pérdida de tiempo en el cuartel de Spandau para la defensa de la capital del Reich.»

Este cartel no causa ninguna impresión entre los paisanos, pues la mayoría del personal civil dispone aquí de refugios donde puede esperar la capitulación de la ciudad en la que ya no existe nada que defender. Los rusos están ya en Köpenick, y no hay cañones que puedan tenerlos a raya con sus disparos ni un caudillo que tenga la habilidad suficiente para expulsarlos de allí.

Una vez en la calle, la multitud vomitada por el tren se disuelve con una rapidez que da miedo. En el transcurso de treinta segundos he perdido la tranquilizadora sensación de estar protegido por una masa anónima. Se tiene la impresión de que el gentío ha sido tragado por la tierra, como si fueran gotas de un chubasco pasajero.

El fuego de artillería de los rusos, que avanzan cada vez más hacia el centro de la ciudad, no hace temblar todavía los cristales de las ventanas de la zona de Wannsee, pero las personas que viven en este distrito saben desde hace días que Berlín se convertirá en comida echada al oso ruso, pues los americanos, que hace tiempo podrían haber llegado a este sitio sin necesidad de quebrantar resistencia alguna, se han detenido en la orilla del Elba. El miedo se refleja en todos los rostros.

Tengo que alejarme de la explanada de la estación, pero camino irresoluto, sin saber qué dirección tomar. Una mujer joven que empuja un cochecito de niño avanza hacia donde estoy y se posa sobre mí su mirada interrogadora, pero pasa por delante de mí, presurosa, en el transcurso de un segundo y pierdo la ocasión de dirigirle la palabra. Cuando me vuelvo, lo único que veo es la carita riante y sonrosada de un

niño de pecho.

¡Si al menos fuera de noche! Estoy a merced de cualquier control, sin protección, aunque mis documentos están en regla y de momento no me puede ocurrir sino una cosa: tener que tomar parte en la insensata defensa de Berlín.

Estoy a punto de sucumbir a una tentación: llamar a una puerta cualquiera y ocultarme hasta que se haga de noche. Pero ¿cuál es la puerta acertada en estos días que corremos?

Al nerviosismo se une la irresolución. Un soldado no puede andar por Wannsee sin meta fija cuando le espera un puño antitanque en el cuartel de Spandau. Ha de mostrar que tiene un objetivo.

Tres hombres uniformados doblan una esquina en este momento. No puedo eludirlos. Sin embargo, y para gran tranquilidad mía, visten los uniformes pardos de la «Organización Todt», de las tropas empleadas por Hitler en el campo de la construcción.

También ellos se muestran perplejos un instante. Después se dirige a mí el más viejo, un hombre que andará por los cincuenta años, de huesos grandes y manos de forjador.

—¿Adónde vas tan deprisa, soldado? ¿Quizás en dirección al Cuartel General del Führer para recibir órdenes? Te mostraríamos el camino de buena gana, pero vamos en otra dirección.

El sonido es agradable, no es de personas que estén tendiendo una trampa. Sin embargo, es conveniente andarse con cautela.

—Debo ir al cuartel de Spandau. Parece ser un centro de concentración.

—¡Qué te parece, un héroe! —ríe como un conejo el hombre de las manos de oso, pero seguidamente se torna serio—. Naturalmente, puedes ir si quieres, pero si no tienes otra cosa mejor, puedes también venir con nosotros. No disponemos de mucho sitio, pero tenemos unos documentos magníficos y vamos hasta el Elba, con los americanos. Es decir, vamos a probarlo, pues no hay garantía para el transporte. Lo que tenemos es una prisa tremenda.

Dos minutos después me encuentro bajo el toldo de un camión, en cuyo interior se ha reunido la sociedad más abigarrada que jamás haya visto. Una docena de mujeres, un par de niños, soldados, dos tenientes y hasta un capitán, que en modo alguno produce la impresión de que tenga nada que decir aquí. Son unos treinta en total y no se muestran muy satisfechos por el hecho de que yo aumente su número.

—A ver si nos ponemos en marcha de una vez —gruñe el capitán cuya frente está perlada de sudor, que, sin duda, no se debe tan solo al aire enrarecido que hay debajo del toldo—. Si esperamos más tiempo, nos descubrirán los de la policía militar y nos matarán como si fuéramos perros.

—Esto es asunto nuestro —replica el hombre que me ha recogido en la calle—. Por lo demás, el señor capitán puede bajar cuando lo desee. De momento hemos explorado las calles que no están controladas y marcharemos ahora un par de

kilómetros para esperar en un sitio tranquilo que llegue la noche.

Cuando el vehículo se pone en marcha, continúo a gatas entre piernas, maletas y bolsos, hasta que una mujer se hace un poco a un lado y encuentro sitio a medias en el extremo de su maleta. En la semipenumbra veo solo un pañuelo rojo de cabeza y una cara joven y áspera.

Esta noche viajamos todo lo que el carburante nos permite. Hay muchas paradas, pero ningún control. Soldados fugitivos nos informan que el pasillo hacia el Elba se va haciendo cada vez más estrecho y que los rusos han rebasado ya Berlín por el norte y el sur avanzando en dos amplios movimientos de tenaza.

Cuando se vacía el depósito faltan todavía treinta kilómetros para llegar a la pequeña ciudad de Burg, cerca de Magdeburgo, y no sabemos si nos habrán cercado ya o no. No hay posibilidad alguna de conseguir gasolina, pero es evidente que no nos han cercado aún. Está libre el camino a Burg, meta que solo tiene un defecto: que está en la orilla derecha del Elba, un río que los americanos no han cruzado; por razones que comprenderemos mucho después, cuando Eisenhower y Churchill escriban sus memorias.

Los treinta kilómetros que faltan hasta el Elba los hacemos en una jornada que no nos ofrece ya ninguna dificultad, pues ha cesado por completo la jurisdicción de la Wehrmacht en esta última zona libre de un país conquistado. Nadie se preocupa ya de los regimientos que retroceden a oleadas en dirección al Elba. La demostración concluyente de que reina el mayor desorden la constituye que un general de División se ha unido a nuestra columna, que ha ido creciendo hasta alcanzar su número unas doscientas personas. El general se apea de una bicicleta y pide un sorbo de agua. Cuando las rojas franjas de sus pantalones desaparecen detrás de la primera curva, todo el mundo sabe que la bandera de la cruz gamada ha sido arrancada definitivamente del mástil y que cada uno puede hacer lo que se le antoje. Yo tengo poco que llevar, por lo que no me cuesta trabajo cargar con la maleta de Inge, la mujer que ayer tarde me hizo sitio en el camión. Sin embargo, como a veces tengo que dejar un momento la maleta en el suelo, vamos quedando más descolgados cada vez y retrocediendo hacia el final de la columna. Inge tiene un par de años más que yo, vive en Magdeburgo y hace ya tres meses que recibió la última carta de su marido, echada al correo militar en Curlandia.

—Cuando lleguemos a Magdeburgo, puede ponerse usted un traje de mi marido y podré esconderle también —me dice la mujer.

—Pero tendremos que atravesar primero el Elba. Quizá dejen pasar únicamente a las mujeres y los niños.

Pero las cosas suceden por completo al revés, pues en Burg, cuyo borde occidental es rodeado en amplia curva por el río, se cierra un círculo infernal en derredor de nosotros. Hace ya dos días que los americanos no permiten a nadie cruzar el río y la pequeña ciudad rebosa de soldados y fugitivos procedentes del Este. Se puede divisar la orilla salvadora, pero se encuentra tan lejos como Nueva York.

Burg se ha convertido en una trampa gigantesca para miles y miles de personas. Los proyectores inundan de luz durante la noche las negras aguas que fluyen perezosamente, y las ametralladoras tabletean desde el otro lado cuando algo se mueve en el río. Es obedecida sin piedad la orden del general Eisenhower que se propone levantar en el Elba una barrera infranqueable.

—Quizá dispongamos aún de dos días hasta que los rusos lleguen aquí —opina Inge—. De momento, lo primero que haremos será buscar alojamiento en casa de algún amigo.

El trabajo de llevar la maleta obtiene su recompensa: tendré un techo sobre mi cabeza y no habré de pensar en el día de mañana.

Voy de nuevo hacia la orilla mientras Inge se dispone a buscar alojamiento. La orilla se ha convertido en un campamento militar donde miles de soldados y oficiales esperan con apático desamparo la llegada de los rusos. Han hecho grandes montones con sus armas, obedeciendo las órdenes dadas por los americanos mediante altavoces.

Esta derrotada multitud es vigilada por no más de diez americanos que han pasado a la orilla derecha del río. Nadie es capaz de reunirse en grupo para forzar el paso al otro lado con ayuda del gigantesco arsenal disponible. Se observa, en cambio, el intento servil de los oficiales del Estado Mayor de ganarse la amistad de los americanos, ofreciéndoles relojes de oro puro y condecoraciones alemanas de oro chapado para que les permitan subir a un bote. Pero los americanos los rechazan igual que a los soldados que nada tienen que ofrecer. Una hora, tardía y macabra, de homogeneidad, de inexistencia de diferencias entre los oficiales y la tropa.

La noche que se aproxima humedece las lonas de las tiendas y las mantas, haciendo que los hombres sientan frío. La apatía es contagiosa, y mi perplejidad ha llegado a un punto culminante cuando vuelvo al punto de reunión con Inge.

—Cruzaré nadando el río cuando oscurezca —digo—. No pueden acertar a todos y no les ofreceré un blanco seguro si me sumerjo mucho.

—No harás nada. Esta noche discutiremos el asunto con calma. Ya tenemos alojamiento.

Una casa. Ello significa calor, paredes gruesas y seguridad. Y ha hecho algo más aún al hablarme: me ha tuteado por vez primera.

En la sala de estar hay una docena de personas sentadas alrededor de un receptor de radio. Hay en Burg corriente eléctrica y gas, como en los tiempos de paz más tranquilos. Me entero ahora por primera vez de que Hitler ya no vive. Se habla de una muerte heroica en la Cancillería y de que Doenitz, el capitán general de la Armada, sucede al Führer en la dirección de Alemania. Ni una palabra de Goering, de Himmler, de Goebbels. Se podría respirar si los rusos no estuvieran ya a las puertas de la ciudad, pero ya es demasiado tarde.

El dueño de la casa interrumpe el debate con una afirmación sensata: Iván no dejará de seguro nada de lo que hay todavía en la bodega. Por ello —dice— deberíamos beber con él para brindar por la vida y para que su casa siga en pie. No

parecen malas las probabilidades en este sentido, pues hace tiempo que se ha adoptado la resolución de entregar Burg sin ofrecer resistencia. En todas partes cuelgan sábanas blancas de las ventanas, en el sitio donde poco antes pendían banderas con la cruz gamada.

Bebemos champaña y vino del Mosela, y ha quedado ya muy atrás la medianoche cuando los huéspedes suben a tuestas la escalera de la casa a oscuras. Me quito las botas con las que fui armado para salir a la conquista del mundo, e Inge prepara el sofá-cama como si estuviese haciendo lo más natural del mundo. Y cuando me vuelvo, entreteniéndome mucho tiempo con la guerrera y los pantalones, me dice que soy un tonto que todavía no ha comprendido que mañana puede llegar el fin del mundo.

—¡Ahora ya no tiene importancia lo que pueda decir la gente!

Tiene razón. ¿Qué es lo que importa todavía en realidad? La guerra se acabó, Alemania está destrozada, pero nosotros seguimos con vida. ¿Hasta mañana, hasta pasado mañana? Dependerá del capricho de los vencedores, uno de los cuales ha regalado al otro la pequeña ciudad de Burg bei Magdeburg.

Es mejor no pensar. La inteligencia no es capaz de enfrentarse claramente con una situación que ha estado esperando muchos años. Aquí, en cambio, se me ofrece seguridad para una noche entera, y la mujer que permanece desnuda frente a mí es para mí la vida misma cuando me desnuda con manos impacientes.

Un abrazo sin juegos preliminares, desenfrenado, que descarta cualquier pensamiento. Nuestros cuerpos hambrientos se toman el derecho que les pertenece. Solo mucho más tarde, cuando ha pasado la embriaguez y han dejado de temblar sus manos, que ahora me acarician el cabello y hacen reclinar mi cabeza en los grandes senos, siento una cosa distinta: un instinto maternal, la fuerza de una delicada protección que ni siquiera la desesperada situación consigue quebrantar.

Ha terminado la corta noche cuando el dueño de la casa, sin llamar, abre de par en par la puerta a primera hora de la mañana.

—¡Los rusos están a treinta kilómetros de Burg! —grita.

Se lo ha oído a un enlace motociclista, y sé que los tanques pueden estar en la ciudad dentro de una hora. Pero a lo mejor se trata únicamente de una de estas noticias de radio macuto que nos persiguen desde Berlín como un enjambre de avispas.

Pero, por vía de precaución, renuncio al afeitado y al desayuno y estoy en la calle a los cinco minutos de haber oído la noticia. ¡Esta noche perdida ha sido un completo desatino! Tiene que haber algún modo de cruzar el Elba. Inge puede esperar unos cuantos días hasta pasar el río, pero para mí tiene importancia ahora cada minuto que transcurre.

Abajo, junto al Elba, el campamento militar se ha hecho más grande aún. Ya ni siquiera se mendiga el paso a los diez americanos que constituyen en este lugar la cabeza de puente más disparatada de toda la historia de la guerra.

En cambio, los americanos están rodeados por un puñado de prisioneros de guerra franceses que gesticulan como locos. No es necesario ser adivino para darse cuenta de que los franceses no se dan por vencidos de la misma manera que los alemanes. Sin embargo, estos hombres, que esperaban haber cruzado el río como en una marcha triunfal, tropiezan también con la misma cerrada negativa. Tengo la sospecha de que los americanos no han comprendido siquiera qué hombres tienen delante. El uniforme es para ellos el uniforme. El espectáculo es tan irreal y tan cómico que me atrae con la fuerza de un imán.

Ya no entienden al mundo los hombres vestidos de uniforme caqui que se han pasado cinco años detrás de las alambradas de espino alemanas. Sus liberadores los tratan como a los vencidos alemanes. Con encogimientos de hombros, los rechazan y los empujan hacia el montón gris que, resignado ante el destino, espera el momento de caer en las manos rusas.

Es muy comprensible el interés de este puñado de franceses que desean cruzar el Elba con la mayor rapidez posible: desean regresar por fin a la patria y han oído que los rusos cogen de momento a todo el que lleva un uniforme. Mientras tanto me he acercado al batallador grupo lo suficiente para comprender todo lo que choca mutuamente en dos idiomas.

—*You stay here like everybody and wait for the Russians* —dice el portavoz americano, con toda evidencia un oficial, y la forma de apretar los labios no deja abrigar ninguna duda en el sentido de que el asunto está solucionado para él. Ha sido enviado a esta orilla con esta orden y no regresará sin haberla cumplido.

Los franceses se retiran a deliberar, furiosos. «*Ils sont cons comme la lune*», maldice un individuo rechoncho, de anchos hombros, que tiene el acento típico de los habitantes de los barrios de París y los ojos vigilantes de los apaches de Montmartre y cuyas palabras significan, traducidas de un modo bastante libre, que los americanos son tan tercos como una mula.

—Carece de sentido disputar con ellos —dice otro hombre que habrá cumplido ya los cuarenta, cuyo pelo, rubio, es bastante escaso—. Lo único que conseguiremos es que se pongan todavía más tozudos. Y además no entienden una sola palabra de francés ni de alemán.

Sin embargo, no tienen la intención de cejar:

—Según lo que se oye por ahí, pueden pasar horas todavía antes de que lleguen los rusos —tercia uno a quien llaman P'tit Louis—. Así, pues, tenemos todavía un poco de tiempo. Al menos creo que comprenderán que Francia es una nación aliada.

—No comprenden nada en absoluto —replica resignado el hombre de cara de apache, que se sienta en la arena a unos tres pasos de donde estoy. Se saca del bolsillo un paquete de Troupe y ofrece una ronda—. De momento, vamos a reflexionar mientras dure el cigarrillo.

El acre aroma del tabaco negro me llega hasta la nariz. Y entonces me atrevo:

—*Pourrais bien m'en offrir une*. Bien podríais ofrecerme uno —digo, intentando

dar a mi voz un tono de camaradería.

La sorpresa de los franceses es auténtica:

—*Pour une surprise, c'est une surprise*. Esta sí que es una buena sorpresa —dice el apache con sonrisa irónica ofreciéndome el paquete y accionando de nuevo el encendedor a prueba de viento.

Tenemos que juntar mucho las cabezas, pues el viento, procedente del oeste, sopla con fuerza sobre el río.

P'tit Louis se acerca y me examina de pies a cabeza mientras me trago el áspero humo y gruñe mi estómago.

—Habla como nosotros y lucha por el gran «*Resch*»^[1]. ¿Qué te han pagado a cambio? No se debería en absoluto hablar con gente como vosotros — exclama. Pero yo sé en qué forma podré hablar con P'tit Louis, y el Elba no me parece de pronto ya tan insalvable.

—Soy alsaciano —miento balanceando el cigarrillo en la comisura de los labios como si nunca hubiese fumado de otra manera—. Y este uniforme me lo han puesto a la fuerza como a todos los demás. La ley de 1943, ya sabéis.

Lo saben, y noto que tienen deseos de creerme por si se pudiera abrir algún camino. Y así me dirijo al asuntó sin rodeos:

—Hablo muy bien el inglés y quizá pudiera dar la vuelta a los americanos si me conseguís un uniforme —me oigo decir, asombrándome de la facilidad con que hablo y de la disposición con que se aprestan a entrar en el negocio.

—*D'accord, mon vieux...* Cada uno de nosotros tiene caqui de repuesto. —P'tit Louis se ha puesto ya en pie de un salto y se ha dirigido a su mochila—. Si eres capaz de llevarnos al otro lado, la semana que viene alquilaré el Moulin Rouge entero para ti.

—Tu entusiasmo no puede hacernos cruzar el Elba —le freno—. ¿Acaso crees que puedo cambiarme de ropa en este montón de hormigas sin que nos vean centenares de ojos?

—Podrías tomar un baño y ponerte sencillamente el nuevo uniforme —propone P'tit Louis.

—Y recibir un balazo en el trasero. Ni siquiera permiten que uno se acerque a la orilla para lavarse.

—Tiene razón —interviene Xavier, el bretón, el hombre de cabello rubio y el más tranquilo de todos—. El asunto me agrada, pero tenemos que ir a la ciudad, a un sótano si es posible. Yo le acompañaré y los demás esperaréis aquí. Tendréis mala suerte si los rusos vienen antes de lo esperado, pero nos daremos prisa.

Coge una pesada mochila y por el camino pienso si no sería lo más conveniente ir a casa de Inge y sus amigos. Cierto que serían testigos, pero Inge es una mujer de la que se puede uno fiar y sus amigos temen a los rusos. Además, no habrá ya ningún jefe de distrito a quien se pueda denunciar el hecho.

Explico esto a Xavier, que al principio se muestra escéptico, aunque termina

accediendo por fin. Minutos después, el cuarto de estar donde se halla el sofá-cama es por segunda y última vez mi lugar de refugio.

Todo lo que acontece ahora es ya irrevocable. Algo así han de sentir los ladrones cuando preparan el soplete frente a una caja de caudales o los que hurtan joyas cuando levantan la piedra para romper la luna de un escaparate.

Inge me suplica que me mantenga lejos de este asunto:

—A lo mejor los rusos establecen aquí, en Burg, un campamento y puedo suministrarte comida. Y pienso en la protección de la Cruz Roja. Si no sale bien lo que te propones, entonces no podrá ayudarte nadie.

Sé que habría terminado cediendo a sus ruegos si Xavier, que entendía toda la conversación, no se hubiera metido con impaciencia de por medio.

—¿Acaso crees que he dejado en la estacada a mis amigos para venir a oír tonterías de mujeres? ¿Qué arriesgas tú? Ninguno de nosotros tiene documentos, todos se han quedado en el campo de Finsterwalde, consumido por el fuego. Y además te proporcionaré una chapa de identificación, y tendrás exactamente lo que cualquiera de nosotros. ¿Acaso crees que alguien pueda controlar algo en medio de este jaleo que hay aquí?

Me pongo el uniforme delante del gran espejo del armario. Los pantalones, casi nuevos, tienen la raya de haber sido planchados; la guerrera es una sahariana inglesa suministrada el año anterior por la Cruz Roja. Tampoco los prisioneros de guerra pueden estar cinco años con las mismas prendas que tenían al caer dentro del cercado de alambre de espino.

Xavier se muestra contento. Cierto que los pantalones me están un poco largos y tengo casi que subírmelos hasta el pecho. Inge se ofrece a acortarlos, pero mi acompañante rechaza con rudeza el ofrecimiento.

—No tenemos tiempo que perder, y además no va a tomar parte en ningún concurso de belleza.

Falta con qué cubrirme la cabeza. Puedo escoger entre un quepis caqui y una boina, prenda que se ha puesto de moda entre los prisioneros de guerra franceses. Da la impresión de un toquecito en el uniforme militar.

Xavier me pone la boina y tira del borde superior, levemente caído, hasta casi tocar la oreja izquierda. No está colocada tan oblicuamente como la de P'tit Louis, pero sí lo bastante para reflejar un leve rastro de audacia. Creo que la boina me transforma más que todo el nuevo uniforme militar.

La impaciente voz de Xavier me arranca de mis pensamientos, todavía prematuros.

—Y cuando fumes, mantén el cigarrillo en la boca aunque estés hablando, sin andar dándole vueltas con los dedos como hacen los alemanes. Y ahora, al bagaje, deprisa.

Lo ha extendido todo sobre el suelo, dividido en dos partes. Solo me autoriza a coger la máquina de afeitar, el cepillo de dientes, el jabón y la toalla. Todos los

objetos de la Wehrmacht acaban en la estufa, rápidamente encendida por Inge. También van a la estufa las cartas y un par de fotografías, así como mi único libro, un Tucholsky que me ha hecho compañía toda la guerra.

Finalmente me queda en la mano solo la cartilla militar. Sin embargo, Xavier responde a mi mirada interrogante diciendo que no con la cabeza. Pero este último fragmento de mi vida no me gusta dejarlo con la misma facilidad que los otros. No es tan fácil arrojar al fuego el único y último documento de identidad, no es igual que las cartas o los libros. No obstante, se me ocurre de pronto que Xavier podría leerlo y que no encontraría una sola línea que hiciese referencia a mi procedencia alsaciana y entonces mi cartilla militar sigue el mismo camino que los restantes objetos. Las llamas prenden en el acto en el águila imperial con la cruz gamada, arrugada y descolorida por el sudor. Sé en este momento que, excepto yo, nadie podrá saber jamás quién soy en realidad.

Xavier no me deja tiempo para pensar en estas cosas:

—Puedes cavilar sobre tu documento de identidad cuando estés al otro lado del Elba.

Dice «documento de identidad» en alemán, pues este conocimiento forma parte del repertorio de todos los prisioneros de guerra franceses, pero tiene un sonido cómico. Dicen «==Oswes==» en lugar de ==Ausweis», lo mismo que hablan del «==grosse Resch==» o del «==Reschbanne==» cuando se refieren al ==Reichsbahn==, a los ferrocarriles del Reich. Tengo que pensar con arreglo a mi nuevo papel.

Inge hace señas desde la ventana, pero yo solo insinúo un saludo de despedida desde la calle llena de soldados.

Unos minutos después estamos otra vez en la orilla del río. P'tit Louis corre a nuestro encuentro. Es un hombre al que, evidentemente, no se le puede dejar solo, algo así como la leche en el fuego.

—Habéis estado por ahí una hora. ¿Es que no tenéis sentido de la responsabilidad? —¡Habían hecho ya apuestas a que nos habían cogido los rusos! Sin embargo, después, me da unas palmaditas en la espalda, mostrando su aprobación con una irónica sonrisa—. ¡Bueno prisionero, mucho bueno prisionero! ¿Cómo te llamas, querrido amigo?

Sus estruendosas carcajadas son la demostración evidente de ese estado de ánimo que cambia con la velocidad del rayo y que hace a los franceses tan sospechosos a los ojos de los alemanes, aunque estos envidien a aquellos en el fondo por esta causa.

—Se llama Jean Marchand —contesta Xavier, el bretón, con la calma de quien está frente a una jarra de cerveza—. Se me ha ocurrido durante el camino que Jean Marchand es un nombre estupendo del cual habrá en Francia unos cuantos miles. Lo único que le falta todavía es la *plaque matricule*.

Esta chapa redonda y gris, la chapa de identificación, no presenta problema alguno para P'tit Louis. Revuelve en su mochila, en la que con toda evidencia no falta

nada de lo que puede ser útil en esta época a los que viajan por cuenta propia.

—Ahí tienes, cuélgatela del cuello. ¡Un valioso trabajo alemán que no me ha costado ni cinco céntimos!

Luego me ofrece una cantimplora de aluminio abollada:

—Coñac auténtico, amigo mío, y solo para las grandes ocasiones. Toma un buen trago para que no se te doblen las rodillas delante de los americanos.

Parece fuego lo que desciende hasta el estómago. La cantimplora no suena a hueca, por lo que me la llevo a los labios por segunda vez inmediatamente.

—¡Eh, eh! —grita P'tit Louis recuperando su tesoro—. ¡He hablado solo de un trago!

Acto seguido, los ocho hombres marchamos en grupo hacia donde se encuentra el oficial americano, a quien no molestan ya los alemanes desde que ordenó apuntar con metralletas contra ellos. La ardiente seguridad que me sube desde el estómago hace que mis piernas caminen con absoluta desenvoltura.

—*Hi, captain* —digo, y llevándome la mano a la boina, apunto un saludo no demasiado respetuoso. Mi instinto, más bien atizado que adormecido por el coñac, me dice que el oficial americano vacila entre la duda y la negativa, pues sus ojos brillan con más interés del que testimonia su arrugada frente. Estoy frente a un hombre que, aunque ejecuta las órdenes recibidas, no se ha olvidado todavía de pensar con independencia.

—Creo que no siente mucha simpatía por los prisioneros de guerra franceses, ¿verdad? —pregunto.

—Eso no es verdad —replica con rapidez.

Mi inglés elemental parece irritarle y divertirlo a partes iguales.

—Si tuviera usted una ligera idea de lo que hemos pasado durante cinco años detrás de las alambradas de espino alemanas, de seguro que no permitiría cruzar a la otra orilla en vez de ponernos en las manos de los rusos.

—Eso está fuera de mi competencia y de la suya —responde—. Nuestra misión no consiste en averiguar el sentido de tales órdenes. Pero me siento completamente justificado para escuchar a personas como ustedes, y si quiero, incluso puedo proporcionarles un bote, ya que no comprendo por qué han de luchar con los rusos para conseguir su libertad, aunque tengo el convencimiento de que no les harán nada.

Ya está decidido. Y con la mayor sensación de triunfo que haya experimentado en el transcurso de mis veintidós años de vida, me vuelvo hacia mis compañeros y digo tan solo.

—*Ça y est!* ¡Ya está!

P'tit Louis me echa los brazos al cuello y al instante siguiente casi cae al agua, casi hace zozobrar el bote que acercan dos soldados por orden del oficial, tal es el ímpetu con que sube.

—Este idiota va a conseguir que nos ahogemos en el último instante —sonríe Xavier, irónico.

A continuación, y entre las miradas envidiosas de miles de pares de ojos alemanes, dos soldados del Ejército de los Estados Unidos reman, riendo, hacia la otra orilla del río, como si no hubiera en el mundo una cosa más sencilla.

LA CORRIENTE es más fuerte de lo que parecía desde la orilla, y tardamos cuatro o cinco minutos en cruzar el río. Cuando volvemos la vista atrás, vemos levantarse de repente unas gigantescas nubes de polvo en la orilla oriental, la que acabamos de abandonar. Solo pueden deberse a los tanques rusos.

No nos ha sobrado ni siquiera un minuto. Ascendemos a gatas por el declive, donde dos negros que se cubren la cabeza con cascos de acero y esgrimen metralletas nos reciben con una buena dosis de asombro. P'tit Louis les ofrece su cantimplora mágica con gesto espontáneo, pero los soldados rechazan la invitación diciendo que están de patrulla. Sin embargo, cuando nuestros dos remeros, que durante el camino han echado también un buen trago, les explican que su cargamento está constituido por ocho prisioneros de guerra franceses, los dos negros se echan a reír y la cantimplora se queda vacía en un abrir y cerrar de ojos. P'tit Louis la arroja después al Elba, diciendo que es su mensaje de naufrago a Stalin.

Lo primero que averiguamos es que no hay ninguna orden especial para los prisioneros franceses en el mundo que se abre a la izquierda del río. Los negros señalan una torre de iglesia que se alza en el horizonte. Explican que allí está la aldea de Rogätz, donde se encuentra su unidad y donde nos prestarán ayuda.

Avanzamos tres o cuatro kilómetros por caminos vecinales sin tropezar con un alma. Y desaparece mi embriaguez de libertad, una mezcla de coñac y de tensión que destroza los nervios.

¿Cómo saldré adelante? Una cartilla militar y un uniforme alemán habrían podido ahora poner de nuevo las cosas en orden. Un par de meses de encierro americano en el que sería tratado con humanidad y luego un certificado de puesta en libertad con un sello impecable. Pero ya no puedo cambiar.

Cuando entramos en Rogätz, los demás cantan *La Madelon* y yo soy el único que camina con la cabeza baja, aunque Xavier intenta darme ánimos:

—No te preocupes, eres uno de los nuestros y te protegeremos.

Pero luego tengo que levantar la cabeza, pues los otros no entienden lo que grita un americano desde la ventana de un edificio que con toda evidencia es la escuela de Rogätz, aunque sirve ahora de Comandancia militar:

—¡Eh, boys!, ¿dónde vais? Si alguno de vosotros habla inglés que suba a verme.

Nos detenemos como jamelgos obedientes y ruego a mis compañeros que me esperen abajo, en el patio de la escuela. Ya en la escalera, noto que se me doblan las rodillas y que el corazón me late con furia. La excitación ataca al estómago, sobre todo cuando está vacío. Por fin me veo delante del comandante militar de la aldea de Rogätz, quien, por lo que sé al cabo de dos minutos, es oriundo de San Antonio (Texas) y manda una sección de Ingenieros.

Después de un avance ininterrumpido, esta súbita existencia de retaguardia le

hace sentir un aburrimiento profundo y la conversación conmigo es una variación que acoge con los brazos abiertos. A un hombre venido de Texas con objeto de liberar a Europa le parece un ser fabuloso quien ha pasado cinco años prisionero de guerra de los alemanes, y de buen grado lo palparía para comprobar si todos los huesos de este cautivo siguen todavía en el lugar que les corresponde.

No le interesa en modo alguno un *oswess*. Lo que el americano desea oír es el relato de lo ocurrido detrás del alambre de púas. Y también satisfago su curiosidad, sobre todo después de que ha sacado de la mesa de despacho una botella de whisky de maíz y centeno. Le estoy agradecido por el primer whisky americano de mi vida, aunque no me calma el hambre. Pero estimula la imaginación. Y le hablo sin pestañear de un cautiverio de cinco años de duración en la Marca de Brandeburgo, sometido a trabajos forzados en el «Reschbanne» y ayudando a los campesinos a recoger las cosechas, permitiéndome en el transcurso del relato hacer un pequeño servicio a la causa alemana.

—Hay también alemanes buenos y malos, como sucede en el mundo entero — digo, lo que no parece caerle mal, pues interviene para explicar que su abuelo era oriundo de la Selva Negra y que había sido siempre un hombre honrado.

—¡Pero de seguro que tendréis un hambre terrible! —se le ocurre de pronto dándose una palmada en la frente como alguien que ha cometido la mayor descortesía de su vida. Corre a la ventana y brama como un toro de Texas llamando a los otros siete para que suban, pero en el patio no se mueve ni un alma. Xavier, P'tit Louis y compañía han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra. Los dos bajamos corriendo la escalera. Si no estoy con los otros, seré tan solo un grano de arena lanzado a través del Elba por el viento.

Toda búsqueda es inútil. Uno de esos acontecimientos estúpidos de los que parece no poder librarse ningún Ejército del mundo se ha llevado por delante a mis compañeros. Y, probablemente, tanto más fácil cuanto que no han podido hacerse entender, ya que después de un espantoso torrente de maldiciones del comandante militar de la localidad averiguamos que han sido montados en un camión y llevados al campo más cercano de concentración de prisioneros de guerra franceses y belgas mientras nosotros hemos estado hablando de alemanes malos y buenos.

El golpe es duro, aunque el comandante hace todo lo que está en su mano para ayudarme:

—Podrás estar en París dentro de tres días, pero esta noche eres mi invitado. Lo primero que haremos será comer como se debe y luego iremos al cine. Lo monté ayer en un granero de campaña y te garantizo que verás una estupenda película del Oeste.

Ayer celebraba con los alemanes una fiesta de despedida, y hoy soy el invitado de honor en un estreno de cine americano. ¿Qué haría el *captain* si supiera qué pensamientos me bullen ahora por la cabeza? La misma cabeza que a estas horas estaría oyendo el *davai, davai* de los rusos si no hubiera estado cubierta por una boina.

La comida es un caso especial muy notable, pues como todavía es muy temprano para que los oficiales se reúnan a comer, mi anfitrión insiste en que me atiborren sin pérdida de tiempo en la cocina.

Los cocineros, cinco negros bien alimentados, que ríen como si se abrieran y cerraran cinco teclados de piano, acercan conservas y alimentos frescos. Y el tejano cuyo abuelo llegó procedente de la Selva Negra se da palmadas en los muslos, lleno de placer, al verme arrojar por la borda todo reparo y llenar de comida mi hambriento estómago.

Durante la posterior comida con los oficiales, no puedo siquiera mirar las viandas, pues el estómago, que ha perdido por completo la costumbre de tales placeres, se rebela y devuelve todo lo ingerido. El médico de la compañía regaña a mi bienhechor y le explica que tales excesos de comida pueden causar la muerte de un prisionero de guerra, pero me pone a flote de nuevo un par de pastillas, lo que me permite ir al cine dos horas después.

Tomo asiento en un auténtico sillón, entre el jefe y su ayudante, y los G.I. aplauden calurosamente cuando soy presentado como una víctima de los alemanes.

Durante la proyección de la película, el comandante me pone en la boca un cigarrillo mentolado tras otro, con la observación de que el médico no tiene ni idea de la robustez que hace falta para resistir cinco años cautivo de los alemanes. Lo único que recuerdo de la película es que me dormí al final. Los sobreexcitados nervios no eran capaces ya de responder a los estímulos exteriores y, simplemente, interrumpieron su función.

Pero la noche alcanza su momento culminante cuando más tarde, mientras bebemos whisky y champaña de Reims en la mesa de oficiales, me preguntan si tengo algún pariente en los Estados Unidos.

—Claro que sí, mi tío Leo es un hombre conocido en Louisville, Kentucky — explico.

Chocamos los vasos a su salud, y el comandante tiene después una ocurrencia estupenda.

—Tienes que enviar enseguida a tu tío una carta por el correo militar. La firmaremos todos, confirmando que te encuentras magníficamente.

Y el correo norteamericano se pone en marcha. Mi tío Leo recibe realmente tres días después una carta algo confusa en la que, en idioma inglés, le comunico que he sido liberado por los americanos. Lo único indiscutiblemente cierto que hay en esta carta son las seis o siete firmas que presenta y un par de manchas de whisky, pues el ambiente se ha caldeado mucho en este casino improvisado. Hasta mucho después no pude explicar a mi tío Leo, por medio de una carta enviada por correo aéreo normal, la causa de que fuera el primero de la familia en saber que yo había sobrevivido a la guerra.

La resaca es tan terrible la mañana siguiente que por mi atormentado cerebro cruza la idea de preguntar al simpático médico militar si no podría hacerme un sitio

en su enfermería.

Pero no sospecho que, a esta misma hora, mi proyecto está siendo destruido por un comandante tejano muy resistente al alcohol y de gran espíritu emprendedor. Al amanecer ha puesto al rojo su teléfono para hacerme posible el regreso a la patria por la vía más rápida. ¡Oh, gentil amigo y compañero de borrachera, con tu deliciosa y condenada disposición a ayudar! ¿Regresar a qué patria? La cuestión surge con todo su curioso peligro cuando subo al jeep que me espera después de un fantástico desayuno. Los G.I. saludan desde todas las ventanas de la Comandancia, y en realidad faltan solo las notas del *Stars and Stripes* de la banda del regimiento cuando el comandante se despide, emocionado, de mí.

Un sargento amable está sentado al volante del jeep, y responde con una sonrisa protectora a mi pregunta de qué camino llevamos:

—No a París ahora mismo, muchacho, aunque disfrutaría como un condenado si pudiese hacer contigo este pequeño viaje en comisión de servicio. Pero a unas pocas millas de aquí hay un campo donde se preparan los transportes para Francia.

Atravesamos pueblos, bosques de pinos y campos sin encontrar ningún campamento. El sargento ha de parar con más frecuencia cada vez para consultar su mapa, hasta que por fin aparecen en el horizonte las típicas atalayas de vigilancia de un campo de prisioneros de guerra.

La vista no es la adecuada para levantarme el ánimo y el sargento parece darse cuenta, pues dice:

—¡Nada de miedo, muchacho, ya no hay centinelas ahí!

Pero está equivocado, pues nos hemos extraviado, y ya de lejos observo que no se mueve ningún prisionero de guerra francés detrás de esta cerca de alambre de espino. Los que andan aquí de un lado para otro, cubiertos con grises chaquetas guateadas, son rusos sin lugar a dudas, a pesar de que el sargento, que no ha visto nunca un ruso, no quiere creerme. Salimos, por fin, de dudas cuando llegamos a la puerta del campo, y lo primero que comprendo es que aquí no podré permitirme cometer el menor desliz, pues el comandante, un rumano, habla un francés perfecto, motivo por el cual la conversación tiene lugar conmigo y no con el sargento americano.

—¡Mala suerte, muchacho! Este no es tu sitio, pero ya verás que es un campo divertido, y te propongo que pases aquí la noche. Tengo buenas relaciones y mañana por la tarde puedes estar ya en un transporte de regreso a la patria.

El sargento está satisfecho de librarse así de mí y no verse obligado a seguir buscando más tiempo.

Pero yo piso el más inusitado de los campos, una mezcla de campo de lansquenets y de burdel, pues no faltan mujeres, obreras ucranianas que se han unido sencillamente a sus compañeros de fatigas masculinos. Así, pues, al fin y a la postre he ido a caer en medio de los rusos, pero este confuso revoltijo gris es mucho menos peligroso que el Ejército rojo, que ha ocupado entretanto todos los territorios al este del Elba. Ciertamente sus rapiñas han tenido que ser muy notables, pues en los

barracones se amontonan aparatos de radio, colchones de pluma, butacas de cuero y cafeteras con filtro. Pero la mayor alegría de los hombres la constituyen unas cuantas motocicletas con las que organizan auténticas carreras en pista de arena.

—Se las he dejado —explica el comandante rumano— porque no pueden hacer mucho con ellas, salvo ruido y polvo. Los pobres necesitan una válvula de escape después de las penalidades que han sufrido. Pero el placer se terminará cuando los entreguemos al Ejército soviético. No sospechan a qué interrogatorios habrán de ser sometidos, pues se trata de una multitud bastante revuelta, y los comisarios políticos estudiarán los casos con lupa. Cierto que hemos tenido que retirarles dos autos que traían con ellos —continúa informando el jefe del campo, y señala un Opel y un DKW que se encuentran fuera del cercado de alambre de púas y parecen hallarse intactos—. Vendrán mañana a por los vehículos y parece ser que los utilizarán los médicos alemanes. Estamos viviendo una época absurda, *cher ami*.

Durante un momento me fascina la idea de coger por las buenas uno de estos coches y marcharme con él a Friburgo, pero vuelvo a descender con rapidez al suelo de la realidad. Hay controles por todas partes, y de seguro que un prisionero de guerra francés con un coche y sin documentos no llegaría muy lejos, eso prescindiendo por completo del problema de la gasolina.

No me queda más remedio que nadar a favor de la corriente bajo la bandera que he elegido. El único remedio eficaz es ganar tiempo, y de todos modos me han sido regalados casi un día entero y una noche completa en cuyo transcurso no puede ocurrirme nada.

Intento dejar para más tarde todos mis problemas cuando los rusos me invitan a un festín. Han asado un buey al palo, y el *franzuski kamerad* debe elegir los mejores bocados. Cuando recuerdo la noche de gala pasada con los americanos, la situación se me antoja de una irrealidad tan absurda que acepto el ofrecimiento ya por el simple hecho de comprobar si estoy soñando o no. La carne es jugosa, además hay aguardiente puro y cerveza, y no ha comenzado todavía a anochecer cuando el alma rusa es presa ya de una gran animación.

Suena la balalaika: ==Stenka Rasin==, la campanilla. Y con ritmo ardiente, trepidante, ==Kalinka==. Crepitan las llamas del fuego de campamento, y las faldas de las muchachas ondean a impulsos de la bullidora danza.

Una voz de bajo sonora y potente impone después silencio, y todos escuchan con atención las palabras de la nostalgia del cosaco por su aldea de la que salió a caballo para proteger a su patria.

Una muchacha que apenas tendrá veinte años se sienta a mi lado y me señala el barracón en que duerme. Veo a su alrededor caras rientes, estimuladoras, pero le digo que deseo dormir al aire libre y señalo el acolchado saco de dormir que me han regalado los americanos.

Me doy cuenta del peligro. Ha sido muy descuidado y demasiado natural el alemán que he hablado con los rusos. Es posible que estos no hayan sospechado nada,

pero mi manera de hablar habría llamado la atención del rumano, un hombre de fino oído que ha estudiado en París. Por ello siento miedo frente al intranquilo semisueño que pudiera dejarme escapar palabras alemanas, más miedo aún que ante los parásitos que puedan correr por el saco de paja de la belleza ucraniana.

Corre la primera o la segunda noche de mayo del año 1945 y siento frío bajo el claro cielo estrellado, a pesar de que el saco de dormir es muy cómodo. Un sordo ronquido atraviesa las delgadas paredes de madera del barracón, de este gueto de proscritos, muchos de los cuales no saben todavía si habrán perdido o no los derechos de la ciudadanía soviética. Cierto que sus posibilidades de supervivencia son mayores que las mías. ¿No me colgarían ellos mañana temprano si sospecharan qué clase de pájaro se ha metido en su jaula de alambre de púas?

La situación en que me hallo es una prueba más dura cada vez para los nervios, que comienzan de nuevo a estremecerse cuando el camión americano llega a la puerta del campo a eso de las ocho. Ha cargado ya seis franceses y cinco belgas que han de ser trasladados al punto de concentración de Handelsleben.

Somos unos treinta cuando a eso del mediodía llegamos a este lugar, en cuya plaza Mayor ya no caben más prisioneros franceses y belgas. La situación no es tan mala para mí, pues la masa anónima representa siempre una protección para un proscrito. Queda solo por averiguar cómo se llevan a la práctica las formalidades del destino, que no pueden ser demasiado severas si se pretende lograr una fluidez en los transportes.

Descubro enseguida que se han formado «familias» grandes y pequeñas en todos los sitios. Camaradas liberados por los americanos o que han huido en pequeños grupos del campo de prisioneros, como mis siete amigos del Elba.

Doy media docena de vueltas por un suelo desigual de baldosas sin encontrar ni una cara familiar. Tal vez hayan cogido ya un transporte anterior. No debo dejarme dominar por los nervios, aunque me habría sentido muy contento si hubiese contado con la ayuda del sensato Xavier.

Naturalmente, también es sugestivo el pensamiento de deslizarse al interior de una casa particular y contar a la gente todo lo que me ha ocurrido, pero la policía militar americana ha cerrado a cal y canto las calles en las que se pudiera tener contacto con la población, por lo que no queda otro remedio que continuar nadando a favor de la corriente. Quizá pille un transporte en dirección sur, que pase por Friburgo, y entonces necesitaré tan solo cinco minutos para estar llamando ya a la propia puerta de mi casa después de haber bajado del camión.

Pero los sueños no sirven de ayuda. Y el hecho concreto a que he de atenerme es una oficina improvisada que hace tiempo he descubierto en una esquina de la plaza Mayor, frente a la que espera una larga fila de prisioneros.

A pesar de todo, la forma de despachar a la gente parece discurrir con una rapidez tranquilizadora. Los voluntarios franceses que trabajan en la oficina no producen la impresión de que pretendan amargar la existencia a sus compatriotas y compañeros

de sufrimientos.

Sin embargo, no debo permitirme el lujo de dejar nada a la casualidad. Y por ello, antes de ponerme a la cola, me dirijo a un hombre sentado solo, que con toda evidencia no pertenece a ningún grupo y que espera únicamente la orden para subir a un vehículo, y le pregunto qué formalidades hay que cumplir. El hombre levanta la cabeza y me mira, no precisamente muy amable.

—Haz lo que los demás —me responde, pero después se aviene a añadir algo—. Solo tienes que dar tu nombre y tu *numéro matricule*. En realidad, tampoco pueden pedir más en esta pocilga. Entonces te darán tres papeletas: una para la desinfección, otra para un paquete de alimentos y la tercera con el número del transporte. Pero será conveniente que te des prisa, pues si se les ocurre terminar el trabajo del día tendrás que esperar hasta mañana por la mañana en este maldito empedrado.

Es larga la fila, pero avanza con fluidez. Los escribientes sentados a las largas mesas trabajan deprisa. Y cuando, con voz levemente empañada, suelto mi «Jean Marchand, *numéro matricule* 48.544» y me llevo los dedos hacia la chapa demostrativa que me cuelga del cuello, el hombre que está sentado detrás de la mesa no levanta siquiera los ojos, limitándose a empujar tres papeletas hacia mí:

—¡Primero a la desinfección, por favor!

Al pasar por este proceso, veo con claridad, como había ocurrido antes con la comida, que los americanos han entrado en esta guerra, no solo con mejores armas que nosotros, sino también con otras cosas más perfeccionadas. Disponen aquí de unos polvos que matan a los piojos en unos segundos, destruyendo asimismo los huevos, según me asegura un sanitario americano antes de desearme un feliz regreso al hogar.

—El siguiente, por favor.

Luego me pasa volando por delante del pecho un paquete de víveres y lo único que puedo hacer es levantar los brazos como un portero sorprendido.

—No hay que dormirse cuando se trata de la comida —ríe el americano desde su montón de paquetes—. El siguiente, por favor.

Y la fila continúa avanzando como si se estuvieran despachando billetes en una taquilla. Empujan hacia mí sobre la mesa una papeleta en la que figura el número del tren de repatriación: el 31, que partirá de la estación de Handelsleben a las once y media de la noche.

Una vez desinfectado y provisto de estas exquisiteces, regreso a la plaza Mayor y me siento al lado del individuo soltarlo que me había facilitado antes los detalles. Continúa aun mirando con fijeza delante de sí.

—Ça y est Bueno, ya está —digo—. Salgo a las once y media.

—Yo también —gruñe mi interlocutor.

Hemos de tener alguna cosa en común, pues no participa en absoluto de la euforia que domina a los miles de hombres de esta plaza. Desea que lo dejen en paz y me lo dice cara a cara. Se convierte en seguridad la sensación de haber tropezado con el

hombre que me convenía.

—Quisiera preguntarte algo.

El hombre me mira por primera vez fijamente con una expresión de enojo.

—¿No te he dicho que deseo estar tranquilo? Ya tienes tu paquete de comida y tu tren, y lo único que necesitas todavía es cantar la ==Marsellesa==. Así que ahórrame tus tonterías.

—Pues no será así —replico asombrándome de que mi voz suene tranquila, como si tan solo hubiese dicho que hace un día hermoso.

Brilla una luz de sorpresa en su mirada. Y como si fuera la cosa más natural del mundo, le explico que no pertenezco en modo alguno a esta gente y que habré de contar con las dificultades más insuperables si alguien se entera de mi situación.

Sé que estoy jugando muy fuerte, pero son los absurdos acontecimientos de los tres últimos días los que me prestan este valor desesperado.

Lo que sucede realmente es que ya no soy capaz de llevar solo mi carga, y me resulta indiferente que el hombre pueda ahora levantarse y llamar a uno de la policía militar americana, pero no se levanta.

—Sigue hablando —dice—, ya no puede sorprenderme nada. —No se muestra en absoluto tan asombrado como yo había dado por supuesto y prosigue—: He comprendido en el acto que hay en tu caso algo que no concuerda con la situación, pero eso me interesa tan poco como a ti te interesará que haya gato encerrado en mi caso. Voy a Grenoble, donde me encontraré con una casa vacía. Hace tres meses me enteré de que mi mujer se ha marchado con otro. ¿Comprendes ahora por qué me revuelve las tripas todo este jaleo?

Lo comprendo, pero mi instinto de conservación es más fuerte que la compasión. Hay a mi lado alguien que puede ayudarme en el transporte, y este hombre me promete que me ayudará.

Nuestro grupo, el más pequeño de todos, contado cuidadosamente por los americanos, entra a las once de la noche en la estación de Handelsleben para esperar el tren de mercancías del «Reschbann». La espera se prolonga algo más de lo previsto, pues no hay horario alguno en los ferrocarriles alemanes a comienzos de mayo de 1945. Sin embargo, poco después de medianoche se acerca despidiendo vapor una locomotora que remolca más de cuarenta vagones. Y los franceses maldicen el minucioso cuidado con que los americanos llenan un vagón tras otro sin tener en cuenta los deseos de los diversos grupos, cuyos componentes no quieren verse separados.

—Al fin y al cabo da lo mismo, *pas vrai, les gars?* ¿No, muchachos?

Quien habla así es un individuo alto, enjuto de carnes, con voz ronca y de ese tipo de hombres que inmediatamente, y sin que nadie se lo pida, toman el mando de la situación en todas partes. Está rodeado por una escolta personal que le llama *Normandie* con respeto. «*Hé Normandie, tiens Normandie*», dicen por todos lados. Y se le da la razón cuando afirma que este bien nutrido americano no hace más que

cumplir con su deber, sobre todo por ser de primera calidad los paquetes de comida. Para terminar, después del queso y de la fruta californiana en conserva, se puede incluso encender un habano auténtico.

—Sabén mejor que las galletas rancias de Pétain. ¡Ya podían habernos enviado un poco de esto a los campos de prisioneros!

Me doy ahora cuenta de por qué llaman *Normandie* a este individuo larguirucho. Se ha cosido en las mangas, en grandes letras amarillas, el nombre de su región natal. Y cuando el primer tirón dado por la locomotora hace por fin que los vagones se estremezcan, es él quien propone las canciones; mejor dicho, las entona con una ronca voz de bajo que no admite competencia, y el grupo entero se deja arrastrar. El repertorio está muy por encima de mis posibilidades. En muchas canciones solo puedo tararear el estribillo. Sin embargo, tomo parte activa cuando se entona *Auprès de ma blonde*, la *Madelon* y *Sambre et Meuse*, no echándome atrás tampoco en la *Normandie*, la canción favorita de nuestro mariscal de viaje, que se entona cada veinte kilómetros y habla del muchacho de Normandía que ha visto el mundo entero, para terminar con la afirmación de que ningún país puede competir en belleza con el suyo. Nuestro director de orquesta solo se quita el cigarro de los labios antes de esta canción durante un par de segundos, para subrayar la solemnidad de lo que sigue. Si sospechara que aprendí esta canción en las tabernas normandas cuando era soldado de ocupación, me retorcería el cuello. En cualquier caso, uno de los dos no vería de nuevo Normandía. Y acompaño el estribillo con toda la fuerza de mis pulmones: «*J'irai revoir ma Normandie, c'est le pays qui m'a donné le jour*».

Pero Fernand, el hombre de Grenoble que me ha tomado bajo su protección, me advierte dándome codazos:

—No te portes como un idiota. Deja el espectáculo para los otros y sé discreto. Tienes todos los motivos para ello.

Me obliga también a que entregue cada vez con más rapidez a mi vecino la botella de whisky que circula sin punto de reposo. ¿Qué harían si descubrieran quién soy? ¿Me tirarían por las buenas debajo de las ruedas? ¿O quizá, para prolongar la diversión, me colgarían en la garita del guardafrenos, como vi una vez en Rusia durante un transporte de la SS? Me retiro a mi rincón y enciendo un cigarro americano. El reloj señala las tres de la mañana, pero la voz del ronco normando sobresale aún por encima del ruido de las ruedas.

He tenido que quedarme dormido, pues la mano de Fernand me sacude para que me despierte.

—Gimes como si te tuvieran cogido de la garganta, y el sonido es bastante alemán.

Habla susurrando, pues la calma se ha adueñado del vagón, frente a cuya puerta está tendido el normando roncando mientras avanza hacia la patria.

—Estaré al tanto si quieres echar una cabezada. Yo no puedo dormir en modo alguno, pero a mí no me ocurrirá nada al menos.

El tren se detiene en Bückeberg a la salida del sol. Hay agua en el andén y salimos tambaleándonos de los vagones, sedientos y ebrios de sueño. Mientras cambian la máquina, disponemos de tiempo suficiente para lavarnos y hasta para afeitarnos. Nos damos espuma y se sacan camisas limpias. ¡Quién sabe si quizá no llegaremos a Francia hoy mismo!

Pero las ruedas no pueden en absoluto avanzar con tal rapidez por las vías de dirección única, tan duramente maltratadas por la guerra. Han de transcurrir todavía veinticuatro horas antes de que alcancemos en Wesel el único puente del Rin que queda intacto.

Ha desaparecido ya hace tiempo la esperanza de un viaje por la Alemania meridional, y ya es hora para mí de dejar el tren y quitarme el uniforme que llevo puesto. Y ello tiene que ocurrir antes de que lleguemos a la frontera.

En cada parada preguntamos al maquinista americano que cuándo se efectuará el siguiente cambio de máquina, y a la izquierda del Rin se escucha de repente una información que me deja sin aliento:

—Mönchengladbach —grita desde su puesto de conductor el hombre vestido de dril verde aceituna—. *In two hours, I guess.*

Llegaremos dentro de dos horas, será necesaria otra hora como mínimo para cambiar de máquina, se hará de día, y solo se necesitarán unos minutos para llegar de la estación a la calle de Hohenzollern. Llamar a la puerta, dar los buenos días, tomar un baño y vestirme de paisano, así es de sencillo, pues en München-Gladbach, como todavía se llama en esta época, habita Magda, cuyas cartas y fotografías fueron a parar a la estufa de Burg cuando comenzó la gran aventura. Magda Glassmacher, dieciocho años de edad, rubia, hermosa y terminando el bachillerato, caso de que hayan vuelto los estudios a la normalidad.

Nos habíamos conocido en Drei Ähren, en los Vosgos, durante el verano de 1944. La muchacha estaba pasando allí con unas amigas sus vacaciones escolares, en tanto que yo era uno de los pupilos del gran hospital militar que se había instalado en aquel lugar. Estaba ya lo bastante curado como para dar unos paseos por los oscuros bosques de abetos hasta subir al Galz desde donde se domina un amplio panorama que abarca la llanura del Rin y Kolmar, llegando hasta la Selva Negra. Otras veces me iba hasta Labaroche, que se llamaba Zell por aquella época y donde iba desapareciendo un número continuamente creciente de alsacianos internos en el hospital militar, debido a la toma de París y el acercamiento de las tropas de invasión aliadas.

Por aquella época anduve con Magda Glassmacher por los bosques donde alemanes y franceses habían sostenido durante la Primera Guerra Mundial una tenaz lucha de posiciones que produjo grandes pérdidas. Nos sentábamos en poderosos riscos, nos tendíamos en soleados calveros y nos hacíamos las mismas promesas que se hacían en aquellos días millares de personas al borde de un abismo cuya magnitud y profundidad nadie se atrevía a imaginar.

Y ahora me dirijo a Mönchengladbach en un tren que transporta prisioneros franceses de vuelta a la patria para cumplir mi promesa de una forma que ni la fantasía más desbordada hubiese sido capaz de imaginarse.

Fernand está dispuesto a hacer todo lo que pueda para ayudarme en Mönchengladbach, pero no es posible preparar nada de antemano. La situación dirá cuál ha de ser el momento conveniente. De todos modos, tendrá dispuesta la mochila para entregármela en el último momento, cuando hayamos descubierto una salida aprovechable.

Parece como si de repente las ruedas giraran sin moverse del sitio. Dominado por la impaciencia, tengo la impresión de que el tren se arrastra con demasiada lentitud por la campiña del Bajo Rin, donde son visibles por doquier las heridas causadas por la guerra, a pesar de que ha terminado hace ya unas semanas en esta región. Pero la vida se desarrolla con más seguridad y firmeza que en la parte de donde procedemos. Hay aldeanos en los campos y los habitantes de las ciudades proceden a la retirada de los escombros.

A eso de las cuatro de la tarde, el tren avanza a paso de carreta por el conjunto de vías de la estación término de Mönchengladbach, reparadas de forma provisional. Unos cuantos puntales de cemento armado y de hierro sujetan aún los restos del techo destrozado del vestíbulo. El tráfico, de vía única, es dirigido desde dos barracones de emergencia. Entre los uniformes americanos e ingleses aparecen también un par de individuos que se cubren con raídos capotes de los ferrocarriles del Reich, pero la zona entera de la estación parece estar *Off Limits* para el personal civil.

Dirijo una mirada de soslayo a mi equipaje aun antes de que se pare la máquina que será desenganchada en este lugar. Sin embargo, Fernand me pone la mano en el hombro.

—Nada de pánico ahora. Tenemos una hora entera por delante y podremos estudiar la situación con paciencia.

No transcurre mucho tiempo sin que Fernand descubra una salida: un embudo abierto por una bomba en el muro de cemento armado. Tendrá unos seis metros de diámetro y forma una especie de tobogán que desciende hasta la calle.

—Tienes que salir por aquí. La policía militar que está en la puerta no puede ver el embudo, y no arriesgarás nada aunque alguien te pare fuera. Todo el mundo tiene que torcerse los pies alguna vez. Lo único que hace falta es que ninguno de los nuestros te vea largarte.

El momento se presenta favorable, pues casi todos los ocupantes del vagón posterior han ido a la parte delantera a buscar agua.

Me siento a medias en el embudo, como si estuviera satisfaciendo una necesidad, y la mochila llega volando al instante. Fernand ha reaccionado con prontitud.

Lo que ahora importa es cruzar enseguida la plazoleta de la estación, que puede verse desde la cabecera del tren. Por fortuna se encuentra muy concurrida a esta hora y, sin mirar hacia atrás, llego a un cruce de calles. Buscando la protección que

ofrecen unas casas medio intactas, intento encontrar una puerta abierta que me permita dejar la calle. Preguntaré por la calle de Hohenzollern y esperaré la llegada de la noche. Sin embargo, mi proyecto fracasa a consecuencia del inocente saludo de un viejo que lo trastoca todo y, sin sospecharlo, echa por tierra mis vagas disposiciones.

—*La guerre finie* —dice con sonrisa tímida.

—¿Dónde queda la calle de Hohenzollern? —le pregunto.

El primer alemán con el que he establecido contacto después de haber cambiado de uniforme se muestra muy dispuesto a ayudarme. Incluso hasta se esfuerza por responderme en francés.

—Muy cerca, a tres minutos escasos.

Solo tres minutos, y únicamente paisanos a mi alrededor. Unas cuantas miradas llenas de curiosidad que no pueden hacerme daño; al contrario, me infunden ánimo. Nadie puede detenerme. Así, pues, ¿por qué esconderme?

Sin embargo, mi alegría se evapora con rapidez, pues la calle de Hohenzollern está asimismo *Off Limits*. Veo ya desde lejos el gran letrero indicador de que las tropas de ocupación tienen su cuartel en las casi intactas casas de esta calle. Cualquier paso hacia allá es peligroso.

Se impone ganar tiempo, dominar los nervios. Camino diez minutos, un cuarto de hora, hasta darme cuenta de que estoy dando vueltas en círculo sin sentido y que debo tomar una resolución. Se presenta con la misma rapidez con que hizo acto de presencia la decepción. Los Glassmacher poseen una fábrica de paños en el arrabal de Neuberg y tienen que estar allí si han sido desalojados de su vivienda.

Una hora de marcha a pie todavía y todo habrá quedado atrás.

En la oscuridad incipiente voy preguntando por la dirección de la fábrica y este chapurreo que pronuncia el hombre que se cubre con la boina es tan divertido que me encuentro de un humor inmejorable cuando tropiezo de manos a boca con una patrulla a veinte metros escasos de la fábrica. Me detienen dos americanos que llevan casco y fusil, muy jóvenes, pero con unas caras muy serias y marciales.

La semioscuridad me ayuda a mentir. Sin embargo, me cuesta gran trabajo tartamudear algo referente a un transporte de repatriados que ha partido sin mí por haber ido yo a buscar agua demasiado lejos.

No es una historia con mucha base, y los americanos no hacen ningún caso de mi débil afirmación de que podría volver a la línea férrea sin ayuda de nadie.

Contra mis esperanzas, me colocan en medio de ellos y cinco minutos después intenta ver mis documentos el cabo de guardia que está de servicio en el piso bajo de un edificio de grandes proporciones, evidentemente ocupado por completo.

—Hay ahora *curfew*, una estricta prohibición de andar por la calle, ¿comprendes? —explica el americano—. Dentro de cinco minutos te detendría cualquier otra patrulla. Es una lástima que el tren se haya marchado sin ti. Haré que te escolten dos soldados hasta la estación y que se cuiden de que cojas el próximo transporte de

repatriación. Así no tendrás encuentros desagradables ni sufrirás pérdidas de tiempo.

Me ofrecen cigarrillos y cerveza. Y de nuevo, vuelta a la estación, una marcha dominada por la deprimente falta de salida de un transporte de prisioneros, aunque frente a los dos hombres armados aparento estar dando solo un inocente paseo nocturno. Carece de sentido la idea de dar un salto rápido y desaparecer entre las ruinas, pues me atraparían ellos mismos o alertarían a un batallón entero. He de darme por satisfecho con que el asunto se haya solucionado sin interrogatorio.

La noche hace de la estación un lugar de fantasmal actividad. Cierto que brillan pocas luces bajo el destrozado techo de la nave, pero hay diversos grupos trabajando en la reparación de raíles y agujas, y desde los dos barracones llega el estridente repiquetear de los teléfonos.

Me ponen en manos del jefe de estación, un oficial de edad, pero el hombre está tan atareado que apenas me escucha. Me envía a la cantina y me dice que coma y espere en dicho lugar.

Ahora, a eso de las diez de la noche, el barracón que sirve de cantina está casi vacío. Están comiendo seis o siete soldados que visten las ropas de faena, de color verde aceituna, y mis dos guardianes me miran indecisos. No saben a ciencia cierta si han cumplido o no su misión.

Continúan sentados un cuarto de hora mirándome comer. Sin embargo, su deseo de terminar la misión es mayor que mi apetito y no me cuesta mucho trabajo convencerles de que han cumplido con su deber. Cuando salen, los veo hablar con el jefe de cocina al tiempo que señalan en mi dirección.

Por fin me quedo solo. Y aparto el plato, pues también el jefe de cocina ha desaparecido detrás de su mostrador de autoservicio. No puede ser difícil desaparecer en la oscura ciudad.

Sin embargo, la puerta se abre cuando estoy alargando la mano para coger la boina. Después de una corta mirada investigadora, un oficial joven atraviesa el local en derecha hacia mi mesa y toma asiento. Después formula unas preguntas concisas.

—Sí, he perdido el tren y estoy esperando al siguiente —contesto.

Tiene un rostro inteligente, casi juvenil, pero las perspicaces miradas que me dirige desde detrás de unas gafas montadas al aire me examinan tan inquisitivamente que experimento en el acto una sensación de peligro, casi como algo físico. No es uno de esos inofensivos oficiales de tropa que he tratado hasta ahora. Su mirada se detiene incluso en mi mochila.

Después dice concisamente, como si todo estuviera correcto por completo:

—Después de cinco años no tiene importancia un par de horas más o menos. ¿Dónde vives?

—En París —contesto sin fiarme de él.

—Una hermosa ciudad. ¿Qué edad tienes?

Estoy a punto de contestar que veintidós años, con lo que habría caído en la

trampa.

—Veinticinco años.

—¡Qué lástima! Un año menos y no habrías ido a la guerra. ¿Tienes documentos?

He comprendido ya su táctica: una pregunta peligrosa después de cada pregunta en tono jovial. Y, naturalmente, sabe ya desde mucho antes que no poseo documento alguno. Sin embargo, queda únicamente la vieja evasiva y sé que no puede ser comprobada mediante el teléfono de campaña.

—Mis documentos se destruyeron en el incendio del campo de Finsterwalde. Muchos de nosotros viajamos ahora así.

—Así, pues, ¿no llevas nada encima de ti?

Ahora deja de andarse ya con rodeos y le noto un tono de triunfo que me obliga a jugarle el último as. Me desabrocho despacio la sahariana y la camisa y saco la chapa de identificación. Está húmeda, y cuando el teniente la coge en la mano tira como sin quererlo ligeramente del cordón, por lo que tengo que inclinarme un poco hacia él.

Examina la chapa, la sopesa y me la devuelve.

—La chapa es auténtica.

Ha confirmado con esto que me está sometiendo a un interrogatorio, lo cual parece enojarle.

—¿Llevas alguna fotografía encima de ti?

Digo que no con la cabeza.

—Una cosa realmente curiosa, pues todos los prisioneros de guerra tienen fotografías y cartas. Al fin y al cabo, el correo ha funcionado bien, ¿no?

—Eso es cierto, pero todo lo que contenía mi armario se incendió, como ha ocurrido con cientos de hombres en Finsterwalde.

Mira a su alrededor en la cantina, pensativo, como si pudiera encontrar aquí una prueba para refutar mis argumentos. El local ha quedado vacío con excepción de dos soldados, ya no serenos del todo, a los que mira fugazmente con ojos irritados. Luego consulta de repente el reloj.

—Bien, tengo que ver enseguida al subjefe de estación. Volveré dentro de tres minutos y beberemos un trago por una repatriación feliz.

¿Está seguro de que continuaré sentado aquí? ¿O es que necesita refuerzos? La cantina tiene dos puertas y no pierdo un segundo en reflexionar. Apenas el oficial ha cerrado una de ellas cuando ya he abierto con violencia la otra y he salido corriendo a sumergirme en la noche. No se trata de una reacción en circuito, sino de puro y simple instinto de conservación.

Por fortuna brilla todavía el alumbrado de emergencia y con un par de zancadas puedo esconderme detrás de un vagón de mercancías. A continuación, casi sin hacer ruido, corro agachado cincuenta metros por un terraplén cubierto de mala hierba. El alumbrado de emergencia no alcanza hasta aquí, y me dispongo precisamente a detenerme unos segundos para cobrar aliento cuando un silbato estridente da la señal

de alarma y la voz cortante del teniente ordena la búsqueda de un francés.

La situación no tiene ahora vuelta de hoja. No habrá evasiva alguna si me cogen. Mi huida terminará también con mis huesos en la prisión suponiendo que no me salten la tapa de los sesos en el sitio.

De repente se hace una luz brillante. El teniente ha ordenado encender todas las luces y reúne a todos los hombres disponibles con objeto de registrar a fondo el terreno de la estación.

Clavo los dedos en el oblicuo terraplén y comienzo a arrastrarme. Los proyectores me habrían alcanzado ya si no hubiese salvado corriendo los anteriores cincuenta metros. Por suerte, los americanos han comenzado la búsqueda por el lado opuesto.

Jadeante y sudando por todos los poros, consigo avanzar otros diez metros, pero entonces oigo que se dividen y que una parte de los hombres viene hacia donde me encuentro. Estoy aún en un ángulo muerto, pero ya no existe posibilidad alguna de salir de esta trampa.

Son abiertas las puertas correderas de los vagones de mercancías, y los conos luminosos de las linternas de bolsillo se deslizan apresurados en la noche como fuegos fatuos. Cualquier movimiento carecerá de sentido.

Las voces y el ruido de los pasos en el balasto son cada vez más fuertes. Sin embargo, de repente hace acto de presencia otro ruido: el sordo rodar de un tren. Inmediatamente después, el chirrido de unos frenos. Ruedas que giran a un metro escaso de mí, y después un brusco tirón que lanza con tal fuerza los vagones contra la locomotora que las traviesas se estremecen.

Mis dedos se hunden todavía más profundamente en la tierra húmeda y oigo bramar al maquinista algo relacionado con «una maldita porquería».

Y entonces ocurre lo inconcebible: a dos metros escasos de mi cabeza se abre una puerta corredera en el preciso instante en que la locomotora vuelve a tirar.

Durante una fracción de segundo contemplo con mirada fija el negro boquete del vagón, y lo que acontece acto seguido no es otra cosa que el producto de un simple reflejo. Dando un salto desesperado, me agarro con fuerza a la puerta y, sin dejar de correr, doy un segundo salto que me hace entrar boca abajo en el vagón. Me alejo, rodando, instintivamente de la puerta, por la que penetra ahora una luz deslumbradora, pues el tren avanza despacio por la estación de Mönchengladbach, claramente alumbrada, deslizándose por delante de cincuenta soldados y un teniente.

HABRÁN transcurrido unos treinta segundos desde que me he encaramado desde el terraplén a este escondite que corre. Estoy tendido aún en el suelo del vagón, jadeante y medio atolondrado, cuando me hieren los ojos el chorro luminoso de una linterna de bolsillo.

—Parece ser un francés —dice con marcado acento americano el hombre que sostiene la linterna.

Luego se enciende en el otro extremo del vagón la suave luz de un farol. Estoy rodeado por seis negros que visten blancas camisetas cerradas hasta el cuello. Probablemente estaban durmiendo, pues pronto será medianoche, y es posible que haya producido algo de excitación la súbita entrada de un intruso lanzado con violencia a través de la puerta.

Nos miramos mutuamente con fijeza y solo se escucha el sonido de las ruedas.

Me incorporo y me palpo el uniforme lleno de suciedad. Con excepción de la mochila, que se quedó en el terraplén, sigo con todo lo mío, incluida la boina, causa de que el hombre de la linterna me haya tomado por un francés.

Intento recuperar la presencia de ánimo. Y como un autómata, suelto la cancioncilla de siempre: que he perdido mi transporte. Y agregó:

—He saltado simplemente porque creía que este pudiera ser el próximo transporte de repatriados. No se puede andar escogiendo cuando uno lleva cinco años esperando la ocasión.

La sorpresa deja paso a una comprensiva distensión. Riendo francamente, me dan palmadas en la espalda y desean saber más, pero ahora me ando con muchísimo cuidado. La frontera holandesa se aproxima cada vez más y tengo que desaparecer cuando el tren se detenga.

—Cinco años se hacen larguísimos —digo—, y os podréis imaginar que mi único deseo en estos momentos no es otro que volver a casa.

—Claro, muchacho.

—En realidad, ¿adónde vamos? —pregunto.

—A Francia, querido, precisamente en tu dirección —me contestan con francas risas mis involuntarios anfitriones—. No podrías haber acertado mejor aunque lo hubieras buscado a propósito. Estás en un tren que lleva setecientos hombres de permiso a El Havre, y este vagón es el de cocina. No hace falta decir que te quedarás con nosotros y que informaremos en la primera parada al jefe de tren, solo para que estén las cosas en orden.

Y acto seguido abren sus mejores latas para dar fuerzas al francés repatriado.

Empiezo a comer. Sin embargo, me siento de modo que pueda abrir de un tirón la puerta corredera, pero el tren no se detiene hasta el amanecer, ya en Holanda, en una estación llamada Maastricht.

—Te presentaremos ahora al jefe del transporte —dice el jefe de cocina—. Luego, si tienes ganas, puedes ayudar en la preparación del desayuno.

El jefe del transporte, un coronel de cabello entrecano, mirada paternal y con vistosas condecoraciones en el lado izquierdo del pecho, me da unos golpecitos en el hombro:

—Pues claro que puedes viajar con nosotros, muchacho. Llevamos el mismo camino y nos sentimos contentos de poder ayudarte.

Atravesamos Holanda en dirección a la frontera belga. Por todas partes, limpias casas de ladrillo con amplias ventanas que reflejan una agradable comodidad hogareña. Como en Suiza, que se ha convertido ahora en mi meta, aunque bien es verdad que sin plan de viaje, pues no es posible planear nada en esta situación. Los niños nos hacen señas. Están abiertas las puertas de los vagones, de las que cuelgan, balanceando, las piernas de los americanos que van de permiso y que contestan a los saludos.

Una vez en Bélgica, las casas se tornan grises de nuevo, pero el ambiente mejora sin cesar. Nos detenemos en estaciones grandes y pequeñas, donde las muchachas, detrás de largas mesas, esperan con ofrendas de amor a los prisioneros de guerra que vuelven a sus casas. Pero siempre la misma decepción: «*Ce sont des américains*», son americanos.

La decepción es bilateral, pues los americanos, en calidad de liberadores, creen tener derecho a recompensas y no pondrían objeción alguna a una botella de vino. En este tren se tiene de todo menos alcohol. Sin embargo, todos los saludos son esfuerzos hechos en vano: las botellas continúan en las mesas, alineadas como soldaditos de plomo, y solo hay unos cuantos besitos arrojados con la mano, los cuales no sirven de nada, como observa con toda justeza el negro jefe de cocina.

—Habría que ser francés como tú —me dice con sonrisa irónica—. Será entonces cuando salga a relucir en ellos el ser humano. Vaya, hemos de tener por alguna parte una banderita azul y blanca. Si nuestro *frenchy* hace señas con ella, entrarán rodando las botellas en el vagón.

Los seis hombres comienzan a buscar con prisa febril y encuentran la banderita. Ya no está limpia del todo y parece más bien un trapo de limpieza, pero se pueden reconocer bien todavía los colores, y Jim, el jefe de cocina, me la pone en la mano con aire de triunfo:

—¡Aquí tienes el anzuelo, *frenchy*, ahora procura que piquen!

El primer intento es un éxito rotundo.

—¡Mirad, un francés! —exclama una voz limpia de muchacha.

Y antes de saber lo que me está ocurriendo, restallan en mis mejillas dos resonantes besos y me abrazan apasionadamente. Los negros se dan palmadas en los muslos de puro placer.

—¡Cógela, hombre, puedes quedártela también para ti solito!

—¿Qué haces entre los americanos? —desea saber la muchacha.

—¡Oh! Me han cogido únicamente porque he perdido mi tren de transporte. Son unos buenos chicos, pero tienen una sed terrible. ¿No tenéis algo para nosotros? Podéis conseguir a cambio botes de leche condensada, jabón y todas las cosas imaginables.

Las muchachas dan a manos llenas, y no tarda en haber un montón de botellas en el vagón cocina.

Sin embargo, y a pesar de que bebemos el vino tinto como agua, podemos ceder una cantidad abundante de botellas, por lo que el ambiente no solo se ha tornado más suelto en el vagón cocina, sino en general cuando nos vamos aproximando a la ciudad de Maubeuge y, por tanto, a la frontera francesa. Es grande la tentación de participar sin reparos en la francachela, pero la resisto y me retiro a un ángulo del vagón que no puede ser visto desde la puerta.

Ya en Francia, las luces comienzan a brillar en las casas, y al amparo de la noche me atrevo a salir de nuevo a la puerta cuando el tren se detiene, operación que repite con frecuencia y que me alegra, pues tengo que saber cuál será el momento conveniente para saltar. De ningún modo puedo continuar en el tren hasta El Havre.

Pero el asunto es mucho más complicado que cuando se viaja con billete como el personal civil. Y tengo que intentar descubrir qué ruta sigue el tren. Menos mal que para también en las estaciones pequeñas.

Llegamos a una de esas estaciones de aldea francesas por las que el tiempo ha pasado desde hace siglos sin dejar huellas: andén, urinario, taquilla de expedición de billetes, una diminuta sala de espera, un anuncio de aperitivos y un hombre que golpea con el martillo las ruedas del tren porque su abuelo las golpeaba ya de la misma forma.

Le ofrezco un paquete de Lucky Strike, pero el hombre prefiere algo de comer, sin que le produzca asombro alguno el hecho de que un prisionero de guerra francés le sirva comida de un vagón cocina americano en el que duermen su borrachera seis negros.

—Escucha, he perdido mi transporte de repatriación y deseo llegar a París. Los americanos me han llevado un rato con ellos.

—Lo mejor que puedes hacer es presentarte en Hirson —explica cogiendo el montón de latas que le ofrezco—. Han habilitado allí un campo de concentración por donde pasan todos los prisioneros de guerra. Llegaréis allí dentro de un cuarto de hora, y entonces te proporcionarán documentos, billete y todo lo que necesites. Imagínate, esta mañana han encontrado un alemán en un transporte de repatriados y lo han llevado inmediatamente al paredón. Es en realidad una cosa fuerte, ¿no te parece?

Es un alivio que la estación disponga solo de luces de señales que me permiten digerir este golpe en la oscuridad. Mientras el tren sigue corriendo en dirección a Hirson, estoy tan sobrio como si no hubiese bebido una sola gota de alcohol.

Hirson puede ser la piedra donde tropiece. Allí serán sondeados los prisioneros de

guerra que vuelven a la patria. Aquí no servirá ya de nada la chapa de identificación, y tengo todos los motivos para mezclarme con el dormido personal del vagón cocina. Ni los sabuesos franceses más refinados conseguirán pescar nada en este lugar.

El tren permanece detenido en Hirson casi un cuarto de hora. Hay gendarmes patrullando en los bien iluminados andenes, y en las blancas banderolas figuran en grandes letras estas palabras: «*Centre de Repatriement*». Así, pues, es esta la estación término de los transportes de repatriados. No es ninguna obra de arte escapar a las incómodas preguntas de los burócratas, pues los transportes de tropas americanas están fuera de la jurisdicción francesa. No obstante, respiro con desahogo cuando la máquina despidе vapor de nuevo y arranca en dirección a Charleville-Mezières.

Conozco el terreno como la palma de mi mano. Nuestro regimiento estuvo en este lugar año y medio atrás, y si acierto en mis cálculos, el tren ha de pasar a menos de quince kilómetros de distancia del pueblecito donde tuvo su cuartel mi compañía.

Se presenta súbitamente la decisión de solicitar ayuda en dicho lugar. Tengo buenos amigos en la aldea. Había tenido contactos que habían ido más allá de relaciones pasajeras, y en especial las relaciones con la familia B. habían estado presididas por una franca cordialidad. Las personas en cuya casa me alojaba, enemigos encarnizados de Hitler, me habían acogido al principio con desconfianza, pero después habían comprendido que éramos del mismo modo de pensar. Esta decisión lleva inherente bajar a tiempo del tren, y es en realidad como si la ocasión se me ofreciera, pues el tren corre ahora por terreno más descampado cada vez.

Resulta difícil despertar a los cocineros amodorrados por el vino, pero me repugna la idea de abandonar como un ladrón este asilo. No es fácil hacer entrar en estas cabezas atontadas por el alcohol que debo partir ahora, pues hay desde aquí un tren directo a París y yo perdería dos días si fuera con ellos hasta El Havre.

Sin embargo, Jim, el jefe, comprende mis razones y me atrae contra su ancho pecho. Luego todos se bambolean sobre el balanceante suelo para sacar lo mejor de la imponente cantidad de provisiones. Hemos de seleccionar las cosas con mucho cuidado para que todo quepa en el macuto que me han regalado junto con unos útiles de afeitar y ropa interior. Salvo el uniforme que llevo, todo es propiedad del Ejército de los Estados Unidos. Y cuando el tren hace en descampado su siguiente parada, me despiden con abrazos y buenos deseos.

—¡Buena suerte, *frenchy*!

Tendré necesidad de ella, pues cuando desaparecen detrás de una curva lentamente las luces rojas de la cola del tren, ya no hay tabla alguna americana que me proteja frente al peligro, sino tan solo la noche y los bosques de las Ardenas.

PERO la noche se va aproximando a su fin. Después de una hora de marcha a pie, hace acto de presencia el amanecer, y ya es más que tiempo de encontrar un sitio donde esconderme. Estoy contento de haber metido en el equipaje una lona, pues hace frío y hay humedad y he de pasar más de doce horas en el monte bajo antes de poder continuar mi camino.

Elijo un sitio no visible y donde en el peor de los casos solo podría dar conmigo un perro. Hierba húmeda y follaje podrido y recién caído me proporcionan un escondite que puede ofrecer seguridad a lo largo de un día suponiendo que a nadie se le ocurra precisamente organizar una de las famosas cacerías de jabalíes de las Ardenas.

Duermo aproximadamente dos horas envuelto en la lona y me despiertan los pájaros y el sol que hace brotar vapores de la hierba. Dispongo de leche condensada, bizcocho y carne en lata y después de desayunar me permito el placer de un cigarrillo, aunque es un lujo que pudiera resultar peligroso. Escucho con atención concentrada los diversos sonidos del bosque y trato de moverme un poco en mi escondite.

Cuando el sol se eleva, mi refugio se calienta y casi se seca. El viento ha tenido que cambiar, pues se oyen, procedentes del este, los toques del reloj de una torre. Y de repente me llega el sonido de unas voces desde un sendero que pasa a unos setenta u ochenta metros de mi escondrijo. ¿Leñadores, campesinos, cazadores o simples paseantes? He estado esperando esto el día entero, pues, como sé, no es esta una zona despoblada. Sin embargo, se alejan las voces y después oigo tan solo el susurro de las hojas. Se alargan las sombras de los árboles y comienzo a preparar la partida cuando el sol descende. Un día perdido que no me ha permitido avanzar un solo paso. Tengo los nervios tensos, a punto de saltar. La decisión vendrá con la noche.

La noche se presenta más favorable que la precedente, pues las estrellas me facilitan la orientación. Podré llegar a la aldea a eso de medianoche si no me extravío.

La carretera es peligrosa. Los faros de los automóviles, que perforan veloces la noche como fantasmales conos blancos, me obligan media docena de veces a echarme en la cuneta, pero por fin adquiero la certeza de que solamente faltan cuatro kilómetros para llegar al pueblo.

Camino paralelamente a la carretera, por los campos o junto a la linde del bosque y me escondo cuando escucho el menor ruido.

Oigo el ruido de la aldea mucho antes de divisar sus luces. Limpias voces de muchachas se mezclan con la música de un acordeón. Esta noche, precisamente, hay baile en el pueblo, y por lo que oigo parece ser que están bailando al aire libre. ¿Cómo puede en este caso pasar sin ser visto un hombre que viste el uniforme de los prisioneros de guerra?

Si espero que termine el baile, será más de medianoche ya y estarán cerradas las puertas. No es posible demorar la decisión.

Las huertas y los vallados ofrecen algo de protección según me deslizo sigilosamente, pero la rutina diaria se quebranta cuando hay fiesta. Se abren y cierran puertas que ya están cerradas a esta hora en días normales. Durante unos minutos me acurruco detrás de los árboles o me aprieto contra las paredes cuando suenan pasos. Es una locura penetrar en la aldea en estos momentos, pero tengo que desprenderme del uniforme y ya no puedo retroceder hasta el bosque. Me quito la sahariana detrás de un vallado con la esperanza de que la camisa y la boina no me delaten inmediatamente.

Recorro a paso ligero dos oscuras callejas laterales y llego frente a la puerta que busco. Está iluminado el piso bajo y luce también el farol de la entrada. Me veo como si fuera una figura de caseta de tiro al blanco en la que se fijan cien pares de ojos que observan desde detrás de un punto de mira. Y esta sensación se debe a que pueden verme desde el sitio donde están bailando. Solo me queda la esperanza de que no me reconozcan de espaldas.

Se acercan por fin unos pasos despaciosos. Abre en persona el dueño de la casa. Y antes de que pueda recobrase estoy ya en el pasillo y he cerrado la puerta detrás de mí.

Se refleja la sorpresa en la cara del hombre cincuentón, y después una expresión de reconocimiento y de temor. Transcurren breves segundos antes de que me señale la escalera que conduce al piso superior:

—Arriba, deprisa, tenemos visita.

Alcanzo el piso superior en tres saltos. La mano del dueño de la casa está agarrada a la barandilla de la escalera mientras miro sus ojos, agrandados todavía por el espanto. Sube dos escalones, pero entonces se vuelve y entra en la sala de estar con una expresión sombría.

Me siento a esperar en el extremo del pasillo. Pasan cinco minutos, quizá diez, y luego se abre de nuevo la puerta de la sala de estar. El hombre sube la escalera con cuidado para evitar que cruja la madera de los escalones.

Ha desaparecido de su rostro la expresión de desconcierto. Ya no brilla el terror en sus ojos, sino una mirada interrogadora de reproche. Y su voz tiene un acento de calma a pesar de la excitación.

—He creído al principio en un fantasma, pero ahora veo que es usted que se ha escondido en mi casa sin que haya podido impedirselo. Le ruego una explicación.

Abre una puerta antes de que yo pueda contestar. La puerta da a una buhardilla de paredes oblicuas.

—Nos puede costar la cabeza si nuestros invitados notan algo.

Antes de encender la luz, cierra los postigos de la pequeña ventana. Entonces le explico en pocas palabras la causa de que me halle en esta situación y de que pida su ayuda. No obtengo respuesta cuando termino y solamente oigo el acordeón cuya

música llega desde la cercana plaza donde la fiesta se encuentra en su momento culminante. Es ahora cuando veo con claridad que las cosas han cambiado y que ya no estamos en 1944.

Considerada desde lejos, mi pretensión parecía completamente lógica, pero de pronto comprendo que he metido en un lío a un hombre honrado e ingenuo. En la Francia liberada se siguen ahora unas normas distintas de aquellas sobre las que hablamos antaño con tanta frecuencia.

Sin embargo, Monsieur B. se decide a ayudarme, a pesar de que esta acción puede acarrearle un gran peligro:

—Déjeme reflexionar sobre lo que podemos hacer. Mi esposa le traerá algo de comer cuando nuestros invitados se hayan ido. Yo voy a bajar ahora otra vez. —Se vuelve al llegar a la puerta—. El asunto es peligroso para todos nosotros y llamaría enseguida a la policía si no supiera a fondo quién es usted. Pero debo pedirle que no espere milagros de mí.

No obstante, el milagro se ha producido ya por lo que a mí respecta. Por fin ya no siento el miedo de ser descubierto que me ha perseguido sin descanso durante los últimos días. A pesar de la música que llega del exterior, duermo en el viejo sillón como pudiera hacerlo en la más cómoda de las camas y son ya las dos de la madrugada cuando Monsieur B. me despierta. Su esposa trae una bandeja con los abundantes restos de la cena y también ropa de cama para el gastado sofá. Es tan intensa la sensación de saberme a cubierto que la abrazaría de buen grado, pero mis deseos se quedan en un tímido apretón de manos.

—Déjelo —dice la mujer—. Estoy segura de que usted habría ayudado también a mi marido en una situación parecida. Si le delatamos tal como está la situación en estos momentos, le colgarán sin haberle escuchado siquiera. Naturalmente, lo mejor para todos sería que nos librásemos ahora mismo de usted, pero no le haremos marcharse mañana temprano. Podrá quedarse descansando el día entero en esta habitación. En el armario hay trajes viejos de nuestro hijo, creo que encontrará algo que le sienta bien. Ya hablará de todo lo demás con mi marido.

Es mediodía cuando me despiertan unos golpes dados en la puerta.

—He subido tres veces con intención de traerle el desayuno, pero creo que habría seguido usted durmiendo aunque la casa se hubiera desplomado sobre su cabeza. Ahora coinciden el desayuno y la comida.

Observo por primera vez el asomo de una sonrisa en el rostro de esta mujer, y con un hambre como no había sentido desde el momento de cruzar el Elba dejo el plato tan limpio que parece fregado. Después duermo otra vez hasta la noche. Entonces estudiamos los detalles de mi ulterior viaje.

Abandonaré la casa poco antes del alba y marcharé a pie por la carretera que conduce a Charleville. No son de temer controles a esta hora y podré estar en la estación a tiempo de coger el tren de París, vía Reims. Rechazo el dinero que me ofrecen para llegar hasta la frontera suiza porque en París viven unos amigos de mi

madre que podrán ayudarme. También la dueña de la casa se niega largo rato a aceptar algo a cambio de su hospitalidad hasta que por fin consiente en coger al menos el café que me dieron los americanos. Les habría dejado todo lo que tengo de buen grado, pero la señora rechaza el ofrecimiento con decisión.

—Le queda todavía un largo camino por delante —objeta.

Ninguno de nosotros sospecha cuánta razón tiene la mujer cuando yo, por primera vez desde el último permiso, me pongo de nuevo una camisa blanca y una corbata. El traje azul marino de su hijo me sienta como hecho a medida, pero los negros zapatos me están pequeños y me aprietan bastante.

—Los habrá gastado ya cuando llegue a Charleville —opina Monsieur B.

A continuación me despido del matrimonio.

La calma es absoluta durante los primeros kilómetros, y casi he llegado a la ciudad cuando comienza el tráfico profesional. Mi aspecto es irreprochable y nadie puede suponer que no llevo ningún documento. Y en realidad, ¿a quién podría ocurrírsele la idea de pedir la documentación a un hombre joven vestido con elegancia?

Una vez en la estación de Charleville-Mezières, recibo por debajo del cristal de la taquilla, como la cosa más natural del mundo, un billete de segunda clase para París. Me queda todavía casi una hora de tiempo y no dejo que se me escape un humeante café con leche, acompañado de unos crujientes croissants. Uno puede perder la cabeza si de repente se ve paseando por el andén con un irreprochable billete de tren en el bolsillo, comprando cigarrillos y periódicos, escogiendo un departamento... y siendo al mismo tiempo un fuera de la ley que puede ser descubierto en cualquier instante.

Hay en el tren espacio suficiente y, por su aspecto seguro, me atrae más que los otros un departamento donde han tomado asiento dos señoras mayores y un sacerdote. Tampoco hay nada que objetar al jovenzuelo que ha subido poco antes de ponerse en marcha el tren.

En Reims, donde se apean las dos damas y el sacerdote, me veo arrancado unos segundos de la placidez de este viaje cuando un gendarme grueso que lleva una enorme cartera de cuero avanza por el pasillo pisando con fuerza. Clava sus ojos en el muchacho y en mí, pero desaparece a continuación en el departamento siguiente.

El tren discurre a una velocidad moderada por la monótona campiña de Champaña. Con títulos ostentativos, el periódico informa de la rendición incondicional de Alemania, firmada por el mariscal Keitel y anuncia un gran desfile que se celebrará en los Campos Elíseos con asistencia del general De Gaulle. En el Parque de los Príncipes tendrá lugar un importante encuentro de fútbol para la conquista de la copa y el Folies Bergère presenta una nueva revista con las piernas más bonitas que París haya visto nunca.

Francia parece haber dejado atrás la guerra. Cuando quedan atrás las casas grises y estrechas de los arrabales orientales y el tren se desliza despacio por las agujas de

Pantin, el miedo a los controles no me oprime tanto como los zapatos. Se puede pasar inadvertido en una estación grande hasta que se encuentra un hueco, pero se tiene una base rematadamente mala cuando no son los zapatos los que dan de sí, sino los pies.

Las ampollas, del tamaño de un pfennig, me duelen terriblemente cuando cojeo por el andén. Pero no tardaré en estar sentado en el metro para dirigirme a casa de un amigo suizo que vive en St. Mandé, donde podré ponerme unas zapatillas y preparar con toda calma la siguiente etapa del viaje.

Ningún policía en la barrera. Solo me piden el billete y puedo entrar en el vagón del metro sin cambiar de andén. Nunca he respirado con tantísimo placer el aire viciado, caliente y húmedo, de este laberinto subterráneo.

St. Mandé-Tourelles. La cosa marcha sobre ruedas. Ahora solo un pequeño esfuerzo de los pies y todo estará resuelto. ¿Quién va a pedir cuentas a un ciudadano suizo por recibir a un amigo?

Pero ¿por qué motivo están bajadas todavía al mediodía las persianas de la casa de los Quentin? Este estado de cosas me hace sospechar malos vientos, que son confirmados por la portera, que me dice, encogiéndose de hombros:

—Lo siento, pero la familia Quentin ha partido para Suiza hace tres días y no regresará antes de finales de mes.

Vuelvo cojeando a la calle después de un apagado «*Merci, Madame*». París ha perdido en el transcurso de un segundo su encanto y se ha tornado desoladamente gris. Tengo muy poco dinero para sacar un billete hasta la frontera suiza.

Cierto que me quedan todavía otros amigos franceses en París, pero ¿puedo esperar que reaccionen como la familia B.? ¿No sería mejor intentar hacerme con dinero vendiendo los víveres americanos en el mercado negro?

Sin embargo, me inmovilizan los zapatos, que me aprietan como aros de hierro los calcañares, produciéndome un dolor que se ha duplicado después de la decepción sufrida.

Calculando en moneda alemana, me quedan solo unos cuarenta marcos, demasiado poco para el tren, pero sí lo bastante para calmar la sed. Entro en un pequeño bar, pido una cerveza y me aflojo los cordones de los zapatos. A pesar de todo, la situación es mejor que la de Mönchengladbach, pero tendré que haber discurrido alguna cosa antes de que caiga la noche.

De momento preparo una lista de nombres, naturalmente de memoria. Pero hay que hacer limitaciones en estos nombres, considerando cómo ha cambiado la situación. Incluso Germain, el amigo de una época de juventud sin preocupaciones, con el que he perdido todo contacto desde 1939, puede reaccionar de una forma totalmente distinta de cómo me imagino. No obstante, pongo su nombre en el primer lugar de la lista.

La segunda posibilidad la representa el mercado negro. Mi provisión de víveres americanos vale más que un billete de tren hasta Belfort, pero no puedo ofrecer mi mercancía en las estaciones del metro como las viejas sus lirios de los valles.

Al pensar por tercera o cuarta vez en mis posibilidades, se me ocurre la idea de negociar en un burdel, idea que tiene su origen en consideraciones muy realistas. Las mujeres que venden sus favores no sienten precisamente mucho afecto por la policía y tienen también contactos con el mercado negro, y en segundo término está la posibilidad de quitarme los zapatos en el burdel y dejar que mis doloridos pies descansen una hora, lo que me permitirá coger el metro de nuevo hacia el interior de la ciudad.

Subo fatigosamente con el pesado macuto las escaleras de la estación de Strasbourg-St. Denis. Cierto que es la hora sagrada de la comida, pero quizá no llame en vano a las puertas de la calle Blondel, donde las damas trabajan en turnos de veinticuatro horas a precio modesto.

Es verdad que me reciben. Sin embargo, la oferta se limita en este momento desacostumbrado a una rubia llenita, con ojos bovinos en los que no puedo descubrir la más pequeña chispa de comprensión hacia mis pretensiones. Mis latas americanas no le hacen la boca agua, sino que la ponen colérica:

—¡Pues sí que me gustan estos clientes! Te has equivocado de puerta, querido. ¡Aquí se paga con dinero, no con betún ni con carne en lata!

—En realidad quería únicamente vender las cosas —replico con timidez.

Pero esto la pone ahora furiosa de verdad:

—¡Encima con pretensiones! ¡Un traficante en un burdel! *On aura tout vu!*

Y así, temeroso de que la mujer pueda llamar a un Louis, toco a retirada sin haberme quitado un segundo siquiera los zapatos, pero convencido, sin embargo, de que habrá en esta calle un número suficiente de muchachas dispuestas a ayudarme, de esa clase que describió Guy de Maupassant. Ahora bien, no tengo una varita mágica que me ayude a encontrarlas, y quizás en estos momentos una de ellas esté perdiendo su bondad y su afán de ayudar con un cliente que no se lo merece. Sin embargo, no tengo el valor suficiente para realizar un segundo intento.

La segunda estación está en la calle Pierre Lescot. También fracasa el intento. En la placa de la puerta de la vivienda del segundo piso figura otro nombre, y resignado me vuelvo de nuevo hacia la oscura escalera que huele a melones pasados como años atrás, cuando yo, a los trece años de edad, saltaba siempre los escalones de tres en tres.

¿O quizá debo llamar? Es pequeño el riesgo que corro al preguntar a los nuevos inquilinos por el paradero de la familia Delbès, y quizá pueda enterarme de la nueva dirección.

Interrumpo precisamente la comida y la dueña de la casa abre solo un pequeñísimo resquicio.

—Los Delbès se marcharon de aquí el primer año de guerra. Primero a Toulouse, y después, según se dice, emigraron a América del Sur. Siento mucho no poder decirle más.

Se cierra la puerta. Siento la tentación de descalzarme y sentarme en la oscura

escalera. Las casas donde antes se tuvo una cama son como un trozo de hogar. Sin embargo, esta casa se ha tornado fría, extraña e inhospitalaria como la ciudad entera, que he pisado tan lleno de esperanzas hace unas horas. Por el camino a la estación del metro de Étienne Marcel me acuerdo de los prenderos del mercado de viejo de St. Ouen y una hora después he cambiado los estrechos zapatos por un par de zapatos viejos y gastados, pero cómodos, y he dado además tres paquetes de Chesterfield a impulsos de la alegría.

Los pies inflamados parecen andar de repente sobre terciopelo, y mi estado de ánimo mejora otra vez a pesar de que se acerca la noche con sus problemas. La habitación de un hotel devoraría todo el dinero de que dispongo, eso prescindiendo de que se exige la presentación de documentos incluso en los cobertizos más miserables.

Con todo, los pies libres ya de dolor representan un punto positivo. Se puede andar bien y sin peligro entre la masa que deambula por los grandes bulevares esta tarde de sábado. Es la hora del aperitivo, y en las terrazas de los cafés sudan los camareros debajo de las blancas chaquetas. París se prepara para la noche, que se anuncia muy prometedora para un par de jóvenes soldados americanos que atraviesan con seguridad la masa humana, llevando del brazo a unas muchachas que ríen ahogadamente. Las muchachas siguen siendo las mismas, lo único que ha cambiado han sido los uniformes.

Me asalta el temor a la noche. Doy grandes rodeos para no encontrarme con los gendarmes, aunque el sentido común me diga que ya tienen más que suficiente con regular el tráfico. Sin embargo, el sentido común es impotente frente a la repugnante sensación de creerse observado desde todos lados. Y el pesado macuto resulta aún más sospechoso que a plena luz del día.

La única persona de quien puedo esperar ayuda no vive en París, sino en Normandía, pero sería una estupidez rematada ir a aquella región, pues Normandía está al noroeste de París mientras que Suiza queda al sureste. Todo mi sentido común se opone a este pensamiento. Pero ¿qué puede pesar cuando pienso en la aldea de Lieurey, una aldea normanda que se me antojó un paraíso en 1943, después de la guerra? Había vivido allí en la mejor habitación de una gran casa campesina, cuyos amables habitantes me leían en los ojos cualquier deseo. Ciertamente que se habían beneficiado de ello, pues yo, en mi calidad de intérprete de la compañía, pude hacer mucho por ellos. Casi se derramaron lágrimas cuando la compañía fue trasladada a Glos-sur-Risle. Y, naturalmente, hubo promesas de la celebración de una gran fiesta en común cuando terminara la guerra.

Mi bolsa es lo bastante fuerte para permitirme un viaje a Normandía, y con los zapatos de que dispongo ahora es también posible recorrer a pie los doce kilómetros que hay desde la última estación de ferrocarril hasta la aldea. Resulta tentador hasta un extremo increíble el pensamiento de poder dormir sin preocupaciones dos o tres días en una cama ancha y mullida, incluso descansar en ella hasta una semana entera.

Media hora después saco el billete de ferrocarril en la estación de St. Lazare, para

el rápido de Ruán. La gran estación parece en esta tarde de sábado una colmena gigantesca, y el tren está lleno hasta rebosar, como en la época en que no había en París nada que llevarse a la boca y la gente viajaba a Normandía a comprar mantequilla, huevos y queso que se pagaban a precios muy altos. Así, los campesinos de Normandía llegaron a ser los más ricos del país.

Puedo sentirme con toda tranquilidad entre los pobres del tren, pues los pocos francos que me han sobrado después de comprar el billete me alcanzan únicamente para una cerveza. He subido al tren con mucha más modestia que lo hiciera por la mañana en Charleville, pero al menos vuelvo a tener una meta, aunque mi objetivo se encuentre en otra dirección que la conveniente.

Queda solo sitio en los pasillos. Me siento con las rodillas encogidas en el gran macuto, y me aturde los oídos un niño al que no place el regazo de su abuela, hasta que se me ocurre la idea de llenarle el estómago con bizcocho americano. También la abuela acepta un puñado, maldiciendo a los americanos, los cuales, según ella, deberían hacer mucho más para levantar de nuevo al país devastado por la guerra:

—Todo continúa tan escaso como en la guerra. Además, ¿por qué no enganchan un par de vagones más para que no tengamos que ir como el ganado?

Habla muchísimo. Yo, después de haberle dado la razón en todo, aparento estar dormido mientras el tren se adentra en las enormes huertas de frutales de Normandía, donde los americanos desembarcaron hace un año con objeto de liberar a los franceses.

He de transbordar en Serquigny, un villorrio aburrido conocido únicamente por ser un nudo de comunicaciones. El viaje sigue solo cuarenta minutos después en un tren de cercanías y me escondo detrás de un periódico, pues corro el peligro de que me reconozcan. Dos años son un tiempo muy breve para olvidar una cara.

Pero no surge ningún problema y el tren se desliza valientemente hacia la pequeña estación que he elegido como final de mi viaje. Es preferible andar unos kilómetros más de noche que tropezarse con caras conocidas. Quedan todavía tres kilómetros hasta Glos-sur-Risle.

Ya no entra en mis planes esconderme en el bosque. Tengo que estar en la granja de Monsieur Josselin antes de que salga el sol.

Camino por el borde de la carretera, siempre dispuesto a ocultarme cada vez que oigo un ruido o se acerca alguna luz. Doy un gran rodeo para evitar la aldea de Glos, donde brillan todavía unas luces. Después comienza el estrecho camino de Lieurey, un poco empinado, bordeado por los típicos setos de Normandía. Solo dos veces tengo que ocultarme detrás de ellos para escapar a la luz de los faros de los automóviles, pues la noche del sábado al domingo reina la calma en las carreteras de tercer orden. Veo en la oscuridad, como fantasmas, unas tenues nubes blancas que se deslizan por el cielo negro violáceo. El domingo será magnífico.

Cuando la estrecha torre de la iglesia de Lieurey aparece en el horizonte, extendiendo detrás de un seto la lona sobre la húmeda hierba y espero el momento de la salida del

sol, pues tampoco se debe molestar demasiado pronto a los campesinos las mañanas dominicales.

Así, pues, espero hasta el momento del ordeño antes de atravesar la pradera en dirección a la casa. Oigo el ruido de los cubos de leche, que suena a mis oídos como una música con que se me recibe de vuelta al hogar.

Después de llamar por tercera vez, oigo unos pasos lentos por el largo pasillo y la doble vuelta de la gran llave que gira en la pesada cerradura de la puerta de roble. Los campesinos normandos son gente desconfiada, y el que se aproxima se sorprenderá lo suyo. Pero el rostro de Monsieur Josselin no refleja el asombro alegre que yo me había imaginado: hay un espanto indecible en los ojos muy abiertos de este campesino que me mira como si estuviera viendo un aparecido. Temo por un momento que me dé con la puerta en las narices. Sin embargo, retrocede un paso y tartamudea:

—¿Cómo es posible? ¿Qué quiere usted aquí?

Penetro en la casa sin que me inviten, y Monsieur Josselin señala la puerta de la cocina con mano temblorosa. Cuando abro esta puerta, me tropiezo con un nuevo estremecimiento, pues el grito de terror que exhala la mujer despeja las últimas dudas. He cometido un gran error, y me doy cuenta de que ya no puedo remediarlo.

La esposa se rehace con más rapidez que el marido:

—¿Cómo ha podido atreverse a una cosa así? —me pregunta como una gata enfurecida.

Pierdo el habla al observar la transformación sufrida por una persona que se había preocupado de mí casi como una madre.

¿Hay alguna salida de esta ratonera? De pie en el centro de la cocina, hago esfuerzos por conservar la calma, mientras el campesino me cierra la puerta con su macizo cuerpo y la aldeana se agarra a la placa del fogón como si tuviera que obrar con las máximas precauciones frente a mí.

Me doy cuenta de que me va a ser imposible dar en este sitio con el tono adecuado.

—En realidad quería pedirles tan solo un favor... Necesito unos doscientos francos, y quisiera pagárselos con víveres americanos. Estoy huyendo hacia Suiza, pero veo que no quieren ayudarme. Comprendo su punto de vista, pero les suplico que no me delaten. Pueden estar seguros de que no he cometido ningún delito, y nadie sabrá que he estado aquí si ustedes me dejan marchar.

No puedo interpretar la rápida mirada que intercambian los dos. Espero solamente que acepten mi proposición, y parece ser que la aceptarán.

—Comprenderá usted que incurrimos en una pena grave si le ayudamos —dice la campesina con una voz más calmada.

Inclino la cabeza, apesadumbrado.

—Por tanto, no le hemos visto. —Llena de sidra un gran jarro—. Beba esto y descanse un poquito; es lo más que podemos hacer por usted.

Vierto sidra en un vaso y me echo al colete un buen trago. Cuando dejo el vaso, noto que el viejo no está en la cocina y que la puerta está cerrada.

—¿Dónde está su marido?

—Ha vuelto a la cuadra. Estaba ordeñando cuando llamó usted.

Sus ojos miran inseguros más allá del lugar donde estoy. Me doy cuenta de que me están tendiendo una trampa.

—¿Va usted a denunciarme a la policía?

—No, claro que no.

Lo afirma con un poco de precipitación, y veo con absoluta claridad que el viejo no está en la cuadra. Me pongo en pie y trato de acercarme a la puerta, pero la mujer se interpone con una viveza que no habría supuesto en ella.

—Usted no sale de la casa mientras no se haya discutido el asunto con mi marido.

—Pero si lo único que quiero es hablar con él.

La puerta se abre en este mismo instante.

—¿Qué sucede? ¿Quiere marcharse ya?

—Sí, es lo que quiero. Ya les he causado bastantes molestias. Gracias por la sidra.

—¡Pero quién habla de molestias! Tendrá usted que disculparme, monsieur Hans, que me haya mostrado un poco áspero, pero se ha debido a la sorpresa. Al fin y al cabo, para un francés supone un gran peligro ayudar a un alemán. Pero quizá demos con alguna solución si estudiamos el asunto con calma.

De nuevo intercambian más miradas huidizas, y la buena voluntad de la dueña de la casa resulta tan sospechosa como la súbita generosidad de su marido. Bebo otro trago y adopto la resolución de terminar con esta comedia.

—¿Puedo ir al lavabo?

No han contado con esto. Se miran sin saber qué hacer, y el marido tartamudea:

—No es posible, por desgracia. Estamos haciendo obras en él y tendría que ir con usted a la cuadra.

Las cartas están ahora boca arriba. Ha telefoneado a la policía, pero también los gendarmes suelen dormir un poco más los domingos por la mañana. Sin embargo, ya no puedo salir huyendo sin que den la alarma en toda Normandía, por lo cual cojo de nuevo el jarro de sidra y les digo que no tienen necesidad de seguir fingiendo.

—Esperaré hasta que me hayan entregado ustedes a la policía.

Es penoso el silencio. El desamparado encogimiento de hombros de los dos casi me produce pena. Sin embargo, nadie de la aldea sabrá de este desamparo cuando el matrimonio sea elogiado por su patriótica postura.

Miran por la ventana y, por fin, respiran después de unos minutos, que parecen no tener fin. Con gran ruido avanza dando tumbos una pesada motocicleta por el camino vecinal que va desde la granja hasta la carretera, y el dueño de la casa sale de la cocina para recibir a los gendarmes.

Son únicamente tres, pero hacen el escándalo de media docena. Monsieur Josselin abre de par en par la puerta con aire de triunfo:

—Menos mal que habéis llegado, pues el individuo empezaba a portarse de mala manera. Casi he tenido que despacharlo yo mismo.

—Bien hecho, Josselin; esto sabrán apreciarlo en las altas esferas.

Me cachean en busca de armas. Suenan después las esposas, y a punta de pistola, con el seguro levantado, me llevan por el camino que termina en la carretera. En el sidecar queda el macuto con las provisiones americanas. Los utensilios de lavado son lo único que me devuelven en el depósito de las bombas contra incendios, donde me encierran.

TODO es propiedad del Ejército de los Estados Unidos. Durante la noche — mientras ronca a mi lado en la tarima el ladrón argelino— pienso en la forma en que, basándome en este hecho, enfocaré el relato en el transcurso del interrogatorio. Si creen que he huido de un campo americano de prisioneros de guerra en Bélgica con intención de introducirme en Suiza, tendrán que trasladarme a un campo de prisioneros. Así lo dispone la Convención de Ginebra.

Esto me hace alentar esperanzas cuando las esposas vuelven a atenazarme las muñecas la mañana siguiente. Voy encadenado al argelino, y como los gendarmes de Lieurey no disponen de un automóvil, nos han de trasladar en el coche del dueño del Café des Sports.

Lo conozco bien. Tiempo atrás habían sido muy distintos los viajes que yo hacía con el hombre sentado al volante. Transportábamos en secreto carne y mantequilla que no debía caer en manos de la policía militar. Cuando se trataba de viajes particularmente peligrosos, el dueño del café me había pedido que le acompañara en el auto para que, en caso de tropezar con cualquier inspección, explicara que las mercancías pertenecían a mi compañía. Esto me había producido siempre una botella de Calvados. No obstante, el propietario del café se porta con más decencia que el rico campesino y no despega los labios durante todo el viaje desde la aldea a Evreux.

El argelino es recluido en la prisión. Me llevan a un viejo cuartel en el que faltan muchos cristales en las ventanas y que se utiliza ahora como campo de prisioneros alemanes.

Se experimenta una sensación casi hogareña al verse entre compatriotas vestidos con uniforme gris. No hay razón para inquietarse por el hecho de que me encierren en un calabozo antes de proceder a mi interrogatorio. Estoy muy bien preparado cuando el centinela viene a buscarme.

De la pared pende un retrato del general De Gaulle, y un comandante de cierta edad está sentado detrás de una mesa de despacho improvisada. A su lado, frente a una mesa con una máquina de escribir, hay un suboficial que habla con el duro acento alsaciano y que con toda evidencia será quien actúe de intérprete.

Pero me he aprendido de tal forma mi discurso de defensa que renuncio al intérprete. Solamente muy tarde comprendo cuánto pesará en mí contra este error. De momento, lo único que hace el comandante es levantar los ojos sorprendido y hacer una seña al suboficial para que se marche.

—Bueno, y ahora cuéntelo todo punto por punto.

Su voz tiene un sonido más agradable que la de los gendarmes. Carece del tonillo triunfante del pequeño funcionario que se da importancia frente a un prisionero indefenso.

Le agradezco esta atención y me esfuerzo en relatar de la forma más veraz posible

la huida de un imaginario campo de prisioneros de guerra americano, los viajes a escondidas en trenes de mercancías y la obtención de ropa de paisano; pero el comandante me interrumpe de pronto.

—Ya es bastante. El asunto está por encima de mi jurisdicción. Por desgracia, su francés es muy bueno, amigo mío. Creo que este es un asunto para la Sûreté o para el Deuxième Bureau, como usted quiera.

Y me hace regresar al calabozo de castigo sin escuchar mis desesperadas objeciones. Renunciar al intérprete ha sido una falta imperdonable. Quizá me hubiera condenado a treinta días de arresto y después me hubiese tratado como a un prisionero de guerra normal si la vanidad no me hubiese impulsado a relatarle mi cuento en su propio idioma.

Ha surgido una situación completamente nueva. He de ser puesto a disposición del Deuxième Bureau, tras del cual te esconde el Servicio Secreto francés. El centinela especial que ponen a la puerta del calabozo me quita las últimas esperanzas.

El comandante, acostumbrado a tratar con prisioneros de guerra auténticos, tiene la convicción de haber pescado un pez gordo, y para reforzar este convencimiento envía sin pérdida de tiempo el barbero a mi celda. El hombre me deja el cráneo mondo y lirondo como el de un convicto de los peores delitos.

Más que las palabras dicen aún los ojos del guardián que vigila mi puerta, que chispean malignos. Cuando me trae el plato de lata con el guiso de nabos, me da un culatazo en las caderas con tal violencia que me hace doblarme.

—Un pequeño anticipo, señor espía. ¡Los del Deuxième Bureau te sacarán la verdad a palo limpio!

¡Espía! Quedo atolondrado en el suelo de la celda, incapaz de pensar. ¿Qué se puede espiar en este país, en una nación que ha perdido la guerra? Ciertamente que la pregunta que me formulo es lógica, pero está completamente fuera de lugar en un país tan sacudido por las emociones como Francia en estos días posteriores a la victoria.

Sintomática de mi situación es la estrecha vigilancia a que me someten a la mañana siguiente cuando se disponen a trasladarme a Ruán. Cuatro gendarmes me rodean debajo del toldo de un pequeño camión, vigilando todos mis movimientos a pesar de que estoy esposado. Visto aún el traje de paisano. Lo único que me han quitado del sucio cuello de la camisa ha sido la corbata.

Salen con rapidez de su funda las pistolas cuando bajo del camión en la calle Edouard Fortier, de Ruán. Según mis cálculos, no estamos muy lejos de la estación de ferrocarril Rue Verte, pero las estaciones apenas desempeñarán un papel en mi vida en un tiempo cercano. En la calle, muy elegante, hay unas quintas de recreo con unos jardines. Después de atravesar una puerta de hierro forjado, me conducen por un pequeño parque bien cuidado cuyo sendero de arena gruesa termina en una casa que está más alejada de la calle que las demás. Es una quinta de estilo de últimos del siglo pasado, pero produce la impresión de estar descuidada. Faltan las cortinas en muchas

ventanas. Las pequeñas ventanas de los sótanos están protegidas con sólidos barrotes de hierro. El sucio cristal de una ventana del piso bajo refleja mi figura.

Tengo la impresión de estar contemplando un álbum de delincuentes: cabeza rapada, barba de dos días y una sucia camisa abierta. También se muestra aterrorizado el hombre joven, vestido con un traje azul marino de corte irreprochable, el cual se hace cargo de mí, gritando a los gendarmes:

—¿A qué idiota se le ha ocurrido la idea de pelarle al cero? ¡Es incomprendible cuánta estupidez se comete en los cuarteles! —Después, dirigiéndose a mí, prosigue —: Tendrá que disculparnos, pero da la casualidad de que los estúpidos no tienen remedio.

Abre una ancha puerta y hace que le preceda como si se tratara de un visitante. El local, grande y alto, está parcamente amueblado, y su única pieza de valor es una bellísima chimenea de mármol. En las paredes se ven unas manchas grandes, rectangulares, que corresponden a lugares antes ocupados por cuadros, y en el suelo, de parquet, hay un par de sillones gastados por el uso y una mesa de despacho con muchos adornos.

Tres hombres me contemplan con rabiosa sorpresa. Y antes de que el hombre joven que me ha conducido a este lugar pueda dar una explicación, el calvo que está detrás de la mesa de despacho grita:

—¡Otro más con la cabeza rapada! Se debería impedir que esos animales continúen haciendo estas cosas.

Después, una presentación cortés:

—El comisario Fournier, el inspector Thiétard y el inspector Bernadet.

Y el inspector Thiétard, un individuo rechoncho que me había mirado con ojos como los de un bulldog enfurecido, dice riendo:

—No le dé importancia. El pelo volverá a crecerle, pero la gente que le ha rapado la cabeza no conseguirá nunca volverse inteligente.

Fournier, el comisario, me ofrece un sillón e inmediatamente después un cigarrillo:

—Bueno, ahora vamos a ponernos cómodos y charlar tranquilamente. Se habrá dado cuenta de que está entre personas civilizadas. Los militares son los mismos necios en todas partes, ¿verdad?

Aquella voz da ánimos y tiene un sonido casi paternal. Y como los demás asienten con la cabeza mientras me miran, desaparece el miedo que sentía al entrar en esta casa. Los verdugos no tienen este aspecto. Estos hombres son personas cultas y comprenderán que las sospechas de espionaje son absurdas fantasías del comandante.

Sin embargo, debo repetir con exactitud lo que dije en el cuartel. No debo alterar el relato para no dar motivo a sospechas, por lo que cuento de principio a fin toda la historia, que solo responde a la verdad en su última parte. La recito de corrido, sin que tampoco me interrumpan con preguntas. Se ríen francamente cuando les hablo del *intermezzo* en la calle Blondel. Sin duda alguna se divierten tanto que casi

lamento tener que dar fin a mi narración con la historia de mi apresamiento en la casa de Monsieur Josselin.

—Una hermosa historia —observa el comisario Fournier, que contempla, con el pensamiento en otra parte, los azules anillos de humo de su cigarrillo—. Una historia realmente preciosa. No es mala en modo alguno.

Continúa hablando en tono jovial, y los otros se miran mutuamente, diciendo que sí con la cabeza, como un grupo de examinadores que no estuviera descontento del rendimiento del alumno. Lo único que me llama la atención es el súbito cambio del usted al tú. Y no me dejan tiempo para que reflexione sobre esto.

—Ahora escucha con atención —dice el comisario encendiendo un nuevo cigarrillo, pero sin empujar hacia mí el paquete, al contrario de como procedió antes—. Tu historia no suena mal y encaja a la perfección con tu equipaje americano. Pero, para no perder el tiempo, nos vas a contar ahora la historia verdadera. El inspector Thiétard está comenzando a intranquilizarse.

En realidad, Thiétard se ha puesto en pie de un salto y se ha plantado frente a mí, abiertas las piernas y con una cínica sonrisa en el rostro:

—Te recomiendo encarecidamente que atiendas al comisario. Hasta ahora has mentido sin riesgo, pero esto puede cambiar con rapidez.

Sin embargo, Fournier interviene apaciguador:

—No vayas a desconcertar al muchacho, a lo mejor podría tener realmente la idea de que está tratando con bárbaros. Supongamos por un momento que nuestro amigo estuviera dispuesto a entrar a nuestro servicio. Tenemos que realizar todavía cosas de mucha importancia y podría haber un trabajo interesante para él si fuera franco con nosotros. —Después se dirige a mí con aire protector, cabeceando—. No te pongas nervioso. Mantengo mi oferta. Y si eres lo bastante listo, esta misma noche podremos cenar todos juntos en el mejor restaurante de Ruán... Palabra de honor.

Thiétard, que ha vuelto de mala gana a su sillón, me dice con voz silbante:

—Ya ves, nadie te pega, sino que hasta te ofrecen puentes de oro. Y ahora, suéltalo de una vez. ¿Dónde has escondido el dinero y la emisora?

¿Dinero y emisora? Comienzo ahora a comprender que están realmente convencidos de tener entre sus redes un espía. Y antes de que pueda esquivar el golpe, Thiétard me da una bofetada tan violenta y rápida que caigo rodando del sillón.

—¡Un saludo de bienvenida que hace tiempo debíamos haberte dado, *cher ami!* La cosa no pasará de aquí si estás dispuesto a cantar, pero en caso contrario tendremos que ayudarte un poquito.

Su voz tiene un sonido estridente y brilla un odio feroz en los ojos que cinco minutos antes desprendían benevolencia.

—No puedo declarar otra cosa.

—Como quieras. Tenemos tiempo. —Thiétard me golpea en la otra mejilla, esta vez con el revés de la mano. Después me alza agarrándome fuertemente por la

pechera de la camisa—. ¡Di ahora de una vez dónde has escondido el dinero y la emisora!

—No tengo lo más mínimo que ver con asuntos de espionaje. Pertenece al Regimiento acorazado número 36 y caí prisionero, nada más.

Todos vuelven a reír como si hubiesen oído un chiste magnífico, pero no es una risa agradable la que escucho.

—¡Desnudadle!

Llega como un latigazo la voz desde detrás de la mesa de despacho. Los ojos de Fournier se han entornado como los de un felino, y los otros dos me arrancan la chaqueta, haciendo crujir las costuras.

—¡Abajo los pantalones!

Los dedos se clavan en mis caderas como garras y arrancan los botones, pues ni siquiera se toman el tiempo necesario para desabrocharme el cinturón. Cuando quedo completamente en cueros, me alzan los brazos para buscar en las axilas los signos tatuados de grupo sanguíneo, el distintivo inconfundible de los hombres de la SS. El hecho de no encontrarlos no mejora el humor de mis interrogadores.

—¡Tendedle!

El puño de Thiétard me alcanza de lleno en el estómago, pero no me dejan tiempo para caer retorciéndome al suelo, sino que me tumban de espaldas. El inspector Bernadet, que hasta ahora se ha limitado a mirar, me ata los pies con un pedazo de cordel y Thiétard saca del armario un vergajo de nervio trenzado de buey. Sus dedos, gruesos como morcillas, acarician el instrumento, que hace silbar en el aire un par de veces antes de golpearme con él en las desnudas plantas de los pies.

—¡El desatenguas de papá te hará mucho bien, amiguito!

Intento apretar los dientes, pero los golpes duelen tan espantosamente que me es imposible dominarme. El lacerante dolor remite después de unos veinte vergajazos, cuando salta la piel y el vergajo se tiñe de sangre. Oigo entonces la voz de Fournier como si llegara desde muy lejos.

—Ya está bien para empezar.

La frente de Thiétard está perlada de sudor, y el inspector deja de mala gana el vergajo.

El calvo que se halla detrás de la mesa de despacho repite:

—Es suficiente como saludo de bienvenida. Dejadle que reflexione un poco. Ahora conoce ya los métodos de la casa. Que Marcel le baje al sótano y que suba a Thellier. Con este puedes despacharte a tu gusto si quieres, Thiétard.

Me dejan ponerme la ropa interior y la camisa.

—Vas a tener la amabilidad de dejarnos el traje —dice el jefe—. No es que lo necesitemos, sino porque vamos a despedazarlo a fondo para ver qué preciosidades has cosido dentro de él. Marcel te dará uno de los uniformes viejos que los alemanes han dejado en esta casa. Hablando de todo, eran de tus amigos de la Gestapo, y también procede de ellos el vergajo. ¡Un magnífico trabajo alemán!

Marcel, un gendarme de bastante edad, me trae unos viejos pantalones del Ejército y una guerrera. Bajo cojeando en calcetines una estrecha escalera que conduce al sótano. Así, pues, esta casa había sido el cuartel general de la Gestapo en Ruán.

La celda, un agujero estrecho de suelo húmedo, es tan pequeña que ni siquiera puedo estirar las piernas al sentarme. Me abrasan los pies y no sé qué postura adoptar cuando el gendarme abre de nuevo la puerta y me entrega un trapo húmedo.

—Límpiate los pies con él y luego te los envuelves —susurra—, pero no digas una sola palabra.

Cierra la puerta después y el calabozo queda completamente a oscuras. Me siento en el húmedo y frío suelo con las piernas encogidas para aliviar un poco los dolores de los despellejados pies. Este sótano está lleno de extraños ruidos. No se oyen solo los lentos pasos del policía, sino también el ruido silbante que hace el agua al pasar por las cañerías, y unas voces que llegan de muy lejos. Puedo distinguir hasta voces femeninas, pero es imposible entender nada.

Pero todos estos sonidos son apagados de repente por unos gritos de dolor que parecen proceder del primer piso. El hombre ha de bramar como un toro, pues las paredes son gruesas. Ahora comprendo el motivo de que hayan escogido esta casa. Y también el enojo de los inspectores al verme con la cabeza rapada, pues la falta de pelo dificulta mucho la comparación con las fotografías de los agentes enemigos.

Se me hace difícil poner orden en mis confusos pensamientos. Los funcionarios tienen la firme convicción de que estoy relacionado con el Servicio de Seguridad, el Servicio de Información militar o la Gestapo y no tengo un solo trozo de papel que me permita demostrar mi identidad. Por otra parte no disponen de ninguna posibilidad de seguir mis pasos en el pasado. No pueden desmentir la historia que les he contado: mi huida de un campo de prisioneros americano en Bélgica y procuro grabármela en la cabeza durante una hora o dos, quizá tres, pues en este oscuro agujero se pierde la noción del tiempo.

Un golpecito en la puerta de hierro me hace volver a la realidad.

—Quítate el trapo y ponte los calcetines —susurra Marcel—. Tengo que conducirte arriba dentro de un par de minutos. Ya han terminado con el otro.

Cuando ha quedado atrás ya la escalera del sótano, observo que se ha hecho de noche. Una desnuda bombilla luce en el corredor que termina en una ancha puerta detrás de la cual se intenta buscar la verdad.

Los inspectores se han puesto cómodos. Se han despojado de las chaquetas. Experimento un calor agradable. Arden lentamente leños en la chimenea y huele a resina y a morcillas de ajo. Ahora me doy cuenta de que no he comido bocado desde primeras horas de la mañana.

Hay sobre la mesa un plato lleno de fiambres. Y a su lado un pan blanco recién hecho, crujiente.

—Me he permitido prepararte una cena —dice el comisario Fournier haciendo

con la mano un ademán de invitación—. Todo es para ti.

Coge con displicencia un trozo de salchicha del plato mientras yo hago esfuerzos para no oír los provocativos chasquidos de su lengua.

—Las reglas de la cortesía dicen que debería dejarte comer ahora mismo, pero primero es necesario traer vino. No puedo imaginarme que un hombre de tu forma de vida comience sin un buen trago. Lo mejor será que nos digas inmediatamente de dónde has sacado la ropa de paisano.

—Ya se lo he dicho. Del mercado de viejo de St. Ouen.

—Cierto, cierto, *cher ami*. A pesar de ello, nos gustaría saber qué significa este trozo de sobre dirigido a un tal señor B. que vive en Lyon.

Hay encima de la mesa un trozo de papel.

—Lo hemos encontrado en el bolsillo interior derecho —explica.

La escritura, ya vieja, está borrosa, pero se pueden leer el nombre y la dirección si se hace un poco de esfuerzo. Una carta de los padres al hijo cuyo traje llevaba yo. Cierto que registré someramente los bolsillos cuando me lo puse, pero no encontré ningún papel en la chaqueta. Este golpe es más duro que los puñetazos de Thiétard.

El comisario gira la lámpara y la luz me da de lleno en la cara.

—¿Quién es B.?

La fuerte luz me hace daño en los ojos y hago desesperados esfuerzos para conservar la calma.

—No tengo la menor idea, señor comisario. El traje lo adquirí en el mercado de viejo de París a cambio de cigarrillos y latas americanas.

—Está bien. Mañana sabremos más cosas. La Policía de investigación criminal de Lyon está ya trabajando en el asunto.

—Les he dicho la verdad. ¿Qué culpa tengo yo de que hubiese un trozo de papel viejo en un traje comprado a un prendero?

—Eso ya se pondrá en claro —replica el comisario—. Pero dinos ahora cómo se llaman tus jefes y dónde podemos encontrar la emisora. Cuanto más pronto acabemos, antes podrás cenar.

Aprieto los dientes, consciente de que ni siquiera tenía previsto darme la piel de la salchicha. Thiétard, un hombre de sorprendente movilidad a pesar de su corpulencia, salta del sillón como una pelota de goma.

—¿No os he dicho que nos cree idiotas?

Y antes de que yo pueda levantar los brazos para taparme, me cae una lluvia de sus puñetazos sobre la barbilla, la nariz y los ojos. El dolor me hace caer de rodillas hasta que me desplomo sin conocimiento a causa de las patadas.

Un cubo de agua helada me hace recobrar el conocimiento y cuando tartamudeo para decir que no puedo declarar otra cosa, un gancho de Thiétard al hígado me derriba otra vez. El dolor es tan espantoso que me hace revolearme por el mojado suelo de madera.

Fournier interrumpe el martirio:

—Después de esta experiencia, mañana se mostrará sensato. Marcel, puede bajarle de nuevo al sótano.

Aunque no puedo tumbarme en el húmedo agujero, el agotamiento absoluto me concede un poco de sueño, pero a la mañana siguiente tengo la lengua pegada al paladar, pues no he comido ni bebido nada desde hace veinticuatro horas. Y la sed me martiriza de tal modo que aprieto la lengua contra la húmeda pared de ladrillo mohoso.

Marcel me deja beber de un grifo antes de conducirme de nuevo arriba.

—Nos lo tienen prohibido —explica—, pues ni siquiera hay agua cuando quieren ablandar a alguien, pero creo que conseguirás algo ahora. Están de mejor humor que ayer.

Por las caras de triunfo deduzco que se han enterado de algo. Incluso Thiétard está tranquilo. Sobre la mesa hay un plato con queso de Camembert y pan. Y una cafetera. Esta vez va en serio.

—Sírvelo —ofrece el comisario con displicencia, como si comer y beber fuesen en este sitio una cosa completamente natural.

Llevo la mano al plato con rapidez, pero Fournier dice con acento irónico:

—Puedes tomarte el tiempo que desees, nadie te quitará nada. Además, tenemos interés en que te mantengas fuerte.

¿Qué puede significar esto? El café ardiente me abrasa la garganta y ellos me dicen que sí con la cabeza, complacientes, cuando les pregunto si puedo quedarme con el resto del pan.

Fournier va derecho al asunto, sin rodeos:

—No ha resultado difícil dar con las personas que te facilitaron el traje, cometieron una gran estupidez al entregarlo con una nota. ¿Ves? Ya sabemos de ti un montón de cosas. Lo del uniforme francés es un truco refinado. Desde luego no eres un novato.

Así, pues, mi amigo de la aldea de las Ardenas ha sido sometido a interrogatorio y quizás esté ahora en la misma situación que yo. Debe creer que lo he delatado. Y me arriesgo a formular una pregunta:

—¿Qué le ha ocurrido a Monsieur B.?

—En realidad debieras haberte dado cuenta de que somos nosotros los que hacemos las preguntas —contesta Fournier, divertido—. Pero como muestras un interés tan grande, te contestaré por excepción. Está como tú, entre rejas.

No hay defensa alguna contra este golpe.

—Haré una confesión completa —digo mientras reina un silencio esperanzado.

—¡Bravo, muchacho! —exclama el comisario, recostándose en el sillón—. Nosotros preferiríamos también no vernos obligados a hacerte recordar. No vayas a creer que nos divierten nuestros métodos de la Gestapo.

Habla con el tono paternal de la primera hora y le creería si no tuviera despellejadas las plantas de los pies, pero comprendo también que un alemán no

puede esperar otro trato en mi situación y en este país.

Fournier empuja hacia mis unos cigarrillos y un encendedor.

—Bien, y ahora vas a contarnos toda la verdad punto por punto. El inspector Bernadet escribirá tu declaración.

El áspero tabaco negro me hace subir una sensación de mareo desde la boca del estómago. Estoy débil y he devorado el pan con demasiada rapidez. Respiro hondo para dominar la sensación de náusea y después relato sin omitir detalle todo lo ocurrido desde el cruce del Elba hasta la detención en la casa de los Josselin. Resulta un alivio no verse obligado a mentir más.

Pero la verdad no les agrada. Bernadet deja de escribir mucho antes de haber concluido yo el relato y Fournier se fuma el paquete completo sin ofrecerme un solo cigarrillo. Están decepcionados.

—Hemos hecho mucho acopio de paciencia para escuchar una historia todavía más fantástica que la anterior —dice el comisario con los labios apretados—. Apenas te dan de comer, ya empiezas de nuevo a contar mentiras. Echa mano del teléfono, Bernadet, dará más resultado que los puños de Thiétard.

El inspector saca del armario de pared una estrecha cajita parda y la pone donde antes estuviera el plato de mi desayuno. Es un teléfono de campaña alemán.

—Los alemanes son unos técnicos muy buenos —dice sonriendo sarcásticamente Fournier—, pero eso lo sabes tú mejor que nosotros.

Juguetea con la pequeña manivela negra como si tuviera el pensamiento en otro lugar, mientras Bernadet conecta a cada polo dos hilos cuyos extremos me enrolla en los pulgares.

—Ahora mismo escucharás algo.

Gira la manivela muy despacio. Las sacudidas eléctricas me atraviesan el cuerpo como hierros candentes y me arrancan del sillón. Unos choques fulminantes me golpean el sistema nervioso entero produciéndome unos dolores insostenibles. Y esto es solo el comienzo.

—Más deprisa —oigo decir al comisario.

Y doy cuatro o cinco saltos, como si estuviera atacado del baile de San Vito, antes de desplomarme por efecto de las veloces sacudidas eléctricas.

La pérdida del conocimiento ha tenido que durar esta vez mucho más, pues me despierto en medio de un enorme charco de agua. Veo como a través de la niebla la cara de Bernadet, que me está tomando el pulso.

—¿Le atizamos un par de chispas más, jefe?

El comisario dice que no con la cabeza.

—Ya es bastante por hoy. Es importante y tiene que seguir fuerte. Ahora irá con los otros al lavadero. No nos perjudicará que se dé cuenta de que siempre sacamos a todos la verdad.

La vista se me nubla en la escalera del sótano y el gendarme tiene que sostenerme.

—Ponedle de momento en el sofá —dice empujándome al interior de un espacioso local.

Tres mujeres y seis hombres saltan de unas sillas y unos bancos y me miran con fijeza. Una de las mujeres extiende una manta de lana sobre un sofá gastado cuyos muelles chillan a causa de que me tiembla todavía todo el cuerpo.

—Le han aplicado el choque del teléfono —dice uno de los hombres—. Ponedle un paño húmedo en la frente y dejadle descansar un rato.

Después les oigo únicamente susurrar. Por encima de mi cabeza danzan unas motitas de polvo en los rojos rayos del sol poniente, cuya luz penetra por la enrejada ventana del sótano.

Un tintineo me despierta. El gendarme y una muchacha gruesa a la que llaman Nounourse reparten sopa que sacan de un barreño. Nadan en la sopa pedazos de carne. Es una buena sopa, que discurre caliente por la garganta y proporciona energías. Me sirven ración doble, y el choque ha quedado ya atrás cuando dejo la cuchara. Ahora quiero saber con quién tengo el gusto de hablar.

Sin embargo, el hombre que se cuidó de que me pusieran un paño húmedo y que probablemente habrá cuidado también de mi ración doble me murmura al oído:

—Déjate de explicaciones. Estas paredes tienen oídos. —Luego dice en voz alta —: Todos sabéis que es alemán y eso es suficiente. No nos importa qué cargos puedan tener contra él, y aunque lo supiéramos, le sería de muy poca utilidad. Cada uno de nosotros tiene sus propias preocupaciones. Y no creáis que por el hecho de ser alemán va a salir mejor librado que nosotros.

Miro a mí alrededor. Menos yo, todos visten de paisano, pero hay otro con la cabeza rapada, y no es la falta de pelo lo único que le distingue de los demás. Está acurrucado a un lado y apenas ha comido. Se estremece cuando se oye cualquier ruido, y tiene los ojos fijos en la puerta. No escucha ni dice nada.

—*Alors*, Tellier —continúa el hombre que me ha presentado—. Estás ahí encogido como un perro apaleado y estás empezando a atacarnos los nervios. Si todo el mundo se abatiera como tú, este sótano se convertiría en un manicomio. ¿Acaso crees ser el único al que los de arriba no han tratado con guante blanco?

El individuo de la cabeza rapada vuelve despacio la cabeza. Tiene inflamados los ojos y las mejillas, cosa que no se puede deber solo a las lágrimas. Son huellas de los puños de Thiétard.

—¿Por qué no me dejáis en paz? —pregunta con voz hueca—. He estado cinco años prisionero de los alemanes y tres días justos en casa. Me han denunciado traidoramente y ahora me apalean todos los días. —La voz se transforma a continuación en un sollozo apenas comprensible—. Quiero ir con mi madre...

—Dejad en paz a ese cobarde —indica una de las muchachas—. Cuando su campesina alemana se lo llevaba con ella a la cama, de seguro que habrá llorado también porque tenía que traicionar a sus camaradas.

Me explican los cargos que hay contra Tellier. Se sabe que había vivido como un

rajá en una granja de Turingia. Y que al marido de la aldeana, que estaba en el frente, no le había sustituido tan solo en el establo, sino también en la cama. No era un caso desacostumbrado y sobre todo no era un hecho para que entendiera en él la Policía Secreta francesa. Pero sí lo era porque André Tellier había entregado listas de los prisioneros de guerra de su campamento que no eran de fiar. Numerosos repatriados formularon denuncias en este sentido. Creían saber que aquellas listas habían llegado hasta la Gestapo a través de la campesina.

—Estoy seguro de que lo ha confesado todo ya —me asegura el hombre que manda en el sótano—. Es demasiado blando para resistir a Thiétard, y además es demasiado estúpido. A esos les resulta fácil hacer hablar a los cagones de esta clase.

—¿Y qué ocurrirá después?

Dos jóvenes se han sentado con nosotros en el rincón del cuarto. Y Marceau, que andará por los treinta años y es mucho mayor que el resto de los inquilinos del sótano, continúa hablando a media voz:

—En cualquier caso irás de aquí a la Bonne Nouvelle. Aquí no te puede condenar nadie. Eso corre a cargo de los tribunales cuando ya te hayan exprimido en este lugar.

—¿Qué es la Bonne Nouvelle?

—Precioso nombre, ¿verdad? Pues detrás de él se esconde una de las prisiones más asquerosas que hay. Si lo deseas, puedes tomar nota de tu futura dirección: Rue de la Motte, número uno, Ruán, Seine Inférieure.

—Pero ¿y si no se ha hecho nada que sea suficiente para un proceso?

Brilla una sorpresa compasiva en la mirada inteligente de Marceau.

—¿De verdad eres tan tonto? ¿O es esta tu táctica? De aquí no sale nadie sin ser procesado. Y si me permites un buen consejo, cuenta con lo peor. Si no te fusilan, veinte años de trabajos forzados serán una sorpresa agradable. Por lo demás, cinco años es lo mínimo por cualquier cosa sin importancia, pero para ello has de contar con buenas relaciones.

—Eso no es verdad —interviene desde la mesa una de las muchachas. Lleva un vestido gris cerrado hasta el cuello y su bella cara refleja inteligencia. Es la que preparó el sofá cuando el gendarme me hizo entrar dando traspiés—. ¿Por qué le asustas, Marceau? Sabes perfectamente que de aquí han salido algunos que no han ido a la Bonne Nouvelle.

—Se ha tratado de equivocaciones —replica Marceau con un gesto despreciativo—. Deberías saber tan bien como yo que todos nosotros somos un estupendo bocado para esta gente. Y si alguna de vosotras cree que podrá escapar a la Bonne Nouvelle a base de decir en los interrogatorios nocturnos lo que se habla aquí, se equivoca de plano. —Me mira con una mueca de ironía en las comisuras de los labios y agrega—: Has de saber una cosa. A las muchachas las llevan a los interrogatorios nocturnos cuando el inspector se aburre. No regresan hasta primeras horas de la mañana y no presentan ni un araño, al menos visible.

Echa con rapidez la cabeza a un lado para esquivar un plato de hojalata que choca

contra la pared produciendo un fuerte tintineo.

—Como ves, no carece de peligro reñir con Giselle. Parece que las costumbres fueron muy duras en Sigmaringen.

Y antes de que hombres y mujeres sean conducidos por Marcel, el gendarme, a sus respectivos dormitorios, separados, sé casi todo lo que hay que saber de los inquilinos del sótano de esta quinta de Ruán.

Despojos de la guerra, acusados de colaboración con las tropas alemanas de ocupación o, como en el caso de las muchachas, de colaborar con Pétain, el reo de alta traición. Tras la evacuación de Vichy, le habían seguido a Sigmaringen, al exilio, y habían sido detenidas tan pronto regresaron a la patria. La ola de detenciones avanza sin cesar, pues la Francia liberada clama por encontrar culpables y traidores.

El día siguiente hay congregados nada menos que cuatro inspectores alrededor del jefe, un nuevo funcionario llamado Barrault, de inquisitivos ojos negros, y el hombre joven que me recibió a la llegada a esta casa. Le llaman Yves y tendrá mi edad poco más o menos. Tiene una cara inteligente, facciones correctas y manos de artista. No puedo imaginarme que este hombre torture como el brutal Thiétard a seres indefensos.

—Sabemos ahora que trabajaste por cuenta del Gobierno de Vichy —dice el comisario sin preámbulos—. Incluso hasta podría citarte detalles de toda clase, pues hay personas que han hablado.

Me quedo sin habla, pero interpretan a su modo mi sorpresa.

—¡Fijaos de qué modo se pone pálido! —grita Thiétard—. No has contado con nuestra habilidad, amiguito. Nos has tomado por unos estúpidos provincianos y has creído que solo en París son capaces de dar con el rastro de los agentes.

Y me da dos bofetadas que abrasan como el fuego.

—Ahórratelo para más tarde —le sujeta Fournier—. Lo primero que debe hacer ahora es darnos los nombres de sus contactos en Normandía.

—¡Pero si no hay contactos, si no tengo ninguna misión secreta que cumplir!

Digo con excitación estas palabras frente a cinco rostros que parecen estar al cabo de la calle. Y el comisario replica con acento de placer:

—Puedes ahorrarte el cuento de Suiza porque el que desea ir a Suiza desde París no tiene por qué ir a Normandía. Pero tú tenías muy buenas razones para actuar así, según hemos averiguado entretanto. ¿O no es una buena razón la voladura de un oleoducto americano?

—Jamás he oído la menor cosa relacionada con un oleoducto americano.

De nuevo se echan a reír como si hubiesen oído un chiste gracioso. Únicamente Thiétard rechina los dientes.

—¿Tampoco sabes nada de los dos paracaidistas procedentes de Sigmaringen y que fueron acogidos a solo un par de kilómetros del lugar donde te detuvieron a ti?

El asunto escapa a la capacidad de mi imaginación. Contactos, emisoras, oleoductos americanos, paracaidistas... Con casualidades estúpidas e imaginaciones

desbordadas se está tejiendo una red que yo no puedo desenredar. Estos hombres se hallan tan sólidamente convencidos de haber hecho una gran captura que ya están pensando en la felicitación que llegará desde París y en su ascenso.

Y quizás el comisario hable honradamente llevado de esta convicción cuando me propone una oferta de paz:

—Al principio creíamos que eras solo un agente de poca importancia. Para los importantes hay otras leyes. Si eres inteligente, no se te hará el menor daño y puedes trabajar para nosotros, pero si nos planteas dificultades no podré hacer nada por ti, aunque me dolería mandar al paredón a un muchacho tan listo como tú.

La amenaza es demasiado clara. No despego los labios, aunque sé perfectamente que interpretarán de forma equivocada mi silencio.

—En realidad, ¿cuál es tu nombre verdadero? —suenan inofensiva la voz de Fournier.

—Lo he dicho ya todo, señor comisario. He dado también el nombre de mis padres y mi dirección en Alemania.

—Pero tú has admitido no haber sido nunca prisionero de guerra, ¿no es así?

—Pues tendría que serlo hace ya tiempo.

—¿Puedes explicarme eso?

—No he intentado otra cosa que evitar que me cogieran prisionero. Según la Convención de Ginebra, esto no es punible. Y si le atrapan a uno durante este intento, lo que se debe hacer es enviarle a un campo.

—Te han hecho aprender bien a fondo la cancioncilla, amigo, pero no te servirá con nosotros. ¡Lástima que esté estropeado el baño eléctrico y no se pueda reparar hasta mañana! Tus amigos de la Gestapo se olvidaron de llevárselo cuando se marcharon huyendo a todo correr, y tú tendrás el honor de ser el primer alemán que se bañe en él después de los combatientes franceses de la Resistencia. Es decir, a menos que te decidas de una vez a contarnos la verdad.

Esta vez me escapo sin recibir un solo golpe, a pesar del descontento de Thiétard. Marcel me conduce a una celda espaciosa individual amueblada con dos sillas y una mesa. Hay luz en la celda, cuyas paredes están secas, y en ella penetra a raudales aire puro por dos ventanas abiertas.

No han transcurrido todavía cinco minutos cuando la llave vuelve a girar en la cerradura y Marcel hace entrar en la celda a un paisano bajo y rechoncho a quien no había visto hasta ahora. Me saluda con unos amistosos «buenos días». Y yo, asombrado, estrecho la mano que me tiende.

—Me llamo Lämmle.

—¿Está usted también detenido aquí?

—De momento, sí. Pero me pondrán en libertad la semana que viene. Al principio me ocurrió lo que a ti, hasta que me di cuenta de que se llega mucho más lejos diciendo la verdad.

Las palabras suenan a torpes, a estudiadas de antemano, y su elaborado alemán

literario es el de un alsaciano acostumbrado a su dialecto. El individuo huele a espía desde un kilómetro, y cuando se dirige a mí llamándome camarada con una tosca familiaridad tengo que hacer esfuerzos para no estallar en carcajadas a pesar de la desesperada situación en que me hallo.

—Podría ayudarte —dice—. Si conociese tu caso, podría aconsejarte sobre tu modo de actuar. He traído algo para fumar.

Pone sobre la mesa un paquete de Gauloises y cerillas, que hago desaparecer con rapidez en el bolsillo de mi pantalón. Esta reacción rapidísima le irrita, pero sin embargo continúa intentando ganarse mi confianza. Le dejo esforzarse hasta que se da cuenta de que he descubierto su juego, momento en que la expresión untuosa deja paso a un enojo no encubierto.

—¡Si no quieres por las buenas, pronto tendrás que lamentarlo! —amenaza.

—Si de veras quieres ayudarme, puedes decirles que les he dicho la verdad. Y gracias por los cigarrillos.

Llama furioso a la puerta, que Marcel abre enseguida con una sonrisa de maligna satisfacción. Ha tenido que escucharlo todo y parece divertirse el chasco del soplón.

Pero monsieur Lämmle no me ha provisto únicamente de cigarrillos, sino también de una buena ocurrencia. Me ha hecho recordar a los alsacianos de la sección de reserva del Regimiento Acorazado número 36 de Bamberg, a la que pertencí últimamente. Han tenido que regresar a casa y podrán confirmar mi identidad. Si puedo citar al comisario el nombre de un alsaciano que seis semanas atrás prestaba servicio conmigo en la oficina del cuartel de Bamberg, quien, en el Alten Eckenbüttner de Dünnbier me preguntó qué opinaba yo de una huida a los Vosgos, no tendría más remedio que reconocer su tremenda equivocación. La idea me fascina de tal modo que martilleo con los puños la puerta de hierro hasta que el viejo Marcel se aproxima arrastrando los pies. El gendarme busca con parsimonia la llave correspondiente y abre.

—Tiene que ayudarme, Marcel... ¡He de hacer una declaración importante!

—*Tiens*, no me imaginaba que fueras uno de esos que caen en la trampa de Lämmle. Al fin y al cabo le has dejado marchar de vacío y a pesar de ello te has quedado con los cigarrillos. En realidad tendría que confiscártelos, pero puedes necesitarlos. Están preparando el baño eléctrico para ti. Parece que eres un pez gordo, aunque no puedo creerlo del todo.

—¡Y no lo soy, Marcel! Lo único que ocurre es que se han obstinado en eso. ¿Qué es el baño eléctrico?

—Lo peor que tienen —responde sin mirarme a la cara—. Si tienes que decir algo será preferible que lo digas antes.

—¡Pero si lo único que quiero es hacerles ver algo que puede salvarme! Lämmle, sin querer, me ha dado una buena idea.

Marcel se rasca los grises aladares.

—Probablemente no les convenga en este momento, pues ahora están apretando

las clavijas a Tellier y creo que después se irán a comer. Son ya casi las ocho. Déjalo para mañana por la mañana y date por dichoso con que no te molesten hoy. Hablando de todo, están enojadísimos con Lämmle porque no ha conseguido sacarte nada.

Vuelven a servir la espesa sopa, pero Tellier no puede comerla. Marcel lo ha traído a eso de las nueve, semiinconsciente y con las plantas de los pies ensangrentadas. Incluso Marceau se compadece esta vez de este lloriqueante despojo humano.

—Si siguen así, no necesitarán ningún tribunal para este —gruñe dirigiéndose hacia el grifo con objeto de preparar un paño húmedo para él.

—Me pregunto dónde estará la diferencia con los métodos de la SS que tanto condenan. ¿Queréis saber cuándo se han hecho combatientes de la Resistencia? Cuando los americanos terminaron el trabajo y hubieron expulsado del país a los alemanes. Se arrastraban como gusanos, y toda su resistencia consistía en decir *merde* muy bajito para no ser oídos.

—Estás exagerando —le interrumpo—. Había en el *maquis* individuos duros que nos dieron mucho trabajo.

—Tampoco lo niego, pero esos hombres continúan en segundo plano como estuvieron antes. Los que nadan en la superficie son los oportunistas.

—Ninguno de nosotros ha salido bien parado —le digo—. Fíjate en mí. Yo me he jugado la cabeza por Hitler en Rusia. Tú no has estado en medio de la porquería, sino que has admirado desde lejos a ese loco. ¡Mala suerte para ti! Mi mala suerte fue creer que podría escaparme de los rusos con este truco. Otros que eran nazis auténticos están en sus casas hace ya mucho tiempo. A mí me pasarán por la piedra de una justicia que no hace tal justicia, sino que pretende sentar un ejemplo, y nadie hará caso de ello.

—Es verdad —admite Marceau—. Y de muy poco te servirá aunque no seas nazi. Yo puse mis esperanzas en ellos, pero esto te importa una mierda, ¿entiendes?

Su tono se torna agresivo y brilla en sus ojos el odio. Pero Gisela, que me ha lanzado unas miradas de advertencia, se interpone entre nosotros.

—¡Se acabó! Solo faltaba que también hubiera golpes aquí abajo.

Marcel, atraído por la discusión, aparece de pronto en la puerta.

—¡No me fastidiéis, amigos! Sabéis perfectamente que debo encerrar en celdas oscuras a los escandalosos. Y ahora se acabó de una forma o de otra. ¡Hala, a los dormitorios! Dentro de cinco minutos no quiero oír una voz más alta que otra.

—Está bien, Marcel, sabemos lo que es usted para nosotros —dice Marceau dándole unas palmaditas en la espalda—. No hay ninguna pelea. No me acordaba de que a nuestro alemán le espera mañana un día muy duro.

El baño eléctrico. Casi lo había olvidado. El miedo se apodera de nuevo de mí y no consigo dormir un par de horas hasta después de medianoche.

Thiétard tiene que haberse levantado pronto, pues a las siete de la mañana anda con estruendo por la casa, llamando a gritos a Marcel.

—Di al boche que desayune bien. Va a tener un día muy pesado.

Apenas toco el café y el pan, a pesar de que los otros intentan darme ánimos. En vano intento convencerme de que esta tortura no puede ser peor que las demás.

Todos los inspectores están ya reunidos cuando Marcel me sube a eso de las ocho de la mañana, y a través de la abierta puerta de un pequeño cuarto contiguo veo una bañera de chapa, tapada con una tabla oscura en la que hay un orificio circular para la cabeza.

—La llenan de agua helada —me ha explicado Marceau— y te meten en ella hasta el cuello. Luego la conectan a la corriente eléctrica. Ya sabes qué clase de conductor es el agua, y la corriente te ataca todo el cuerpo. Conozco hombres que han resistido todas las torturas, pero que lo han confesado todo después del baño eléctrico. Lo mejor será que finjas perder el conocimiento antes de que apliquen la corriente con toda su intensidad.

El consejo es tan poco tranquilizador como el buen humor de Thiétard.

—Hoy habrá baño, amiguito. ¡Te van a dejar limpio como un espejo!

Su risa gutural, incontenible, revela un goce sensual que no puede dominar. Entonces busco los ojos de Fournier, pero el comisario esquivo mi mirada. Así pues, tengo que poner mi triunfo sobre la mesa:

—Quisiera comunicarle algo importante, señor comisario.

Levanta los ojos sorprendido.

—¿Qué, cagado de miedo? Bien, suéltalo.

—Como usted no quiere creerme por sistema, ni siquiera mi nombre, quisiera llamar su atención sobre el hecho de que hace seis semanas me encontraba todavía con personas que pueden atestiguar en cualquier momento la veracidad de todo lo que he dicho sobre mí y la unidad de la Wehrmacht.

—Vamos por partes. ¿Cuándo se te ha ocurrido esa historia? ¿Acaso crees que nos vamos a lanzar de cabeza a una correspondencia fastidiosa para que ganes tiempo? Tendrás que pensar en otra cosa si pretendes conseguirlo.

—¿Por qué no me escucha solo un minuto, señor comisario?

—Está bien. Ya ves que te doy toda clase de oportunidades. Te escucho.

—Hace seis semanas yo pertenecía aún a la compañía de convalecientes del Regimiento Acorazado número 36 de Bamberg. En esta compañía había por lo menos una docena de alsacianos con los que me une amistad. No creo que les cueste mucho dar con ellos, pues tienen que haber vuelto a casa ya hace tiempo.

Fournier arruga la nariz. Pero, a pesar de todo, y al contrario que Thiétard, es un policía veterano en la investigación criminal. Y se dispone a seguir la pista.

—¿Puedes darme direcciones?

—Tres o cuatro sin ningún género de dudas.

Empuja un trozo de papel por encima de la mesa y escribo tres direcciones: Estrasburgo, Thann y Colmar. Uno de ellos es Seppi Deckert, un magnífico futbolista, y otro es Fredy Henk, hijo del dueño del hotel Bristol, de Colmar.

Sin embargo, es imposible conseguir que Thiétard permanezca quieto en su sillón.

—Creo que ya es suficiente, jefe —ruge mientras mira de reajo el improvisado cuarto de baño—. Si le deja seguir así, le contará incluso que ha cenado con el general De Gaulle. ¿A qué esperamos todavía en realidad?

—Una prueba —replica Fournier con irritante tranquilidad. La sorpresa de Thiétard es tan intensa como la mía.

El comisario se dirige después a Yves Roulet, el inspector joven:

—Cierra la puerta. También podremos bañarlo el lunes, cuando sepamos más cosas. Se levanta la sesión, caballeros.

Marcel me baja al sótano moviendo la cabeza.

—¿Cómo has podido conseguirlo, muchacho? En el lavadero habían apostado ya a que no te volverían a ver.

—Marcel, creo que tengo por fin una oportunidad.

El viejo gendarme se encoge de hombros con escepticismo:

—Así te lo deseo, pero no debes olvidar que sus métodos son muy caprichosos. A pesar de ello puedes tener razón.

Me asedian con preguntas cuando entro en el lavadero, pero pienso en las palabras de Marceau: «Aquí nadie habla de su caso. Los interrogatorios se efectúan un piso más arriba».

—Han cambiado de opinión —digo solamente.

—Estarán reuniendo material relacionado contigo y esperarán todavía la confirmación de algunos detalles —opina Marceau—. Este aplazamiento no se puede interpretar de otra forma. Pero no te alegres demasiado pronto, pues puede ocurrir que Thiétard esté de servicio esta tarde él solo y se permita contigo una representación especial.

Pero Thiétard está franco de servicio esta tarde. Cierto que la cara de Marceau se pone seria cuando el gendarme baja a buscarme inmediatamente después de la comida. Sin embargo, no parece que tengan intención de bañarme. Solo están en la habitación Bernadet y el joven Roulet. Por primera vez está conectado el pequeño aparato de radio, que difunde por este local una sensación de tiempo de ocio extrañamente irreal.

—Hoy no se trata de un interrogatorio —anuncia Bernadet—. Solo queremos charlar un rato contigo, pero no vayas a sacar conclusiones erróneas de ello. No existe nada que demuestre tu inculpabilidad, aunque el comisario haya tenido uno de sus días amables.

—Pudiera haber sido posible, señor inspector, que el comisario me hubiese creído por fin.

—El comisario no cree ya en cuentos chinos. Hemos tratado aquí con hombres del Servicio de Seguridad cuyo francés no era ni la mitad de bueno que el tuyo. ¿Y pretendes haber sido únicamente cabo primero? Realmente es para tomarlo a risa.

Resulta fácil oler la tostada. Están apelando a mi vanidad.

—Señor inspector, sé que no tiene sentido decirles que no he sido nazi. En primer lugar, es lo que dicen todos los alemanes que caen en sus manos, y en segundo lugar ustedes están convencidos de que todos los alemanes tienen que haber sido nazis. Yo no lo fui, aunque sé que no me creerán.

—También resulta muy difícil de comprobar lo que aseguras —interviene Roulet, que hasta ahora no ha hecho más que escuchar.

—Estoy totalmente convencido de ello. Pensaba tan solo que ustedes querían charlar conmigo. Por lo demás, hay personas, no muy lejos de aquí, que me han conocido muy bien durante la época de la ocupación. ¿Por qué no investigan ustedes en Lieurey o en Glos?

El inspector rechaza mi sugerencia con un impaciente movimiento de la mano.

—¿Acaso monsieur Josselin no tenía el deber de denunciarte?

—No lo he negado. Sé que no cambian únicamente los tiempos, sino también las personas. Pero ¿es peligroso para un francés admitir que ha hablado con un alemán y haber notado que este alemán no era nazi?

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué no se informan de mí en Glos y en Lieurey?

El joven inspector sonríe irónicamente. Resulta agradable ver aquí una sonrisa.

—Aunque no te incumbe en absoluto, voy a decirte una cosa. Hemos practicado ya esas investigaciones relacionadas contigo. Incluso voy a decir que esas averiguaciones... Bueno, sin rodeos, no te han perjudicado. ¿Crees que el comisario te habría dejado escapar esta mañana de no haber sido por esa causa? Pero no debes olvidar que han pasado casi dos años y que en ese tiempo pudieron trasladarte al Servicio de Seguridad.

—Les he dado a ustedes datos de todas las unidades y su lugar de estacionamiento.

—Pero no has demostrado nada y hay demasiadas cosas que hablan contra ti. Piensa tan solo en que una persona que desea ir a Suiza desde París no pasa por Normandía.

—¿Y qué hay de los alsacianos con quienes estuve hace tan solo seis semanas?

—Lo comprobaremos también. El hecho es que con eso del campo de prisioneros americano en Bélgica nos has largado una buena castaña.

—Lo hice únicamente para proteger a un francés que me ayudó. Tal vez usted habría hecho lo mismo en una situación semejante.

Esto es demasiado. Bernadet pega un puñetazo en la mesa.

—Ahora ya exige que los funcionarios de la Sûreté escondan a los alemanes. El inspector Thiétard te habría hecho papilla si te hubiese oído esto. Será mejor escuchar un poco de música que tus desahogos.

Se oye de repente la ronca voz de un periodista deportivo, que suelta gallos a causa del entusiasmo: «¡Nuevo ataque del equipo nacional francés, que está jugando maravillosamente aquí, en Londres, haciendo que los ingleses se pongan a la

defensiva!».

Bernadet pone la radio a pleno volumen. Dos a uno a favor de Inglaterra, que todavía no ha perdido en casa ningún partido con otras selecciones nacionales. El inspector casi se mete dentro del aparato.

—Algo estupendo, ¿no?

Me acerco a él y olvido que en este mismo lugar fui golpeado hasta quedar sin conocimiento, ensangrentado. Hay otra vez competiciones de equipos nacionales y emana un encanto peculiar de nombres que fueron familiares en épocas sin preocupaciones: Di Lorto, Heisserer, Aston, Matthews. El grito que da el reportero francés al entrar el balón en la meta inglesa consigue que el inspector Bernadet baile de alegría.

—¡Dos a dos! ¡Francia ha empatado!

Me da un puñetazo en los riñones a impulsos del entusiasmo y también su colega recibe otro.

—¿Quién ha disparado? ¿Has oído el nombre, Yves?

—¿Con el escándalo que se ha armado? —dice Roulet echándose a reír—. Además, ya sabes que no entiendo mucho de fútbol.

—Ha sido Heisserer —explico.

Bernadet me contempla con incrédula fijeza.

—¿Pretendes haberlo oído cuando uno no es capaz de entender sus propias palabras? Y además, ¿de qué conoces a Heisserer?

—Mi pasatiempo favorito. Conozco también a la mayoría de los otros. Por lo demás, Aston fue el único francés que formó en la selección continental que jugó contra Inglaterra en 1938 en el campo del Arsenal, en Highbury, donde perdió por tres a cinco. Había también dos alemanes en la selección continental: Kupfer y Kitzinger. ¿Quiere que le diga los nombres de todo el equipo?

El inspector no es capaz de cerrarme la boca y yo recito de un tirón:

—Olivieri, Foni, Rava, Kupfer, Andreolo, Kitzinger, Aston, Szengeller, Piola, Braine y Brustad.

Bernadet, que un par de días antes me había atado los pies para facilitar el trabajo a Thiétard, me palmea la espalda como si yo hubiese conseguido un gol.

—A Oscar Heisserer le vi ya en 1937 en el Parque de los Príncipes —digo—. Hablando de todo, también fue soldado alemán por su condición de alsaciano. — Ahora me doy cuenta de que puedo permitirme alguna libertad, y añado—: Naturalmente, él se ha desprendido del uniforme con más facilidad que yo.

Sin embargo, Bernadet recuerda que está de servicio y dice en tono impersonal:

—Escuchemos el resto de la transmisión.

El partido termina con empate a dos y vuelvo a bajar al sótano cuando el árbitro señala el final. Antes de ser conducidos a los dormitorios, Marcel se presenta una vez más en el lavadero y me pone en las manos el periódico deportivo *L'Équipe*, atado con una cuerda.

—Un saludo del inspector Bernadet —me dice.

Cuando desato el paquete aparece una pastilla de chocolate y Marceau dice moviendo la cabeza:

—¡Muchacho, te ha tocado el premio gordo!

Ninguno de los encuentros internacionales que he presenciado después, ni siquiera el de Berna en 1954, cuando el equipo alemán quedó campeón del mundo, ha quedado grabado en mi memoria con tanta fuerza como este encuentro entre Francia e Inglaterra que solo escuché por radio.

El lunes se deslizan las horas con más lentitud que de costumbre. ¿Qué pretenden? ¿Cocerme a fuego lento? ¿O quizás han confirmado los datos que les facilité?

Marceau tiene que subir y baja un rato después abatido:

—Ya saben lo suficiente de mí. Me trasladarán a la Bonne Nouvelle uno de estos días.

El día discurre por lo demás en calma, prescindiendo de que la gruesa Nounourse vuelve llorando al sótano, escoltada por Marcel.

—Y eso que me habían prometido que iría a casa cuando saliera de aquí —solloza la mujer.

Una sonrisa insolente se extiende por el rostro de Marceau.

—Es el agradecimiento por tus servicios de soplona, pero no has querido hacer caso —dice—. No eres mejor que Tellier. Y aquí recibirás un trato especial si no dejas ahora mismo tus lloriqueos.

Esta amenaza produce su efecto y el silencio se adueña del sótano.

L OS PERIÓDICOS, que también nos llegan a veces, vierten su odio contra los «colaboracionistas», los más importantes de los cuales son Philippe Pétain y Pierre Laval. El que más se ensaña es *L'Humanité*, el órgano oficial del partido comunista francés, aunque habían sido precisamente los comunistas los que habían coqueteado con Hitler virando tan solo cuando Hitler ordenó atacar a Rusia. Pero en esta primavera de 1945 adoptan una extremada postura nacionalista.

Charles de Gaulle, que desde su exilio inglés no se había cansado de calificar de traidores a Pétain y a Laval, exige, como los comunistas, una depuración a fondo.

De Gaulle había elegido huir a Inglaterra para continuar desde allí la lucha, pero cuarenta millones de franceses continuaron en su patria porque no tenían otra alternativa. Tuvieron que trabajar y entenderse con los alemanes si querían continuar existiendo.

Francia tenía que seguir viviendo y no podía ser dirigida desde Londres. Necesitaba una Administración que, al contrario que De Gaulle, no podía ignorar que Francia se hallaba ocupada. Este Gobierno se vio confrontado con el insoluble problema de ser útil al pueblo y, al mismo tiempo, de apaciguar al agresor. El mariscal Pétain, el vencedor de Verdún, un hombre de ochenta y cinco años de edad cuando se pidió su ayuda, era un patriota sincero que deseaba para su nación lo mejor, pero que ya no estaba ni física ni espiritualmente a la altura de las duras exigencias de su cargo. Pierre Laval era un gobernante incómodo que no tenía otra mira que obtener un máximo de ventajas para los franceses y hacer un mínimo de concesiones a los alemanes.

Estos pensamientos me cruzan por la mente en el sótano de Ruán, pues ya puedo pensar un poco más allá de mi miedo. Han aumentado mis posibilidades de llegar a un campo de prisioneros de guerra. Pero ¿qué posibilidades tienen los otros? Si se piden las cabezas de Pétain y Laval, ¿cómo podrá haber indulgencia para los que navegaron en la estela de estos dos hombres? No hay ninguna esperanza de que los jueces sean blandos en esta primavera de 1945.

El día siguiente, el comisario me comunica que las investigaciones llevadas a cabo han resultado lo bastante positivas como para eliminar la sospecha de espionaje. Y le pregunto con un alivio indescriptible:

—¿Me trasladarán ahora a un campo de prisioneros de guerra?

—Tampoco es tan sencilla la cosa —contesta—. Olvidas que eres culpable de haber vestido el uniforme francés, y además hay que aclarar todavía algunos puntos. Por lo demás, esperamos hoy la llegada de un compatriota tuyo, un auténtico miembro del Servicio Secreto. Y esta vez no nos equivocamos, ¿verdad, Thiétard?

Este animal me dice con ferocidad:

—Todavía no hemos terminado tú y yo, amiguito. ¡Qué bien te vendría

desaparecer ahora en un campo de prisioneros! Y por lo que se refiere a tu distinguido compatriota, solo hablaréis francés entre vosotros. Y ni una palabra en alemán si no queréis que os rompa los huesos.

Todos estos hombres sufren el mismo complejo. Ninguno de ellos habla un idioma extranjero. Thiétard es el más peligroso, pues compensa su complejo con una manía de venganza que confunde con un «sano sentir nacional». Y yo le he quitado un triunfo que quizá le hubiera permitido lograr un ascenso.

Marcel trae por la tarde el alemán al lavadero. Es un hombre rubio de unos treinta años de edad. Viste una limpia camisa blanca y lleva corbata. Pero este esplendor civil desaparece debajo de un sucio gris de campaña, pues están deshaciendo su traje en el primer piso.

Se presenta como Heinz Ziegler, lo que me huele a nombre de guerra. Sabe que únicamente podrá hablar en francés conmigo. No me molesta que me hable de usted y se muestre muy distante. Le interesan detalles de orden práctico: métodos de interrogatorio y mentalidad de los inspectores. Se nota que este hombre entiende algo de estas cosas. Un profesional que admite también sin rodeos haber sido oficial del Servicio de Seguridad.

—No puedo negarlo, pues disponen de todas las pruebas. Quizá pueda salvar la cabeza si tengo suerte.

—¿Dónde le han cogido y por qué?

—Alguien me ha reconocido y me ha denunciado, pero no quisiera hablar de ello... Usted lo comprenderá.

Marceau se mezcla en la conversación:

—No tienes por qué darte esos aires de grandeza aunque te hayan dejado la corbata. Aquí estamos todos en el mismo barco. Y cuando hayas pasado por un par de tratamientos especiales, te sentirás contento de tener unos compañeros. Fijaos en esas uñas, que han pasado por la manicura. ¡Mientras Thiétard no se las arranque con las tenazas!

Ziegler me mira con una expresión de enojo en la que, sin embargo, hay un brillo de inseguridad.

—Pero tenga presente una cosa el señor oficial —continúa Marceau con el mismo tono de cinismo—. No estoy mendigando sus favores ni tendrá ocasión de ser compañero mío. Concretamente, salgo mañana para la Bonne Nouvelle y no tendré necesidad de llevar corbata por el momento.

Marceau, junto con otros dos y la lloriqueante Nounourse, es recogido a la mañana siguiente por la furgoneta celular. Por lo demás, ha estado en lo cierto. El aire arrogante de Ziegler no encaja en este sótano, y nadie le hace caso hasta al cabo de dos días, cuando intenta congraciarse con nosotros después de haber sido ablandado por los puñetazos de Thiétard.

Yo soy el único que prepara paños húmedos para refrescarlo y trato de infundirle ánimos, pero ya no aparezco por el sótano con tanta frecuencia como antes, pues

gozo de algunos privilegios. Hago en el jardín el trabajo que realizaba el desaparecido monsieur Lämmle y a veces lavo el negro Citroën del comisario.

Es un bonito automóvil este Traction, del que dicen que domina la carretera mejor que cualquier coche anterior. A veces incluso dejan la llave en el contacto y creo que lo único que pretenden es provocarme.

Esto no me priva de la alegría refrescante que siento al pasear sin vigilancia por el jardín después de tantos días y tantas noches pasados en el sótano. Ciertamente, la alegría tiene un freno que entra en acción tan pronto está abierta la puerta de hierro forjado del jardín. Marcel sería el último en notar lo, pero visto un viejo uniforme alemán y no tengo un franco en el bolsillo. La aventura habría terminado a los quinientos metros, y Thiétard tendría motivos para celebrarlo. Podría llegar con el automóvil unos cuantos kilómetros más hasta que dieran alarma general y bloquearan todas las carreteras. Saben muy bien que pueden dejarme solo en el jardín. Creo que solo a Thiétard se le puede ocurrir que cometa una tal estupidez, carente de toda posibilidad.

Sin embargo, no tiene por qué lamentarse de falta de trabajo, pues han derrumbado de tal modo al nuevo detenido con el choque telefónico que ha dado una larga lista de direcciones. Tienen que estar pidiendo continuamente la furgoneta celular de la Bonne Nouvelle para hacer sitio en el sótano.

Yo sigo alimentando la esperanza de que me trasladen a un campo de prisioneros de guerra, pero pasan los días y me convierto en un factótum al que los inspectores se dirigen en el jardín con un «Ça va?», excepción hecha de Thiétard, para quien no existo.

Sin embargo, una mañana que estoy arrancando la mala hierba, me entero de que se ha ocupado de mí a fondo. El sendero es tan estrecho que he de ponerme en pie y hacer sitio cuando oigo crujir la arena bajo unos pies que se acercan...

—*Bonjour*, Monsieur Bernadet.

El inspector, que me da casi todas las tardes su periódico deportivo y un par de cigarrillos, se detiene.

—El asunto no se presenta tan bien como yo esperaba. Thiétard ha conseguido que el comisario te envíe a los tribunales por vestir el uniforme francés. Esto significa un proceso normal y, de momento, prisión preventiva en la Bonne Nouvelle. En realidad no estoy autorizado para decírtelo, pues los que salen de aquí se enteran por el juez de instrucción de los cargos que se les hace. Vendrán a buscarte uno de estos días, pero no estás en tan mala situación como la mayoría de los demás.

Así, pues, me van a llevar a la Bonne Nouvelle. La decepción es tanto más abrumadora por cuanto ha sido Bernadet el que me había hecho concebir esperanzas de ir a un campo de prisioneros y había abogado por mí en este sentido.

Giselle intenta consolarme cuando bajo al sótano. Es la última de las muchachas que se mantiene firme, y dice tener en París un tío cuyas relaciones llegan hasta el general De Gaulle.

—No te preocupes. Puedes escapar con un par de meses, y entonces ya no podrán enviarte a un campo de prisioneros, sino que habrán de ponerte en libertad. Mejor que un par de años de cautiverio, ¿no?

—¿Y quién me garantiza que me condenarán solo a un par de meses? Lo que haría de buena gana sería largarme esta misma noche.

—¡Estás loco! Mañana ya te habrían pescado y medio te matarían a palos. No, sé de algo mucho mejor para esta noche.

—Me lleva a un rincón y me susurra al oído:

—Preguntaré a Marcel si nos cede su habitación durante una hora cuando se hayan marchado los inspectores. Bernadet está de servicio y se echará a dormir. Y si no duerme, hará la vista gorda.

No puedo digerir esto con tanta rapidez. Yo habría continuado completamente tranquilo si me hubiese propuesto el plan de fuga más descabellado, pero estas palabras me hacen afluir la sangre a la cabeza, cuyos cabellos, que han crecido un poco entretanto, parecen púas de erizo al tacto. No me cabe en la cabeza que una muchacha tan bonita como Giselle quiera tener tratos con un sujeto como yo, habiendo en el calabozo individuos más bien parecidos y con un pelo magnífico.

La muchacha ha pensado en todo.

—Se lo diré a Marcel cuando vaya a buscar la ropa con él. Marcel te llevará arriba cuando estéis ya en vuestro dormitorio. Nadie sospechará nada, pues todos saben que estás en muy buenas relaciones con Bernadet. Creerán que está aburrido y que quiere charlar de fútbol contigo. Y en mi caso no existe problema alguno, pues estoy sola en el dormitorio de las mujeres.

Los argumentos son convincentes. Pero ¿se prestará Marcel a servir de alcahuete a pesar de lo bueno que es? Lo menos que puede perder es su cómodo servicio fijo.

—Marcel es el carcelero más simpático del mundo, pero no nos dejará su cuarto y posiblemente nos espíe —replico.

—No pienses tanto, solo tienes que dejarme hacer a mí.

Cuando los dos traen media hora más tarde el gran barreño de sopa, Giselle me hace un guiño con tal aire de superioridad que no puede caberme la menor duda de quién es el vencedor.

Solo puedo con la mitad de la ración. Es demasiado excitante lo que va a ocurrir dentro de una hora, y la Bonne Nouvelle queda en este momento tan lejos como Siberia. Se me agolpa la sangre en las sienes y olvido los mohosos muros del sótano y las torturas de los primeros días, borrado todo como por arte de magia gracias a la muchacha.

Poco después de las diez gira la llave en la cerradura y Marcel pronuncia tranquilamente mi nombre. Solo después de haber llegado a los escalones, donde ya no pueden oírnos desde el lavadero, dice en voz muy baja:

—No hagáis ruido para que Bernadet no oiga nada. Esto puede costarme la jubilación. Me habría negado si mañana no te llevaran a la Bonne Nouvelle. Pero, por

el amor de Dios, guardad silencio.

—Gracias, Marcel, no te causaremos dificultades.

—Quítate los zapatos. La escalera de madera cruje de un modo terrible y Bernadet no debe oír que son dos los que suben.

El fuerte pisar de sus botas retumba como un trueno en la noche mientras yo me deslizo detrás de él como un gato.

La habitación de Marcel se ajusta tanto a la época como a la casa. Junto a una silla estilo Luis XVI, sobre cuyo redondo respaldo hay una guerrera con los hombros colgando, un poco ladeada, se ve una exquisita mesa redonda con adornos incrustados, y, al lado, una espantosa taquilla militar. Hay sobre la mesa una botella de litro de vino tinto medio llena. Unos círculos ya secos, del tamaño de la botella, indican que en esta mesa se come y bebe sin mantel. Tampoco la cama de barrotes de hierro encaja con estos restos de prosperidad burguesa, pero a mí se me antoja más bella que el lecho más lujoso del mundo.

—Ahora voy a buscarla —dice Marcel. Por vez primera desde que Giselle me ha metido en esta loca aventura, veo en el rabillo de sus ojos el asomo de una sonrisa de complicidad.

La muchacha llega también descalza y pisando sin hacer ruido. Y cuando Marcel ha cerrado la puerta, se sienta sin rodeos en la cama y señala la botella de vino.

—Echa un trago, ya tendremos tiempo de hablar mañana en el sótano.

Giselle está tendida, desnuda, encima de la parda manta de lana y ya no veo el suelto cabello rubio, sino las oscuras puntas de sus senos y el triángulo del mismo color, que se destaca entre sus largos y firmes muslos. Es un inconcebible cuento de hadas, y beso su trémulo cuerpo. El deseo nos domina con tal violencia, que todo concluye antes de haber empezado.

Es ahora cuando me estorba la viva luz de la lámpara de mesa de Marcel y me levanto para apagarla. Continúa la claridad a pesar de ello, pues la noche de verano es clara y la pálida luna es reforzada por el alumbrado de la calle Édouard Fortier, cuyos ruidos se pierden entre las copas de los viejos árboles del parque.

Nos abrazamos una y otra vez. Es ya mucho después cuando nos cobijamos debajo de las sábanas. Transcurren unos minutos en los que solo oímos en el silencio de la noche el violento latir de nuestros corazones, hasta que ya no puedo renunciar a expresar lo que siento:

—¿Qué crees que ocurriría si Thiétard se enterara de esto?

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? Haz el favor de olvidarte de ese idiota y de lo que pueda ocurrir mañana. Solo cuenta este momento, y sabía que este momento llegaría.

—¿Lo sabías?

—Sí, pero no tuve valor hasta que supe que te llevan a la Bonne Nouvelle. Necesitas ahora mucha fuerza y debes saber que pienso en ti.

—Eres una chica maravillosa, Giselle, pero ¿quién te ayudará a ti? ¿Crees que te

dejarán marchar a casa?

La muchacha se aprieta contra mí con más fuerza aún.

—A lo mejor mi tío puede evitar que me envíen a la Bonne Nouvelle, pero no hablemos de eso. Olvidémoslo todo sencillamente.

Cojo de la mesa el resto del vino y un paquete de Gauloises empezado y arrastro la silla donde está la guerrera de Marcel hasta ponerla junto a la cama, como una mesilla de noche.

El viento penetra por la semiabierta ventana, devolviendo a la habitación el humo del cigarrillo. Pero, cuando contenemos el aliento, puedo hacer anillos de humo que adoptan formas raras y se deshacen al entrar en la corriente de aire.

—Somos como estos anillos, Giselle. Acabarán con nosotros si pretendemos salir.

—¿Por qué no eres feliz como lo soy yo? ¿Tanta importancia tiene amarse fuera o aquí dentro?

Bebemos y fumamos.

Desde la calle llegan voces de mozalbetes y risas ahogadas de muchachas.

—Ha terminado la sesión de cine —apunta Giselle—. Parece ser que proyectan ahora buenas películas americanas y se baila en todas partes. Pronto estaremos en julio y la gente rica marchará a Niza y Montecarlo.

—Y los pobres, a la Bonne Nouvelle —contesto vaciando la botella. De buena gana me pondría el uniforme y me descolgaría por la ventana, y así se lo digo a Giselle.

—En primer lugar, no puedes hacerle una cosa así a Marcel, y en segundo lugar, te atraparían enseguida, puedes creerme. Y te cargarían el triple. Date por contento con que ya no te crean un espía. Sería una locura jugarte esto.

Se oye de repente una suave llamada y el giro de la llave en la cerradura. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que la habitación estaba cerrada con llave. Marcel abre la puerta lo suficiente para meter la cabeza por el resquicio, y Giselle se tapa.

—Vamos, hijos, ha terminado la hora. Bernadet tiene encendida la luz todavía y ya es hora de que os vayáis.

Entonces ve la botella de vino vacía y el cenicero en la silla.

—¡No habíamos dicho nada de beber y fumar! Os estáis aprovechando bien de mi generosidad.

—El sótano le vuelve a uno así, Marcel.

—Está bien, pero ahora se terminó. Arreglaos, vendré a buscaros dentro de cinco minutos.

Pero vuelve a llamar a los dos minutos, cuando estoy en camisa todavía.

—Casi lo había olvidado. Aquí hay otra ropa para ti —dice arrojando sobre la cama un mono de mecánico—. Los inspectores no quieren dejarte ir con el uniforme alemán, porque parecerías un prisionero de guerra; pero como tampoco te corresponde vestir de paisano, han buscado esta clase de vestido.

La idea es muy refinada, pues el uniforme habría significado que se me considera

prisionero de guerra, al que se han de aplicar las disposiciones de la Convención de Ginebra. Y en tal caso tendrían que haberme enviado a un campo de prisioneros.

—No sé si estaría aquí aún si me hubiera traído antes esta ropa, Marcel.

—Lo creo. Por eso han esperado también hasta el último instante. Concretamente, irás a la Bonne Nouvelle mañana a primera hora, y solo por esa razón habéis ablandado vosotros dos esta noche al viejo Marcel. Pero a mí me importa la seguridad, y por eso me vas a dar tu palabra de honor de no huir esta noche.

—Dásela —indica Giselle, que se peina el largo cabello rubio frente al deslustrado espejo.

—De acuerdo, Marcel —digo estrechándole la mano—. No le causaré ninguna dificultad.

Por la mañana, al despedirme, la mano de Giselle está fría y tiembla un poquito. Thiétard en persona ha bajado al lavadero a buscarme. También cuida de que los dos gendarmes me pongan las esposas antes de subir a la furgoneta celular. Soy el único que sale esta mañana para la Bonne Nouvelle.

El día parece hecho a propósito para ir a la prisión. Cae una lluvia interminable de unas nubes muy bajas, plomizas, y en las tabernas se vierte un poco de Calvados en el café para luchar contra el dolor del mundo. La lluvia tamborilea en el techo de chapa de la furgoneta celular, que avanza dando tumbos sobre los charcos.

DESPUÉS de media hora de viaje chirrían los frenos en un arrabal triste. Debe de ser la entrada de la cárcel. Borrosamente veo a través del enrejado del coche un muro gris sucio de seis metros de altura como mínimo. Frente por frente, en el otro lado del desigual piso de adoquines de la calle de la Motte, hay una diminuta tienda indescriptiblemente desconsoladora.

Cuando se cierra la pesada puerta de hierro, desaparece la última nota de color, un cartel rojo que anuncia un aperitivo. Todavía hay una pequeña franja de verde sucio entre los muros primero y segundo, sin duda el huerto del director de la Bonne Nouvelle. Luego todo tiene únicamente un sucio color gris.

Los gendarmes me quitan las esposas y me conducen, bajo la lluvia, a la *geôle*, el centro de mando de la prisión, donde desembocan, formando una estrella, los diversos bloques. El personal de vigilancia viste uniformes negros y se cubre la cabeza con unas grandes gorras de visera redondas, como los empleados de ferrocarriles. Se hace cargo de mí un *surveillant chef* de mirada hosca.

—¿No hay más equipaje? —pregunta bruscamente cuando he terminado de sacar los útiles de afeitar, el jabón, el cepillo de dientes y una camisa de repuesto que traía envueltos en una toalla americana de color verde.

—No, todo lo demás se lo ha quedado la *Sûreté*.

Silba entre dientes al escuchar la palabra «*Sûreté*» y comienza a examinar los documentos.

—¿Qué te parece? ¡Un alemán! Uso indebido del uniforme francés. Posiblemente no se te ha ocurrido nada mejor, ¿verdad? La maquinilla de afeitar se queda aquí. Disponemos de nuestro propio salón de belleza, que no te costará ni un céntimo. Puedes conservar todo lo demás, incluido este mono. La ropa de la prisión se te dará después de ser condenado. Mientras estés en prisión preventiva, podrás fumar si tienes tabaco, y también podrías escribir si fueras francés; pero, como es lógico, a Alemania no va nada.

—*Oui, monsieur.*

—¡Nada de *monsieur* a secas, sino *monsieur le surveillant chef*, entérate bien!

—*Oui, monsieur le surveillant chef.*

—Y ahora, ¡a la celda!

Un celador sin graduación, que no lleva ningún galón de plata, me conduce por el largo corredor del piso bajo. Tiene el piso de piedra negruzca y nuestros pasos resuenan como en un túnel. Cada tres metros hay una puerta forrada de chapa gris, provista de una mirilla, y por encima de nosotros hay tres pisos que se comunican por medio de unas escaleras de hierro con los mismos corredores. Dos figuras envueltas en andrajos grises con aspecto de sacos charlan en voz baja frente a una celda abierta, apoyados en sendas escobas. Como sabré más tarde, son los *balayeurs*, los que

realizan el más bajo de numerosos trabajos apetecidos. El celador se detiene por fin delante de una puerta y saca el pesado manojo de llaves.

—*Voilà!* A las doce te servirán la sopa, y después, una manta.

La celda está vacía y su aspecto es más desconsolador aún de lo que había esperado. La turbia luz del día lluvioso penetra por una ventana sucia y opaca. Se abre a tal altura en la pared que solo es posible llegar hasta los oxidados barrotes, gruesos como el pulgar, subiéndose a un cubo negro que hiede a orina y excrementos y que está cubierto con un cartón sucio. Un grifo que gotea sobre una diminuta pila metálica y un montoncito de paja existente debajo de la ventana completan el ajuar. Una bombilla desnuda cuelga del alto techo, de color gris negruzco.

No me dan pan con la diluida sopa. Ha sido distribuido ya por la mañana, y el guardián que vigila al grupo que va a recoger la comida se encoge de hombros.

—Lo siento. Las admisiones nuevas no son tenidas en cuenta hasta el día siguiente.

La sopa sabe a agua tibia. Y el par de trozos de nabo que nadan en el caldo no han sido siquiera cocidos, sino que están medio crudos. Es verdad que en la calle Edouard Fortier se recibían palizas, pero también nos daban unos caldos enjundiosos con albóndigas y trozos de carne. Hoy no tengo la impresión de haber comido cuando devuelvo la *gamelle* de lata. Intento consolarme pensando que esta noche comeré mejor, mientras la lluvia sigue golpeando monótonamente los opacos cristales.

Pero la comida no es mejor. Cuando comienza de nuevo por la noche el cencerreo en los corredores, vierten en el plato de lata la misma sopa, y de nuevo responden con un encogimiento de hombros a mi petición de pan:

—Mañana habrá pan. La casa está llena a rebosar y podemos darnos por satisfechos con que alcance la sopa.

—Tendré la misma sopa si abro el grifo del agua.

Me contestan con un portazo en las narices. Extiendo sobre el montón de paja la sucia manta gris, que al tacto parece de tela de saco e intento dormir, pero la primera noche en la Bonne Nouvelle es un fracaso miserable en este sentido. Hasta las tres de la mañana oigo el sonido de las horas y las medias, que llega, tenue, desde el reloj de un campanario, sin hallar una respuesta a mi pregunta de por qué estoy incomunicado en una celda.

La cárcel está realmente llena. Lo normal es que cinco o seis reclusos como mínimo compartan los pocos metros cuadrados que ahora están a mi sola disposición.

Tengo que esperar hasta el viernes para descubrir la razón. El viernes llega el barbero. Se llama René y es un individuo mofletudo de cabello negro rizado untado de brillantina y una barbita muy bien cuidada. Viste el uniforme de presidiario, pero tiene el aspecto del que se puede permitir todos los días una comida decente.

Deposita con parsimonia en tierra la caja con el jabón y la brocha e inicia la conversación después de marcharse el guardián que le ha acompañado hasta mi celda.

—Así que tú eres el alemán que llegó el miércoles.

—Sí —contesto—, y me alegraría que alguien pudiera decirme de una vez por qué estoy incomunicado.

Sonríe irónicamente y comienza a hacer espuma con el agua tibia del grifo.

—En primer lugar, quieren ablandarte. Cierto que en las otras celdas están como sardinas en lata, pero la celda individual es más desagradable porque no se puede hablar con nadie. Y un alemán es algo nuevo para ellos, ¿comprendes? Quieren que se te hagan telarañas en el trasero. En las otras celdas podrían cederte algo de sus paquetes de comida, pero el *surveillant chef* opina que no te lo mereces. Si pudiera te retiraría también la ración de pan de la mañana y estarías listo en una semana.

—¿Cómo sabes todo esto?

—El barbero lo sabe todo. Sirvo a todos los guardianes y oficiales de Prisiones y entro en todas las celdas. También estoy en contacto con los barberos de los otros bloques, y no hay ningún secreto para nosotros en la Bonne Nouvelle. Si quieres, me cuidaré un poquito de ti.

—Estupendo —le agradezco.

—Desde luego, has de saber una cosa —prosigue, y comienza a enjabonarme—. En la prisión todo cuesta dinero. ¿Tienes algo?

—No, ni un céntimo.

El barbero frunce el entrecejo y deja la brocha.

—¿Nada de verdad? ¿Y tampoco tienes a nadie que pueda procurarte dinero?

—No.

La navaja de afeitar arranca más que corta, y el hombre solo tiene un poco más de cuidado cuando ve que brota la sangre.

—Te diré lo que ocurre. Si no tienes fuera nadie que te pueda ayudar, te irás al otro barrio. Todos reciben paquetes de comida, y la mayoría, también dinero. Tiran todos los días la sopa a la pila, y los cocineros lo saben. Estos están más gordos cada día, y la sopa es más floja. Nadie puede vivir con ese caldo.

—Pues posiblemente a mí no me quede otro remedio.

—Lávate antes de nada y escúchame. Si de verdad no cuentas en el exterior con nadie que pueda ayudarte, tendrás que salir de esta celda y vivir entre gente que tenga algo que roer.

—Pero ¿cómo?

—Eso tendrás que dejarlo de mi cuenta, pero no esperes una solución rápida. Si estás un par de días sin tener noticias mías, no creas que te he olvidado. —Saca tres Gauloises de un paquete y me los da—. Para que veas que no hablo por hablar. También te dejo algunas cerillas.

—Pero sabes que no puedo pagarte.

—Hay gente suficiente que paga, y entre ellos puede meterse alguna que otra vez un desheredado de la fortuna. Y para que lo sepas, me han echado cinco años por colaborar con los alemanes; así que lo único que hago es continuar practicando. —De repente recoge sus útiles y murmura—: Alguien está fuera escuchando.

Segundos más tarde gira la llave en la cerradura dejándome únicamente el tiempo justo para esconder los cigarrillos y las cerillas en el bolsillo del pecho de mi mono.

—¿Acaso te ha pedido el boche que le hagas la permanente y la manicura?

El *surveillant* Masson tiene una voz desagradable. Y después de haber cerrado la puerta, sigue chillándole al barbero en el pasillo como un gozquecillo rabioso.

Empiezo a aprender. Además del ruido propio de las horas del reparto de comida, la prisión tiene sus ruidos secundarios permanentes, cuya interpretación es más importante que el ruido de los platos de lata, que únicamente ofrecen variación los domingos, con pequeñísimos trozos de carne de caballo.

La oreja pegada a la puerta percibe con claridad el sonido que hacen los *balayeurs* mientras barren. Cuando han de transmitir un mensaje rascan suavemente con la escoba. Son los que establecen la comunicación entre los bloques y los pisos, por lo que se les paga con dinero, tabaco o alimentos. También me han ofrecido sus servicios, pero la señal de la escoba en mi puerta se oye en muy raras ocasiones, pues saben que no pueden sacar nada de mi celda.

También aprendo a distinguir los pasos de los guardianes. Por ejemplo, Masson anda con unos pasos breves y nerviosos que se detienen de pronto: es cuando se acerca para escuchar en la puerta. Por el contrario, la manera de andar de Tessier es uniforme y no ofrece ningún peligro. Se sabe cuándo está junto a la mirilla y él quiere también que se sepa.

Una noche, después de haber sido apagadas ya las luces, se presenta en mi celda con una manta medio limpia. Estoy sentado debajo de la ventana, después de haber pasado el sofocante bochorno del día de julio.

—He encontrado una manta mejor. Dame ese viejo pingajo.

—Gracias, monsieur Tessier.

—No tienes por qué darme las gracias, otros tienen hasta colchón propio.

—¿Está permitido eso?

—¿Por qué no? Incluso hasta se puede recibir de fuera ropa de cama. La Bonne Nouvelle está superpoblada, no tenemos ni siquiera suficientes mantas. ¿No tienes a alguien que te pueda enviar algo?

—En Francia, no.

—Me lo suponía. Y siendo alemán no puedes esperar ningún trato de favor en una prisión francesa.

—Pero ¿por qué me tienen incomunicado? No soy ningún presidiario, y los días no se me harían tan insoportablemente largos si pudiese hablar con alguien. Y del hambre que paso no quiero hablar. Al principio hacía ejercicios físicos, pero no es posible hacerlos con el estómago vacío.

—Así, pues, ¿quieres estar con otros?

—¡Claro que sí!

—Bueno, yo no puedo decidir nada, pero creo que se podrá conseguir. Por lo demás, el barbero ha estado ya dando la lata por ahí. A veces me pregunto si habrá en

esta casa algo donde el barbero no meta las narices.

—¿Tiene realmente tanta influencia?

—Es una pregunta que podrás contestártela personalmente cuando lleves aquí más tiempo. Bueno, solo quería traerte una manta. Buenas noches.

—*Bonne nuit, monsieur Tessier, et merci.*

Dos días más tarde se presenta en mi celda antes de la distribución del pan.

—Serás el sexto hombre en la celda número 108. ¿Satisfecho?

Estoy listo en menos de un minuto. La celda número 108 me recibe con dos sorpresas: con un hedor infernal y con André Tellier, el que pagaba el pato en la calle Édouard Fortier. Un caso de suerte, según compruebo al instante, pues los demás maldicen a causa del inesperado ingreso, pero Tellier me estrecha la mano como a un viejo camarada. Me quedo asombrado ante su transformación, pues rezuma optimismo.

El hedor tan espantoso procede de un cubo previsto para una persona y que es utilizado por cinco.

Cuando se doblan las mantas, queda todavía junto a la pared un poquito de espacio para el sexto hombre. Ya no me miran con hostilidad, sino con interés.

Tengo que relatar mi historia después de haberme presentado. Y el relato es detallado, pues los demás reciben con agrado esta variación. A continuación me explican de buen grado que los ocupantes de esta celda son personas decentes, no «collabos», aunque la Bonne Nouvelle está llena hasta el techo de personas que olvidaron sus deberes patrióticos.

Olivier y Touchard, dos hombres de mi edad, no están en la Bonne Nouvelle por primera vez, pero son buenos patriotas. Pertenecen a un gremio que realiza en El Havre prósperas incursiones con fractura en locales ajenos. Marcellin ha sido atrapado con unos bidones de gasolina americanos y a Vissers lo han sorprendido haciendo contrabando de chocolate y tabaco. Una sociedad abigarrada y en modo alguno antipática en la que marcan la pauta los dos alegres ladrones de El Havre.

Después del hambre y el aislamiento, vuelve a empezar para mí un nuevo período de vida en la celda número 108. Todo el mundo mete la mano en su caja y me dan un pedazo de pan, un bizcocho o manzanas, y no me importa un comino que Tellier haya hecho en un campo de prisioneros alemán cosas indebidas o que Olivier y Touchard hayan vaciado los domicilios de honestos ciudadanos. Me ayudan sin que yo tenga que pedirselo, y noto con agradecimiento que hay solidaridad entre los repudiados por la sociedad.

No se vive mal en el número 108. Llegan paquetes todos los días y el hedor resulta más soportable cuando se ha vaciado el cubo. Bien es verdad que soy el segundo parásito, pues Vissers, el belga, no recibe tampoco ningún paquete, pero nos hacen compartir la comida sin molestarse en hablar de ello.

Cierto que Olivier y Touchard son suministrados también con largueza por sus camaradas amigos de lo ajeno y en los voluminosos paquetes que reciben no son cosa

rara los pollos asados y la dorada mantequilla.

—Resistiremos seis meses —dice Olivier—. No pueden echarnos nada más, pues tenemos unos abogados magníficos, y las pequeñeces que pueden probarnos terminarían casi con la absolución si no fuera porque somos reincidentes. No son capaces de averiguar las cosas importantes. Estas las pagan los americanos, y podéis creerme si os digo que resulta hoy más fácil limpiar un buque Liberty que hurtar una gallina a un campesino. Necesitas únicamente sobornar a un negro para largarte con un remolque de gasolina entre las uñas.

—O con un barril de alcohol de beber —dice Touchard completando la explicación de su compañero—. Lástima que no se traiga whisky a la cárcel. Para que lo sepáis, tenemos enterrado un hermoso cargamento.

—¿Y por qué no, en realidad? Tendríamos que hablar con Masson.

—¿Con Masson? —pregunta, aterrorizado, el ingenuo Tellier—. Con ese hombre no se puede hacer nada. Vigila con más cuidado que un perro guardián.

—Esto demuestra que no tienes la menor idea de lo que ocurre en esta casa.

Olivier dice estas palabras con una sonrisa indulgente mientras ofrece cigarrillos a todos.

—Quizá tengas una idea de lo que son los campos alemanes de prisioneros de guerra, pero no sabes lo más mínimo de la cárcel, pues de lo contrario sabrías que un tipo como Masson es precisamente el hombre que nos proporcionará whisky.

Tellier enrojece.

—¡Soy víctima de intrigas y no tolero tus asquerosas acusaciones, tenlo bien presente! Mi abogado me dijo ayer que solicitará mi absolución en la vista de la causa.

—Mira, déjate de tonterías. Todos los que estamos en la cárcel somos inocentes y todos los abogados solicitan la absolución. Pero hay una cosa curiosa, y es que, a pesar de ello, estos sitios de mierda no están nunca vacíos. Por lo que se refiere a Masson, puedes tener la seguridad de que es más fácil hacer con él un negocio que con Tessier, ese fanático de la justicia. ¿Apostamos a que Masson nos proporciona whisky?

—Acepto la apuesta —replica Tellier.

—Vamos a pensar qué apostamos —dice Touchard frotándose las manos—. Hace ya mucho tiempo que tengo ganas de comer fresas con nata, pero nuestros amigos de fuera solo pueden conseguir las fresas. Por tanto, apostado por un kilo de nata de la granja de Tellier.

—No hay problema. Ganaré la apuesta.

Se concierta la apuesta, y esta misma noche Olivier ruega al *surveillant* Masson que le escuche unas cuantas palabras. Vuelve al cabo de diez minutos y se planta muy esparrancado delante de Tellier.

—Ahora mismo puedes escribir a tu viejo para que te envíe la nata. La semana próxima llegarán a la dirección particular de Masson doce botellas de whisky de maíz

y centeno. Traerá a la celda seis. O sea que trabajamos con una pérdida del cincuenta por ciento, pero no es demasiado caro el precio para hacerte ver con claridad cómo vive en la cárcel un verdadero señor.

Celebramos la fiesta transcurridos un par de días, y el cubo rebosa por primera vez.

Durante el «paseo» en el diminuto triángulo limitado por los muros, nuestras caras, no acostumbradas al sol, están más pálidas que de costumbre, y Masson llama a Olivier aparte. Si los hombres de la celda número 108 vomitan o cantan canciones obscenas hasta altas horas de la noche, se cortará rigurosamente el acceso de nata y whisky.

El mes de julio se aproxima a su fin y hay días en los que el sol caldea de tal modo los gruesos muros de la Bonne Nouvelle que permanecemos tendidos como moscas atontadas en el caliente suelo de piedra. Incluso Olivier pierde las ganas de hablar en esta atmósfera de invernadero y no recobra la alegría hasta que comienza la noche y se enfría este horno. Pero también él se va poniendo nervioso poco a poco, pues no se ha dictado todavía el auto de procesamiento y, por tanto, no ha recibido citación para ser oído por el juez que instruye las diligencias previas.

René, el barbero, nos informa de que los juzgados están llenos de diligencias hasta el techo y que se producen las equivocaciones más absurdas.

Cuando entra con su caja y el taburete con objeto de rapar seis barbas, el barbero dice:

—Anteayer pusieron en libertad a uno porque el juez de instrucción comprobó que el hombre estaba encerrado sin culpa alguna.

—No me extraña en realidad —rezonga Olivier—. Ya no hay manera de entenderse en esta pocilga. Si tienes mala suerte, te tiras seis meses en prisión preventiva y luego te echan solo tres. ¿Qué me importa que me cuenten la prisión preventiva si estoy encerrado tres meses más de la cuenta?

—Podrías vendérmelos —replico con sonrisa irónica—. Vosotros tenéis al menos vuestros abogados, pero ¿y yo? Si tengo mala suerte, continuaré aquí todavía el verano que viene.

—Tan seguro como que has de morirte si no dispones de un abogado —afirma René dándome espuma en las mejillas.

—Pero sabes muy bien que no tengo dinero ni conocidos. Incluso tengo prohibido escribir, aunque nadie me ha dicho por qué.

—Ese es el problema de menos importancia. Yo puedo sacar al exterior cualquier carta sin pasar por la censura, y para ti hasta gratis. Pero, como es natural, necesitas una dirección. ¿No se te ocurre ninguna?

—¿Puedo escribir también a Suiza?

—¿Por qué no? La comunicación postal se ha normalizado con todos los países, excepto con Alemania.

—Entonces escribiré una carta a mi tío Fredy, a Basilea.

—Pues ya está. ¿No te he dicho que el barbero siempre encuentra un camino? Tus compañeros te proporcionarán recado de escribir.

Garrapatea algo en una nota apoyando el papel en la pared, pues no tenemos mesa.

—Esta es la dirección de un abogado de primera clase y de una mujer abogado, respectivamente. La mujer se llama Chassepoule y ha ayudado ya a mucha gente de aquí. No le importa que seas alemán o francés. Es precisamente lo que te conviene. Claro que no trabaja de balde. La gente de Normandía sabe contar muy bien.

—¡Ahí está el problema!

—Nada de problema si en la carta dirigida a *maître* Chassepoule se incluye uno de esos preciosos billetes de cien francos suizos que tienen aquí una cotización fabulosa.

—¿Y si la censura abre la carta?

—Lo que procede de Suiza está bien siempre para los franceses. Explica a tu tío la cuestión. Recogeré la carta esta misma tarde y la semana que viene tendrás un abogado.

La sensación de poder escribir una carta me fascina de tal manera que me detengo después de cada frase y acaricio la blanca hoja rayada que me ha dado Marcellin y que por caminos secretos saldrá de entre estos muros para viajar hasta Suiza.

Cuando he terminado, Olivier saca de entre su manta una botella de whisky y envía a Tellier a la puerta para que vigile:

—Ten bien abiertos los ojos mientras bebemos a la salud de esta carta para que tenga un buen viaje. El único peligroso es Tessier porque es el único que no sabe nada del whisky.

El barbero se presenta dos horas después a recoger la carta y desde este momento dejo de sentirme un intruso en la celda número 108.

Esto repercute de varios modos. Cuando Marcellin, el más tranquilo e inteligente del equipo, recibe su periódico noto por vez primera despertarse en mí el interés por los acontecimientos políticos del día.

No hace falta decir que están prohibidos los periódicos, pero el que tiene dinero puede permitírselos. Marcellin se permite este lujo, por el que ha de pagar a Masson diez veces lo que vale. Hay día en que hasta le llegan tres o cuatro periódicos distintos, y Marcellin concede a esto una importancia especial, pues ha comenzado en París el proceso contra el mariscal Pétain.

Es un acontecimiento que tiene en vilo a la nación entera. ¿Le tildarán de traidor y le fusilarán o, después de todo lo que ha quedado atrás, habrá todavía un último vestigio de respeto para el vencedor de Verdún? El destino de Pétain pende de un hilo muy delgado. Las reacciones en la celda número 108 son diversas, como acontece entre los ciudadanos libres.

Vissers, el belga, no expresa ninguna opinión, pero Marcellin, hasta ahora el más flemático de la celda, está furioso a causa del procesamiento del mariscal, un hombre

de ochenta y nueve años de edad.

—Bien, ¿y qué? —dice Olivier untando cuidadosamente de Camembert una rebanada de pan blanco y limpiando su cuchillo con uno de los periódicos atrasados de Marcellin—. ¡Tu Pétain se puede ir a la mierda, para que lo sepas bien! ¿No se ha dejado mandar por los alemanes a cambio de tener todos los días su buen filete? ¿Y qué ha podido poner mi madre en la mesa? ¡Una cosa indigna de la justicia francesa! No me hagas reír. ¡Lo indigno es lo que hacen con nosotros! ¿O acaso piensas de otra forma?

Marcellin coge otra vez el periódico y replica:

—¡No veis más allá de vuestro pequeño horizonte de ladrones!

—¡Pero tú bien te bebes nuestro whisky!

—¿Por qué no? En primer lugar, me lo habéis ofrecido y, en segundo lugar, en la cárcel hay que aprovechar lo que se tiene a mano. Pero me preocupa que se lancen como hienas sobre un hombre de ochenta y nueve años de edad que se ha presentado voluntariamente.

—¿Qué quieres decir con eso de que se ha presentado voluntariamente?

—Pétain podría haberse quedado muy bien en Suiza cuando los alemanes lo evacuaron de Sigmaringen. Pero él ha preferido presentarse a los tribunales.

—¡Valiente estupidez! —interviene Touchard.

—Naturalmente que también pueden verse así las cosas —replica Marcellin volviéndole la espalda en señal de que desea leer en paz el periódico.

Esta noche comienza mi amistad con este hombre. Me da sus periódicos, pero he de tener un cuidado terrible para que Olivier y compañía solo tengan entre sus manos las páginas de los anuncios cuando están sentados en el cubo.

El proceso contra Pétain es un reflejo de la Francia de este caluroso verano. Una imagen desfigurada, irreal, de un país que todavía pasa hambre y estremecido por las pasiones, de un país que solo podrá comenzar a actuar con sensatez y a ver con claridad cuando se hayan ajustado las viejas cuentas. Por esta razón ha de ser procesado Pétain. Y el proceso solo puede desarrollarse en un ambiente febril, irreconciliable. Se han abierto demasiadas válvulas cerradas hasta ahora.

Desde luego, estos acontecimientos se juzgan en la cárcel únicamente con visión de mirilla, y todos nos sentimos en cierto modo colegas del anciano. Esto da lugar a asociaciones. Y Touchard, cuando se pone por la noche en cuclillas sobre el cubo, después de cenar, pregunta:

—¿No lo encerrarán también en una celda como esta cuando se haya visto la causa?

Olivier, altivo, niega con un ademán.

—Dispondrá de un apartamento con WC y con toda clase de comodidades. ¿Acaso crees que los mariscales hacen sus necesidades en un cubo?

—No te desearía que te encerraran a los ochenta y nueve años de edad —opina Marcellin—. Pero puedes estar tranquilo. Por lo que dicen los periódicos, las

comodidades que tiene no son mucho más grandes que las tuyas, y los barrotes de hierro son igual de gruesos en todas partes.

—Así debe ser.

Por lo general, las discusiones en la celda 108 se interrumpen normalmente al alcanzar esta fase. Pero el jefe del Estado que pactó con los alemanes tampoco puede esperar mucha comprensión por parte de los ciudadanos libres. Se ha olvidado hace mucho tiempo que era necesaria alguna persona que representase a Francia frente a los alemanes. ¿Y no es una macabra duplicidad de la indefensión estatal el hecho de que, para acusar a Pétain, haya de llamarse a un fiscal ya jubilado, exactamente igual que Philippe Pétain fue llamado de la reserva cuando el Gobierno se vio en junio de 1940 frente a una patria hecha pedazos? Entonces se pretendía que un anciano con un pasado glorioso pusiera remedio a una situación que ya era irremediable.

La defensa aprovecha con valentía sus posibilidades. Pone en duda la legitimidad constitucional de un tribunal en el que se sientan jueces que prestaron juramento de fidelidad a Pétain. También se encuentra entre ellos Mongibeaux, presidente del Tribunal de Casación, que actúa de presidente, pero las redacciones de los periódicos, pensando con liberalidad, pasan por alto estas escrupulosidades. Sin embargo, se necesita para fiscal general un hombre de pasado intachable, y el hombre surge como del sombrero de copa de un prestidigitador. Mornet, uno de los hombres más temidos de la justicia francesa entre las dos guerras mundiales, y también uno de los más implacables, es devuelto al servicio activo desde el olvido de la jubilación; y este cometido que no esperaba le hace más agresivo e implacable que nunca. Este hombre, a quien hizo célebre el proceso contra Mata-Hari, coge de lleno la oportunidad que se le ofrece de coronar su carrera con una función de gala. Y la alegría anticipada que no puede refrenar le hace cometer una equivocación imperdonable: antes de iniciarse el proceso, explica a la prensa que pedirá la pena máxima.

La defensa le arroja con aire de triunfo a la cara esta equivocación, pero no obtiene ningún resultado. El punto de vista del tribunal está polarizado.

—Cuando uno lee esto —dice Marcellin— tiene que pensar en los tribunales populares de Alemania. Yo siempre había sostenido que esto no sería posible en Francia, pero cuando uno se entera de lo que pide Le Troquer, el alcalde de París, ya no hay nada que le asombre.

—Pues, ¿qué exige?

—Pues exige que Pétain, antes de ser ajusticiado, sea degradado públicamente por un soldado raso en los Campos Elíseos. Antes de ser ajusticiado, ¿entiendes? Esto no es un proceso, es una ejecución.

En realidad, los tres defensores tropiezan con un muro de helado rechazo. El mismo Pétain, senil y torpe del oído, deja que lluevan sobre él todos los ataques sin dar la menor muestra de emoción. Y estos ataques llegan como ráfagas de ametralladora desde el banco de los testigos después de haber leído el acusado una breve declaración: «Yo no pedí el puesto de jefe del Gobierno. Me suplicaron que lo

aceptara y acepté. El pueblo francés ha puesto el poder en mis manos a través de sus representantes elegidos. Solo el pueblo puede exigirme cuentas, pero este tribunal no representa al pueblo francés. No responderé a ninguna pregunta».

El tribunal hace desfilar a toda la *fine fleur*, la flor y nata del Gobierno francés de 1940, hombres que llamaron al viejo mariscal cuando sus carretas habían quedado atascadas en el barro.

Uno de ellos es Paul Reynaud, el presidente del Consejo de Ministros. Pequeño de estatura, pero de poderosa elocuencia e inflexible dureza frente al hombre al que llamó cuando no veía ninguna salida. «Jamás un pueblo se ha equivocado tan enormemente como el pueblo francés con Pétain y jamás hombre alguno ha hecho tanto daño a un pueblo como Pétain a la nación francesa.»

«Esto es un alegato en defensa propia», como afirman los defensores, que sumen a Paul Reynaud en una tremenda confusión cuando le recuerdan que Pétain quería enviarlo de embajador francés a Washington y él ha de admitir que aceptó esta oferta.

«Fue una lástima para usted que Roosevelt le rechazara, ¿verdad?»

Reynaud ha gastado su pólvora en salvas, pero otros políticos brillantes de la III República, como Daladier y Herriot, salvan a la acusación de nuevo con ayuda de argumentos objetivos, sin atacar de una manera cínica al mariscal, como había hecho Reynaud. Sin negar los méritos contraídos por el mariscal durante la Primera Guerra Mundial, hacen graves acusaciones al Gobierno de Vichy, aunque Daladier y más tarde Lebrun conceden que los principales culpables han de ser buscados entre los oportunistas sin conciencia que rodearon al viejo mariscal, pero nadie puede eximir de responsabilidad al jefe del Gobierno de Vichy.

El proceso se arrastra sin visos de terminar y todos leemos los periódicos en la celda 108. También se lee el periódico *Combat*, de Albert Camus, el único que se pronuncia por una condena suave.

Incluso Olivier y Touchard se muestran ahora más benévolos:

—Nunca me ha preocupado la política, pero esta comedia me revuelve las tripas —dice Olivier—. Precisamente las guerras son la porquería más grande. Se puede ser un héroe nacional en una y un traidor en la siguiente. Era preferible que Pétain se hubiera dedicado a cultivar rosas en vez de meterse en el ajo cuando nadie quería ya aceptar responsabilidades.

—Pues lo fusilarán a pesar de ello —anuncia Marcellin—. Y además a Laval.

Los periódicos dan al día siguiente la noticia. Pierre Laval ha sido entregado por Innsbruck y recluido en una celda de la gran prisión parisiense de Fresnes.

—Tampoco estará allí mejor que en la Bonne Nouvelle —se dirige Olivier a su compañero—. ¿Recuerdas todavía lo que contó Mimile sobre Fresnes?

—¡Que si lo recuerdo! Le partían todos los bollos y manzanas que recibía y así le encontraron tres limas.

Pierre Laval entretanto lucha acorralado y no puede impedir que sea citada la peor frase que le echan en cara los franceses. Ocurrió durante un discurso radiado en junio

de 1942 en cuyo transcurso dijo: «Deseo la victoria de Alemania, pues en caso contrario Europa será bolchevique».

«Esta frase —explica Laval— no solo ha sido arrancada de su contexto, sino que únicamente se ha citado su primera parte.»

Y con notable habilidad retórica dibuja una imagen de su política, que, según él, consistió siempre en conseguir frente a la potencia ocupante un máximo de ventajas para su país.

Laval no ha sido de utilidad para Pétain ni tampoco para él mismo, como no tardará en comprobarse. El tribunal tiene que entregar al pueblo dos culpables y el 14 de agosto se da a conocer la sentencia contra el primero: Philippe Pétain es condenado a muerte, a la confiscación de sus bienes y declarado indigno de ser francés.

Hay en la sentencia una segunda parte: «Considerando la edad del acusado, el tribunal expresa el deseo de que no se ejecute la pena de muerte». Según declaraciones de sus abogados, el mariscal Pétain, ya casi sordo, no tomó en realidad nota de «esta sentencia necesaria en interés de la nación». Y con piadoso tacto aprovechan la debilidad física y mental del acusado: «No sabrá nunca que lo han despojado de su dignidad de *maréchal de France*».

La sensación del proceso Pétain consiste en que el tribunal, después de largas deliberaciones, acuerda interrogar a Laval en calidad de testigo el 3 de agosto. La prensa de izquierdas, irritada contra los testigos que han intentado eximir de responsabilidad a Pétain, rebosa de voluptuosa esperanza. Y Madeleine Jacob, la más implacable de todos los cronistas del proceso, escribe en el *Franc-Tireur*: «¡Pétain y Laval juntos delante de nuestros ojos! ¡La deshonra vestida de uniforme y la deshonra vestida de paisano!».

Todos los periódicos reproducen la figura de Laval con el traje cruzado gris tan conocido. Pero la chaqueta le viene anchísima, y de una camisa demasiado grande sale un delgado cuello de anciano que parece constar únicamente de piel y venas. Lleva muy descuidados el pelo y el bigote, pero los ojos brillan despiertos. Este hombre no produce la impresión de ser un pecador arrepentido. Él afirma que ha venido a corregir una leyenda falsa.

«¡Ya veremos!», escriben los periódicos más moderados. «¡*Au poteau*, a la horca!», dicen los otros.

Pierre Laval habla sin interrupción muchas horas y sin papel delante. Según el periódico *Combat*, este ingenioso e inteligentísimo parlamentario ha quitado de la mano al presidente Mongibeaux la dirección de las actuaciones en el transcurso de pocos minutos.

Pero el presidente se vengará a su modo. Cuando Laval, atormentado por la sed bajo el calor de la sala llena a rebosar, pide varias veces un vaso de agua, el presidente se hace el sordo hasta que una periodista sueca hace por fin lo que ninguno de sus colegas franceses se atreve a hacer. Le lleva agua con una despreocupación

digna de una reina, y suenan aplausos en los bancos del público.

Laval defiende con valor y habilidad la política que siguió durante la ocupación alemana y defiende también a Pétain, aunque no en la forma deseada por la defensa y el mariscal, pues no deja en el aire ninguna duda sobre la senilidad del viejo militar: «Por desgracia disponíamos solo de un Pétain cuando hubiéramos tenido necesidad de un Lyautey. Pero dejadle en paz. Él no tiene la culpa».

Unos días después, Charles de Gaulle, jefe del Gobierno provisional, accederá al ruego del tribunal y conmutará la pena de muerte de Pétain por la de cadena perpetua. Puede leerse en sus memorias: «Había decidido ya de antemano este acto de clemencia».

Ahora se mueve más lentamente el engranaje judicial en el asunto del anciano mariscal, que no es trasladado hasta últimos del año 1945 a la fortaleza de Pierre-Levée, en la isla de Yeu. Sin embargo, la generosidad de De Gaulle es limitada, pues, a pesar de todas las súplicas, la esposa de Pétain ha de esperar hasta 1947 que le permitan compartir el exilio de su marido. El vencedor de Verdún muere el 23 de julio de 1951 a los noventa y cinco años de edad, pero sin que se cumpla su deseo de ser enterrado en Fort Douaumont. Descansa en el cementerio de la Marina de la isla de Yeu.

En la celda número 108 de la Bonne Nouvelle se pasa de nuevo al orden del día.

—No habrá piedad al juzgar a Laval —vaticina Marcellin—. Podéis estar completamente seguros.

—No deseo saber lo que pueden hacer con Laval, sino lo que pueden hacer conmigo, ¿comprendes? —replica Olivier, enfurecido—. Esta pocilga está llena hasta el techo de personas que también tienen derecho a comparecer delante del juez. ¿O quizá se ha de ser traidor para interesar a esos caballeros?

PERO yo soy el primero de los ocupantes de la celda número 108 que tiene motivos para sentirse alegre. Masson en persona abre la puerta una mañana entre la hora del café y la de la comida y pronuncia mi nombre. Ha ocurrido un milagro. ¡Tengo visita! Produce un gran consuelo poder caminar por fin por la prisión con un objetivo agradable a la vista. Las escaleras de hierros producen un sonido más claro debajo de los pies, que se mueven con mayor rapidez.

El locutorio consta de dos partes, una pública y otra privada, y Masson me hace pasar primero por la jaula. Detrás de unos barrotes gruesos como dedos se encuentran los visitantes, parientes cercanos; en el otro lado, detrás de las mismas rejas, los presos. Dos manos extendidas se pueden tocar, pues la rejilla permite exactamente el paso de un brazo. Ciertamente es una práctica prohibida, pero perfectamente posible para manos ejercitadas en ello. Se nota esto cuando los visitados vacían en las celdas sus bolsillos.

Masson me lleva a un cuarto donde hay una mesa y unas sillas y no hay ningún vigilante. Huele a humo de cigarrillos, y el cenicero está lleno hasta los bordes. Junto al cenicero se ve una cartera de mano llena de papeles, en la que busca algo una atractiva dama antes de ofrecermela su mano con el asomo de una sonrisa rutinaria y de invitarme a tomar asiento.

Lleva un vestido de verano multicolor y le cae el largo cabello castaño sobre los hombros desnudos, tostados por el sol. Un leve olor a perfume se mezcla con el rancio olor del tabaco negro.

—¿Un cigarrillo?

Acepto. A juzgar por el colmado cenicero, los abogados tienen que fumar sin pausa con sus clientes.

Maître Chassepoule empuja hacia mí sobre la mesa una carta con sello suizo.

—He sacado todo lo que me concernía, incluido un billete de cien francos. Esta carta es para usted. Estoy dispuesta a defenderle.

Es una larga carta que me hace latir con fuerza el corazón. Mi tío me promete toda la ayuda en dinero que necesite y también ha informado a mi madre ya por medio de un individuo que vive en los límites de Basilea.

«Tu madre sabe ya que vives y no tiene por qué enterarse de que estás en prisión. Tenme al corriente de todo. Tendrás noticias mías a través de *maître* Chassepoule. Le he escrito para que te ayude todo cuanto pueda, diciéndole que el dinero no tiene ninguna importancia en este caso.»

Hace muchos días que esperaba este momento, pero no soy capaz de abrir la boca ahora que se ha presentado. *Maître* Chassepoule, evidentemente familiarizada con pausas emocionales de esta clase, me da tiempo para que me recobre, pero solo el que ella considera imprescindible necesario.

—Por desgracia, tendremos que ser breves, pues dentro de veinte minutos habrá terminado el tiempo. Tomaré algunas notas. Le ruego me diga la verdad, pues de lo contrario perderíamos el tiempo. Lo que usted diga al juez de instrucción es otra cosa.

—No hay nada que ocultar. Comprobará usted que mi lugar no está aquí, sino en el campo de prisioneros de guerra.

Relato mi historia con la mayor concisión posible. La mujer intercala un par de preguntas. Y cuando he concluido, hace un balance rápido y desapasionado:

—El asunto del uniforme creará dificultades. Tenga en cuenta que los jueces militares tienen opiniones propias sobre la gloria y la dignidad del uniforme y que un alemán es en estos días casi lo último que encaja dentro de un uniforme francés. No podremos evitar una condena.

—¿Qué es eso de los jueces militares? —pregunto.

—Pues que habrá de comparecer delante de un tribunal militar, pero no tiene por qué asustarse, ya que también esto ofrece sus ventajas. Tendremos un señalamiento dentro de cuatro a seis semanas, cosa por completo imposible actualmente cuando se trata de procesos civiles. Además, el juez de instrucción Liégard, a quien haré una visita hoy mismo, es un hombre íntegro que carece de prejuicios. Procure causarle una buena impresión.

—¿Cuándo me citará?

—Quizá ya la semana que viene. Haré todo lo que esté en mi mano.

En la celda número 108 se quedan todos perplejos:

—¿Ya la semana próxima al juez de instrucción?

Olivier es incapaz de comprenderlo:

—Debes de haberle causado a la Chassepoule una impresión extraordinaria. ¿Es tan bonita como dicen?

—Preferiría estar con ella esta noche a estar contigo.

—Bueno, esperemos que no haya venido con embustes. Nunca he creído mucho en las mujeres letradas. Lo que codiciará serán los francos suizos de tu tío.

—¿Por qué no a él? —interviene irónicamente Touchard—. Al fin y al cabo su viejo está encerrado también en la Bonne Nouvelle por colaboracionista.

—¿Acaso crees que me molesta esto? En cualquier caso es una mujer que tiene el valor de defender a un alemán.

—Ya está bien —dice Marcellin—. Cuando escribió la carta a Suiza os alegrasteis por él, y ahora os excitáis porque va a ser citado a comparecer. Sin embargo, todavía no ha sido citado, y si tropieza con un juez que de buena gana se comería cada día un alemán asado puede pasarlo peor que todos nosotros. No os portéis como viejas y pensad que hemos de vivir como hermanos.

Olivier corta pan sin despegar los labios, y Tellier contribuye con un par de lonjas de jamón. Su granja lo alimenta bien, pero los jueces que entenderán en su caso le impondrán cinco años y no sopesarán si han sido unas limitaciones de inteligencia o mala voluntad lo que ha puesto a Tellier en esta situación.

Los días son largos en la Bonne Nouvelle, y cada día nos roba un poco de juventud. Y los días duran más y carecen de sentido.

Los estallidos de furia en la celda se suceden a intervalos cada vez con más frecuencia. Se arman peleas por naderías y la situación no mejora hasta que Olivier y Touchard comparecen ante el juez de instrucción. Esta noche cantan y encargan más whisky a Masson. Si tienen suerte, habrán cumplido su condena con el tiempo transcurrido en prisión preventiva.

Dos días después nos llega el turno a Tellier y a mí. También entienden en su caso el juez de instrucción Liégard y el tribunal militar. El barbero se presenta a hacerme un afeitado extraordinario y yo me pongo mi camisa limpia. El *surveillant* Tessier nos conduce a la entrada principal, donde espera la furgoneta enrejada. Antes de subir al vehículo nos sujetan juntos con las esposas.

A pesar de ello es como una liberación. El proceso se pondrá en marcha. Juez de instrucción, auto de procesamiento, proceso. Este es el trámite oficial, y *maître* Chassepoule me ha prometido una nueva visita cuando compareciera ante el juez de instrucción.

Tengo que esperar largo tiempo con un gendarme en la antesala del juez de instrucción, pues ha de trabajar mucho con Tellier. Por fin, una secretaria de nariz puntiaguda que lleva unos manguitos me indica que entre. El guardia ha de esperar fuera y comienza a hacer un crucigrama.

El juez Liégard me ofrece una silla. En su mesa despacho están las diligencias instruidas por la Sûreté.

No hay cortinas en la estancia, pero parece un salón cuando se llega a él desde la Bonne Nouvelle. A través de unas ventanas que no están protegidas por barrotes de hierro se ve una calle con automóviles y personas: una visión de libertad.

La voz de Liégard me hace volver a la realidad. Suena fría, pero en los inteligentes ojos que me contemplan inquisitivamente no hay ningún reflejo de odio ni de alegría por el mal ajeno. Se nota enseguida que esta silla colocada frente a la mesa de despacho del juez no es ningún sitio cómodo para los mentirosos.

—He leído las diligencias instruidas por la Sûreté y he visto que estuvo usted bastante tiempo en la calle Édouard Fortier.

El «usted» es un tratamiento desacostumbrado. Pero no distancia, sino que, después del tuteo de los guardias y los vigilantes hace concebir esperanzas de ser tratado con corrección.

—Así pues, ha estado usted en el sótano de la Sûreté, pero puede ahorrarse las lamentaciones delante de mí. Yo no llevo un libro de reclamaciones, sino que he de formular contra usted una querrela criminal con toda la ciencia y conciencia de que sea capaz. Por lo tanto, vamos a no complicar las cosas. Responda a mis preguntas, y le aconsejo que conteste con la verdad pura y simple.

Un interrogatorio conciso, concentrado, que se centra exclusivamente en cómo conseguí, llevé y me quité el uniforme con que crucé el Elba y la frontera francesa.

El juez toma algunas notas y explica después:

—El único punto de la acusación consiste en el uso indebido del uniforme.

—¿Puedo hacer yo también una pregunta, señor juez?

—Está en su derecho, pero sea breve.

—Quiero saber por qué no se me trata como a un prisionero de guerra. La Convención de Ginebra otorga a todo soldado el derecho a no ir a prisión.

—Usted ve el asunto con demasiada sencillez. Tendría que haber evitado la instrucción de estas diligencias y dispuso usted de la oportunidad cuando fue interrogado en el campo de Evreux. No es misión mía hacerle sugerencias después de pasadas las cosas, pero si no hubiese irritado con su perfecto francés al oficial que le interrogó, probablemente habría salido del paso con una cabeza pelada y treinta días de trabajos. Ahora ya no es posible escapar del tribunal militar.

—¿Y con qué pena he de contar?

—Lo único que puedo decirle es lo que prevé el código de Napoleón para el uso indebido de uniforme.

Hojea un manoseado mamotreto.

—*Voilà*, aquí lo tenemos... Seis meses de pena mínima y dos años de máxima, caso de que no concurran circunstancias agravantes.

—Pero usted debe considerar que mi único deseo era escapar de los rusos. Además, siete prisioneros de guerra franceses se beneficiaron de mi actuación regresando a sus casas en el tiempo más breve posible.

—Ya veremos. Procure usted causar una buena impresión al tribunal. Además tiene un abogado que vale mucho.

El regreso a la Bonne Nouvelle dura casi una hora debido a que el vehículo ha de detenerse continuamente a causa del tráfico. En los cruces de las calles, los ciclistas pegan los ojos a la ventanilla enrejada reflejándose en ellos gran curiosidad.

Tellier no ve a estos mirones. Apoyada la cabeza en la mano izquierda, mira al frente con ojos inexpresivos y fijos. La otra mano, unida a la mía por las esposas, está tan fría como el acero de los grilletes. El juez de instrucción le ha comunicado que habrá de contar con cinco años como mínimo.

Durante los días que siguen, los llantos convulsivos y las depresiones de Tellier constituyen un problema en la celda número 108. Marcellin, que ha comparecido también ante el juez de instrucción y ha vuelto tranquilizado, le defiende contra los ataques de los dos apaches de El Havre, que están comenzando a hacer planes y no quieren que nadie les eche a perder su buen estado de ánimo.

Todos, incluido Vissers, el belga, saben ya que serán condenados a menos de un año. Los únicos que quedamos fuera somos Tellier y yo. A él le espera un mínimo de cinco años mientras que mi condena oscilará entre seis meses y dos años.

De momento me veo obligado a esperar. En cambio, en André Tellier se produce una transformación: por primera vez desde hace seis años comienza a pensar en la fuga.

Olivier se opone a estos propósitos con energía.

—Amiguito, harás el favor de esperar hasta que te condenen. ¿Crees que vamos a convertirnos en cómplices tuyos y a meternos en un lío? La evasión de la cárcel es lo más difícil que hay y en realidad no se puede llevar a cabo sin ayuda del exterior. Y antes de que huyas tendrás que atar y amordazar además a los que quedamos en la celda. Cinco hombres, ¿comprendes?, pues ninguno tiene motivos para secundarte. Ni siquiera el alemán, que escapará con seis meses si tiene suerte. ¿Lo entiendes ahora?

Y así muere el proyecto de Tellier.

En los últimos días de agosto se notifica a todos el auto de procesamiento y la fecha de la vista, y de nuevo es Tellier quien va conmigo al tribunal. El 14 de setiembre de 1945 hemos de comparecer ante el tribunal militar de Ruán.

Maître Chassepoule es una gran mujer. Me trae una carta de Basilea que me infunde valor. Ella tiene esperanzas de conseguir para mí la condena mínima, seis meses, de los cuales habría ya cumplido casi la mitad con el tiempo que llevo en prisión preventiva.

Hay momentos en los que siento una fe sólida en esto, pero luego comienzan a atormentarme las dudas y el temor a los jueces, que quizás hayan dictado la sentencia antes de verse la causa. Estamos todavía en el año 1945. ¿Y puede un alemán esperar la indulgencia que se niega a los franceses?

¿Qué se puede hacer para conseguir una condena mínima de un tribunal cuya composición, mentalidad y forma de trabajo se desconoce?

—No existe ninguna fórmula —afirma Marcellin—. Deja ya de aprenderte de memoria grandes discursos. No dispondrán de mucho tiempo para ti y lo único que conseguirás con un monólogo largo será irritarlos.

—¡Pero tengo que defenderme!

—No como te lo imaginas. Para eso paga tu tío a un abogado caro que conoce mejor que tú la manera de pensar de los jueces y podrá decir lo conveniente en el momento apropiado. No te podrás mover si preparas un gran discurso.

—Así, pues, ¿no debo prepararme?

—En principio, sí. Sobre todo tienes que acostumbrarte a dominar los nervios. Tienes que permanecer muy humilde si te provocan, evitar lo que pueda enojarlos. Y haz el favor de no cuadrarte como los prusianos. Desde luego, has de partir de la base de que en el Ejército francés hay el mismo alto porcentaje de idiotas que en todos los Ejércitos del mundo, pero creo que nuestros tribunales militares son más comprensivos que los vuestros. Tienen todavía buen sentido y conseguirás más con buenos argumentos que con una postura rígida. Pero no te sobrecargues la cabeza. Una frase sensata en el momento oportuno te será mucho más útil que un largo discurso.

Marcellin regresa de su juicio dos días antes de ser vista mi causa. Lo han condenado únicamente a cuatro meses de los cuales ha cumplido ya más de tres. Su

alegre traslado al departamento de los sentenciados equivale a una puesta en libertad.

Olivier y Touchard contribuyen con whisky a la despedida de Marcellin. Y Tellier, que no resiste mucho, afirma alrededor de medianoche que arreglará esa pocilga del tribunal militar. Pero después de la borrachera hacen su aparición grandes temblores, y cuando, recién afeitados, nos vuelven a esposar juntos en la mañana del 14 de setiembre, noto un frío sudor en sus manos campesinas. La vista será pública y estarán presentes sus padres y tal vez también unos cuantos curiosos de la aldea.

Se ven seis causas durante la mañana y seis durante la tarde, lo que representa media hora por hombre. No puede hacerse más en menos tiempo.

Estamos sentados en una estancia desnuda que no tiene más que dos bancos de madera, y no sabemos cuál de los dos será el primero. Un martirio para los nervios. Y no se tranquiliza uno en absoluto cuando se vuelve del juicio, pues las sentencias no se comunican hasta el final.

Soy el quinto, el penúltimo antes del descanso del mediodía. La causa ha de verse con rapidez, pues los otros han rebasado su tiempo.

Son ya casi las doce cuando el guardia me conduce a la sala por un pasillo estrecho en penumbra. Se me doblan un poquito las rodillas y el corazón me late aceleradamente.

Un cordón de soldados con polainas blancas y botas brillantes. Hay de cincuenta a sesenta espectadores en segundo término. Delante, el estrado con el tribunal. Preside un macizo coronel de cabello entrecano, flanqueado por seis oficiales de diversa graduación.

El banquillo de los acusados es una simple silla de una oficina de cuartel, y tomo asiento cuando me lo indican.

—Muy bien —dicen los ojos de *maître* Chassepoule, cuya ropa negra le da un aspecto de monja.

El enunciado de los cargos se lee a una velocidad tal que a buen seguro nadie podrá seguir, y he de esforzarme en comprender que soy el hombre a quien hace referencia el auto de procesamiento.

—¿Es usted reincidente?

—*Non, monsieur.*

Apenas me he sentado ante el tribunal cuando ya estamos de lleno en el asunto. No hay cabezas de militarotes entre estos hombres, pero resulta difícil leer en sus ojos. Algunos miran papeles con los párpados bajos, y uno pinta monigotes. El último de la derecha está visiblemente cansado. Noto un interés moderado, pero nada de patriotería.

—Admite usted haber usado el uniforme francés —pregunta el presidente—. ¿Qué alega en su defensa?

Pienso en el poco tiempo de que dispongo, y decido ser breve:

—Lo único que me importaba era escapar de los rusos que se acercaban a la orilla derecha del Elba, un ardid de guerra en una situación desesperada. Pretendía

despojarme del uniforme con la mayor rapidez posible, pero por las diligencias instruidas sabrán ustedes por qué no lo conseguí. Ruego al tribunal tenga en consideración que siete franceses se beneficiaron de mi acción y que no tenía otra alternativa para evitar que los rusos me hicieran prisionero. Ruego, además, que se me considere prisionero de guerra y se me envíe a un campo de prisioneros.

—Ya es suficiente —susurra *maître* Chassepoule.

Me doy cuenta instantáneamente de haberme introducido un poco en su alegato defensivo, pero tengo la sensación de no haber dicho nada erróneo.

—¿Ninguna pregunta más?

Ningún careo. La vista discurre tan plácidamente como si estuviera haciendo una declaración de impuestos.

—La defensa tiene la palabra.

Maître Chassepoule se adapta al ambiente, repite mis argumentos y solicita mi envío a un campo de prisioneros. Lo único nuevo que añade es:

—No ha cometido con el uniforme ningún abuso que pueda haber causado daño a la nación.

—Llévenselo. El siguiente.

La vista no ha durado ni veinte minutos, pero ha de transcurrir todavía largo tiempo hasta conocer la sentencia. Es ya al atardecer cuando los doce somos conducidos juntos a la sala. Se presentan armas en el momento de entrar el tribunal.

Me ha salido el tiro por la culata en mis esperanzas de seis meses de condena. He aquí la sentencia: Un año de prisión por uso indebido del uniforme francés. Han optado por la mitad, posiblemente un juicio salomónico desde su punto de vista.

Podría haber sido peor, pero mi decepción es muy grande. Mi único consuelo es que a Tellier le han condenado a cinco años, y que también las penas impuestas a otros cinco son mayores que la mía.

Uno ha sido absuelto. Los ojos le brillan como si tuviera fiebre mientras permanece sentado en la furgoneta celular que vuelve dando tumbos a la prisión.

«Hágame el favor de darme la maleta, *monsieur le surveillant chef*.» Ha de experimentarse una sensación trastornadora, pero no creo que los jueces, vestidos con sus limpias camisas y sus uniformes, sepan lo que significa esto. Probablemente creen que hay una aplicación normal de la pena con suficiente comida e higiene en un país que, si bien es cierto no se encuentra ya derrumbado, también es verdad que está empezando a moverse a tientas. La escala social está hundida profundamente en el lodo. ¿Quién puede ver los últimos peldaños?

Mientras el vehículo avanza por el suelo enlosado del gris arrabal obrero de Petit-Quevilly, tengo que pensar en Egon Erwin Kisch, que no emitió sus juicios sobre los países extranjeros hasta después de haber conocido las prisiones de todos ellos.

El estado de excepción de Francia, todavía no terminado ni con mucho, ha llenado de tal modo las prisiones del país que estos centros reventarían si la piedra y el cemento armado no fuesen una muralla inamovible. Pero ¿quién quiere saber nada

del derrumbamiento total de las primitivas instalaciones sanitarias, de la imposibilidad de dar entrada en una «enfermería» a los enfermos, de unas enfermerías cuyas pocas camas son vendidas por miserables criaturas uniformadas a personas importantes que pueden pagar lo que se les pida? Estos jueces juzgan con toda su buena ciencia y conciencia, pero la ciencia no es bastante para alarmar a las conciencias.

La Bonne Nouvelle tiene una vida propia, triste y espantosa. Su director cultiva hortalizas entre los muros primero y segundo y confecciona estadísticas. No se puede saber con seguridad, pues la mafia de los *surveillants* es incontrolable, si el director tiene algún conocimiento del dinero que se ha de pagar para obtener por medio de soborno cada uno de los puestos especiales, pero lo que sí se sabe con seguridad es que concede personalmente los mayores favores. Se sabe de numerosos colaboracionistas ricos cuyas puertas —las de sus celdas— no están cerradas jamás y que se hacen traer comidas de los mejores restaurantes.

Yo pertenezco a la categoría más baja y mi primer día como condenado comienza de esta manera. Me entregan para que me vista la arpillera más sucia de todo el almacén, pues no tengo dinero para sobornar a los encargados. Después le toca el turno al barbero, y otra vez me pela al cero la cabeza, donde había comenzado a apuntar de nuevo la presencia de una raya. Puedo quedarme las botas, pero me entregan además unos bastos zuecos como los que llevan en los establos los campesinos de Normandía.

La última fase del proceso termina en mi nuevo alojamiento, el *réfectoire*. Está en otro bloque, y se llega a él por un oscuro corredor tan largo como un día sin pan.

Nuestra entrada tiene lugar a eso de las diez de la mañana. Somos los once condenados el día anterior, y cuando el *surveillant* ha cerrado la puerta, los cincuenta ocupantes forman un semicírculo en derredor nuestro.

Las mismas cabezas rapadas de hombres vestidos con los mismos andrajos. Junto a la pared, alineados como soldaditos de plomo, cincuenta pares de zuecos, que se utilizan para ir al dormitorio.

Sale contoneándose de la fila un individuo rechoncho y fornido. Viste pantalones de pana parda inglesa y una camiseta asombrosamente limpia que deja descubiertos unos brazos musculosos, tatuados con anclas y corazones. Se planta frente a nosotros en jarras, abiertas las piernas.

—Me llamo Pierrot y soy aquí el responsable de que haya orden. El que no obedezca sabrá quién soy yo. ¿Está claro?

El individuo es fuerte como un oso, y se nota que los ojos astutos techados por unas densas cejas fundidas en una sola línea está buscando indicios de resistencia para que tengan trabajo los músculos. Y once cabezas peladas al cero se mueven para decir que sí, pero el saludo no ha terminado aún.

—Escuchadme, no puede ser verdad lo que he oído. ¿De verdad hay un alemán entre vosotros?

Vacilo un segundo, pero no existe agujero alguno donde pueda esconderme. Avanzo un paso.

—Sí, es verdad. Me han mandado aquí también como a cualquier otro.

Retrocede un paso y silba entre dientes.

—También como a cualquier otro —me remeda—. ¿Lo habéis oído? ¡El boche se considera igual a nosotros!

Mira a su alrededor con una expresión provocativa, pero el enojo que muestra es solo moderado. Me veo forzado a pensar involuntariamente en Thiétard, pero este sujeto no me deja tiempo. La bofetada llega tan de repente que no puedo esquivarla. Y este individuo de cuello de toro está tan convencido de su fuerza que no espera ninguna reacción. Pero no sabe lo que significa golpear en la cara a un hombre que ha recibido palizas sin poder defenderse. Aquí no estamos en el sótano de la Sûreté.

Devuelvo el golpe, impulsado por una cólera repentina. Se tambalea contra la pared, pero le vuelvo a dar con la misma rabia un puñetazo en el estómago y dobla la rodilla antes de encontrar asidero.

Se refleja un asombro sin límites en los ojos del hombre, pero entonces me cogen por detrás. Tres o cuatro individuos me arrojan al suelo y cuando me incorporo. Pierrot se ha puesto también de pie.

El semicírculo se ha convertido en un anillo. Los presentes quieren ver el segundo asalto, pero ha pasado ya el momento de la sorpresa y sé que estoy perdido cuando Pierrot se acerca a mí respirando con dificultad.

No hay retirada posible. Consigo alcanzarle todavía dos o tres veces, pero sus golpes son más poderosos y solo puedo esquivar algunos. Luego pierdo el conocimiento a consecuencia de una lluvia espantosa de puñetazos.

He debido de permanecer sin sentido mucho tiempo. La toalla mojada que me han puesto en la cabeza se ha convertido en un trapo ensangrentado y siento un fuerte dolor al intentar todo movimiento. Unos rostros se inclinan sobre mí, pero los veo únicamente borrosos y con el ojo izquierdo. No puedo abrir el derecho, sobre cuya ceja se abre una larga herida.

Pierrot aparta a los demás.

—¿Puedes entenderme?

Contesto que sí con la cabeza.

—Pues escucha... Tal vez tendrán que darte algunos puntos encima del ojo, pero el médico exigirá una investigación si te ve, y eso no es conveniente, y para ti menos que para nadie. Yo traeré esparadrapo y tú mantendrás cerrado el pico. ¿De acuerdo?

No ha transcurrido todavía media hora cuando ya disponen de vendajes. Incluso con la cabeza despejada no habría podido yo comprender cómo se transmiten las noticias y se consiguen las cosas a través de unas puertas cerradas y sin la colaboración de un guardián. En cualquier caso hay algo muy claro. Pierrot tiene mucha fuerza y quien se enfrente con él no tendrá motivos para reír.

No obstante, y a pesar de la derrota, se hace patente que he ganado. Mi

inexperiencia ha sido interpretada como valor y resulta ser un buen capital. Pierrot y sus guardaespaldas han sancionado mi entrada en el refectorio.

La vida en esta abigarrada comunidad impuesta por la fuerza es totalmente distinta de la que se lleva en las celdas de los que se hallan en prisión preventiva, pero cuando se presenta el barbero no desaparecen solo los cabellos, sino también las esperanzas.

Hay que conformarse con la situación, cosa que en este refectorio hacen cincuenta hombres y un par de mozalbetes de quince a diecisiete años. En realidad no deberían estar aquí, pero no se ha encontrado ningún otro sitio para ellos. Alrededor del cuarenta por ciento son soldados, desertores y acusados de insubordinación en su mayor parte; el resto lo constituyen colaboracionistas, ladrones y delincuentes contra la moral. Se vive en plan de comuna, pues el sitio es demasiado pequeño para formación de clanes. Y así, el profesor de Ciencias Naturales que tiempo atrás tuvo trato con oficiales alemanes conversa con el obrero portuario que ha seducido a una muchacha de catorce años.

Sitio lo hay únicamente por la tarde, durante el «paseo», pues el patio destinado a los condenados en firme es grande. Cada uno puede hacer lo que se le antoje: ejercicio físico, discutir o sentarse a dormitar al sol. Esta segunda quincena de setiembre es todavía agradablemente cálida y los *surveillants* nos permiten permanecer en el patio hasta dos horas cuando los días son buenos.

Media hora era lo máximo de que se disponía en la prisión preventiva. Este patio equivale a media libertad cuando se sale del ambiente sofocado del superpoblado refectorio.

Mi primer amigo es Mokri Mustafá, un argelino de nariz ganchuda, feroces ojos negros y casi únicamente tendones y huesos debajo de una piel que parece cuero. Lo han condenado a dos años y degradado de suboficial a soldado raso por haber golpeado a un teniente.

Mokri no es un muchacho. Ha cumplido ya los cuarenta, y cuando, con su acento gutural, maldice al Ejército, está bien claro para todos que el teniente no se llevó únicamente una bofetada. No es el único argelino que se considera castigado con demasiada dureza por el tribunal militar. También sus amigos Lassen Ben Brik y Aschouri afirman que se mide a los presos con dos raseros distintos. Y todos les dan la razón, tal vez por el hecho de que no resulta aconsejable provocar las iras de este trío cuyo poder combativo es muy notable.

Mokri ha pescado en algún sitio unas cuantas palabras alemanas chapurreadas y se alegra como un niño cuando tiene ocasión de emplearlas. Por la noche, cuando nos conducen al *dortoir*, al dormitorio, y nos quedamos a oscuras, acostumbra sentarse a mi lado para charlar conmigo un poquito y acaba siempre con las mismas tres palabras:

—Hanss, dormirr pien.

Al contestarle en alemán «Tú también, Mokri», el argelino ríe con sonido gutural

y se dirige a tientas hacia el rincón donde duerme junto a Lassen Ben Brik y Aschouri.

Lo mismo que mi sitio, este rincón pertenece al distrito de los pobres del refectorio. Aquí se tiene solo paja vieja, deshecha, y uno puede sentirse contento cuando dispone de una segunda manta para utilizarla como lecho.

El distrito de la clase media está en el centro del largo y estrecho recinto, cuyas dos bombillas se apagan a las diez. Estos hombres se han hecho traer colchones de sus casas, y algunos poseen almohadas y zapatillas.

En la clase de lujo, que vive en el otro extremo, hay incluso edredones auténticos. Son gente en buena posición que reciben paquetes de comida un día sí y otro no como mínimo, aunque no lo bastante ricos como para poder permitirse el lujo de una celda bien amueblada, abastecida directamente por el restaurante. Necesitan la protección del preboste Pierrot, el cual reclama su parte: aquí un paquete de cigarrillos, allá un muslo de pollo, en otro sitio una crujiente barra de pan blanco. Solo pueden disfrutar de paz en el sector de los ricos los que pagan como se merece a Pierrot y su pandilla.

Simonet, el propietario de un gran taller de reparación de automóviles, pertenece a esta capa superior. Los tesoros que encierran sus paquetes son tan provocativos que acostumbra empezar la comida solo cuando se han apagado ya las luces. Al oír los chasquidos de la masticación, que él se esfuerza en atenuar, se les hace la boca agua a los reclusos del distrito pobre.

Mi situación es particularmente crítica, pues no he vuelto a tener ningún contacto con paquetes de comida desde que me han condenado, salvo un par de migajas que me dan alguna vez que otra por compasión. Dependo de la diminuta ración de pan y del líquido indefinible a quien nadie llama café, excepción hecha de los guardianes. Y las sopas solo contienen los domingos un leve rastro de poder nutritivo. Esto hace que la ropa me esté cada día más grande y me sienta débiles las piernas. Mokri tampoco recibe comida, pero es capaz de dar hasta su ración de pan por unas briznas de *tabac gris*.

Su «Hans, dormirr pien» me es tan poco útil como los guiños de Pierrot, que me garantizan la benevolencia de su mafia.

Tellier, que ha encontrado nuevos amigos, se ha cerrado también por completo. Está entre campesinos que guardan para ellos lo que tienen. Los campesinos de Normandía son inatacables en este aspecto.

UNA NOCHE, después de haberme deseado Mokri su «dormir pien» y tras haberse dirigido a tientas a su rincón, veo a Simonet de repente frente a mi montón de paja.

—¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre.

—Pues ven entonces.

Necesito únicamente echarme la chaqueta sobre los hombros, pues no es posible quitarse los pantalones para tenderse sobre la escasa paja que cubre el suelo de piedra.

Simonet me lleva a una mesita improvisada en el rincón de los ricos. Ha extendido sobre una maleta una toalla limpia, y veo en la penumbra una comida de ensueño en platos auténticos: un pollo asado, mantequilla, queso, salchicha, pan blanco y enormes peras amarillas como el oro. Hay personas que han sido asesinadas por menos motivo.

Me pone un cuchillo en la mano, riendo:

—Puedes empezar tranquilamente. No tengo prisa.

No me hago repetir la invitación y no dejo mucho para Simonet, aunque él aparenta ser el agasajado.

—¿Sabes una cosa? Si quieres, podrás cenar conmigo todas las noches.

—¡No lo dirás en serio!

—¿Por qué no? Ya ves que hay de sobra para los dos. Y si quieres, puedes dormir también aquí. Fíjate en este edredón. Es mejor que tu montón de paja y la manta tan delgada, ¿no crees?

—Claro que es mejor. Es algo realmente fabuloso por tu parte.

Ríe de nuevo. La risa tiene un sonido claro, de sentirse halagado, y por primera vez caigo en la cuenta de lo delicado de su constitución.

—¿Sabes que te admiré cuando acometiste al preboste Pierrot?

—A uno le da todo igual cuando no tiene nada que perder. Eso no tiene nada que ver con el valor.

—Estás subestimándote. Nadie le había atacado nunca antes de llegar tú.

Nos metemos después debajo del cálido edredón. Al principio no pienso mal cuando se me arrima, pues creo que tal vez tenga frío. Pero enseguida empiezo a comprender sus verdaderas intenciones y le digo:

—No hagas tonterías, Simonet. Si este es tu precio, te equivocas. No quiero.

He hablado susurrando para que los otros no se den cuenta, y respiro aliviado cuando me suelta.

Pero esto solo dura unos segundos, pues sin decir nada se me acerca más.

Entonces me destapo y me pongo en pie de un salto. Es demasiado grande la

tentación que siento de machacarlo a puñetazos, pero me domino y me dispongo a regresar a mi rincón silenciosamente.

Entonces Simonet se pone a gritar con voz de falsete:

—¡Sucio boche! ¡Ese cerdo ha querido abusar de mí! ¿Me oís?

El diablo comienza a andar suelto en un santiamén, pero ya tengo a Simonet en el suelo, y una rabia salvaje, indomable, hace que lo golpee sin descanso.

Se enciende la luz de repente y dos guardianes nos separan.

—¿Qué ocurre?

Simonet se retuerce gimiendo en el suelo sin abrir la boca, pero alguien grita desde otro lado antes de que pueda defenderme:

—¡El alemán es un invertido! ¡Ha intentado abusar de él!

Es lo último que oigo. Dos furiosos *surveillants* caen sobre mí y me golpean hasta hacerme perder el conocimiento. Cuando lo recobro, estoy en un lugar oscuro como boca de lobo y me martillea la cabeza un dolor sordo, pesado como el plomo.

Mis manos tropiezan con unas paredes frías, sea cualquiera el sitio que toquen. Tengo que estar en una de esas diminutas celdas de castigo que se conocen con el nombre de *mitard*.

Todos temen el *mitard*. El recinto permanece también a oscuras durante el día, pues solo hay un pequeño agujero por donde penetra el aire. Dicen que cualquiera que esté aquí más de quince días ya está en disposición de entrar en un manicomio.

El café es sustituido a la mañana siguiente por un jarro de agua, la mitad de la cual empleo para quitarme del rostro la sangre coagulada. Sin embargo, la ración de pan es la misma que en el refectorio. Me como la mitad de la *boule* y hago con la maloliente manta una almohada para apoyar la dolorida cabeza.

¿Qué harán? ¿Dejarme aquí sin más ni más, o proceder a un interrogatorio? Ambas cosas darán el mismo resultado, pues, ¿con qué posibilidades cuento para acusar a Simonet, dadas las buenas relaciones que él tiene?

En la oscuridad se pierde la noción del tiempo, pero se puede pensar. La cena de Simonet me ha costado cara, pero ha hecho sus cuentas sin pensar en Mokri Mustafá, a quien he de agradecer que la puerta del *mitard* se abra después de haber servido el agua tibia que llaman sopa. El *surveillant chef* aparece bañado por la luz del corredor, que me hace daño en los ojos.

—Sal. El asunto está arreglado. Nos hemos equivocado.

Y cuando me examina a la luz, añade:

—Tampoco tendrían por qué haberte tratado así. Ahora te llevaré al lavadero del guardián y después irás al refectorio. Simonet está en el *mitard*. Puedes agradecersele al argelino y a unos cuantos más.

Mokri es el primero en estrecharme la mano, y hasta Pierrot encuentra unas palabras para saludarme:

—¡En mis dominios no hay porquerías de esa clase! Ya me he cuidado de que vaya al *mitard* el verdadero culpable.

Pero enseguida se descubre quién me ha defendido realmente. Mokri se interpuso por la mañana en el camino del guardián y organizó tal escándalo, que hubieron de buscar al *surveillant chef*.

—Yo decirle que Simonet es una tía. Aschouri es testigo, porque también probado con él. ¡Comer bien y luego a la cama! Pero *surveillant chef* negar con cabeza y decir que todos los argelinos mentir, pero otros decir que es verdad, pues también probar con ellos. Entonces el *chef* hablar con preboste y sacarte de *mitard* y encerrar a Simonet.

—Así es como ha sido —tercia Henri Bonnaventure, uno de los más jóvenes—. Simonet me ha hecho ya también unas cuantas proposiciones. Busca un nuevo amigo porque el *morpion* le es infiel.

El *morpion*, ladilla en buen castellano, es un muchacho que todavía no ha cumplido los dieciséis años, pequeño, repugnante, con aspecto de rata. Todos saben que se vende por un pedazo de pan o un par de cigarrillos y que Simonet no es su único amo.

Henri Bonnaventure me ofrece un cigarrillo liado a mano. Cierto que está prohibido fumar, pero cualquier guardián proporciona cigarrillos si se paga cinco veces su valor.

—Si quieres, podrás poner tus ropas en mi madera. No tendrás mucho.

—*Merci*, Henri.

Cuando dos hombres colocan juntos sus pertenencias en los primitivos estantes que hay en la pared, ello significa que forman su clan y que comparten sus paquetes, aunque los clanes se estorban mutuamente por falta de espacio. Lo decisivo es compartir las pertenencias.

—Ciertamente yo tampoco tengo mucho —dice Henri—. Un paquete cada semana y, por lo general, patatas cocidas, pero a cambio de ello no tendrás que meterte debajo de mi manta.

Y así no dependo ya por completo de la sopa de agua, y Henri resulta ser un camarada de cualidades sorprendentes.

Ahora bien, lo ocurrido con Simonet me proporciona otros contactos. Allonet, profesor de Ciencias Naturales, que durante el paseo camina a lo largo del muro con pasos largos y uniformes, me dirige la palabra:

—Me gustaría charlar un poco con usted, joven amigo.

Habla un idioma que no encaja en este lugar. No solo porque rechaza el tuteo corriente, sino porque cuida el imperfecto de subjuntivo con tanta pedantería como sus uñas.

Es uno de esos templados días de otoño en que los hilos plateados del veranillo de San Martín se deslizan sobre los altos muros. Si se cierran los ojos, casi se podría olvidar la existencia de la Bonne Nouvelle.

—Pues vea usted —dice haciéndome una seña para que me ponga a su lado—, no se me va de la cabeza lo ocurrido con Simonet. Naturalmente, estoy contento de que

lo hayan sacado a usted del *mitard*, pero me pregunto si es ese realmente el sitio de Simonet.

—No pretenderá usted echarme la culpa a mí.

—¿Quién habla de culpa? Es usted muy impetuoso, joven amigo. Yo soy un hombre viejo y veo las cosas de otro modo que ustedes, a los que estos muros enloquecen. Por ejemplo, ese Simonet. ¿Ha reflexionado usted alguna vez sobre él?

—Creo que sí. Para reflexionar se dispone de tiempo suficiente en el *mitard*.

—¿Ha reflexionado usted también sobre si este hombre es culpable de una predisposición contra la que nadie puede defenderse?

—Puede suceder, pero no creo que por ese motivo se tenga que colaborar.

—Naturalmente que no. Solo pretendo hacerle comprender que este Simonet ha sentido algo por usted. Llamémoslo admiración por haber luchado usted contra el preboste. Y ahora intente imaginarse que al principio de todo estaba únicamente el deseo de hacerle a usted algún bien. Los demás deseos y sentimientos vinieron después. Y ahora piense también además en estos muros, que en todas las épocas han hecho que tengan relación entre sí hombres de una predisposición completamente normal.

Henri Bonnaventure ha caminado al lado nuestro un buen trozo junto al muro sin que el profesor se haya dado cuenta. Cuando el profesor empieza a hablar se olvida de los que lo rodean.

—No dice más que tonterías, profe —interviene Henri—. Lo que se debería hacer es castrar a esos cerdos.

—¿Acaso no está usted despierto por la noche, joven amigo? —replica el profesor mirándolo con aire divertido—. Los viejos como yo no duermen tan bien como ustedes y se enteran de bastantes cosas durante la noche.

Henri se ruboriza y se muerde la lengua. El viejo recibirá una bofetada si no ando con cuidado. Entonces habría *mitard* y se acabarían las patatas para mí.

—Quizá tenga razón el profesor —digo en parte convencido y en parte por miedo a que Henri haga una tontería—. ¿Qué culpa tiene Simonet de no pensar en las muchachas como lo hacemos nosotros? Coge lo que puede como también ha hecho fuera de aquí. Y obtiene bastante.

—Pero solamente porque paga.

El profesor se sonríe otra vez.

—¿Y acaso no cobran las mujeres de fuera? ¿No pagarían ustedes también lo que les pidieran si esta noche pudieran tener una mujer en el saco de paja?

Nos sentamos en el suelo lleno de gravilla caldeada por el sol de otoño. Por encima de los muros grises describen curvas las golondrinas, unas veces hacia nuestro lado y otras hacia fuera, donde cada uno puede hacer su santa voluntad y donde hay tabernas, vino y muchachas.

—Oyéndole a usted hablar de esta forma —explica Henri—, casi se tendría que interceder por Simonet ante el *surveillant chef*.

—¿Y por qué no lo hacen? ¿Qué provecho obtienen con haberle metido en el agujero?

—Ninguno —contesto yo.

Henri asiente con la cabeza.

—Será un espectro cuando salga dentro de quince días, si es que lo resiste. No tiene tanta fuerza como ustedes.

Pero Henri se subleva al oír esto:

—¿Acaso no come como un rey?

—No en el *mitard*, joven amigo.

—¿Y qué debemos hacer? —pregunto.

El profesor, que ha estado trazando círculos en el polvo con su largo índice, me mira fijamente y percibo una mezcla de sagacidad y leve ironía cuando dice:

—A usted le han sacado del *mitard* y ahora tiene usted que sacar a Simonet. Diga usted que durante el sueño hizo ciertos movimientos que usted quizás interpretó de manera errónea.

El *surveillant chef* es realmente una persona tratable, y Simonet vuelve al refectorio al cabo de tres días. No cruzamos una palabra, pero por la noche me envía con el *morpion* un pedazo de queso, que me como con apetito y sin ningún escrúpulo.

Es cosa muy poco frecuente que se reduzca un castigo de *mitard*. Sin embargo, ha ocurrido dos veces en pocos días, pero el que ha obtenido mayor celebridad de estos dos casos ha sido el del bello Mimile, cuya fama ha llegado a todas las secciones, incluido el pabellón de las mujeres. Le fue perdonada la mitad de los quince días, e incluso el sacerdote de la prisión intercedió por él ante el director. Y el bello Mimile afirma que el sacerdote sonrío satisfecho siempre que le ve los domingos en misa. Pero es posible que esto sea una exageración.

Desde luego, el asunto que convirtió a Mimile en un héroe eclipsa los hechos realizados por los evasores más célebres. He oído múltiples versiones de lo ocurrido, y es seguro que se han añadido nuevos detalles a cada una de ellas, pero también es seguro que el suceso es básicamente cierto y que Mimile ha demostrado ser no solo un tenorio, sino también un hombre valeroso dotado de un ingenio digno de respeto.

El asunto ocurrió un viernes, el día destinado al baño. Los hombres son conducidos a las duchas en grupos de treinta, y corre durante cinco minutos un agua maravillosamente caliente.

Mimile tuvo una idea aquel día, pero no dijo nada a nadie al ponerse en el último grupo.

Cuando los hombres se hubieron duchado y regresaron al refectorio, el guardián no se dio cuenta de que solo volvían veintinueve. Mimile, el que hacía el número treinta, se había quedado en las duchas completamente desnudo.

Pero esto habría tenido poco sentido y no se hubiese considerado una heroicidad si tal hecho no hubiera estado en conexión con el más audaz de todos los planes. Sabía, concretamente, que el primer grupo de mujeres entraba en las duchas

inmediatamente después del último de hombres, y partió de una deducción lógica: que la celadora, vestida con el uniforme del establecimiento, no se aproximaría a los humeantes chorros de agua, sino que, por el contrario, esperaría en el local destinado a desnudarse y vestirse, tal como solían hacer sus colegas masculinos. El cálculo de Mimile resultó perfecto. Y, según la versión más moderada, he aquí lo sucedido:

Treinta mujeres, desnudas como vinieron al mundo, entraron charlando y en fila india, en el local de las duchas, y se encontraron con Mimile, quien se llevó el índice a los labios. Y entonces empezó la función. Armaron tal escándalo, que la celadora abrió de repente la puerta. Bramaba como si la estuvieran ensartando, y tocó el silbato pidiendo refuerzos.

—Me llevaron con tal rapidez al *mitard*, que ni siquiera pude secarme. —Y añade, soñador—: ¡Pensad en lo que perdí! ¡Todavía faltaban tres grupos, de treinta cada uno!

Esta es la versión más moderada, y será mejor guardar silencio sobre lo que se añadía en las largas noches invernales. Hay que decir que incluso los *surveillants* no han perdido el respeto a Mimile, pero cuando llegan el viernes y la hora del baño colocan a Mimile en el primer grupo y cuentan tres veces a los hombres.

Mimile cuida con esmero su fama. Se mueve con grave orgullo por el patio durante la hora de paseo. Lleva una abigarrada chalina debajo de la abierta camisa y compensa la calva con una cuidada barbita a lo Menjou.

Henri, mi nuevo amigo, tiene dieciocho años de edad y es hijo de un taxista parisiense. Crecido en un distrito obrero de la orilla izquierda del Sena, no es precisamente el tipo que se encuentra en las prisiones, pues en realidad no encaja en este lugar. Arrastrado por la aventura de jugar a los soldados, se había afiliado, después de la liberación de la capital de Francia, al FFI, el movimiento oficial de la Resistencia, apoyado por los aliados. Había allí uniformes auténticos y verdaderas metralletas, y un día, con ayuda de tales armas, su grupo requisó gallinas y huevos en la granja de un campesino. Ciertamente Henri solo había estado presente en calidad de espectador, pero el tribunal militar tuvo suficiente con esto. Además de una amonestación por la delicada actuación militar, lo condenó a seis meses de cárcel. Le quedan solo tres por delante y estará ya en casa para las Navidades.

Todavía existen en París las cartillas de racionamiento y parece ser que el suministro de carne es peor que en la época de la ocupación. Los que no tienen dinero para comprar en el mercado negro pasan hambre, pero los paquetes semanales de Madame Bonnaventure son testimonios de cariño enternecedor. La mujer no puede sospechar que se ha convertido también en madre carcelera de un alemán.

—Quizá pudiera decírselo a ella —opina Henri—, pero mi viejo armaría un escándalo terrible. No os puede tragar, y a mí me ha ocurrido también siempre lo mismo.

—¿Y por qué, en realidad?

—En casa no he oído hablar de otra cosa, y vosotros tampoco os habéis portado

precisamente de un modo como para echaros los brazos al cuello. Si alguien me hubiese dicho alguna vez que llegaría a compartir mis paquetes con un alemán lo habría considerado un loco.

Me pasa una patata y echa en la mesa una sal grisácea que está envuelta en un periódico.

—Naturalmente que es una locura, Henri, pero si lo piensas a fondo, donde está la locura es en la guerra. Te meten con un embudo la idea de a quién has de considerar tu enemigo. El uniforme es lo que embrutece a la nación, pues puedes hacer con él las cosas más disparatadas. Tengo una triste experiencia en este sentido y de no haber sido por el campesino de Normandía estaría ahora en Suiza desternillándome de risa y fumando gruesos cigarros, pero he tenido la desgracia de que la Bonne Nouvelle se ha interpuesto en mi camino.

—Y en el mío. Es curioso que los campesinos nos metieran en esto, ¿verdad?

Sonríe con ironía y se rebusca los bolsillos de los pantalones intentando encontrar una brizna de tabaco.

—Ya va siendo hora de que llegue el suministro. El nuevo paquete tendría que haber llegado ayer. Cuando termine esta porquería puedes estar bien seguro de que armaremos en París una buena.

El paquete llega a mediodía, y ocurre lo acostumbrado cuando se escucha el apellido de Henri. Un *surveillant* corta las cuerdas con un gran cuchillo y vuelca el contenido en la mesa. Los cigarrillos y el tabaco son artículos prohibidos y quedan confiscados. Los bollos son cortados por la mitad, pues pudiera esconderse alguna lima en ellos. Pero las patatas de Henri ruedan por la mesa sin que se les preste la menor atención, como ocurre con la pequeña salchicha y el queso de Gruyère. Un contenido modesto que no produce en el *surveillant* la resoplante codicia que muestra el contemplar las golosinas que ha de entregar a Simonet y compañía.

Después, en nuestro rincón, Henri coloca doce patatas grandes como puños y dice:

—Ahí está.

Yo señalo otra, pero ninguno gana, pues la madre de Henri ha realizado una verdadera obra de arte. Lo que esperamos está en la cuarta patata, que ha sido ahuecada y que se puede separar en partes. Lo que sale al exterior es un paquete cuadrado de *tabac gris*, que alcanza para una semana si se raciona con inteligencia.

—¡Buen trabajo! —dice Henri sonriendo con aire satisfecho—. Se podría creer que había estado enviando siempre paquetes a un presidiario. Es magnífico tener una madre así. Y hablando de todo, ¿qué hace la tuya?

—Todo está bien. Está muy contenta de que seas amigo mío y comparta tus paquetes, pues puede imaginarse poco más o menos cómo se vive aquí, aunque nunca le diga nada cuando le escribo.

En realidad he conseguido cartearme con mi madre. Sus cartas llegan con la misma rapidez que salen las mías sin que ningún vigilante tenga la menor sospecha

de ello.

Mi remitente continúa siendo el barbero. También mi madre ha sabido buscar las vueltas para excluir el riesgo de la censura. Entrega sus cartas a un guardia fronterizo suizo con el que se reúne en Friedrichshafen. Desde que la casa de Friburgo fue destruida durante los bombardeos, vive en Ravensburgo con mi hermana, en casa de unos amigos. Mi padre figura entre las bajas como desaparecido. Oficial de la reserva, tenía a su cargo últimamente la Comandancia de Transportes de Stettin.

La carta que el guardia suizo entrega a mi tío en Basilea cambia de sobre y es franqueada con un sello suizo que garantiza un viaje seguro a Ruán.

La destinataria es Madame Ernst, esposa de un nativo de Suiza que está en la Bonne Nouvelle a causa de un floreciente negocio de aves con la Wehrmacht Pero el hombre alimenta las fundadas esperanzas de que su sentencia será revisada. La Legación suiza en El Havre se esfuerza en este sentido, y a él debo agradecerle también la sugerencia de pedir a la Cruz Roja de Ginebra que interceda para que se revise también la mía. Tío Fredy se ha hecho cargo del asunto.

En lo que atañe al camino que la carta sigue después, vuelve a hacerse clandestino una vez que Madame Ernst la ha recibido. Junto con los billetes de Banco que la acompañan, la carta se vuelve tan pequeña que puede desaparecer en el hueco de la mano. Cuando llega la hora de la visita, la mujer espera hasta que el guardián está de espaldas a ella, y en este momento se encuentran dos manos a través de la rejilla.

El dinero me permite comprar ocasionalmente cigarrillos y periódicos a los precios escandalosos de los guardianes, pero, sobre todo, puedo arreglarme la dentadura, que ya me estaba haciendo mucha falta desde hace tiempo. En este otoño de 1945, Francia tiene más que suficiente con ocuparse de los asuntos de sus ciudadanos normales y no se va a echar también la carga que supone la asistencia social a los ocupantes de sus prisiones. Bien es verdad que no hay ningún dentista en la Bonne Nouvelle, pero el que tiene dinero puede conseguir que venga uno a visitarle.

Cierto que el dentista no es de los magníficos. Igual que los antiguos barberos, trabaja sin corriente en un celda normal, pero tiene unos instrumentos geniales. Cuando taladra, pisa un pedal como uno que estuviese hinchando un colchón neumático. Un mecanismo refinado consigue que gire el torno, y el objetivo se logra aunque el dentista barrene alrededor de los nervios de las muelas como si estuviera manejando una perforadora en una cantera.

Me pone dos empastes por cien francos suizos, pero el pago en moneda francesa se efectúa de una manera totalmente oficial a través de los libros de contabilidad de la Bonne Nouvelle.

Como es lógico, un condenado no puede pagar, pues no le está permitido tener dinero, por lo que los francos suizos enviados por tío Fredy han de sufrir una transformación. Me los cambia un tratante de ganado con unas relaciones tan notables que le permiten hacer por su parte un buen negocio. Henri recibe después el importe

y, por medio de un *surveillant*, lo ingresa en su cuenta de la prisión, desde luego con una pérdida lamentable. Y así cobra el dentista sus honorarios por la vía más legal del mundo.

Por lo demás, el correo interior funciona sin dificultades cuando se puede pagar. Hasta se introducen de contrabando cartas amorosas en el pabellón de las mujeres, pero, como es comprensible, los precios en este caso son los máximos. El tráfico postal es más barato en la capilla de la cárcel, el único sitio donde pueden entrar al mismo tiempo hombres y mujeres, aunque separados por unas sólidas rejas entre las que predica el sacerdote. La distancia entre hombres y mujeres es solo de seis o siete metros, y el que posee una cerbatana puede reducir a bolitas sus misivas de amor y hacer que vuelen por encima del dignatario eclesiástico.

Este puente aéreo es a veces tan intenso que el sacerdote es alcanzado en ocasiones por vuelos rasantes, pero como no le es desconocida ninguna debilidad humana, recoge las bolitas sin que se altere un solo músculo de su rostro para que no caigan en manos de los *surveillants*.

Algunos tienen tanta suerte en este juego que consiguen saber los nombres y los números de celdas de sus adoradas. Henri y yo no tenemos esta suerte, a pesar de habernos armado con magníficas cerbatanas hechas con el papel de *L'Humanité*. La pequeña rubia de que estamos prendados los dos nos envía besos con la mano, pero nuestras bolitas pasan por encima de ella o llegan a direcciones equivocadas.

Y así queda tan solo la esperanza de que llegue el próximo domingo. La misa se convierte en el punto central de la semana, pero queda en pie la cuestión de saber a cuál de nosotros dos prefiere la muchacha, pues nuestro rubio ángel ha desaparecido un domingo.

—Me dejaría arrancar una muela si pudiera enterarme de su dirección —asegura Henri. Pero conserva su muela, pues es muy raro que dé noticias suyas quien sale de la Bonne Nouvelle.

Los inquietos vientos de octubre arremolinan hojas amarillentas en el patio de la prisión. Corren rumores de amnistía por las celdas, que no pueden ser caldeadas por falta de combustible. Se teme una epidemia de gripe y se pretende reducir de un modo radical el número de reclusos en la Bonne Nouvelle. Los espíritus simples se aferran a estos rumores, pero los zorros viejos, hombres con gran cantidad de antecedentes penales, se ríen de los ingenuos.

—*On connaît mieux les vaches que vous.*

«*Les vaches*» son los gendarmes, los jueces, los fiscales, en resumen, todas las personas relacionadas con la justicia. Y los viejos peritos en prisiones conocen mejor a esas vacas. Hasta ahora no ha habido nunca vacaciones de invierno.

Además hay en el exterior preocupaciones de índole muy distinta. Pierre Laval, el «enemigo público número uno», va a ser procesado tres meses después del mariscal Pétain, y los periódicos están satisfechos al poder prescindir por fin del doctor Pétiot, el parisiense que asesinó a varias personas. Laval ocupa los titulares, y estos tienen

un carácter explosivo tal que no permiten abrigar ninguna duda. Este acusado no tiene ninguna oportunidad. No podrá contar con la clemencia dispensada al vencedor de Verdún.

Mornet es el acusador. Y escarmentado por las largas semanas del proceso contra Pétain, que ofrecieron demasiadas oportunidades a la defensa, el tribunal no pierde el tiempo. Hace avanzar rápidamente el proceso y lo termina en cuatro días, sin oír a testigos que hubiesen podido aportar gran cantidad de pruebas en descargo del hombre que, durante la ocupación alemana, hubo de llevar a cabo la más dura e ingrata de todas las tareas. No es la sensatez, sino la emoción la que domina en estos momentos, porque no puede ser lo que no debe ser.

Cierto que las ondas de la emoción rebotan en los grises muros de la cárcel. ¿Laval? Pues que lo ahorquen o lo fusilen. ¿A quién le importa? También en la Bonne Nouvelle hay celdas para los condenados a muerte. Bien es verdad que una sentencia suave a Laval trastornaría la indiferencia de los hombres que se hallan entre estos muros, pues en este caso se sentirían traicionados y vendidos. Y así no son demasiados los que siguen con interés la marcha del proceso, sobre todo por el alto precio de los periódicos necesarios para ello. El periódico vale lo que cinco cigarrillos, y no es dudosa la elección.

El profesor lee todos los periódicos que puede conseguir. Sostiene discusiones acaloradas, sobre todo con Victor, el comunista, que dice sin empacho lo que piensa el hombre de la calle. De acuerdo con que el viejo mariscal Pétain desaparezca en un fuerte, pero Laval ha de ser enterrado y, además, deprisa. Las razones que el profesor opone a este modo de pensar caen en el vacío. Aprieta los labios y reemprende su paseo meneando la cabeza.

—Ese sabihondo se dará muy pronto de cabeza contra la pared —dice Victor con una sonrisa maliciosa.

El profesor responde con una colérica patada en el suelo y dice:

—Naturalmente, todas las discusiones sobre causas profundas carecen de sentido y nadie puede pedir que ustedes utilicen sus cabezas para reflexionar. Pero quizás, a pesar de todo, reflexionen sobre la posición en que las proclamas del general De Gaulle pusieron a Laval. Francia entera escuchaba Radio Londres. De Gaulle, llevado de su impaciencia, no podía esperar que le llegase su hora y tildó de traidor a un hombre que amaba a este país no menos que aquel y que fue para los alemanes mucho más incómodo de lo que De Gaulle suponía. Laval era todo menos amigo de los alemanes. Sus negociaciones tenaces han sido más útiles a Francia que las bombas arrojadas contra los almacenes de municiones o los transportes de tropas alemanes.

El viejo profesor se ha dejado arrastrar a un verdadero discurso en defensa de Laval, pero Henri, que a los diecisiete años tuvo en sus manos una metralleta para perseguir a los alemanes, permanece inmutable.

—De Gaulle nos ha mostrado el camino. No irá usted a decir que las voladuras y

otras acciones no han causado dificultades a los alemanes.

—Y tú, mocosito, pretenderás ahora afirmar también que habéis sido vosotros los que habéis decidido la guerra —exclama el profesor perdiendo los estribos de tal forma que se deja llevar por el «tú» de la prisión—. Naturalmente, todo el mundo oye el ruido cuando algo estalla. Se habla de actos heroicos y se registran unos cuantos muertos. Pero no se echan las campanas al vuelo cuando alguien, a fuerza de tenaces negociaciones, evita la deportación de miles de personas. Podéis creérmelo, pues sé lo que es eso... De lo contrario no estaría aquí.

Henri remueve de mal humor la sopa de agua que hemos enriquecido con unos cuantos pedazos de patata.

—¿Habrás algo de verdad en lo que dice el viejo?

—Creo que sí —contesto—. Claro que es subjetivo, pues ha conocido a Laval. Pero Laval no puede haber sido tan malo si se tiene en cuenta que Goebbels escribió en *El Reich*, en 1944, que era necesario andar con cuidado con este hombre. Y has de saber que Goebbels no era un estúpido. Tenía mejor olfato que Hitler para conocer a la gente escurridiza. Por lo tanto, resulta extraño que un hombre sospechoso a los ojos de los alemanes no sea de pronto otra cosa que un repugnante traidor. Todo se pondría en orden si el proceso fuera correcto.

—¿Crees que lo fusilarán?

—Ponte en la situación de los jueces. Si no lo hicieran, se podrían poner en duda otras penas de muerte que han sido ejecutadas hace ya tiempo. Ahora no les queda más remedio que matar al caballo de regalo, ¿lo comprendes?

—No sé si tendrás razón o no —duda Henri dejando la cuchara—, pero lo que comienzo a preguntarme es si de repente no hay en Francia más que santos y traidores.

—Para saberlo tendríamos que poder ir por la calle y sentarnos en una taberna. Al fin y al cabo, quizás hablemos de esto más nosotros que la gente que va al cine y a los bailes. Has de tener en cuenta que ahora hay mucho jaleo en el exterior.

Debe de ser verdad, pues cuando se hace el silencio en el refectorio, el viento trae hasta los muros de la cárcel música de acordeón desde los arrabales de Petit Quevilly y Grande Couronne. Hay cuarteles en estos sitios y los soldados «trasladados» a la Bonne Nouvelle durante las últimas semanas aseguran que las chicas hacen cola en las puertas de los cuarteles. «¡Puedes tener diez para cada mano y hay baile todas las noches!»

Los hombres escuchan con ansia estas noticias. Y así puede ocurrir que sufran ataques de cólera algunos que no esperan salir de la cárcel antes de cinco años. Lo único que hacen los pacíficos es rechinar los dientes, pero los individuos agresivos buscan pelea y no es difícil dar con alguien dispuesto a pegarse. Los *surveillants* toleran estas luchas de gallos de pelea mientras no degeneran en batallas campales, pues saben que son un freno para la homosexualidad.

He aquí la Francia del otoño de 1945, una Francia completamente desgarrada.

Nuestras discusiones dentro de la prisión eran un reflejo fiel del ambiente nacional.

Pierre Laval es fusilado el 15 de octubre en la prisión parisiense de Fresnes. Su ejecución ha sido mucho más rápida que la de los hombres que esperan en las celdas de los condenados a muerte de la Bonne Nouvelle. Se tenía una prisa mucho mayor que la observada en las actuaciones del Tribunal Militar de Nuremberg, que se ocupa de la suerte de los criminales de guerra alemanes y que hasta dictará una serie de sentencias comparativamente suaves.

La suerte de Laval apenas ocasiona debates en la Bonne Nouvelle, los problemas propios son más importantes. Un frío húmedo atraviesa los muros, y las nieblas matutinas son tan persistentes que en el refectorio todavía están encendidas las luces a las diez de la mañana.

En la Bonne Nouvelle, el otoño es un emisario amenazador de un invierno contra el que no existe la menor protección. Solo hay leños y carbón para el director y los *surveillants*, y el que ande por el refectorio sin jersey, sin bufanda y sin calcetines de lana es un aspirante seguro a la gripe, contra la cual no se cuenta con camas ni con medicamentos.

Cuando me empieza a destilar la nariz, llega desde Basilea un paquete que contiene prendas de abrigo y hasta puedo ceder algunas de ellas a Henri y al flaquísimo Mokri, que tiene inflamada la garganta y parece un cuervo al hablar. A pesar de ello convierte en humo cualquier brizna de tabaco que caiga en sus manos y jamás olvida su ronco «Hans, dormirr pien».

En noviembre, húmedo y frío, es alarmante el número de los hombres que se declaran enfermos. El *surveillant* toma nota de ellos, pero los que no quieren depender de un auxiliar sanitario que trata con el mismo pincel rojo los dolores de garganta y los callos necesita unas relaciones de primera categoría.

Estas relaciones las posee un muchacho despabilado que se halla entre nosotros a consecuencia de un gran robo de joyas. No solo consigue llegar hasta el médico, sino que incluso alcanza un privilegio extraordinario. Es trasladado al hospital a consecuencia de una sinusitis cuya existencia solo es posible demostrar con ayuda de los rayos X.

El muchacho no vuelve. Los guardias son tan imprudentes como para quitarle las esposas al entrar en la clínica. Poco después desaparece por una ventana debajo de la cual le esperaba un coche con el motor en marcha. Un golpe que despierta admiración y envidia.

Sin embargo, esta fuga se traduce en un aumento de las medidas de seguridad. Los paquetes son sometidos a unos registros muy minuciosos y el dinero en efectivo se vuelve escaso, pues los guardianes miran con ojos de lince las manos de los visitantes.

Y así, el invierno en la Bonne Nouvelle es cada vez más triste y duro. He de esperar cuatro semanas hasta recibir por intermedio de Madame Ernst una carta y algo de dinero. Y la alegría es tanto mayor por cuanto llegan simultáneamente dos

paquetes: uno de Basilea y otro de la Cruz Roja, de Ginebra. Están pensados para las Navidades, pero se ha de celebrar con anticipación la fiesta, ya que Henri será puesto en libertad dos días antes de Nochebuena. Invito a Mokri también e incluso consigo ablandar lo suficiente al vigilante que revisa los paquetes para que pase por alto el tabaco.

Celebramos una comida para despedir a Henri, sin cuya ayuda no hubiese podido yo resistir la estancia en la Bonne Nouvelle. Cuando, para terminar, liamos unos cigarrillos gruesos como un dedo, Henri me entrega una nota con su dirección.

—Por si acaso. No se sabe nunca si la podrás necesitar, y has de saber que serás siempre bien recibido. Pero tendrás que aprenderte de memoria la dirección y deshacerte de la nota.

El día siguiente es llevado a la celda de puesta en libertad. Todos los que salen son registrados a fondo para que no saquen nada prohibido.

Luego llegan las Navidades. Nada de pensar ni de ablandarse. El Ejército de Salvación entona canciones y nos regala una manzana a cada uno. El sacerdote toca en la capilla con su violín *El sueño*, de Schumann.

También acude el sacerdote castrense, que reparte panecillos a los soldados que hay entre nosotros. Han de ponerse en fila, y los soldados me colocan subrepticamente entre ellos.

—Es también soldado, padre.

—He oído hablar de ti, hijo mío —dice amablemente el sacerdote mientras me da unas palmaditas en el hombro—. Y también sé que la Cruz Roja se ocupa de tu caso. Quizá tengas suerte y salgas antes de lo que supones.

Es esto tan excitante que le suplico me dé una explicación, pero el sacerdote hace un gesto negativo como quien ya ha dicho demasiado. Continúa repartiendo los panecillos dejándome un regalo del que no sé qué pensar.

Pero por el momento tiene más valor el panecillo que tengo en la mano. Cuento además con conservas de los paquetes de Navidad e invito a Mokri a unas rebanadas untadas con una gruesa capa.

Las canciones que se entonan esta noche en el dormitorio son distintas a las acostumbradas. Los jóvenes, que de ordinario dan el tono, guardan silencio. Sienten nostalgia. Es el momento de los repudiados por la sociedad. Los muros de la prisión son ahora las paredes de su hogar y de las viejas canciones de prisión brota la desesperanzada compasión que por sí mismos sienten los rechazados. También resuena la canción de los hombres de la Legión Extranjera, de los hombres que han de caminar entre el polvo del desierto africano por haber cometido una equivocación en la patria.

Navidades en la Bonne Nouvelle. Irreales, quiméricas, deprimentes. Y, sin embargo, un día de esperanzas. ¿Puedo yo realmente esperar algo?

Los *surveillants* se muestran generosos los días festivos, pero enero nos trae la vieja disciplina y una nueva ola de frío. Nos autorizan a llevar al refectorio las mantas

que utilizamos en el dormitorio, pero en el gélido frío los dedos entumecidos solo se pueden calentar cuando llega el plato de lata con la sopa. Se registran pulmonías y pleuresías, y la ayuda de la medicina llega casi siempre demasiado tarde.

A MEDIADOS de enero, cuando el frío ha alcanzado su punto culminante y ha descendido a su mayor hondura el estado de ánimo, ocurre algo fuera de lo común. El *surveillant* ha citado los nombres de los que tienen visita. Luego se detiene un momento y saca del bolsillo otra nota. Deletrea con dificultad un apellido complicado, pero yo no presto atención. No recibo correo, y desde que me han condenado no tengo por qué esperar la visita de ningún abogado.

Alguien me da de repente un codazo en las costillas.

—Ha dicho dos veces tu nombre.

—¿Mi nombre?

—¡Pues claro! Ya es hora de que contestes.

Me dirijo despacio hacia la puerta.

—¿Se refiere a mí?

—¡A quién si no! ¿Tengo yo la culpa de que ningún cristiano pueda pronunciar tu apellido y de que no te hayas limpiado los oídos? Acompáñame, te pondrán en libertad.

¿En libertad? La noticia se propaga por el refectorio como un reguero de pólvora. Incluso me felicita Victor, el comunista, que apenas me ha hablado durante mi cautiverio.

No despego los labios y sigo como un sonámbulo al guardián por corredores y escaleras hasta la *geôle*. ¿No se habrán equivocado? Según dicen, ha ocurrido ya alguna vez el hecho de ser puesto alguien en libertad antes de lo previsto a consecuencia de un error cometido en las oficinas.

El hombre me conduce al cuarto del jefe de los *surveillants*, e involuntariamente me veo forzado a pensar en la sala de profesores de nuestro colegio. Aquí hace un calor agradable. Es la primera habitación caliente que piso dentro de la Bonne Nouvelle.

Ante la mesa está sentado un amable caballero que viste un elegante traje gris cruzado. Me estrecha la mano y me invita a tomar asiento.

—Me envía la legación suiza en El Havre —explica con el inequívoco alemán literario que hablan los suizos, que han de hacer un esfuerzo para expresarse en este idioma—. Y es para mí una satisfacción poder informarle de que su sentencia ha sido revisada gracias a la intervención de la Cruz Roja. Mañana le pondrán en libertad.

Lo miro con fijeza, como si estuviera demente. Se apodera de mí el irreprimible deseo de echarle los brazos al cuello. El hombre debe notarlo, pues me pone, sonriente, la mano en el brazo.

—Ha costado bastante tiempo. Pero, como es lógico, no se trata de una puesta en libertad normal. Lo llevarán mañana temprano a un campo de prisioneros de guerra.

La noticia no me coge desprevenido, aunque, sin embargo, no había abandonado

hasta el último instante la íntima esperanza de ser expulsado de Francia.

Entra en el cuarto un *surveillant chef*, el mismo que me sacó del *mitard* cuando ocurrió lo de Simonet.

—¿Se nos lleva a nuestro pequeño alemán? —dice en tono jovial. Este hombre es el más agradable de todos los *chefs*, y la nueva situación me permite emplear un tono que antes habría sido imposible.

—Como ve, la sentencia era una injusticia —digo—. Mi sitio está en un campo de prisioneros de guerra, pero ahora no conseguiré ni un céntimo como resarcimiento del error cometido conmigo.

—Eso no es asunto nuestro —explica el jefe—, sino de los tribunales. Nosotros somos responsables únicamente de que se cumpla la pena. Ya es bastante duro tener que hacer frente a un número de reclusos triple del normal.

—De acuerdo. Pero ahora que me voy, le diré todavía algo. Me han prohibido escribir, aunque esta prohibición no figura en los reglamentos. Si la hubiese observado, tendría que estar aún cuatro meses entre ustedes. ¿Cree usted que la Cruz Roja ha intervenido por iniciativa propia?

—No quiero saber cómo has conseguido que tus cartas salgan al exterior. Y si piensas que solo se quería tu mal, no deberías olvidar que también se ha hecho justicia. ¿No te saqué del *mitard* cuando el asunto de Simonet?

—Y le estoy también muy agradecido por ello.

—¡Ya ves! Y no necesito explicarte en modo alguno por qué esto es una prisión y no un sanatorio.

Si hubiese necesitado alguna prueba más de que la Bonne Nouvelle no es un sanatorio, la prueba la hubiera conseguido durante la última noche. La celda donde esperan los que han de ser puestos en libertad es tan espantosamente fría que no ceso de tiritar debajo de la delgada manta de lana. Me duele mucho la garganta cuando la mañana siguiente me conducen a la *geôle* para devolverme mis «cosas»: el mono de mecánico y una maquinilla de afeitar con sus cuchillas. Pero ¿qué significa todo esto frente a la sensación triunfante de poder abandonar la Bonne Nouvelle? ¡Atravesar la entrada principal en un auténtico automóvil particular y con la certeza de no volver nunca!

Delante de la puerta, una tienda de ultramarinos pequeña y sucia ofrece manzanas y dátiles de Argelia. Podría permitirme ahora algún lujo, pues llevo encima moneda francesa por un valor de doscientos marcos. Desde luego, no en los bolsillos, pues a la salida se registra tan minuciosamente como a la entrada. Siguiendo un método carcelario de probada eficacia, he envuelto el dinero en papel de celofán con mucho cuidado y lo transporto dentro de los intestinos.

Un sargento conduce el vehículo. Nada de vigilancia, nada de esposas. Ocho meses después de terminar la guerra se me conceden los primeros privilegios de los prisioneros de guerra.

Pero la alegría de no ser tratado más como un delincuente y verme de nuevo por

fin entre compatriotas recibe la primera ducha de agua fría en la oficina del campo de prisioneros.

El sargento me lleva a un barracón que, aunque no produce una impresión de comodidad, está, sin embargo, bien caldeado. Tres escribientes con uniforme gris de campaña y ningún francés a la vista. Esto tiene aires de una autoadministración sin restricciones, y aunque intento convencerme de que es ya la mitad del regreso al hogar, me asalta furtivamente la desagradable sensación del recluta que ha cometido una falta y tiene que presentarse a su sargento mayor.

Se hace cargo de mí el jefe de este local, que se esfuerza en ocultar su curiosidad. Me examina a fondo dándose aires de ser un superior jerárquico.

—Hola, novato, ¿de dónde vienes? —me pregunta en el más puro dialecto sajón. Sus ojos no se apartan de mi mono de mecánico, que considera una insubordinación—. ¡Valiente facha! Pescado en la huida, ¿no?

—Según se mire.

—¿Qué significa esto? Respuestas claras, por favor.

Ahora sé que se ha consumado el regreso a la mordisqueada gloria prusiana.

—Un momento —objeto—. ¿Qué es esto? ¿Acaso es un interrogatorio? Supongo que el sargento le habrá entregado mis papeles.

—Aquí no vienen los papeles. Van al comandante francés del campo. Yo tengo que extender la ficha y darte un número.

—Pues entonces adelante.

—Entérate de una cosa —bufa con aire militar, enrojeciendo—. No llegarás muy lejos conmigo si empleas ese tono. Aquí cada uno es un número y tiene que someterse. ¿Adónde iríamos a parar si no se procediera así?

—Correcto —asiento—. Únicamente tienes que preguntar lo que quieras saber.

¡Oh bendita minuciosidad alemana! El escribiente coloca una hoja de cartulina verde en un monstruo antiquísimo que recibe el nombre de máquina de escribir y pregunta con mordacidad:

—Apellido, nombre, fecha de nacimiento, unidad del Ejército, dirección en Alemania.

Contesto a todas estas preguntas.

—¿Cuándo y cómo fuiste hecho prisionero?

—Esa es la cuestión —digo rascándome la cabeza, rapada no hace mucho.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé.

—No pretenderás tomarme el pelo, ¿verdad?

—En realidad, es en este mismo instante cuando empiezo a ser prisionero de guerra de los franceses.

—¡Bueno, esto es el colmo!

Este sujeto, que con seguridad habrá estado toda la guerra en una oficina, llama a uno de sus escribientes auxiliares.

—Ve adonde están los franceses y que venga contigo el ayudante jefe. —Y volviéndose hacia mí, añade—: Si no quieres por las buenas, tenemos también otros métodos.

¡Bonitos métodos! ¡Y yo que me había alegrado tanto de hallarme por fin entre compatriotas! El rostro de mi oponente refleja esa disimulada perfidia del grado de tropa que está en situación especial y que come todas las noches con su sargento mayor patatas asadas. Cierto que este sargento mayor viste ahora el uniforme francés, pero, fuera de esto, nada ha cambiado.

La cosa empieza a divertirme. Me saco del bolsillo un paquete de Gauloises sin empezar y enciendo un cigarrillo con una lentitud provocadora.

El escribiente enviado vuelve a los cinco minutos:

—El ayudante jefe está jugando a las cartas. Dice que el asunto tienes que solucionarlo tú.

—Es una lata eso de los superiores —observo con ironía sin quitarme el cigarrillo de la boca.

—Me basto y me sobro para aclarar esto. No me hagas reír. O me dices ahora mismo cuándo y cómo has caído prisionero o hago venir la guardia.

Esta es su última arma, un arma que podría resultar realmente desagradable.

—No me han hecho nunca prisionero —explico, echándole humo por debajo de las gafas—. ¿Qué culpa tengo yo de que no te entre eso en la cabeza? Mejor sería que te dejaras de preguntar y me explicaras qué ocurre.

—¡No ocurre nada! Las fichas son iguales para todos —brama—. En este momento tendría necesidad de alguien que pudiera ordenarme ejercicios extraordinarios.

—Te equivocas, querido. La ficha no vale para mí, pues vengo precisamente de la cárcel y no he estado nunca en un campo de prisioneros.

—¿De la cárcel?

Intercambian unas miradas como honrados ciudadanos que van en el tranvía y ven subir a un harapiento vagabundo. Y en este momento acude una idea luminosa a la cabeza del escribiente principal:

—Lo siento, pero no podemos admitirte en absoluto si no has sido nunca hecho prisionero.

—¡Maravilloso! —contesto—. Se lo diré así al centinela de puertas y buscaré un hotel donde alojarme.

—¡Tampoco es posible eso! ¿Es que nos consideras idiotas?

El hombre se rasca la cabeza y cavila intensamente y yo no renuncio al placer de asentir con un movimiento de la cabeza.

—Los franceses traen gente por las buenas y nosotros tenemos que ver la manera de arreglar el asunto. Se te dará ahora un uniforme y una manta, pero no seré yo quien te dé un número... De eso puedes estar seguro.

—Eso me tiene bastante sin cuidado.

—Te admitiremos en calidad de huésped —dice por fin con acento de triunfo como si hubiese tenido una idea grandiosa.

Y así, un día de un enero frío y húmedo del año 1946 tiene efecto mi entrada en el campo de la Tubize; pero no hay para mí ni un cuarto de huéspedes ni sitio donde dormir. El edificio donde se alojan trescientos hombres es una fábrica medio en ruinas cuyas máquinas han sido desmontadas. El techo está agujereado en muchos sitios, y los prisioneros han escogido para dormir los puntos donde el techo no deja pasar el agua. Se acuestan en literas hechas con gran imaginación o en sencillos tableros según las habilidades técnicas de cada ocupante.

No hay sitio ni una madera para mí. Cuando se cae prisionero demasiado tarde la culpa es de uno mismo. La única ventaja que tengo es que sigo siendo un paisano debajo del mugriento uniforme que me han arrojado, pues a nadie se le ha ocurrido la idea de quitarme el mono de mecánico. Me he puesto sencillamente encima los pantalones y la guerrera gris de campaña, en cuya espalda figuran las letras P.G. escritas con un pincel.

Lo más deprimente es que nadie se ocupa de mí. Cuando llegan a últimas horas de la tarde los pelotones de trabajo, se forman pequeños grupos en todos los rincones de la gigantesca nave, y enseguida me convenzo de que resultan inútiles los intentos de meterse dentro de una de tales «familias». El que ha trabajado en la ciudad trae unas cuantas patatas o un pedazo de pan y hace así más nutritiva la sopa para la que nos hemos de poner en fila como antaño delante de la cocina de campaña.

La comida es tan mala como en la Bonne Nouvelle, pero me dan un par de galletas mohosas. Yo tendría que haberme contentado con olerla si alguien no me hubiese dado una vieja lata de conservas. Es un viejo del Landsturm, de Karlsruhe, que finalmente me proporciona también un par de tablas y un poco de paja. Es imposible dormir sobre el húmedo suelo de cemento solo con una manta.

El paralelismo con la Bonne Nouvelle es inequívoco. Existen ricos y pobres, pero posiblemente no haya nadie esta noche que se halle en tan lamentables condiciones como yo. El tejado deja pasar el agua por la parte de la pilastra de cemento armado junto a la que he preparado mi lecho, y antes de medianoche se ha empapado la delgada manta con la fina y helada lluvia que cae. Quizá lo hubiera resistido si no hubiese salido de la prisión con dolor de garganta y estornudando.

Tengo fiebre alta al llegar la mañana.

—¿No hay aquí un médico? —pregunto al hombre de Karlsruhe.

—Sí lo hay, pero lo que no sé es si dispondrán de sitio en la enfermería. Ven conmigo, te acompañaré.

La enfermería se encuentra en un pequeño y sólido edificio que hay junto a la nave de la fábrica. Diez hombres se apiñan en la diminuta sala de espera alrededor de una pequeña estufa de cañón que desprende una gran cantidad de humo y de un suboficial sanitario que distribuye termómetros. La temperatura se toma en las axilas, y el sanitario cuida de que nadie haga trampas:

—Os conozco, amigos. Todos queréis venir a la enfermería. Y si no os estuviera mirando los dedos, todos los termómetros señalarían cuarenta y dos y medio.

Muchos de estos hombres son despedidos en el acto. Algunos son tratados ambulatoriamente. El único que se queda en la enfermería esta mañana soy yo. El sanitario examina tres veces el termómetro como medida de precaución, pero la columna de mercurio sube las tres veces hasta los cuarenta grados.

Diez minutos después me encuentro en una cama de verdad. Desde luego es un estrecho catre de campaña, pero con dos limpias sábanas del Ejército, a cuadros blancos y azules, y dos mantas de lana. Un maravilloso fuego de leña crepita en la estufa de cañón.

El joven médico mayor hace por mí todo lo que puede:

—Ya era hora de que vinieras a la enfermería. No tenemos muchos medicamentos, pero la Cruz Roja intenta suministrarnos. Si podemos evitar que se presente una pulmonía, no tardarás en recuperarte. Haré lo que pueda para comprar un poco de suministro para ti.

—No tiene por qué gastar dinero para mí, doctor.

—¿Es que tienes dinero tú?

—¡Claro que tengo! Escondido en el sitio donde se suele tomar la temperatura.

—Lo puedes sacar con toda tranquilidad. Ningún francés viene a la enfermería. Cuando más, el sargento de guardia argelino viene a calentarse. Hago mis compras con él, y a veces hasta nos tomamos un vaso de vino en una taberna.

—¿Puede usted comprar vino también, doctor?

—¿Por qué no?

—Pues en tal caso compre mañana cinco litros. Me gustaría regalar a la enfermería vino caliente.

El día siguiente hay sobre la estufa de la enfermería unos cuantos recipientes de cocina llenos de vino tinto. El doctor se ha podido hacer además con canela para añadir al azúcar. Huele como si estuviésemos en Navidad, y con ayuda del vino caliente voy echando fuera de mi cuerpo la enfermedad a fuerza de sudar. El suboficial sanitario canta *Lili Marlen* con lengua estropajosa y se acerca con cinco mantas para que yo pueda sudar a conciencia. Y me asegura que los enfermos que regalan vino caliente pueden quedarse en la enfermería tanto tiempo como quieran.

Desaparece la fiebre a los tres días, pero primero he de recobrar fuerzas, y en segundo lugar, el sanitario, con la benevolente aquiescencia del médico, no tiene ningún interés en que yo abandone la enfermería. El vino es barato, y así se celebran sin tardanza unas cuantas fiestas más con vino caliente.

También se ha hecho de la partida del vino caliente el intérprete del campo, un suboficial llamado Kaiser, oriundo de Honnef am Rhein. Y le hablo con franqueza, pues no solo habla un francés magnífico, sino que posiblemente hace tiempo ha comprendido también el valor que tiene un capital de esta clase.

—¿No opinas que los dos podríamos formar un equipo que se podría buscar la

libertad él mismo? ¿Quieres permanecer años y años en este campamento de mierda solo porque te dan una patata más por ser el intérprete?

Da unas chupadas al cigarrillo, pensativo.

—La cosa no es tan sencilla como te imaginas. Hasta ahora han traído siempre otra vez a todos los que intentaron huir.

—¿Y qué les ha pasado? Treinta días de trabajo y raparles la cabeza. ¿Crees que eso me preocupa? Por lo demás, ¿a cuánto asciende el número de fugados?

—Ahora, en pleno invierno, a cero. El último se largó a comienzos de noviembre, pero la gendarmería lo trajo de nuevo a los tres días. Sé de algunos que tienen intención de probar cuando llegue la primavera y se pueda pasar la noche en el bosque. Has de tener en cuenta que hay más de seiscientos kilómetros hasta la frontera alemana.

—Si lo proyectáis de esa forma, podéis abandonar la idea ahora mismo. Esto es un deporte que los ingleses y norteamericanos han practicado sin cesar en los campos alemanes. Sabían perfectamente que sus posibilidades de éxito eran una entre mil, pero apostaban al tiempo que podrían estar fuera. Al final experimentaban una gran alegría cuando obtenían de nuevo en el campo algo para comer. Pero lo de aquí es una niñería.

—Pero es una locura huir en pleno invierno.

—¿Por qué? Hay trenes con calefacción que te llevan a la frontera en un solo día.

—Estás soñando. No necesitas dinero únicamente, sino documentos y buenos trajes de paisano.

—Si piensas así no tendrás más remedio que esperar que te lleguen los papeles de puesta en libertad. Había esperado que tuvieras valor, pero me iré solo si no me acompañas. Tengo dinero y me verás de paisano si me quito de encima este maldito uniforme: mono de trabajo, boina, camisa a cuadros y jersey. Un tipo de hombre así se ve en cualquier ciudad.

—Tampoco yo soy tan estúpido cómo crees. Tengo un traje de paisano debajo de mi saco de paja y también poseo un poquito de dinero, pero esperaré que llegue la primavera.

He de hablarle todavía un rato. Ese individuo pertenece a la burguesía del campo, que se maneja bien y goza de pequeños privilegios, pero le he herido en su amor propio, y aunque todavía se resiste un poco, es ya seguro que correremos el riesgo en los próximos quince días. Habrá llegado entonces febrero y quizá se haya templado algo el tiempo.

El médico, con el que he intimado entretanto en la misma forma que con Ahmed, el sargento de guardia argelino, me hace continuar en la lista de enfermos. Conservo mi cama en la enfermería y el médico nos proporciona algunas conservas para la fuga.

No hace falta decir que Ahmed no debe tener la menor noticia de este proyecto. No puede ver ni en pintura a sus superiores franceses, pero si se fuga alguno de

nosotros, serán castigados el sargento y sus compatriotas que están en las torres de vigilancia hechas de madera.

Casi me duele lo que vamos a hacerle, pero la fuga es lo primero. Me descarga la conciencia el buen vino tinto que recibe en calidad de anticipo. Un anochecer, cuando llega a la enfermería después de hacer su ronda y se frota sobre la estufa los dedos entumecidos, sacrifico el último resto para chocar los vasos con él.

—Escucha, Ahmed, me gustaría mucho dar un paseo por la calle lo mismo que el doctor.

—¿Acaso intentas fugarte? —pregunta mirándome fijamente con desconfianza.

—Te doy mi palabra de honor de que volveré.

Esto le basta, y su tono cambia enseguida.

—Si me das tu palabra de honor, hasta podremos tomar una copa siempre que pagues tú.

—Lo haría, Ahmed, pero ¿vamos a ir de uniforme?

—¿Por qué no? Ya lo he hecho con el doctor algunas veces.

—Bueno, sí, pero el doctor lleva un brazalete de la Cruz Roja y hacen la vista gorda. Pero habrá jaleo si te presentas con un prisionero corriente.

—Quizá tengas razón, pero no te puedo dar ropa de paisano.

—Basta con que me traigas una boina para la calva. Tengo un mono de mecánico de un trabajo anterior. Nadie notará nada si me pongo encima un jersey.

—Por mí, de acuerdo. Así, pues, mañana por la tarde. Pero me das tu palabra de honor de que no te fugarás.

Le ofrezco la mano, y con este apretón se pone en marcha el ensayo general de la huida. Ahmed no sospecha que me enseñará el camino de la estación y algunas cosas más.

La noche siguiente es fría, húmeda y ventosa. Ahmed es hoy el comandante del campo, pues el ayudante jefe se ha marchado a la ciudad a emborracharse, operación que realiza tres veces por semana con regularidad. Le llaman «Ojo de Pasta», pues la mañana siguiente mira con ojos vidriosos cuando le dan el parte de la formación.

Tomo nota precisa del camino. El campo está muy cerca del Sena, a mucha menos distancia del centro de la ciudad que lo estaba la Bonne Nouvelle. Veinte minutos de andar y nos encontramos en la plaza de la Catedral, donde fue quemada Juana de Arco. Las luces de los escaparates y de los automóviles se reflejan en el húmedo asfalto. Esta participación repentina en la luminosa y vibrante vida de la ciudad me aturde. Restaurantes elegantes con blancos manteles y lámparas rojas donde penetran elegantes damas que se cubren con abrigos de piel. Y en la calle secundaria, pequeñas tabernas desde las que llega música de acordeón. Es como si estuviera viviendo un cuento de hadas.

Aquí se ríen de las costumbres que observan las personas finas en la mesa: individuos con gorra de visera y bufanda de lana y muchachas con faldas a cuadros y blusas de brillantes colores.

—Vamos a echar un vistazo al interior, Ahmed. Solo un cuarto de hora. Yo pago.

Nos sentamos sobre una piel roja artificial, rodeados por grandes espejos de pared, en medio de jóvenes que bailan y ríen.

Es verdad lo que se decía en la Bonne Nouvelle. La vida en el exterior es más alegre de lo que era antes. Después del tercer vaso de vino blanco tamborileo en la superficie de la mesa al compás de la música. Hoy tengo la impresión de que la boina es el invento más grande que se haya hecho en Francia. No es necesario quitársela en los locales públicos y oculta tan por completo la cabeza rapada que uno puede cambiar sin empacho alguno miradas con la rubia que se sienta a la mesa de al lado.

—No habíamos apostado a esto —bufa Ahmed.

Pero es demasiado tarde. La muchacha se sienta a nuestra mesa antes de que el sargento pueda impedirlo. Pido otra botella de vino y la invito a bailar. Ya no importa.

La muchacha se muestra muy indulgente con mis dudosas habilidades como bailarín. Mientras le doy pisotones, Ahmed vacía la mitad de la botella. Y nosotros podríamos tranquilamente seguir bailando hasta alcanzar la salida trasera. La muchacha tiene las piernas torcidas y su aliento huele a ajo, pero tiene unos ojos preciosos y se aprieta contra mí de una forma inequívocamente provocativa.

No está satisfecha del todo conmigo:

—¿Por qué eres tan raro? ¿Es que no te gusto? Si lo quieres, podremos marcharnos los dos sin tu amigo.

—Temo que no pueda ser. Mi amigo tiene que regresar al cuartel y yo tengo que conducir.

—¿Tienes auto?

—No es mío. Es un coche de repartir, ¿sabes?

—Pues entonces quédate todavía un poco más y llévame. Tengo que ir a Petit-Quevilly.

El ritmo se ha ido al diablo. La muchacha vive solo a dos manzanas de la Bonne Nouvelle.

—¿Conoces Petit-Quevilly?

—Por encima. Bueno, ahora tengo que llevar a mi amigo al cuartel. Tendré más tiempo disponible si estás aquí mañana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Ahmed da suelta a su enojo cuando salimos a la calle:

—Habíamos hablado de una salida, pero no de una amiga. ¡Pues no nos faltaba más que eso!

—Bueno, ha sido solo una diversión. Estoy agradecidísimo por haber podido salir. Y ahora quisiera únicamente un favor más.

—¿Qué quieres ahora?

—Me gustaría volver a ver una estación de ferrocarril. Te he dado mi palabra de honor de que no huiré. Pero las estaciones de ferrocarril son algo así como un poco de libertad, ¿me comprendes?

—Tienes unas ocurrencias... —rezonga Ahmed—. Bueno, por mí no importa, lo mismo da diez minutos más que menos. Pero después tendremos que darnos prisa. Pronto será medianoche.

La estación férrea Rue Verte de Ruán no tiene en estos momentos nada de atractiva. Un vacío aburrido en el gran vestíbulo alumbrado con las luces indispensables. Los quioscos están cerrados y los pocos viajeros que hay se han retirado a la sala de espera. En un rincón, unos vendedores marroquíes de alfombras están dormitando encima de sus mercancías.

Ahmed no ha notado que me ha sido posible echar un vistazo al tablero de salidas. El primer expreso de París sale a las 7.35.

Cuando volvemos, encontramos despierto a todo el personal de la enfermería.

—Creíamos ya que te habías fugado —dice el suboficial sanitario—. Habría sido una barbaridad engañar a Ahmed.

—Habría sido una porquería —afirmo frotándome las manos sobre la estufilla de cañón, que silba y crepita sin punto de reposo.

Ahmed no me pide al día siguiente que le devuelva la boina. O la ha olvidado o la considera indispensable para futuros paseos. La prenda queda debajo del colchón. No la sacaré de allí hasta cuatro días más tarde. Pero esta vez no se tratará de un paseo inofensivo.

HEMOS adelantado el día de la fuga porque mi amigo el escribiente sajón está poniéndose impertinente. Ha comunicado a la Dirección del campo que llevo ya quince días en la enfermería a pesar de la escasez de camas. Naturalmente, ha olfateado el vino caliente. Ojo de Pasta se ha presentado a husmear, pero el médico le ha despachado sin contemplaciones.

—Soy yo el que dice quién está enfermo.

Pero el ayudante jefe se ha vuelto desconfiado. Tampoco la enfermería ofrece ya la seguridad suficiente.

—Mañana quedará una cama libre —digo por este motivo al doctor—. Le recomiendo que se haga invitar a la francachela esta noche por Ojo de Pasta. Así no podrá acusarle de nada si faltase uno de la enfermería al hacer el recuento.

Aunque el tren de París no sale hasta las 7.35 de la mañana, tenemos la intención de abandonar el campo bien entrada la noche cuando han terminado los cines y es posible moverse en la ciudad sin llamar la atención. Luego nos ocultaremos en el sótano de cualquier edificio en ruinas a esperar que llegue la luz del día.

Kaiser, que nunca ha sabido lo que es moverse en esta situación, tiene la fiebre del viaje, y he de asegurarle por milésima vez que no exigen ningún documento de identidad en la barrera.

—¡Si al menos tuviésemos ya los billetes del tren!

—Eso déjalo de mi cuenta. Lo que debes hacer es ver el modo de reducir tu equipaje.

Utilizando las relaciones que tiene con la cocina, ha ido acaparando provisiones para un mínimo de ocho días y no quiere comprender que esto constituye un lastre inútil.

—Mira, haz el favor de escucharme bien. Yo he llevado un pesado macuto con las conservas americanas mejores que te puedas imaginar a través de media Francia y los gendarmes franceses fueron los que se comieron estas provisiones. Es muy sencillo, podemos comprar los billetes de ferrocarril y todavía nos queda algún dinero para bocadillos y cerveza. Si no nos atrapan, estaremos en casa dentro de tres días como máximo. Y si nos cogen, entonces nos quitarán todo lo que llevemos. Por lo tanto, ¿para qué llevar encima ese lastre?

Le duele tener que desempaquetarlo todo. Pero los utensilios de afeitarse, la toalla y un poco de ropa interior constituyen un equipaje todavía bastante voluminoso. Si se piensa en la Bonne Nouvelle, esta fuga será un juego de niños. Exactamente detrás de la enfermería, donde está el ángulo muerto de las atalayas de vigilancia, será necesario retorcer un poco el alambre oxidado de espino con los alicates y levantarlo. Escojo un lugar favorable cuando oscurece. Ni siquiera nos mancharemos la ropa.

Kaiser llega a la enfermería poco después de las diez de la noche. El médico ha

ido a ver a Ojo de Pasta, y Ahmed está jugando a las cartas con el centinela libre de servicio. El suboficial sanitario vigila para que podamos cambiarnos de ropa sin estorbo. Kaiser tiene aspecto de hombre de mundo, aunque su traje, gris, le está un poco ancho.

A mí no me preocupan cuestiones de la moda. Con el jersey y la bufanda de lana encima del mono de mecánico seré uno más entre tantos. Queda solo la boina y momentos después estamos junto a la alambrada. El alambre chilla un poco al levantarlo, pero el ruido no puede ser oído desde su elevado puesto de vigilancia por el centinela.

Hemos de cruzar primero quinientos metros de descampado en el que hay unos hoyos provisionales para los desperdicios. Luego aparece una calle con sus primeras casas y unos transeúntes. Ponen tan nervioso a Kaiser que ya comienza a buscar un escondite.

—Procura no perder los nervios —le digo con voz silbante—. Seguiremos el plan exactamente como está previsto. Pasaremos ahora por el centro de la ciudad. Solo veremos unas ruinas cuando estemos cerca de la estación.

Se tranquiliza cuando ve que nadie vuelve la cabeza para mirarnos. Torcemos a la izquierda cuando llegamos a la catedral. Las calles están más desiertas de lo que yo hubiese imaginado.

Se acerca la medianoche y en la explanada de la estación únicamente queda iluminada una taberna. La torre con el gran reloj se alza negra en el cielo nocturno.

Torcemos hacia la derecha y encontramos una casa en ruinas. Tenemos que encaramarnos por unos escombros, pero el sótano tiene unas paredes sólidas y secas. Hemos de pasar aquí seis horas. La entrada, oculta por los escombros, no deja salir ninguna luz al exterior. Podremos fumar sin cuidado.

Kaiser enciende un cigarrillo con la colilla del otro.

—¿Por qué tienes miedo? —le pregunto.

—No lo tengo.

—Estás agarrotado. No debes temblar en el momento de cruzar la barrera. Tu francés es bueno, pero no tienes necesidad de hablar. Te compraré un periódico y nadie se dirigirá a ti si comienzas a leer enseguida. Aparenta dormir si se te hace largo el trayecto hasta París. Yo sacaré los billetes.

Se hacen infinitamente largas las seis horas de espera. Por suerte, Kaiser tiene un reloj, pues no es verdad lo que se dice: que hayan despojado de los objetos de valor a todos los prisioneros de guerra, pero lo que más le envidio es el pelo. ¡Antes perder los pantalones que la boina!

Comemos a las cinco de la mañana un par de galletas y una lata de sardinas en aceite. Por desgracia no hemos pensado en el agua y las gargantas no están secas únicamente a causa de la sed.

Yo también me pongo nervioso cuando son las seis. Los obreros que van a los primeros trenes pasan tan cerca de nuestro escondrijo que la salida del sótano se

convierte en un problema.

Tres cuartos de hora después llega el momento. Los últimos peldaños de la escalera están cubiertos por una fina escarcha. La calle se puede ver desde un hueco de ventana donde cuelga todavía el astillado marco de madera. Un coche de reparto de leche traquetea frente a nuestro sótano y una taberna en la acera de enfrente tiene ya abiertas las puertas. Obreros que se cubren la cabeza con gorras de visera y boinas toman de pie un apresurado desayuno en el mostrador. El camino está despejado.

—¡Vamos, rápido, ahora es el momento!

Estamos fuera en un par de segundos. Somos unos trabajadores como todos los demás, que no quieren perder su tren de la mañana.

El vestíbulo de la estación Rue Verte es un escondite tranquilizador. Ningún policía presta atención a los primeros trenes de la mañana. No es mucha la cantidad de personal que hace cola en la taquilla, pues la mayoría viaja con abono.

—Dos segundas a París.

Se deslizan por la ventanilla unos valiosos billetes de cien francos que durante semanas estuvieron convertidos en bolas del tamaño de una nuez. Unas manos ejercitadas hacen sonar unas monedas sobre una placa metálica y empujan hacia mí lo que realmente tiene importancia: dos estrechos cartones pardos con la inscripción «París».

Kaiser ha observado la compra de los billetes desde una distancia segura. Habría sido una estupidez dejarnos coger por partida doble.

Noto cómo respira. Ha tenido que ser para él la prueba decisiva, pues comienza a mostrar confianza en sí mismo a partir de este momento. El precio de los billetes ha sido ligeramente inferior al que habíamos calculado, por lo que no pone ningún reparo a que tomemos un café con leche en la cantina.

Este ligero refrigerio nos produce un delicioso bienestar. Y después de una breve ojeada a la lista de precios, digo:

—*Garçon, deux calvados.*

Leo el reproche en los ojos de Kaiser. Esto son ganas de tirar el dinero. Pero el aguardiente de manzanas arde deliciosamente en el estómago después de una noche pasada en vela.

Compro dos periódicos. Y el paso por la barrera, tan temido por Kaiser, resulta tan sencillo que el hombre se siente como un vencedor en cuyas manos estuviera tremolando la bandera de la victoria.

El expreso de París no viene excesivamente lleno y podemos sentarnos junto a la ventanilla. Entran en el departamento otros dos hombres jóvenes que prestan únicamente atención a sus periódicos. La locomotora silba puntualmente a las 7 horas y 35 minutos. La lista de la mañana ha sido ya pasada en el campo hace veinte minutos. Ojo de Pasta ya sabe que hemos huido, pero jamás pensará que estamos sentados en un tren expreso con agradable calefacción. Resulta divertido pensar que ahora tendrá que buscar un nuevo intérprete.

El hombre que ha terminado el servicio en el campo de Ojo de Pasta está leyendo ahora el periódico de la mañana y permanece tranquilo cuando llega el revisor.

—*Merci, monsieur. Merci, monsieur.*

Todo va sobre ruedas. Fuera se desliza veloz la campiña gris de Normandía. Estaba verde nueve meses atrás. Un verde que no me ha dado suerte.

¿O quizá sí? ¿No he salido de los calabozos de la Sûreté, de la Bonne Nouvelle y del campo de prisioneros? ¿Y no he aprendido muchas cosas entretanto? No quedará nada al azar en esta ocasión. Tengo previsto un horario perfecto que entra en vigor tan pronto el tren llega a la estación de Saint-Lazare.

Rechinan los frenos y se oyen los gritos de los vendedores de periódicos y de los mozos de equipajes. Apreturas en todas las barreras, personas que andan deprisa. Después, anchas escaleras iluminadas por el mortecino sol de febrero.

El sol está bajo todavía, pues son solamente las nueve. Las tiendas comienzan a abrir en la calle de Amsterdam. Tal vez estaremos todavía en París cuando cierren, pues no sabemos a qué hora sale el expreso nocturno de Metz.

El día de trabajo en París no comienza con la salida del sol. Tengo que esperar largo tiempo en la estación de El Havre Caumartin para adquirir un carnet con diez billetes, la compra que más barata resulta.

Los corredores del metro conducen a la estación de donde parten los trenes para Alemania. La línea más directa pasa por Estrasburgo. Pero como tenemos la intención de cruzar clandestinamente la frontera por Forbach, debemos ir primero a Metz.

El tren saldrá a las nueve y media, y el dinero que podamos gastar durante el día dependerá del precio de los billetes. El dinero que nos sobre lo gastaremos de una forma adecuada.

Una sorpresa agradable en la ventanilla. Incluso aunque calculemos muy alto el precio desde Metz hasta Forbach, nos queda dinero bastante para comenzar el día sin ninguna restricción. Kaiser se pronuncia por ahorrar hasta el último céntimo, pero tenemos que lavarnos y afeitarnos. Un baño caliente es un placer del que hemos estado privados mucho tiempo y nos tendrá alejados de la calle dos horas si damos a la encargada de los baños una buena propina.

Puede haber gente que haya deambulado con perspectivas más halagüeñas que las nuestras por el bulevar de Strasbourg, pero lo que pongo en duda es que hayan estado más satisfechas de sí mismas y del mundo que las rodea. Desde ambos lados del bulevar vemos restaurantes a precios moderados, pero el afán de lujo ha de tener sus límites. Comeremos bizcochos y beberemos agua en el baño.

París ya no me da miedo. Tengo en el bolsillo un billete para el tren hasta Metz y no siento la inseguridad del día que escogí el camino de Normandía.

Por fin descubro un letrero: «*Bains et douches*». Cuelga sobre la entrada de una casa de alquiler. Y el bulevar se llama... «*Bonne Nouvelle*».

La coincidencia me divierte. Kaiser y yo entramos en un cuarto de baño de

paredes altas en las que el vapor ha corroído la pared y ha formado negras manchas. El rajado espejo de pared está empañado por la humedad, pero la bañera está limpia como lo está igualmente la toalla que una vieja matrona pone en la silla. Le doy una propina generosa, advirtiéndole que tenemos la intención de pasar aquí un buen rato.

Experimentamos la inmensa satisfacción de estar en el agua caliente comiendo al mismo tiempo galleta y carne en conserva. ¿Puede haber algo más agradable? ¿Qué otra cosa puede entrar en cuenta?

Prolongo el baño, la comida y el afeitado tanto tiempo que todavía estoy completamente en cueros y envuelto en vapor cuando Kaiser llama a la puerta.

—Hace más de dos horas que estás metido ahí —dice con acento de reproche después de haber corrido el cerrojo.

—Bueno, ¿y qué? Estoy lejos de la calle y me ha sentado bien. Espero que a ti también, ¿no?

Se ha puesto una camisa limpia y da la impresión de un hombre dispuesto a conquistar Montmartre. Pero no es la camisa lo que le envidio, sino el elegante cabello peinado a raya. Yo no he llegado de momento más que a lucir un modesto cepillo.

Según el plan previsto, tenemos que ir al cine. Es la forma más segura y económica de no llamar la atención.

Nunca voy al cine cuando brilla el sol y lo he visto muy poco durante los últimos meses. Me atrae lo más hermoso de París. Iremos al jardín de las Tullerías, pues no habrá ningún guardia dando vueltas por allí a la hora de la comida del mediodía.

Después de lo bien que ha salido todo hasta ahora, Kaiser está de acuerdo con cualquier propuesta. Sería capaz de subir también a la Torre Eiffel. Me guardaré muy bien de echar por tierra su estado de ánimo, pero esta noche hay que contar en la estación del Este con la presencia de algún control en los trenes de larga distancia.

El Louvre, el Palacio Real, la Concordia, el Arco de Triunfo son imágenes fantásticas para quien ha estado hasta ahora encerrado dentro de grises muros. El obelisco de Luxor se destaca con nitidez en el centro de la enorme plaza, y al fondo, donde terminan los Campos Elíseos, se difuminan en el vapor azulado los macizos contornos del Arco de Triunfo.

No hay hojas todavía en los árboles, pero hay ya en el aire un hálito de primavera. Sentados en los bancos y arropados con gruesos abrigos de invierno, unos ancianos parpadean al ser heridos sus ojos por el sol y dos pequeños hacen navegar unos barquitos de vela en el gran estanque de la fuente.

—Esos lo pasan bien —dice Kaiser con una voz que tiene un dejo de pesar.

El Parlamento está a solo un tiro de piedra.

—Vuelven a gobernar de nuevo sin De Gaulle —digo—. Hace cuatro semanas que De Gaulle ha renunciado a la Jefatura del Gobierno, sin que nadie comprenda la causa, pero hay personas dispuestas a jurar que se producirá una vuelta espectacular del general.

Cogemos otra vez el metro y vamos a un pequeño cine del bulevar Saint-Martin donde proyectan una vieja película de Fernandel. Seguimos comiendo bizcocho. Seguridad por poco dinero. Y permanecemos aquí el tiempo que duran dos proyecciones.

Atardece cuando salimos del cine. Por el bulevar discurre una ingente muchedumbre. Faltan tres horas todavía hasta el momento de coger el tren. Debo ya decirle a Kaiser que quizá puedan surgir dificultades.

El metro parece que va a reventar a esta hora. Los controles son imposibles. Pero arriba, en la estación del Este, ocurre lo que me estaba temiendo. No solo la policía militar hace pruebas al azar en los trenes que salen, sino que también unos guardias con esclavinas negras deambulan por las barreras.

—¡Mierda! —murmuro.

Kaiser no despega los labios, pero observo que su rostro se torna pálido.

Tranquilo, procuro fijarme en lo que hacen todos esos vigilantes, y observo su actuación desde una distancia segura. La policía militar centra su atención únicamente en los soldados, pero la manera de proceder de los guardias desconcierta a cualquiera. Permanecen unos minutos sin hacer nada, pero de repente eligen a dos o tres viajeros y examinan sus documentos con atención máxima.

—Iremos separados —susurro a Kaiser—. Cada uno por una barrera, así será mínimo el riesgo.

Vamos a una cervecería del bulevar Magenta, pero la cerveza no nos sabe a nada. Los dos sabemos que este puede ser el final de nuestro viaje. Pago las cervezas y entrego a Kaiser su parte.

—Se trata solo de una medida de precaución. Si pescan a uno de nosotros, el otro no estará completamente sin blanca.

En el pequeño retrete, donde no hay inodoro ni lavabo, sino únicamente un agujero y dos salientes para los pies, Kaiser se guarda el resto del dinero en el lugar donde nadie podrá encontrarlo. Suena todavía en los bolsillos un poco de dinero suelto, y las agujas del reloj avanzan con una lentitud insoportable.

Pago al cabo de media hora. El tren será preparado una hora antes de la salida como mínimo, por lo que puede resultar favorable cruzar la barrera con mucha anticipación.

—Pero nos separaremos antes de la barrera. Tienes que comprenderlo. Cada uno ha de correr su propio riesgo.

Es difícil convencerlo. Quiere alquilar una habitación y dejar que transcurra la noche antes de adoptar una decisión, pero consigo infundirle ánimos.

Nos dirigimos hacia la estación. Todo ha dejado ya de importarme de repente. Diez pasos, cinco. Un guardia charla con un policía militar junto al hombre que pica los billetes, y para entregar el mío al empleado he de pasar tan cerca del guardia que rozo su negra esclavina, pero el hombre no me presta atención. Un denso olor de perfume se extiende detrás de mí: una dama con abrigo de pieles y mucho equipaje.

El guardia, galante, hace sitio para que pase la señora y aprovecho la ocasión para colarme. Quedan ya menos de cincuenta pasos para llegar al extremo del tren.

Después de haber andado irnos veinte pasos, me atrevo a volver la cabeza. El guardia y el policía militar ayudan a la dama que viaja con tanto equipaje. Pero no veo a Kaiser, y eso que ha debido darse cuenta de que no dispondrá de una oportunidad más favorable.

¡Se acabó marchar los dos juntos! Pero he subestimado a Kaiser, pues mi camarada pasa por otra barrera con paso seguro, como si el expreso París-Metz estuviera preparado exclusivamente para él.

Encontramos un departamento vacío, nos arrellanamos en los asientos de la ventanilla y nos fumamos el mejor cigarrillo del día. Media hora después el departamento está lleno.

El traqueteo del tren suena a música. Cierro los ojos y pienso en el campo de prisioneros y en Ojo de Pasta, que quizá nos conceda tres o cuatro días antes de que los gendarmes nos devuelvan. Es una sensación maravillosa soñar en un departamento con calefacción sobre unas ruedas que giran rápidamente.

Tenemos que transbordar en Bar-le-Duc. Hace ya mucho que han dado las doce de la noche y el aliento se convierte en vapor al chocar con el gélido aire que barre el andén. Una sucia sala de espera con una luz mortecina y unos largos bancos adosados a las paredes. Huele a cerveza reposada y a tabaco frío, y los viajeros están pegados a los bancos como si fueran moscas agotadas. Todos esperan el expreso de Metz, que anuncian que llegará con diez minutos de retraso.

La noche ha quedado atrás cuando llegamos a Metz, y detrás del mostrador de la cantina de la estación silban unas cafeteras humeantes. Nos permitimos el lujo de tomar un café con leche caliente y unos croissants. Uno estaría horas enteras con el humeante cuenco entre las manos, pero la estación de Metz no es un sitio para soñar. En este lugar, donde los viejos hablan en alemán porque no han aprendido nunca bien el francés y donde los muy jóvenes no han tenido tiempo para ello, el suelo quema para los que carecemos de documentación. Y los vigilantes tienen olfato para descubrir a los viajeros clandestinos. No todos los que vigilan en este sitio llevan uniforme, por lo que no puede haber mejor solución para nosotros que coger hasta Forbach el primer tren de cercanías que salga.

El viaje es corto y transcurre sin incidentes. Un viejo de cansados ojos nos coge los billetes en la barrera. Ahora ya no necesitamos más que un poquito de suerte.

Pero ¿dónde está la frontera? Ninguno de los dos conoce Forbach, y mi mapa Michelin arrugado solo sirve para los automovilistas que pueden viajar sin preocupaciones hasta la barrera levadiza de la frontera. Lo único que sabemos con seguridad es que Alemania está a la izquierda y a la derecha, pues Forbach es la punta extrema de esta lengua de tierra francesa que se adentra en la región del Sarre.

Es imposible matar doce horas en un villorrio que se conoce en cinco minutos. Pero existen las ruinas de un castillo que, como un nido de águilas, se alza como un

trono sobre el pueblecito fronterizo.

—Subamos allá —propongo—. Necesitamos una visión de conjunto, y quizá podamos reconocer la frontera desde allá arriba.

Tenues jirones de niebla matutina se extienden sobre el húmedo sendero del bosque, festoneado de abetos, hayas desnudas, zarzales y peñas macizas. No se oye ningún ruido salvo el de nuestros pasos.

—Tal vez hay una zona prohibida antes de la frontera —susurra Kaiser.

¡Este maldito silencio! Arriba, en el castillo, buscaremos un escondrijo y esperaremos la llegada de la noche. No es para estar muy contentos, pero es una solución.

Sin embargo, allí se cruzan los senderos y la maleza no es lo bastante espesa. Detrás de los altos de Spicher está Saarbrücken al alcance de la mano y a mano izquierda arrojan una densa humareda las chimeneas de las minas de Völkling. Ha de encontrarse tan cerca la frontera que solo nos atrevemos a cuchichear.

Un golpeteo claro y rápido nos hace estremecer. Se trata de un pájaro carpintero, pero los ojos de Kaiser comienzan a hacer guiños otra vez a causa del nerviosismo. Tenemos que retroceder hacia el bosque.

Pero es ya demasiado tarde. Un hombre surge silencioso de los matorrales. Es un viejo flaco, con bigote gris y una mugrienta boina. El abrigo de paño loden le está demasiado ancho y le cuelga de los delgados hombros como de una percha. Un duende de ojos agudos que permanecen prendidos en nuestro equipaje un poco más de la cuenta.

—*Bonjour, messieurs.*

—*Bonjour, monsieur.*

Su francés tiene el duro acento propio de los habitantes de la frontera lorenesa. Sus miradas van con interés de nuestras caras a nuestros macutos y de nuestros macutos a nuestras caras. Sabe que estamos buscando la frontera. No se habrá perdido nada si nos toma por franceses.

En realidad no está nada perdido. El asunto quedará resuelto si le doy un estacazo en la cabeza. Después de recorrer setecientos kilómetros no va uno a dejar que le detenga a unos cuantos metros de la frontera un viejo que está paseando.

Pero no soy capaz de llevar a cabo mi propósito. Y eso que debería haberlo aprendido en la Bonne Nouvelle. ¿Quizás atarle y amordazarle? ¿Y si nos fingiéramos contrabandistas? No hay por qué hacerle daño si probamos el inofensivo truco de la conspiración y nos da buen resultado.

—*Le contrebande, vous comprenez?* —le digo señalando los dos macutos.

El viejo afirma amablemente con la cabeza, como si no hubiera pensado otra cosa. Kaiser está demasiado nervioso para seguir la corriente, y esto, por desgracia, no se le escapa al desconocido. Nos dice que tiene la intención de mostrarnos un lugar por donde se puede cruzar la frontera con seguridad. Sin embargo, experimento una sensación desagradable, de sospecha, mientras lo seguimos por el bosque. Pero

no tenemos otro remedio que continuar con el juego si no queremos dejarle sin sentido.

El juego termina a los trescientos metros. Es ya demasiado tarde cuando el viejo apresura sus pasos. Dos gendarmes fronterizos con perros pastores nos salen al encuentro.

—Hemos caído como principiantes —digo a Kaiser cuando nos ponen las esposas.

El frío del metal en las muñecas produce aquí una sensación mucho más desagradable que en Ruán. Los gendarmes que se hacen cargo de nosotros se muestran comprensivos y hablan alemán. El tono que emplean en el interrogatorio que sigue no tiene nada de patriotero. Es tranquilo, como si estuvieran hablando con un automovilista que hubiese aparcado mal. Solo que en este caso no se soluciona el asunto con una amonestación.

—Lo sentimos, pero hemos de cumplir con nuestro deber. ¿No sabíais que Forbach es una ratonera? La población colabora con todas sus fuerzas desde que se dan premios por cada captura. El viejo que os trajo no se dedica a otra cosa. Va tres veces por semana al Ayuntamiento a cobrar el importe de sus capturas. Un sueldo extraordinario para un jubilado, ¿no es verdad?

Como ya no tengo nada que perder, replico:

—Es normal que la policía cumpla con su deber. Pero sería preferible que la gente que cobraba antes su jubilación de Hitler y ahora la recibe de los franceses se dedicara a cultivar rosas.

Uno de los guardias no tiene más remedio que reírse, pero los otros comienzan a gruñir. La conversación ha terminado. Unidos todavía por las esposas, mi camarada y yo tenemos que esperar el momento de ser llevados al campo de prisioneros de guerra de Saint-Avold.

EL BARRACÓN de castigo del campo de St. Avold es mucho más grande que el de Ruán. Todos los días llegan evadidos de la cercana frontera.

El primero en venir a vernos es el barbero. Hay lágrimas en los ojos de Kaiser cuando ve caer su pelo largo, pero yo me voy acostumbrando a la idea de que no habrá primavera para mi cabezota. No hace falta decir que me han quitado la boina, pero, cosa extraña, nadie ha prestado atención a mi mono de mecánico. Vuelvo a ponerme el uniforme encima, pero el elegante traje de paisano de Kaiser pasa ahora a propiedad del cuerpo de guardia.

El aire se puede cortar en el barracón de castigo. Está superpoblado con los cuarenta hombres cada uno de los cuales ha de cumplir los treinta días de castigo que se imponen por intento de evasión, pero la mala suerte común establece un lazo de unión. Aquí hay algo que se parece a una buena camaradería.

St. Avold es un campo de hambre. La frontera está solo a pocos kilómetros, por lo que son pocos los destacamentos de trabajo autorizados a salir del campo de prisioneros. Los pocos víveres se los reparten un par de privilegiados. El comandante del campo parece partir de la sensata consideración de que el hambre debilita y los hombres débiles no pueden correr mucho tiempo. En realidad, la sopa de nabos que nos dan dos veces al día es tan mala que pienso con nostalgia en la segunda sopa más mala del mundo: la preparada en la Bonne Nouvelle.

Kaiser, que pasa hambre de verdad por vez primera, pues siempre estuvo bien en Ruán gracias a su condición de intérprete, ha perdido todo ánimo de escapar y sueña con los botes de carne de Normandía. No le importa que los prisioneros sean devueltos a sus campos de origen una vez concluido el castigo, pues tiene el convencimiento de que podrá reconciliarse con Ojo de Pasta.

Pero yo no tengo muchas ganas de volver a Ruán. Los setecientos kilómetros ganados representan una ventaja que no se debe desaprovechar. No hay realmente un grave peligro hasta después de la tercera evasión, pues entonces se acaba en un campo de castigo. En esos campos hay internados antiguos miembros de la SS y evadidos importantes y lo que se oye sobre el trato recibido en tales campos no hace sentir deseos de arriesgarse intentando una cuarta fuga.

Pero no hay muchos que se resignen como Kaiser. Se ha roto en él una cuerda desde que estamos en el barracón de castigo. A veces me mira como si yo le hubiera hecho caer en una trampa. Es capaz de permanecer muchas horas con la mirada vaga, sin participar en la conversación de los hombres que han caminado hasta cien kilómetros desde los campos loreneses para dejarse atrapar a última hora en esta maldita punta de Forbach.

Después de treinta días de encierro en el tubo, comienza uno a participar con las piernas débiles en la libertad del campo de prisioneros. No conocí esta vida en Ruán,

pues salí a coger el tren directamente desde la enfermería, pero enseguida me doy cuenta de no haber perdido nada. Los hombres están sentados por doquier con expresión abúlica, y entre los fracasados más notorios se encuentran los que antes fueron considerados capaces para el mando por poseer unos galones de plata.

No hay oficiales entre nosotros. Los oficiales tienen su propio campo, pues también existen diferencias hasta en el cautiverio. A lo mejor tienen ordenanzas y casino. Muchos lo afirman, pero los rumores infundados son aquí todavía mucho más estúpidos que en la Bonne Nouvelle.

En este lugar hay muchos de sus esbirros. Se ven tristes figuras entre los suboficiales de Saint-Avoid.

Con un seguro instinto para comprender la nueva situación, más de un primitivo tipo de verdugo ha dado un claro viraje. Se sientan meditabundos a tomar el sol primaveral detrás de las alambradas de espino muchos individuos que antes corrían a los soldados por debajo de las camas y los hacían ladrar como perros. Pero si un soldado de la guardia les diera un pedazo de pan, entonces harían cabriolas y repetirían tres veces a grito pelado: «Soy el idiota más grande de la compañía», como ordenaban antes cuando querían divertirse.

No todos son así, pero sí demasiados para no echar las tripas. No se ve a ninguno de ellos en el tubo. Son hombres sumisos que no molestan en absoluto a los franceses. Incluso hasta se disgustan cuando el jefe francés se enoja, pues tienen un sentido estricto del orden.

El comandante del campo también lo tiene. Por ejemplo, y para que nuestras piernas pierdan su vigor, atesora en un barracón cuidadosamente cerrado todos los víveres, excepción hecha de unos nabos echados a perder. Podemos descargar y apilar las cajas de víveres, pero después no vemos nada de su contenido.

Un día llega un camión con cincuenta cajas de uvas pasas, un tesoro por cuya conquista se hubiesen conseguido en la Bonne Nouvelle diez voluntarios para matar. Aquí soy uno de los descargadores. Formamos una cadena, y las pesadas cajas van pasando de un hombre a otro.

A mi lado trabaja un bávaro, un zopenco de hombre. A él le cuesta menos trabajo que a mí e intenta abrir con sus manazas una caja a pesar de estar vigilados por tres centinelas, pero lo único que consigue es herirse el pulgar, pues los clavos no ceden.

Al atardecer, después de la lista, le pregunto si no deberíamos hurtar una caja.

—El barracón está sobre piedras y podremos arrastrarnos por debajo. Con un cuchillo fuerte se podrían desprender algunas tablas y meternos en él.

—¿Y los centinelas?

—Cuando estemos debajo del barracón no podrán vernos. Además, esta noche será muy oscura.

Las nubes, que están a baja altura, acaban por convencerle.

—Cuenta conmigo.

Contribuye con un auténtico cuchillo de monte, y aunque el trabajo es

relativamente fácil después de habernos metido a rastras debajo del barracón, resulta muy agotador. Trabajamos jadeando una hora. Por fin conseguimos abrir un agujero y cojo una caja de pasas y tantas latas de salchichas como solo el bávaro es capaz de llevar. Desde luego, no podemos disimular la abertura practicada.

La francachela dura toda la noche en el barracón que nos sirve de dormitorio. La caja y las latas desaparecen en la letrina que hay al aire libre, con lo que, salvo el agujero abierto en el depósito de víveres, no queda ninguna huella cuando los franceses realizan al día siguiente una extensa investigación. El comandante echa espumarajos de rabia. Durante tres horas nadie puede mover un pie en el lugar donde se pasa lista.

No se averigua nada. El suboficial que pensaba acusarnos porque no le hemos dado nada cambia sabiamente de criterio y prefiere tener la boca cerrada, pues el bávaro había dicho en voz lo bastante alta que le metería entre las costillas el cuchillo de monte si se iba de la lengua. El golpe de las pasas nos convierte en amigos y la misma noche me inicia en el más atrevido de todos los planes de evasión. Tiene contactos con un campo americano que está a pocos kilómetros de aquí y que está preparando un cementerio para acoger a los héroes. Esto es muy interesante, pues dos veces por semana se dirigen a Alemania camiones cargados con grandes cajas de ataúdes.

—Tengo allí un camarada que lo prepara todo.

—¿Entonces quieres fugarte en un ataúd?

—No directamente. Los americanos desentierran a sus muertos en los cementerios alemanes, los ponen en ataúdes, y estos féretros vuelven en cajas grandes. Por lo tanto, hay mucho sitio en una caja cuando vuelve de vacío a Alemania.

—¡Bah! —murmuro escépticamente por toda contestación.

—No tienes nada que temer. Las cajas huelen solo a desinfectantes. Cuando el camión se ponga en marcha, puedes levantar la tapa de la caja y respirar. Es seguro que nadie controla a los americanos en la frontera. Y una vez en Alemania se sale de la caja y se baja del camión sin que el conductor se dé cuenta. Así ya se han fugado tres y la cosa ha resultado a las mil maravillas. Pero tenemos que darnos prisa antes de que los americanos se huelan el truco.

—¿Cuándo parte el próximo transporte?

—Dentro de tres días. Tenemos que irnos de aquí el lunes a última hora de la tarde. Conozco un sitio favorable en la alambrada.

No digo nada a Kaiser, que espera con nostalgia el momento de regresar a Ruán para mostrarse un pecador arrepentido y ser de nuevo el intérprete de Ojo de Pasta.

Pero la vida está llena de sorpresas. El lunes por la mañana, doce horas antes de la huida hacia las sepulturas, se presenta un sargento del campo de Ruán a buscarnos a Kaiser y a mí. El bávaro tendrá que ir solo de grado o por fuerza.

En vez del camión con la caja de ataúdes vamos en un expreso que marcha de

nuevo hacia el oeste. La locomotora devora sin piedad los kilómetros ganados a costa de tantas fatigas. No es posible pensar en una fuga cuando se viste uniforme y se tiene la cabeza rapada como una bola de billar. También el sargento lo sabe y es lo bastante humano para quitarnos las esposas en la estación.

En Metz hasta compra bocadillos y cerveza para nosotros. También los que ocupan el departamento se muestran más bien curiosos que hostiles. Tenemos que contar nuestra fuga y la conversación se hace más agradable a cada momento. De buena gana nos dejarían en libertad cuando llegamos a la estación del Este. Se nota que ha transcurrido ya un año desde el final de la guerra.

En el andén, cuando nadie nos oye, el sargento nos hace una proposición:

—Oídmeme, os propongo un trato. Desde luego, hay un expreso nocturno a Ruán, pero no se viene con frecuencia a París. Me gustaría hacer una escapada e intentaría buscaros alojamiento en el cuerpo de guardia de la estación. Ahora os pago otra cerveza y continuaremos el viaje mañana a las nueve de la mañana. ¿De acuerdo?

Le decimos que sí. Se ha portado de una manera decente con nosotros y no hay ningún motivo para echarle a perder su diversión. Siempre será demasiado pronto para enfrentarse de nuevo con Ojo de Pasta.

La policía militar tiene su cuartel en un sótano de la estación del Este. Ha hecho ya un buen trabajo durante el día. Una docena de soldados sin permisos válidos y un número igual de prostitutas callejeras están reunidos en un gran recinto. Hay hasta auténtica diversión. Algunos serán puestos en libertad, pero, como es natural, Kaiser y yo no entramos en esta categoría. Nos señalan un cuarto con unos limpios catres de campaña, y hasta nos dan postre doble después de una buena comida.

Nos tratan con respeto porque casi habíamos conseguido nuestro objetivo, pero un estómago lleno no puede sustituir setecientos kilómetros perdidos.

Penetra en el sótano un sordo ruido de ruedas en movimiento mezclándose con el agudo griterío de las mujeres que pretenden convencer a los soldados de que no estaban buscando clientes en la estación. Hacia medianoche se presenta el suboficial de servicio, un hombre joven, que pone sobre la mesa un litro de vino tinto.

—Aquí tenéis algo para beber, colmos de desdichas. Al fin y al cabo estáis en vuestro derecho de querer mejorar de situación.

El suboficial no está sereno del todo. Bebemos los tres de la botella y el hombre tiene de repente una idea:

—¿Queréis que os traiga dos chicas?

La oferta, sin embargo, no nos hace saltar de las sillas.

—Mejor será que traigas una botella de vino. Al menos se sabe con lo que se cuenta.

El suboficial de servicio trae otra botella y ahogamos con vino nuestras penas.

El sargento viene a recogernos a las ocho de la mañana. Tiene unos cercos oscuros debajo de los ojos y sería un juego de niños darle esquinazo en el metro, lleno a rebosar entre la estación del Este y la de Saint-Lazare, pero permanecemos

leales a nuestro pacto. Tengo que despertarle en la estación Rue Verte de Ruán, pues en caso contrario seguiríamos viajando hasta El Havre. Y así sucede que son los prisioneros quienes devuelven a su guardián al campo de la Tubize. Pero Ojo de Pasta no comprende estas finezas, pues está ebrio a pesar de lo temprano de la hora.

Pretende encerrarnos en el acto, pero yo he sido lo bastante listo para obtener un certificado de haber cumplido en el campo de Saint-Avoid los treinta días de castigo.

—Hemos cumplido nuestro castigo, *mon adjudant* —le explico poniéndole el escrito debajo de las narices.

—Por mí, bueno. Pero ahora van a quedarse mondas las cabezas de los dos.

—Ya lo están, *mon adjudant*.

Levantamos nuestras gorras de cuartel. Las cabezas recién rapadas, blancas como bolas de billar, le ponen de buen humor.

—Espero que os sirva de lección. Pescamos a todo el mundo. ¿Está claro?

—*Oui, mon adjudant*.

—Habéis llegado un poco más lejos que los demás porque sabéis francés. Pero ¿os ha servido de algo?

—De nada, *mon adjudant*.

El ayudante se muestra satisfecho y estoy esperando que nos permita retirarnos cuando pregunta a Kaiser con acento de triste reproche:

—Pero ¿cómo has podido dejarte convencer por este ladrón venido de una cárcel? ¿No estabas bien conmigo de intérprete? Podrás recuperar tu puesto si me prometes no cometer más estupideces.

Kaiser, emocionado, contesta que sí con la cabeza. Y Ojo de Pasta me grita furioso:

—¡Tú has sido quien ha embaucado a mi intérprete! ¡Debería encerrarte otros treinta días!

—No tiene ningún derecho a hacerlo, *mon adjudant*. Ya he cumplido la pena máxima que se impone por evadirse.

—¡Has embaucado a mi intérprete, hijo de perra! No te encerraré, pero no podrás trabajar ni abandonar el campo. ¿Está claro?

—*Oui, mon adjudant*.

—¡Fuera!

La primavera ha conseguido que el campo de la Tubize pierda un tanto su gris desolado. No es que se haya vuelto verde, pues el terreno de la fábrica, pedregoso y pisoteado por muchísimos pares de botas, no permite que brote más que un poco de mala hierba entre las alambradas de espino que han sido reforzadas para poner un freno al afán viajero. Pero ahora se puede abandonar la opresiva semioscuridad de las desnudas naves y salir al aire libre. Se tiene libertad de movimientos durante el día entero, pues salen fuera a trabajar el ochenta por ciento de los internados. Ha sido trasladado Ahmed, el sargento de guardia, pero todavía me quedan amigos en la enfermería. Kaiser ha recuperado los privilegios inherentes a su condición de

intérprete, viste un uniforme mejor y pronto tiene que aflojarse el cinturón un agujero más.

También han engordado los escribientes, y su alegría por mi regreso es grande. Contribuyen con todo interés a mantenerme en el escalón más bajo de la jerarquía del campo, pero mis propósitos de una nueva evasión crecen con más rapidez que mi cabello.

Durante un par de días hago averiguaciones entre los que tienen prohibido trabajar por intento de evasión. La mayoría de ellos son hombres que huyen con un mendrugo de pan en el bolsillo y son atrapados a los tres días por un campesino en un pajar.

Pero uno de ellos tiene un plan casi tan original como el asunto de las cajas de ataúdes. Es un carnicero de Mainz-Kostheim, un hombre de anchas espaldas que se llama Fritz Renkel.

Intenta volver a la patria en barco y sabe cómo hacerlo. Dispone de una información segura sobre el gigantesco campo americano Philip Morris, situado cerca de El Havre, cuyos internados son destinados a la carga y descarga de los buques Liberty.

Posee también un mapa en buenas condiciones donde está señalada la posición del campo americano. Está entre Harfleur y El Havre, y este hombre sabe cómo entrar en él.

—Los grandes remolques que circulan continuamente entre Harfleur y El Havre son conducidos casi exclusivamente por prisioneros de guerra alemanes, personas decentes que ayudan a cualquiera que se escape de los franceses.

—Así, pues, ¿se tendría que ir en tren hasta Harfleur y desde allí al Philip Morris haciendo autostop?

—Es exactamente lo que tengo pensado. Me da miedo el tren, pues no sé hablar francés.

—¿Tienes dinero?

Se saca del bolsillo cinco billetes de cien francos.

—Creo que será suficiente para dos billetes de tren, pues hay ochenta kilómetros de distancia como máximo.

—Y queda todavía lo bastante para una buena merienda —digo—. Pero ¿qué hay de la ropa de paisano?

Renkel posee un pantalón azulado de piloto y una cazadora americana como las que también llevan ahora muchos franceses. Quedará hecho un figurín si se le compara con mi mono de mecánico. Estaremos listos para emprender la fuga tan pronto disponga yo de una boina.

—Deja eso de mi cuenta —propone Renkel—. Tengo un camarada que trabaja en un buen destacamento.

Dos días después llega la boina al campo y lo único que falta es fijar el momento apropiado para escapar, cosa que se ha hecho más difícil, pues los soldados de

guardia vigilan con más cuidado que antes. Además ha crecido todavía poca hierba sobre la última fuga, y Ojo de Pasta puede resultar desagradable si algo sale mal.

A pesar de todo, no es tan duro de corazón como parece. La música lo amansa, y no hay cosa que le agrada más que las funciones del grupo teatral. Tampoco se opone a que los soldados de guardia se agrupen alrededor del escenario improvisado y canten a los sonos de la música del acordeón la pieza favorita del comandante del campo: *Ah, le petit vin blanc!* El comandante hace de entonador con una ronca voz de bajo.

Nos fugaremos en uno de esos momentos. Renkel ha comprobado que incluso los centinelas de la puerta principal bajan de la atalaya un cuarto de hora cuando las veladas de teatro alcanzan su momento culminante. El alambre se puede levantar con facilidad en la parte de la entrada e incluso se puede cerrar desde fuera el agujero si se tienen unos nervios lo bastante sólidos.

LA GRAN noche llega una semana antes de Pascua. El director de orquesta berlinés ha preparado un programa de gala, y los ánimos están alegres como no lo habían estado nunca. Renkel y yo, de pie en la última fila, no perdemos de vista los movimientos de los dos centinelas de la puerta principal. Después de una bonita tocata, acuden como si los hubieran llamado, y en el instante siguiente nos deslizamos apresuradamente hacia la puerta, amparados por la noche.

El alambre es más resistente de lo que habíamos supuesto. Noto sangre en los dedos al tirar de él para hacer sitio para que pasen las anchas espaldas de Renkel, pero todo queda solucionado en dos minutos. Tendidos boca abajo, ponemos los alambres en su sitio para que no se vea ningún agujero en la oscuridad. Unos saltos y llegamos a terreno batido. Llega desde el campo, estruendosa, la voz de bajo de Ojo de Pasta: *Ah, le petit vin blanc, qu'on boit sous les tonnelles...*

Hablo en voz alta a Renkel cada vez que nos tropezamos con las primeras personas. Lo único que tiene que hacer es decir que sí con la cabeza y gruñir un «oui» de vez en cuando.

El resto de la noche lo pasamos en el antiguo sótano cercano a la estación. Me tranquiliza la solidez de los nervios de Renkel, a quien no le asusta el peligro de que le dirijan la palabra en el tren.

—No te preocupes —me dice—. De verdad que pienso con alegría en el tren, caso de que consigas los billetes.

De nuevo la estación de Rue Verte al amanecer. Humeante café con leche, croissants y dos calvados. El tren de la mañana hacia El Havre partirá dentro de treinta minutos.

Ha concluido ya la farsa de la conversación, pero el carnicero de Mainz sabe remediar las cosas. Me da un pisotón y señala su vaso.

—*¡Garçon, encore deux calvados, s'il vous plaît!*

Renkel levanta su vaso a mi salud con una sonrisa irónica.

Montamos en un típico tren de obreros. Fritz observa una calma tal que me pregunto si no estará realmente durmiendo. Estira cómodamente las piernas. Y después de transcurrida una buena hora, baja en Harfleur como si viniera a este lugar todos los días.

De la pequeña plazoleta de la estación se llega con rapidez a la carretera principal que enlaza con El Havre. Por fin podemos hablar.

Hay mucho tráfico en la carretera, y a la salida del pueblo nos pasa ya el primer remolque americano.

—¿Lo ves? —dice triunfante—. Es exactamente como lo he dicho.

—¿Pero son también alemanes los conductores?

—Pues claro que sí. He visto con claridad en la espalda las letras «PW».

Hemos llegado ya a la carretera abierta y podemos arriesgarnos a hacer señas al próximo remolque. Y al no reducir la velocidad, Renkel se planta sencillamente en medio de la carretera. El conductor y su ayudante, maldiciendo, sacan la cabeza de la cabina, pero Renkel les obsequia con una sonrisa que yo jamás hubiese conseguido. Hay que completarse.

—Hemos huido de un campo francés. ¿Nos lleváis?

—¡*Okay*, pero daos prisa!

Explicamos en cuatro palabras nuestra situación mientras el motor ronca más fuerte a cada momento y pone de nuevo en movimiento al monstruo.

—Podremos haceros entrar en el Philip Morris, pero necesitáis ante todo unos uniformes negros —indica el conductor—. Ahora iremos lo primero a un almacén de El Havre. Allí os proporcionaré las ropas.

—¿Y no hay control en la puerta del campo?

—No tengáis miedo, el centinela es un polaco. No habrá pegas si lleváis puesto el uniforme correspondiente.

Renkel sonríe con aire satisfecho:

—¿Qué te había dicho? ¿Ves qué sencillo es?

Realmente es para asombrarse. Llegados al almacén, vuelan de repente sobre el lateral del camión dos uniformes de G.I. teñidos de negro y dos gorras. Nos convertimos en prisioneros de guerra americanos en el transcurso de un minuto.

Exactamente igual de sencilla es la entrada en el campo Philip Morris. El centinela abre la puerta sin formalismo alguno. Nos encontramos ahora en una enorme superficie donde se levantan centenares de tiendas de color verde aceituna. El vehículo no se detiene hasta después de haber recorrido un kilómetro largo.

—Os conduciré ahora a presencia de nuestro sargento mayor —informa el conductor—. Él será quien os aloje y cuide de vuestro suministro.

Nuestros ojos se abren más y más a cada momento. Ni rastro de americanos. El mando parece ejercerlo el sargento mayor alemán, que se hace cargo de nosotros en su tienda. Este hombre irradia un aire paternal que tranquiliza.

—Os alojaré en la tienda del ajedrez, al que no juega ya nadie, pues hay cosas mucho más interesantes. Encontraréis allí a otros dos que se han evadido de un campo francés. No tenéis por qué temer ningún control. Esto es una compañía de trabajo que se administra con independencia. Los americanos se presentan únicamente cuando ocurre algo. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

Pregunta como el director de un hotel que ha de adoptar las medidas necesarias.

—Lo primero que habéis de hacer ahora es hartaros de comer y no precipitar nada. Hay gente entre nosotros que pueden daros indicaciones.

Renkel no ha exagerado. Este campo es el lugar más seguro de Francia. Por vez primera experimento una sensación de seguridad.

Dos prisioneros huidos de los franceses nos saludan cuando llegamos a la tienda del ajedrez:

—Llevamos aquí ocho días y ya no nos quedan ganas de largarnos.

Lo comprendo cuando nos llevan a la tienda de cocina. La primera comida dura dos horas y es interrumpida únicamente porque los estómagos se rebelan contra las enormes cantidades de pan blanco y margarina.

Dormimos y comemos. Sin embargo, el espíritu emprendedor hace de nuevo acto de presencia a los tres días. Vamos de tienda en tienda, pero sin conseguir informaciones que nos resulten útiles hasta que por fin damos con expertos que van diariamente al puerto. Son los hombres que ganan más en la compañía, y después de la primera noche en esta tienda, comprendo el motivo de que a ninguno de estos muchachos se le pase por la cabeza la idea de renunciar a ser prisioneros de guerra.

Los gusanos en el queso e incluso Dios en Francia son figuras demasiado desvaídas para la forma de vivir de estos hombres, cosa que al principio no consigue entrar en mi rapada cabeza.

Con la modestia de quien puede demostrar con números concretos cada palabra, el más antiguo de la tienda explica:

—Somos los reyes del mercado negro en Normandía, pues los americanos no tienen un cuadro de conjunto y los franceses son receptores agradecidos y correctos.

—A pesar de ello no puedo hacerme a la idea de que los americanos no se den cuenta de nada cuando desaparecen camiones enteros de petróleo y gasolina — objeto.

—En primer lugar, la merma está ya calculada, y en segundo lugar hay bastantes americanos que participan en las transacciones. Los llamamos la mafia del puerto. Hay que estar a bien con ellos, ¿comprendes?

He visto en campos franceses hombres privilegiados que carecían de pocas cosas, excepción hecha de la libertad, pero, este hombre no carece de libertad ni de amiga. Sale vestido de paisano y duerme en su propia casa, aunque esta propiedad ha de ser considerada de una forma muy particular. Para evitar un posible descubrimiento de las ganancias que obtiene en el mercado negro, ha comprado a su amiga una casa; pero no de la manera acostumbrada, como se comprenderá. Ella figura como compradora, pero los dos han firmado un contrato que está enterrado a gran profundidad en el suelo de la tienda.

El hombre ya tiene su casa que pretende habitar oficialmente dentro de un par de años. Pero su asunto no está del todo tan seguro después de que ha descubierto unas colillas en un cenicero, pues la mujer no fuma y él prefiere cigarrillos americanos de lujo, de acuerdo con su posición. Así, pues, ¿quién fuma en su casa? Asegura que volará la casa si averigua que su amiga le está engañando.

Tales son las preocupaciones dominantes en la tienda de los grandes especuladores y Renkel ve en esto una prueba de que los ricos duermen peor que los pobres. Por lo demás, nuestra envidia no va más allá de las fronteras impuestas a los huéspedes agradecidos. Que se queden ellos con sus tesoros y que sean felices con ellos, pero que nos lleven a nosotros a un barco. Sin embargo, esto tiene sus más y

sus menos.

—Esto no era problema hace un par de semanas —explica mecánicamente el jeque del petróleo como si fuésemos a comprarle un bidón de gasolina—. Pero el asunto se ha vuelto peligroso después de haber sido descubiertos un par de polizones. Tenéis que comprender que nos jugamos mucho más que vosotros.

—El negocio es el negocio —digo. Sin embargo, me da rabia que nos consideren unos pobres majaderos que deberían darse por contentos con conseguir pan blanco y café. Más tarde, en la tienda del ajedrez, todos estamos de acuerdo en que no seguiremos mendigando comida a estos fanfarrones.

Comienzo a encariñarme otra vez con la idea de huir por ferrocarril. Es factible hacerse con ropa de paisano y dinero para los billetes de ferrocarril en un campo de prisioneros donde cambian de mano en manojos los billetes de mil francos en las partidas de póquer.

Renkel, hombre dotado de un sano sentido de la realidad, está de acuerdo conmigo. Nos relacionaremos con la clase media del campo de prisioneros, todavía no echada a perder del todo por la riqueza. Pero un acontecimiento sensacional ocurrido el Viernes Santo arroja por la borda todos los proyectos. Es el sargento mayor en persona quien llega con la noticia a la tienda del ajedrez:

—Podéis hacer vuestro viaje de Pascua, pero tendréis que adoptar una decisión rápida. Dentro de un par de horas saldrá del campo un tren de mercancías con monotipias para un periódico del Ejército americano. Va directo a Hanau. Todavía estáis a tiempo de montar. Hay ya seis hombres escondidos en el tren.

—¿Es una cosa segura?

—Segurísima.

Pero no logra convencerme así de pronto:

—Uno puede adoptar sus propias decisiones en los trenes de viajeros, pero en los de mercancías se viaja encerrado y se puede uno morir de hambre.

—Viajaréis tres días en el peor de los casos. Como es natural, se os proporcionará víveres y agua. Prácticamente, antes de Hanau no os podrá descubrir nadie, pues los vagones se precintan. Por lo tanto, ¿qué decís? Lo único que quiero es ayudaros.

Renkel accede en el acto. Un tren de mercancías no controlado es mejor que un buque con exceso de vigilancia.

Y el asunto ha de resultar bien si es el propio sargento mayor quien se ocupa de nuestra fuga.

Y el sargento mayor hace una demostración de su poder. En un abrir y cerrar de ojos saca de la cocina, como por arte de magia, una bolsa de provisiones suficiente para ocho días como mínimo. También trae una lata de veinte litros llena de agua.

—¡Pero es imposible que podamos llevar todo esto hasta el muelle de carga!

Se ríe de la ignorancia de unos hombres que todavía no han comprendido que nos encontramos en un campo americano de posibilidades ilimitadas.

—Para los casos especiales disponemos del hermosísimo auto rojo de los

bomberos del campo. Nadie puede detenerlo, ni siquiera un general.

Y a continuación, con un conductor que sonríe irónicamente, volamos con la luz azul por la extensa superficie del Philip Morris hacia el muelle de carga. Están cargados ya los seis vagones de mercancías, y el jefe del destacamento espera únicamente la llegada del oficial americano que ha de precintar los vagones.

—Ya es hora de que subáis. El sargento mayor me ha informado de lo que ocurre. Es el segundo vagón empezando por la cola.

Abre la pesada puerta corredera. En la semipenumbra no se pueden distinguir más que sacos de yute, que con toda evidencia han sido colocados para servir de relleno amortiguador entre las pesadas máquinas.

—Han llegado los dos —dice en voz baja—. Haced sitio para que puedan colarse.

Mientras el auto contra incendios se atraviesa para que no podamos ser vistos desde el campo al subir al vagón, surge por debajo de la puerta una mano que aparta el montón de sacos apilados. Han disimulado tan bien el escondrijo que nadie que abra la puerta puede tener la idea de que hay seis hombres ocultos entre las máquinas. Ahora somos ocho.

Subimos al vagón y nos arrastramos por el agujero abierto entre los sacos. La puerta es cerrada por fuera y el interior del vagón queda sumido en tinieblas un momento. Sin embargo, todos están bien acomodados en este lugar. El hombre que se ha adelantado a nuestro encuentro enciende una linterna de bolsillo.

—Seguid hacia la izquierda —susurra—. Y torced inmediatamente hacia la derecha cuando lleguéis a la próxima caja.

Alguien profiere una maldición porque tropiezo con su pie, y el deslumbrante cono luminoso de otra lámpara de bolsillo me ciega.

Los que ya estaban aquí no se muestran muy contentos con el aumento de fugitivos. Seis hombres tendidos en el suelo necesitan bastante sitio, y ha de ser desplazada otra caja para ensanchar el escondrijo. Cuando se apagan las linternas de bolsillo, veo en la pared lateral, muy cerca del techo, un tenue rayo de luz junto al que hay una cabeza. El hombre está tendido boca abajo sobre una caja observando el muelle de carga.

—Es nuestra atalaya —dice uno de los hombres—. Y siempre ha de haber alguien vigilando. Soy el que ha organizado el asunto y el jefe del transporte. Lo que yo diga valdrá para todos.

—¡Claro! Nos alegra que nos hayáis permitido entrar.

—Al principio no queríamos admitiros, pues seis hombres son más que suficientes, pero hemos accedido porque venís de un campo francés. ¿Habéis traído provisiones suficientes?

—Lo menos para ocho días.

—Muy bien. Nunca se puede saber lo que durará un viaje.

—¿Por qué no os habéis repartido en varios vagones?

—No es tan sencillo como parece. Los americanos han vigilado sus cajas como si

contuvieran oro, y ya ha sido bastante difícil cargar un vagón de manera que quedara sitio suficiente. ¿Habéis visto el vagón abierto que hay delante de nosotros con esas cuatro cajas de madera tan grandes? Pesan tanto que hubieron de emplear grúas para cargarlas, y deben de ser tan valiosas que los americanos han rogado encarecidamente al jefe del tren que las trataran con verdadero mimo. No podían sospechar que hay dos de los nuestros en dos de esas cajas. Tienen sacos de dormir, mantas y todo lo demás. Naturalmente, también unos agujeros para respirar, pero nosotros estamos más cómodos aquí, ¿no os parece?

Renkel y yo estamos muy contentos. El asunto se ha planeado bien. Y el silencio es absoluto cuando el hombre que otea desde la ventanilla de observación informa de que los americanos se acercan a precintar los vagones.

Se toman mucho tiempo. Se oye el ruido que hacen las puertas al ser descorridas una vez más antes de que el oficial dé su conformidad y aplique los precintos.

Ahora están frente a nuestro vagón. Los sacos que ocultan nuestro escondite hacen de paredes acolchadas y se oye tan solo un murmullo incomprensible.

Por fin descorren la puerta de nuestro vagón y las voces se escuchan con claridad. Nadie se atreve a moverse, y de repente me asalta la idea de que puede ocurrir alguna barbaridad. Quizás estornude alguno de nosotros o tal vez se caiga de la caja el hombre que observa desde la ventanilla.

Nos estremecemos de inquietud durante unos segundos interminables. Después se oye rechinar de nuevo la puerta y la oscuridad aumenta en el interior del vagón. Se oye con claridad el ruido de los alambres de los precintos al pasar por las anillas de hierro. Después pasan al vagón siguiente. Continuamos tumbados, absolutamente inmóviles. Por fin se escucha el rugido del motor de un jeep.

Los hombres tendidos entre los sacos y las cajas se dan palmadas en la espalda.

—¡Sois igual que niños pequeños! —silba con furia el jefe de la expedición—. Todo el mundo continuará tumbado en su sitio y no abrirá la boca. La insensatez es lo último que podemos permitirnos.

Esto lo comprendemos todos, y durante una hora no se oye más que el leve crujir de los sacos cuando algún hombre se vuelve del otro lado. De pronto el que observa desde arriba anuncia:

—¡Ya llega la locomotora!

Se oye el choque de los amortiguadores, pero nunca se ha producido un entusiasmo mayor que al oírse el duro golpe del enganche. Los vagones chocan entre sí y se estremecen como presas de escalofríos. Luego comienza el ritmo tranquilo de las ruedas en movimiento.

—Ahora ya no me importa que charléis como cotorras —dice el jefe de la expedición—, pero se fumará por turnos, dos como máximo al mismo tiempo. Se dejará de fumar tan pronto pare el tren, pues de lo contrario nos echarán encima a los bomberos.

Es agradable que exista uno que piense en todo. Naturalmente, ha pensado

también en las necesidades humanas más imperiosas que el fumar. Sin embargo, no tardamos en comprobar que la letrina de emergencia es un problema cuando la utilizan ocho hombres. Cierto que el hombre ha cogido en la cocina una lata grande con tapa hermética, pero no puede ser vaciada. Como es lógico, no está en el espacio abierto para nosotros, sino en el extremo opuesto del vagón, por lo que hemos de encaramarnos en las cajas y los sacos. Pero la lata no es suficiente, y el aire está impregnado ya de olor a orina antes de sentir debajo de nosotros las sinuosas agujas de la estación de mercancías de Ruán-Sotteville.

—Es una suerte que estemos en Pascua y no en pleno verano —dice uno.

Renkel opina que un poco de mal olor no echará a perder la alegría de regresar a la patria.

Sin embargo, el viaje no sigue de momento, sino que los vagones son objeto de continuas maniobras. Cada hora se releva al hombre de puesto de observación. Mi turno llega a eso de medianoche. Los ferroviarios franceses se han hecho cargo de los vagones, que continúan siendo desplazados de un lado para otro en la enorme zona de maniobras de Sotteville.

La locomotora se aleja despidiendo vapor cuando llega el momento de relevarme. Pasaremos la noche en la estación de mercancías, pero nadie duerme aún, pues es demasiado grande la fiebre del viaje después de haberlo iniciado con suerte.

Se habla en voz baja del golpe tan bien logrado. Circulan entretanto jugos de frutas, coca-cola y pan blanco con abundante guarnición, manjares y bebidas que para Renkel y para mí son todavía como algo caído del cielo.

—No tenéis ni idea de lo que es el vaho de las coles. En los campos de prisioneros franceses se chuparían los dedos con lo que vosotros tiráis —digo.

—Es posible —replica alguien desde un rincón chascando la lengua—, pero ¿tenemos acaso nosotros la culpa de que los americanos sean generosos?

Esta explicación es reforzada por un sonoro eructo y me doy cuenta de que tiene muy poco sentido hablar de hambre a personas ahítas de comer. A pesar de ello, tengo que decir algo todavía en ese lugar, en Ruán-Sotteville, que se halla solo a un par de kilómetros de la Bonne Nouvelle.

—Nadie os echa en cara que hayáis vivido como reyes. Es solo una demostración de que la suerte es estúpida y de que el cautiverio tiene muchas caras. Pensad que yo he estado en la cárcel cerca de aquí. Injustamente, pues la sentencia fue revisada a los ocho meses. Allí he tropezado con individuos que comerciaban con lo que habían robado a los americanos los alemanes del Philip Morris. Si se piensa que aquellos infelices fueron condenados a dos o tres años por esta causa, una cadena perpetua sería poco para estos tipos que roban al por mayor.

—Así, pues, ¿te gustaría que los encerraran?

—No, no... Lo único que pretendo decir es lo raras que son las cosas y la importancia que tiene viajar en el barco conveniente. La vida es así. ¿Por qué somos nosotros prisioneros de guerra mientras están ya en sus casas hace mucho tiempo

otros que llevaron el mismo uniforme que nosotros? ¿Somos quizá criminales de guerra?

—¡Esa es la mierda! Los nazis están en casita y nosotros andamos en Francia como gitanos sin tener siquiera una profesión.

—Lo que pasa precisamente es que no hay justicia. Deberías haber estado en el sitio oportuno y en el momento oportuno cuando terminó la guerra.

—Pero en cambio estamos ahora en el lugar oportuno. Dentro de dos o tres días saldremos de este vagón en algún sitio de Hesse y dejaremos como recuerdo a los americanos nuestro cubo de basura debajo de la puerta.

Esta perspectiva me hace tolerable el hedor que se extiende por el vagón.

Dormimos un poco antes del amanecer, pero no se cumplen las esperanzas de despertar sobre ruedas en movimiento. Cuando el sol penetra por las grietas, el hombre que vigila desde la atalaya no tiene nada que comunicar. Nos encontramos todavía en la estación de mercancías de Sotteville.

—Han estado esperando a que se haga de día —dice convencido el jefe de la expedición.

Hacia el mediodía se intranquiliza él también y sube al puesto de observación. Es sospechosa la quietud que reina fuera, pero quizá se deba a una reducción del tráfico de mercancías el Sábado Santo. La proposición de una partida de cartas es acogida con entusiasmo. Sin embargo, el entusiasmo desaparece cuando el jefe baja del puesto de observación.

—Estamos en una vía muerta, y además nuestro vagón es el único que hay en ella. Todos los demás han desaparecido.

Las caras se ponen largas. ¿Qué podrá significar esto?

—Hay algo que no va bien —opina el jefe de la expedición rascándose la barba de dos días, que comienza a crecer, pues no teníamos intención de afeitarnos hasta llegar a casa.

El enigma nos tiene ocupados el día entero. Sin embargo, no se vislumbra la solución. El nerviosismo aumenta a medida que se va poniendo el sol. Y cuando el sol del domingo de Pascua hiere el techo de chapa y se toma más y más penetrante el hedor de la improvisada letrina, se oyen las primeras propuestas de escapar.

El jefe de la expedición está rabioso. Nota que se le escapa la dirección de la empresa, pero consigue convencer una vez más a los hombres. Cada vez es más bajo el estado de ánimo en el hediondo escondrijo. Y hacia las diez de la mañana del lunes siguiente, el hombre situado en el puesto de observación grita:

—¡Vienen los americanos! ¡Dos jeeps vienen derechos hacia nuestro vagón!

Para la mayoría parece ser más bien una salvación que una desgracia. Ellos serán devueltos al Philip Morris y quizás estén encerrados un par de días antes de volver a su cómoda y regalada existencia. Pero ¿qué nos ocurrirá a Renkel y a mí?

Se oyen voces americanas y francesas antes de quitar con unas tenazas el precinto. Chirría después la pesada puerta corredera y la nube hedionda que sale al

encuentro de los recién llegados parece dejarles sin habla.

—¡Es curioso! —oigo decir a un francés—. Aquí huele más a queso que a máquinas de imprenta.

Se oye cómo tiran del montón de sacos. Aumenta imperceptiblemente la claridad, pero no es suficiente para descubrirnos. Tienen que arrastrarse por el estrecho pasillo que hay entre las cajas y transcurre una eternidad hasta que se deciden a ello. Ninguno de nosotros se atreve a susurrar, como si todavía tuviese algún sentido jugar al escondite.

Por fin cobra ánimo el jefe de la expedición:

—*Here we are* —dice en alta voz, avanzando a gatas hacia la salida.

Todos le seguimos como ovejas al carnero manso. Yo soy el penúltimo. Unos marcianos saliendo de un platillo volante no podrían haber causado mayor impresión. Las pistolas tiemblan en las manos de los americanos.

Tenemos que levantar los brazos. Y cuando el último ha salido como un cangrejo, nos ponen en fila, maldiciendo y moviendo la cabeza. No permiten que bajemos los brazos.

Han de pedir primero un camión, pues no pueden transportarnos con los dos jeeps al campo Philip Morris. Uno de ellos se marcha con un francés a telefonar. Nos autorizan a sentarnos, pero con las manos entrelazadas sobre la nuca. Las pistolas están todavía con el seguro quitado.

Me atrevo, sin embargo, a hacer una pregunta a los franceses:

—En realidad, ¿por qué parecéis estar tan terriblemente sorprendidos?

—¿Y lo preguntas aún? ¡Ocho evadidos en un vagón de mercancías! ¿Es para quedarse tranquilo?

—Pero, al fin y al cabo, nos estabais buscando.

—Ni hablar. Este vagón ha quedado detenido aquí porque alguien ha arrancado el talón de expedición. Y como no sabíamos qué hacer con él, hemos telefoneado esta mañana temprano a los americanos. Nadie tenía la menor idea de que estuviéseis aquí.

Traduzco la explicación a mis camaradas, y son estos ahora los que se quedan con la boca abierta. Dos horas después volvemos a El Havre en un camión.

EL DIABLO anda suelto en el Philip Morris, pues ocho evadidos son ya un número alarmante. El campo hormiguea de policías militares e incluso han sido formadas las compañías de trabajo que no sabían ya lo que era pasar lista. El campo Philip Morris se transforma este lunes de Pascua en un asustado hormiguero.

Nos encierran en una jaula donde somos expuestos como animales de presa. En cada esquina hay apostado un policía militar con una metralleta, y otra vez hemos de estar con las manos entrelazadas sobre la nuca comenzando los guardias a apuntarnos con sus armas tan pronto uno intenta descansar un poco. El Philip Morris ha dejado ya de ser un paraíso.

Los prisioneros de lujo están de pésimo humor, pues los americanos han caído como la langosta sobre las tiendas de aquellos y la requisa ha sacado a la luz del día muchas cosas que habrían estado mucho mejor en la oscuridad. Ocho evasores significan una huida en masa. Los americanos no sospechan que Renkel y yo participábamos únicamente en calidad de invitados.

Pero no abriremos la boca, pues esta jaula expuesta a la curiosidad del campo es todavía mejor que las ideas de Ojo de Pasta y todo puede terminar bien si nos castigan sin someternos a un interrogatorio.

La noche sin mantas resulta endiabladamente fría, pero podemos entrar un poco en calor haciendo ejercicio. Podremos resistir los quince días.

Sin embargo, los interrogatorios empiezan el tercer día. Cada uno es interrogado por separado, y cuando regresa el primero después de una hora de ser sometido a preguntas, sabemos que no habrá más remedio que quitarse la máscara. Para no complicar más las cosas, digo a los centinelas que nosotros dos no tenemos la menor relación con los americanos y que deseamos hacer una declaración importante.

El centinela nos hace caso y nos llevan en el acto a presencia del oficial que dirige los interrogatorios, que se lleva una buena sorpresa cuando le explico que procedemos de un campo de prisioneros francés existente en Ruán.

—*Okay, boys...* Los franceses se alegrarán de esto.

Y así concluye nuestra excursión hecha al campo americano. El oficial se pone en contacto por teléfono con la gendarmería francesa y los guardias se presentan media hora después. De nuevo un viaje gratuito al campo de Ojo de Pasta.

Observamos tanta animación en las tabernas de los arrabales de El Havre que apunta en nuestro pensamiento un leve destello de esperanza. Tal vez Ojo de Pasta esté tan borracho que no nos reconozca. Pero, como es natural, le hemos subestimado otra vez. Desde luego, tres días de fiesta le han afectado, pero no lo han derribado por completo. Un brillo de alegría luce en sus ojos acuosos.

Ojo de Pasta chasca la lengua como si le hubiese entrado en la boca una paloma asada. ¿Acaso debo decirle que el mérito no es suyo, sino de un talón de expedición

arrancado? Es más interesante que Ojo de Pasta continúe de buen humor.

El comandante del campo francés saca unas raciones americanas de nuestro pequeño equipaje.

—¿Habéis robado esto?

—En los campos americanos se puede comer lo que se quiera.

—¿Y beber también?

—También ha habido whisky, pero, como es lógico, no de una manera oficial.

Ojo de Pasta se muestra impresionado. La alegría de tenernos de nuevo puede más que el enojo que siente ante la incomprensible generosidad de los americanos, que no saben cómo se ha de tratar a los prisioneros de guerra. Lo pone de buen humor la tarea de sacarnos la afición por el lujo.

—¡Ahora, *messieurs*, se acabaron el pan blanco y el café!

—Lo sabemos, *mon adjudant*.

—¡No sabéis nada de nada! Os encerraré treinta días, y si creéis que podréis huir otra vez estáis equivocados de medio a medio. Significaría la tercera tentativa para cada uno de vosotros, y esa se paga con el campo de castigo. ¿Está claro?

—Está claro, *mon adjudant*.

Ojo de Pasta se porta mejor de lo que habíamos esperado. Incluso, en un arranque de generosidad, hasta nos devuelve las latas de conservas americanas.

—Os irán muy bien en el calabozo. Al fin y al cabo habéis arriesgado algo, pero la próxima vez las cosas no serán tan suaves. Y para que se os quiten las ganas, mañana a primera hora cada uno de vosotros lucirá una hermosa calva.

Esto es lo peor. Diez cabezas como diez bolas de billar nos reciben en el barracón de castigo. Se nota que aumenta el sol, y con él, el afán emigrante en el campo de la Tubize. Invitamos a todos a una comida americana a base de latas de conserva. Todos roncan después con la panza llena, pero yo no consigo tranquilizarme esta primera noche pasada en el barracón. No debo dejar que me corten el pelo, en el que ya casi consigo trazar una raya si lo mojo bien.

Tener raya en el pelo se convierte durante esta noche en una idea fija. Si me cortan el pelo, tendré que esperar hasta el verano para que crezca como está ahora. Ojo de Pasta se ha portado de una manera decente, pero quiere conseguir mi cuero cabelludo. Le pertenece este botín y no hay evasiva posible cuando el barbero llega con la máquina de cortar el pelo.

Odio sus pellizcos como a la misma peste. El barbero la pone en la nuca, y la máquina comienza entonces como una segadora de césped hasta llegar a la frente. La primera franja parece un estrecho y pelado sendero atravesando una pradera. Todo termina en cinco minutos, al cabo de los cuales quedan todavía un par de mechones de pelo en la toalla.

Cuando Ojo de Pasta llega silbando alegremente con el barbero después de la formación de la mañana, está bien claro que no será posible salvar el pellejo. Quiere gozar del espectáculo y ordena que tenga lugar al aire libre, frente al barracón de

castigo. Se prepara un taburete y Ojo de Pasta se sienta en otro.

Pero, a pesar de todo, tengo que intentar arriesgarme.

—Una calva puede significar mi muerte —digo esforzándome por dar a mi voz el grave tono de un médico que ha descubierto una peligrosa enfermedad.

Ojo de Pasta frunce el entrecejo, pero solo durante un momento. Acto seguido suelta una carcajada estruendosa.

—¡Si alguien se muere aquí, seré yo, pero de risa!

—Pues la cosa no es para reírse, *mon adjudant*.

Se acerca a mí como un suboficial que estuviera examinando las corbatas de los hombres formados para salir de paseo.

—Tú te figuras que soy un estúpido de remate, amiguito. Tendrás que buscarte otro más tonto que yo para esa clase de bromas.

—Tengo una sinusitis, *mon adjudant*. El médico puede confirmárselo.

—¡El médico! —me remeda—. ¡Pues sí que voy a creerte! Ese confirmará en tu caso todo lo que quieras, al fin y al cabo ha sido él quien te ayudó a huir cuando estabas en la enfermería. No, no, querido. Esta vez no me engañas.

Y hace una seña la barbero del campo, que se asombra de que se esté discutiendo aquí una cosa inevitable.

—Está bien —replico—, pero protesto delante de testigos. Si mañana tengo que ir a la enfermería, la culpa será de usted únicamente.

Haber estado en la Bonne Nouvelle tiene sus ventajas. Es imposible descubrir la existencia de una sinusitis sin el concurso de los rayos X.

Sin embargo, Ojo de Pasta se muestra ahora impresionado. En realidad significa cargar con una responsabilidad ignorar arbitrariamente la existencia de una enfermedad oculta. Noto que el pelo se agarra de nuevo con algo más de fuerza a mi cabeza, pues no creo que mi pelo erizado valga para él tanto como una radiografía, pero he vuelto a subestimarle una vez más.

—Desde luego no hablas como si tuvieras pus en el cerebro, pero conservarás el pelo si dices la verdad. Sin embargo, ¡ay de ti si lo que pretendes es engañarme!

Cinco minutos después se ha interrumpido mi estancia en el barracón de castigo y me dirijo al hospital, escoltado por un soldado argelino que de buen grado me haría andar con el fusil en los riñones, pero llegamos a un acuerdo.

—Puedes colgarte tranquilamente el chopo. Te doy mi palabra de honor de que no huiré. Estoy enfermo. Si no fuera por ello, ¿me enviarían al hospital?

Comprende mis razones. Hace un día soleado de primavera. Y del Sena, que brilla como la plata, ascienden olores a madera y alquitrán.

Detrás de la fachada gris del viejo hospital huele a fenol como en todos los hospitales. Pasillos que no parecen tener fin recuerdan la Bonne Nouvelle. Sin embargo, se observa un piadoso afán de ayudar al prójimo y una clara sensación de seguridad en las sonrosadas caras de las enfermeras que llevan blancas cofias. Y no hacen ninguna diferencia entre sus compatriotas y los prisioneros.

La gruesa matrona que hay en el cuarto de los rayos X muestra una maternal preocupación cuando el soldado le explica que se ha de comprobar la existencia de una sinusitis.

—¿Ha comido algo?

—No, enfermera —niego con la cabeza, entristecido.

—Eso lo remediamos ahora mismo. Comerá antes de hacer la radiografía. ¿O no tienen tiempo?

Le doy al argelino un metido en las costillas.

—Pues claro que tenemos tiempo, enfermera. Al fin y al cabo, no pueden saber en el campo cuánto dura una cosa así.

—Justo, muchacho. Haré que os traigan algo ahora mismo. Un estómago lleno no ha hecho todavía ningún daño a una exploración con rayos X cuando se trata de la cabeza.

La mujer desaparece, y los dos nos miramos con una sonrisa irónica. Pero el argelino se encuentra en mejor situación que yo, pues él no tiene que probar nada aquí, sino tan solo comer.

Comemos opíparamente con gran satisfacción de la enfermera. La carne y el postre proceden de la cocina de los enfermos de primera clase.

—Quizá pudiéramos guardar algo —insinúo cuando hemos terminado.

—Pues claro que se puede, pero ahora tenemos que radiografiar la cabeza. A ver, ¿dónde duele?

Me aproximo mucho a la enfermera para que no oiga nada el argelino, que está sentado delante de su plato de piña.

—Realmente en ninguna parte. Se trata únicamente de que no me rapen la cabeza. ¿No podría usted hacer que apareciera por arte de magia una manchita en la radiografía?

En este momento pierde la mujer su encanto maternal. Se pone en jarras, afirmada sobre las anchas caderas, y temo por un momento que reviente en un estallido de cólera. Continúa, sin embargo, siendo una buena samaritana y dice en voz baja para que el argelino no la oiga:

—¡Es imposible, *filou!* Una pretende ayudar a un pobre enfermo y resulta ser un farsante...

Pero cuando la miro a los ojos veo un comprensivo guiño.

—*Allez!* No puedo perder el día contigo. Pero tenlo bien presente. No habrá retoque alguno en las radiografías. Las enviaré al campo tal como salgan.

—¿Y cuándo será esto?

—Dentro de tres días. Mientras tanto puedes ir buscando explicaciones para salir del asunto, pues tengo la sensación de que te funciona bastante bien la cabeza.

—Pero ¿quizás habrá aunque solo sea una sombrita muy pequeña?

—A lo mejor, hijo mío, pero yo no tendría mucha confianza en ello. —Y acto seguido me lleva al aparato.

Antes me da medio pan blanco, queso y dos latas de salchichas. Una vez de nuevo en la calle, propongo un trato al soldado argelino.

—Has visto perfectamente que la enfermera me ha dado un paquete de comida. Podremos comernos en el camino el pan y el queso si pagas un litro de vino tinto.

—¿En una taberna?

—¿Por qué no? Claro que no en el centro, donde concurre la gente fina. Las tabernas están vacías a esta hora en el Arrabal.

—De acuerdo, pero tendré que disparar si intentas fugarte.

La taberna, pequeña, no está muy limpia. Un gordo gato de Angora está acurrucado en el mostrador. Tres hombres viejos juegan a la *belotte* tirando las cartas sobre un mugriento fieltro pardo.

—*Tiens!* —dice uno de ellos—. Ahora llevan ya a los prisioneros a que se emborrachen.

Siguen jugando como si fuera lo más natural del mundo la existencia de prisioneros que beben vino tinto y comen queso con su vigilante en tabernas medio iluminadas. Al cabo de un rato, el tabernero se sienta con nosotros y nos ofrece una ronda de Pernod. Tengo la sensación de que para él no existe gran diferencia entre mi guardián y yo.

Habla de la estupidez de la guerra y después nos hace servir café. El argelino pretende regalarle su chopo como muestra de agradecimiento, y al tabernero le cuesta bastante trabajo convencer a mi guardián de que no puede aceptar el regalo.

Es ya en la calle cuando la chispa comienza a hacernos efecto de verdad. Emprendemos el regreso hacia el campo de la Tubize avanzando en zigzag. El argelino, a quien no ha sido Ojo de Pasta quien le ha prohibido rigurosamente el alcohol, sino Alá, comienza a sentirse arrepentido.

—No debería haberlo hecho.

—¿Acaso piensas que yo sí? Pues Ojo de Pasta bebe todavía más y no ha ido todavía al infierno.

—Es verdad —concede, alegrándose más—. ¿Qué te parece si suelto ahora un disparo de saludo para que el comandante sepa que llegamos?

—Será mejor que no lo hagas. Nunca se sabe de qué humor está.

Por suerte, Ojo de Pasta está de buen humor. Su ración del día no tiene que haber sido peor que la nuestra.

—Ese hospital de donde venís parece ser un sitio divertido. ¿Te han radiografiado al menos la calabaza?

—*Oui, mon adjudant.*

—¿Y cuándo sabré el resultado?

—La enfermera ha dicho que pasado mañana.

—O sea que todavía podrás salvar el pellejo durante dos días. La enfermera es muy humana, ¿verdad? Y también te ha hecho pillar una buena chispa.

—El camino ha sido largo, *mon adjudant*. Hemos descansado un rato en una

taberna de Quevilly que estaba a mitad de camino.

Un destello de amigable reconocimiento apunta en los ojos de Ojo de Pasta, pero inmediatamente adopta una postura oficial cuando respondo de la misma forma.

—¡Al barracón! Tienes todavía veintinueve días por delante y no volverás a tener un día tan alegre como hoy.

A pesar de todo, es alegre la noche en el barracón de castigo. Mi borrachera ha conseguido que Ojo de Pasta no se haya dado cuenta de que tengo llenos los bolsillos, por lo que las cabezas rapadas que hay en el barracón disfrutan de una comida decente.

Dos días después, hacia el mediodía, Ojo de Pasta abre de par en par la puerta, radiante de satisfacción. Sé lo que significa esto y me acaricio el pelo como si fuera una carísima piel.

—El barbero llegará ahora mismo y traerá también una brocha y jabón. Te afeitará la calabaza para celebrar tu buena salud. Habrás de alegrarte, pues el médico no ha encontrado ni rastro de sinusitis. ¡Me habría maravillado mucho también que lo encontrara!

El barbero se presenta con dos taburetes. Y Ojo de Pasta se sienta frente a mí cruzado de brazos para saborear su triunfo. Cuando han terminado los trabajos preliminares y el barbero me da espuma en la cabeza, el comandante del campo me pone delante un espejo de bolsillo. Es una auténtica espuma de la paz, pues Ojo de Pasta ha puesto a disposición del barbero su propio jabón de afeitar. Y la navaja de afeitar hace desaparecer los últimos residuos de pelo.

Ojo de Pasta se guarda su espejo frotándose las manos.

—Esto te enseñará a seguir mis consejos. Por lo demás, sabes muy bien que fugarse por tercera vez equivale a un campo de castigo.

Y así termina la segunda evasión fallida desde el campo de la Tubize.

Se acerca ya el verano cuando termina mi encierro en el barracón de castigo, y las inquietas nubes que se deslizan por el cielo de Normandía son tan blancas como tiempo atrás, cuando me encerraron en el sótano de la rasa de la calle Édouard Fortier.

UNO ACABA por aclimatarse a la vida del campo. El aumento de la fuerza del sol ha traído consigo también un levísimo bienestar, pues los grupos de trabajo que salen al exterior consiguen traer más víveres. Desde luego, no se puede establecer una comparación con los víveres del Philip Morris, pero sí suponen una ayuda para los estómagos que gruñen y para la burguesía del campo. A los individuos de la oficina no les falta pan ni tabaco, pues asignan a los destacamentos buenos a hombres que entregan una parte del botín que consiguen, una corrupción que recuerda la de la Bonne Nouvelle y que, como es natural, no puede ser ignorada por Ojo de Pasta.

Sin embargo, el comandante del campo mueve la cabeza negativamente cada vez que le pido permiso para salir a trabajar.

—Has de comprender que es por tu propio interés por lo que no te permito salir del campo. Cuando no veas ningún alambre de púas, olvidarás todo lo que has aprendido conmigo y faltarás un día. Te traerán otra vez al cabo de ocho días y tendré que internarte en un campo de castigo, tanto si quiero como si no. Y en estos sitios son muy distintas las costumbres, puedes creerlo.

—Lo creo, *mon adjudant*, pero eso de estar siempre sentado en todos los sitios del campo me pone enfermo. ¿Por qué no me da una oportunidad?

—Porque no soy tan tonto como crees. Seguirás en el campo y se acabó. Es una orden, ¿entendido?

—*Oui, mon adjudant*.

Carece de sentido discutir con él. Solo es posible trabajar a escondidas si se hace con habilidad. Hablo de este asunto con Renkel, pero su espíritu emprendedor ha disminuido en la misma medida que el pelo:

—Si pretendes esperar a que te salgan rizos —le digo—, tendrás que esperar hasta las Navidades. Y continuarás sentado en este campo cuando recibas una tarjeta postal que te enviaré yo desde Mainz.

Pero mis palabras no consiguen estimularle:

—Tendríamos que haber esperado una oportunidad mejor cuando estuvimos en el Philip Morris —replica.

—¿Mejor oportunidad? Nuestro tren era de primera categoría. Lo único que tuvimos en contra fue la mala suerte. Pero si te dejas derrotar por la mala suerte, no tendrás más remedio que esperar hasta que te pongan en libertad.

—No será así, pero ya tengo suficiente por el momento. No olvides que yo también me he fugado dos veces. Hay que pensarlo bien.

—¿Y tú crees que yo no lo pienso?

—¿Cuál sería tu plan entonces?

—No iré más a ningún campo americano. La margarina y el pan blanco tienen buen sabor, pero me temo que hayan quitado entretanto la tienda del ajedrez. Ha de

crecer la hierba sobre un asunto tan reciente y yo no tengo la intención de esperar tanto tiempo.

—Pero no tienes dinero ni ropa de paisano. Y además la cabeza pelada.

—Cierto. Sin embargo, has de tener en cuenta que el pelo crece sin ayuda de nadie. Las ideas, en cambio, no acuden por sí solas.

—Ya se me ocurrirá alguna.

—Procura tenerla antes de que se te enreden los pies en la barba. Yo empezaré mañana a hacer nuevos preparativos.

Lamento que Fritz Renkel no piense ahora en otros planes de evasión, pues era un buen camarada.

Además de Kaiser, el intérprete, a quien Ojo de Pasta estrecha contra su pecho como si fuera un hijo perdido, hay todavía otros en el campo que hablan bien el francés. Uno de ellos es Wolfgang Schlegel, hijo de un veterinario de Baden-Baden. No se ha evadido nunca, pero el hecho de que su reloj de oro de la primera comunión haya salido sano y salvo de todos los registros hace pensar en la habilidad de su propietario.

El reloj es un capital cuya importancia ni siquiera sospecha Ojo de Pasta: de trescientos a cuatrocientos marcos, exactamente el importe que necesitan dos hombres para viajar hasta la frontera. Y Wolfgang Schlegel desea volver a la patria, únicamente quiere encontrar otro prisionero que colabore con él.

Tanteo a Schlegel sin llamar la atención y él me tantea a mí también. El muchacho es inteligente. Sin embargo, es más importante otro hecho. Tiene unos pantalones americanos de oficial debajo de su saco de paja, pero son terriblemente largos, y como Schlegel apenas mide 1,66 metros de estatura, se los ha de subir hasta el pecho. Desde luego, hay sastres en el campo, pero el cauto Schlegel desconfía de ellos, pues todos trabajan también para los franceses. No les confía los pantalones ni una chaqueta que ha hurtado a un trabajador en unas obras. Evidentemente, los dueños de aquellas prendas han de haber sido unos gigantes.

—De espantapájaros en un sembrado llamarías menos la atención que en un restaurante decente —le digo—. Cuenta conmigo, aunque necesito quince días para estar dispuesto a largarme.

Schlegel se muestra entusiasmado.

—¿Será suficiente con que puedas salir dos veces por semana?

—Creo que sí.

—Entonces no hay problema. Ahora trabajo en una fábrica, arrastrando cajas y cosas así. No es un trabajo muy atractivo, pero sí bastante libre.

—¿Y cómo podré ir yo también?

—Eso déjalo de mi cuenta. Siempre hay alguno que desea quedarse en el campo y lo único que cuenta para el centinela argelino que nos acompaña hasta la puerta es el número de hombres que salen. Ojo de Pasta no puede notar nada si te meto de contrabando entre nosotros, pues salimos a las siete de la mañana.

Me presento el día siguiente. Lo único que hace realmente el soldado argelino es contar el número de prisioneros y recibir en la puerta del campo confirmación de la salida de un grupo de veinte hombres. Uno de los «regulares» se ha quedado en el campo a cambio de diez cigarrillos.

Mi única intención en este primer día de trabajo es el estudio de la situación. Es imposible procurarse de un golpe un traje de paisano, una boina y algo de dinero, pero es reconfortante no ver ningún alambre de espino y sentir debajo de los pies el piso de una carretera de verdad. La fábrica, gris, apesta a petróleo y polvo, pero nadie nos espolea continuamente, por lo que el trabajo se lleva bien.

Durante el descanso del mediodía entablo conversación con un viejo capataz, un hombre de más de sesenta años de edad y de carácter jovial en apariencia. Mi francés perfecto le hace sentir curiosidad.

—Nunca te hubiese creído alemán si llevaras un traje de paisano.

—Otros sí se han dado cuenta —le explico levantándome la gorra y enseñándole la cabeza rapada donde el pelo empieza a brotar apenas.

—¿Has intentado fugarte?

—Exactamente. Y como no ha sido la primera vez, hasta han empleado la navaja de afeitar.

—¡Mala suerte! —comenta el capataz con un tono que me hace pensar que puedo confiar en él—. ¿Y quieres hacer la prueba otra vez?

Me encojo de hombros. Cierto que el hombre no parece un soplón, pero tampoco se puede tener una excesiva confianza en un desconocido al que se ha visto solo media hora antes.

—A lo mejor tienes miedo de mí, pero no tienes por qué. Fui prisionero de los alemanes durante la Primera Guerra Mundial, y se piensa de una manera un poquito distinta cuando se ha pasado por una situación así. Por lo demás, soy comunista, por si te interesa saberlo.

No vuelvo a verlo hasta pasados tres días porque no es muy sencillo salir del campo sin autorización para trabajar. Se llama Auguste Poirier y vive en la calle Gustave Flaubert, lo que jugará un papel importante en la fuga. Esta vez no debe fracasar, pues si no conseguimos atravesar la frontera iremos a parar a un campo de castigo.

Los nazis me habían inculcado la idea de que los comunistas son una escoria peligrosa de la Humanidad, pero Auguste Poirier se encarga de demostrarme lo contrario.

—Soy viejo —me dice durante el descanso del mediodía—. He vivido mucho, pero ¿cómo he vivido? Siempre al pie del torno, y los demás no han hecho durante toda mi vida otra cosa que explotarme. Y como yo fui prisionero de guerra de los alemanes, sé que muchos de tus compatriotas no han vivido de una manera distinta a la mía. ¿Acaso crees que ellos deseaban la guerra?

—Naturalmente que no.

—Ya lo ves. Por eso me dieron de comer y tabaco. No porque les sobrara, pero me daban lo suficiente para ayudarme un poco. Y si ahora te ayudo yo es para pagaros exactamente con la misma moneda.

—Siempre estoy pensando lo mismo. Muchos de los que han querido esta guerra de mierda andan sueltos por ahí desde hace mucho tiempo. Y entonces uno se considera bastante estúpido por tener que estar detrás de una alambrada de púas.

—Así, pues, ¿quieres escaparte?

—¡Claro que quiero escaparme! Pero no tengo ropa de paisano ni dinero y sí la cabeza rapada como una bola de billar. Un punto de partida bastante pobre, ¿no le parece?

—Tienes razón —concede Poirier rascándose la barbilla.

—Ese Poirier puede acelerar la cosa —le digo por la noche a Schlegel en el campo—. Tengo su dirección y está dispuesto a recibir el correo que envíe mi tío desde Basilea.

—¿Y si te tiende una trampa?

—Se puede confiar en él, créeme. Desde que estuve en la cárcel, sé distinguir a la gente.

—Pero ¿qué provecho vas a sacar de recibir cartas sin pasar por la censura?

—Una carta puede contener dinero. Y además, ¿quién ha dicho que el viejo Poirier reciba solo cartas?

—¿Qué otra cosa entonces?

—Quizás hayas oído decir que se pueden enviar por correo otras cosas además de cartas. Esta misma noche escribiré a mi tío una carta que entregarás mañana al viejo Poirier, pues yo no puedo salir otra vez.

Después de haber enviado la carta, me quedo tres días en el campo para que Ojo de Pasta no sospeche. Estamos en los comienzos de la primavera, y cuando me adormezco bajo el sol del mediodía, me quito la gorra de cuartel para que reciban luz y calor los tiesos cabellos que van creciendo con una lentitud insoportable. Y un día caigo en la cuenta de haberme olvidado de pedir a tío Fredy una boina. El viejo Poirier tendrá que contribuir ahora.

Ningún paquete de Navidad ha sido esperado nunca con mayor tensión, pero tampoco ninguno ha sido más peligroso que este, pues si fracasa la huida, los ojos de pasta del ayudante jefe no harán ya más la vista gorda. El paquete puede bastar por sí solo para el ingreso en el campo de castigo.

Cuatro días después, cuando salgo, ruego al viejo Poirier que charle conmigo durante el descanso del mediodía.

—Uno de estos días recibirá un paquete procedente de Suiza, monsieur Poirier.

—¿Cómo un paquete? Hablamos únicamente de una carta.

—No es exactamente así... Hablamos de correo en términos generales.

—¿Sabes también que en tal caso tendré que ir a la aduana?

—¿Quiere hacerlo por mí?

—Te he subestimado, hijito, pero quiero mostrarte que el viejo Poirier no juega sucio, aunque me temo que habré de desempaquetar cosas que sería mejor no verlas.

Un par de días después, mientras trabajo clandestinamente en bien de la nación francesa, sé que ha llegado el paquete. Lo he leído en la cara de Poirier antes de que el viejo capataz haya despegado los labios. Durante el descanso, cuando estamos solos, el capataz dice:

—El aguinaldo está en mi casa, pero no esperarás que te invite a ella para ir al baile de máscaras.

—Pues claro que no, Monsieur Poirier.

—Bien, ¿qué propones?

—Pues, simplemente, que traiga usted las cosas. Es mucho más sencillo de lo que piensa. Usted trae el paquete a la fábrica y lo mete en cualquier sitio. Yo me cambio en el retrete durante el descanso del mediodía y luego me pongo encima el uniforme. El único problema son los zapatos, si es que mi tío los ha mandado.

—¡Que si los ha mandado! Auténticos zapatos de bailarín profesional. Desde luego, no es posible que puedas entrar en el campo con ellos. En realidad vas a parecer un bailarín. Nunca en mi vida he andado por ahí vestido con tanta elegancia.

—Es que tío Fredy es un hombre de mundo. Posiblemente habré de hacer un paquetito y confiar en que no me registren. Pinchan los paquetes, pero no ponen objeciones a que se introduzca algo de comida.

—Pues mi mujer te hará el paquete y pondrá encima de los zapatos un par de patatas. No andarán barrenando por todos sitios ni darán la vuelta a cada patata.

—Seguro que no, monsieur Poirier. No se imagina cuánto le agradezco su ayuda.

—¡No te alegres antes de tiempo! Si te pescan, no quiero verme envuelto de ningún modo en el asunto. Tendrás que contarles que has robado las cosas en algún sitio.

—Lógico, pero esta vez no me pescarán. Solo me queda pedirle otra cosa: una boina.

—La tendrás —asegura el viejo Poirier—. Eso ya no tiene importancia.

El día se me hace interminable. Todo se acabará si me pillan con la ropa de paisano. Por vez primera siento miedo al pensar en la huida, pero Schlegel se echará atrás si me lo nota y el viaje hasta la frontera suiza no se podrá llevar a vías de hecho sin su reloj de oro. No me he atrevido a pedir también dinero a mi tío, y lo que Schlegel ha podido reunir alcanza justo para dos billetes hasta París. Allí tenemos que vender el reloj.

Su confianza me inquieta. Por la noche, cuando vuelve al campamento, me sonrío irónicamente con aire de misterio y saca del bolsillo una boina.

—Me la ha dado el viejo Poirier. El hombre es verdaderamente bueno. En realidad ya no tengo ningún miedo.

—Mañana no podremos marcharnos —anuncio con cautela para no estropearle su buen humor.

—Es natural, primero tienes que hacerte con la ropa de paisano, pero nos pondremos en marcha pasado mañana. ¿O quizá no?

—No —contesto yo.

—Pero tú habías dicho que partiríamos cuando recibieras el paquete.

—Es verdad. Pero ¿no has pensado que no debemos meter en un lío al viejo Poirier?

—¿Qué es eso de meter en un lío?

—No podemos largarnos de un pelotón de trabajo al que tengo que agradecer mi equipo. Has de contar siempre con que pueden pescarnos y entonces comenzarán las investigaciones.

—Pero ¿cómo vamos a huir entonces?

—Cuando estemos trabajando con otro grupo. Ya sé cuál.

Wolfgang Schlegel se deja caer en su saca de paja, decepcionado.

—Ahora escúchame bien. No se debe dejar nada al azar cuando se intenta la fuga por tercera vez. Además, el hombre que me ha proporcionado el traje no debe meterse en un lío bajo ningún concepto. Voy a decirte cómo huiremos, dando por supuesto que consiga traer la ropa al campo. Mañana nos haremos en la fábrica con dos paquetes de tabaco y así conseguiremos dos puestos para el pelotón que trabaja en el campo de deportes.

El rostro de Wolfgang Schlegel refleja un profundo escepticismo:

—Es uno de los grupos más pequeños y, además, uno de los mejores trabajos. Solo ocho hombres, y comen en la escuela como está mandado.

—Lo sé. Pero los vigila un viejo que acostumbra dormir una hora al mediodía en la casilla del que cuida del campo. Y no hay siquiera doscientos metros de distancia hasta el tranvía que va a la estación de Rue Verte. La misión de este grupo consiste en allanar el campo de deportes, pero el viejo les deja en paz y hasta juega a las cartas con ellos. Es el mejor trabajo que hay, pero por dos paquetes de tabaco habrá dos hombres dispuestos a dejarnos ocupar sus puestos por un día. Naturalmente, no deben saber que tenemos la intención de huir.

Schlegel ha comprendido por fin:

—Entonces podremos irnos pasado mañana.

—De acuerdo. Nos marcharemos pasado mañana directamente desde el campo de deportes suponiendo que no ocurra nada con la ropa.

No ocurre nada. El viejo Poirier me entrega las cosas en el almacén y cinco minutos más tarde salgo del retrete un poco más grueso que de ordinario. Al terminar el trabajo, el capataz me pone en la mano, además, el paquete que contiene los zapatos. Están debajo de un kilo de patatas, y el centinela de puertas del campo de la Tubize se contenta con una mirada fugaz.

Media hora después, Schlegel ha comprado con dos paquetes de tabaco dos puestos de trabajo para el día siguiente en el campo de deportes. Ya no hay modo de retroceder.

A medianoche estamos aún despiertos, sentados en la saca de paja de Schlegel. Todavía se ven estrellas por los agujeros de la nave fabril de la Tubize, pero las noches son ahora cálidas y nos hemos protegido contra la lluvia. El que no dispone de un techo que le cubra, se tapa la cabeza con un trozo de tela de tienda de campaña o con una manta, incluso aunque no llueva, pues le invade la repugnancia cuando una rata se desliza sobre nuestras caras. Estos roedores se han multiplicado esta primavera, atraídos por los restos de pan o de patatas cuidadosamente escondidos.

Schlegel está ahora mucho más tranquilo que yo, igual que sucedió en mi caso la primera vez. Es una especie de ambición deportiva. Solo más tarde, cuando se ha iniciado la huida, es cuando uno se ve obligado a seguir pensando.

—De todos modos llegaremos a París —digo en voz baja—. Es un bonito trayecto, pero todavía no significa nada. Si nos pescan, puede ocurrir que nos interroguen por separado. Lo importante entonces es contar la misma historia. Tú saldrás del asunto con la cabeza rapada y treinta días de trabajo, pero yo iré a parar a un campo de castigo.

—¿Cuántas veces he de decirte que puedes confiar en mí?

—No las suficientes. Por tanto, ¿qué dirás en caso de que nos pesquen?

—Vengo del campo americano Philip Morris. Mi número de prisionero es 31 G trescientos mil y pico, y exijo ser llevado enseguida a presencia de un oficial americano.

—Muy bien. No podrá ocurrirnos nada si te mantienes firme en eso. Has de saber que no tienen el menor interés en entregarnos a los americanos, sino que nos internarán en el campo francés más cercano. Ojo de Pasta no sabrá nunca a dónde hemos ido a parar, pero esto únicamente en caso de apuro. Tengo la seguridad de que saldremos adelante.

Schlegel duerme cinco minutos después mientras yo tengo fija la mirada en el techo agujereado de la nave de la fábrica. Brillan con claridad las estrellas. Tendremos un tiempo magnífico para viajar. Una rata come patatas juntó a mí. La oigo resoplar y chasquear la lengua.

ESTOY despierto todavía a las seis de la mañana, cuando se despierta a los hombres que han de salir a los diversos trabajos. Recuperaré el sueño en el tren, en el expreso de la tarde Ruán-París. Tenemos que estar en la estación de Rue Verte a las dos y media de la tarde. El viejo Poirier me ha facilitado el horario de verano de ferrocarriles.

Los seis camaradas con los que nos dirigimos hacia el campo de deportes ignoran por competo que llevamos ropa de paisano debajo del uniforme. Probablemente nos denunciarían si lo supieran, pues su trabajo es el más agradable y comen por cuenta de la escuela. Esta gente no quiere complicaciones. Marchamos marcando el paso al lado del guardián argelino y noto que Schlegel piensa lo mismo que yo.

Comenzamos a trabajar a las ocho. El centinela se ha marchado después de entregarnos a un viejo que andará por los setenta años y que saluda a cada uno con un apretón de manos. Se sienta después en la hierba y lee el periódico de la mañana. Las cosas marchan exactamente igual que nos han contado. En realidad no se puede hablar aquí de un trabajo en serio.

A las doce, el viejo nos lleva a comer a la cercana escuela. Una comida fabulosa: carne, fideos, ensalada, compota. Y, además, no solo todo el pan que se quiera, sino también un gran pedazo de amarillo Camembert normando.

Comemos en largas mesas colocadas en el patio de la escuela, pues el sol brilla. Y no son los niños los únicos que se alegran al ver cómo disfrutamos con la comida, sino también dos jóvenes maestras y un barbudo profesor. Solo puedo con la mitad del queso a causa del nerviosismo. Tenemos que estar en la estación del ferrocarril a las dos y media.

Por fin se pone en pie el viejo para reintegrarnos al campo de deportes.

—Ahora dormiré una hora en la casilla del campo de deportes —dice el viejo—. También podéis echaros vosotros tranquilamente, muchachos, pero tened cuidado de que nadie os vea desde la calle. La gente podría creer entonces que sois unos inútiles y no creo que eso lo queramos ninguno, ¿verdad?

Dice estas palabras en una jerigonza germano-francesa que había aprendido en Verdún durante la Primera Guerra Mundial, y me duele tener que ocasionar disgustos a este veterano. Pero la fuga es ya cosa decidida. Tenemos que coger el tranvía imprescindiblemente dentro de media hora. Hemos rogado al viejo que nos permita dormir un rato en su casilla, y el bondadoso anciano nos autoriza. Cinco minutos después está roncando.

Lo que ahora falta es huir de un francés dormido y de un par de compatriotas despiertos. Veo a través de las rendijas de la casilla que tres de ellos se han puesto a jugar a las cartas. Los otros tres dormitan tumbados en la hierba.

Jamás nos hemos desprendido con mayor rapidez de un uniforme. Después me

pongo los zapatos bajos, que me están tan bien como el traje azul. Y me encasqueto la boina para terminar. El viejo sigue roncando plácidamente cuando abro la puerta. Y como la casilla nos oculta a la vista de nuestros camaradas, alcanzamos sin dificultades la calle que conduce a la parada del tranvía.

La suerte nos acompaña. Esta es una parada final, y tenemos que correr los últimos treinta metros, pues el tranviario está tocando ya la campanilla para dar la señal de partida. Nos quedamos al pie de la plataforma, aunque solo hay cuatro o cinco personas sentadas en el interior del vehículo.

Nuestra ventaja es pequeñísima. Unos veinte minutos de tranvía hasta llegar a la estación del ferrocarril de Rue Verte, y en media hora como máximo notarán que hemos desaparecido. Todavía podrán echarnos el guante si el viejo llama a la Policía.

El tranvía se llena tres paradas antes de la estación. Y por fin estoy por tercera vez en el gran vestíbulo, dispuesto a acercarme a una ventanilla y sacar los billetes.

—Dos segundas a París.

La cosa va sobre ruedas. La única dificultad es el tiempo que falta aún hasta la llegada del tren, que, procedente de El Havre, no entrará en la estación de Rue Verte hasta dentro de veinte minutos. Y la segunda mitad de estos veinte minutos puede ser crítica. Llevo a Schlegel hacia un rincón.

—Podemos esperar aquí. Si el viejo informa con rapidez, la Policía se presentará aquí antes de que llegue el tren. Sin embargo, todavía tenemos una oportunidad si ocurriera eso. Salgamos a los jardincillos.

Realmente se puede vigilar desde los jardincillos que hay en la explanada frente a la estación, que cuenta con algunos bancos y sitios de recreo para los niños.

Apenas nos hemos sentado cuando toma asiento en el banco próximo al nuestro una vieja institutriz, que llega con dos descarados mocosos que se llenan mutuamente de arena. La mujer nos dirige una mirada furtiva, un tanto extrañada, pero acto seguido se concentra en su trabajo de calceta. Noto que nos mira fugazmente de vez en cuando por encima de las gafas, pero no puede ocuparse de nosotros, pues los niños hacen demasiadas travesuras.

A pesar de ello, no han pasado cinco minutos cuando le doy a Schlegel un codazo y nos alejamos de allí. La arena cruje blandamente debajo de los pies, pero nuestro paseo no tiene ningún sentido.

—No me gusta esa mujer —explico—. Además no podemos permitirnos el lujo de unos niños para estar sentados sin llamar la atención delante de un montón de tierra. Daremos una vuelta despacio y no perderemos de vista la explanada de la estación.

Diez minutos más tarde no ha hecho todavía acto de presencia guardia alguno y podemos aventurarnos a penetrar en el vestíbulo. Entregamos los billetes para que los perforen, pasamos la barrera, y en el espejo de una máquina expendedora de goma de mascar veo por primera vez con cuánta elegancia me ha vestido tío Fredy. Comparado conmigo, Schlegel parece un vagabundo, con su amplia chaqueta y sus

pantalones demasiado largos. Pero lo único que interesa es el tren.

Llega con puntualidad. Encontramos un departamento vacío y Schlegel opina que tiene la sensación de haber regresado del frente con permiso, solo que se encuentra más cómodo, pero se esconde rápidamente detrás de su periódico, debido a que suben otros dos hombres en el último instante. Un suave tirón de la máquina y luego la leve vibración del comienzo de la marcha. *¡Adieu, Ruán!*

Conozco casi todos los postes de telégrafos del trayecto hasta París, y sé que nadie nos molestará antes de llegar a la estación de Saint-Lazare. La única visita será la del revisor.

El ajeteo que hay en la estación es mucho más febril que el de viajes anteriores. Es la hora del cierre de las oficinas, y los trenes de cercanías revientan de personas. Y no es distinto lo que sucede bajo tierra, en el metro. El peligro de ser controlado en este hormiguero es prácticamente nulo. Lo único que pudiera suceder es que nos perdiésemos, pues tenemos intención de ir a la plaza de Italia, en la orilla izquierda del Sena, y hemos de transbordar.

Schlegel trota detrás de mí por los interminables pasillos del metro como un perrillo obediente. No hay necesidad de hablar, tan solo debo tener cuidado de que ninguna de las puertas automáticas que hay en las barreras se cierre detrás de mí antes de que pase mi camarada.

Desde que pretendo escapar de los franceses, las galerías del metro me han proporcionado siempre una hondísima sensación de seguridad. Uno se encuentra seguro aquí abajo, donde la luz es artificial, donde el aire está enrarecido y donde el *clochard* puede tumbarse en un banco sin que a nadie le pase por la mente el pensamiento de molestarlo durante el sueño. Pero tenemos que salir otra vez a la superficie cuando llegamos a la plaza de Italia.

Ahora, ya tan cerca de la meta, las dudas comienzan a hacer acto de presencia. ¿Cómo reaccionará Henri Bonnaventure, el amigo de la época de la Bonne Nouvelle, cuando me presente de repente a él y le recuerde que me prometió que me ayudaría en cualquier ocasión? Además, no estoy solo. ¿Quién puede saber qué ha hecho él este medio año transcurrido?

Tengo miedo, pero Schlegel cree en mí como un turista en un acreditado guía montañero cuando subimos las negras escaleras con motitas de plateado brillo que conducen a la plaza de Italia.

Tiene que estar muy cerca de aquí la calle Nationale donde Henri tiene su domicilio. Cinco minutos más tarde nos hallamos frente a una casa gris de vecinos, de estrecha fachada, cuyo número tengo grabado en mi memoria.

La familia Bonnaventure vive en el cuarto piso. Digo a Schlegel que me espere abajo. De todos modos, la sorpresa será bastante buena.

Madame Bonnaventure, una mujer gordezuela, de aire enérgico, que años atrás debió de ser muy hermosa, abre la puerta solo un resquicio.

—¿Qué desea?

—Quisiera hablar con su hijo Henri, madame.

—¿Por qué motivo? ¿Quién es usted?

—Estuve en la cárcel con él.

Me doy cuenta enseguida de haber respondido con la contestación más estúpida de todas. La abertura se cierra. Sin embargo, consigo meter el pie entre el quicio y la puerta en el último instante.

La mujer me increpa furiosa:

—¿Qué se cree usted? Henri es un muchacho decente que trabaja como Dios manda. No quiere tener ya más cuentas con ladrones.

—Yo tampoco, madame. Pero ¿no cree que sería mejor no hacer este ruido en la escalera?

Su voz baja de tono, pero se muestra todavía desconfiada.

—¡Diga usted qué quiere de Henri!

—No soy ningún ladrón. Henri es amigo mío.

—¿Y quién me garantiza que puedo confiar en usted? Estoy sola en la vivienda. Mi marido está trabajando todavía, lo mismo que Henri y su hermano.

Duda un instante, pero después me deja entrar. Huele a col y un poco a ajo en el estrecho pasillo. He interrumpido a madame Bonnaventure mientras preparaba la cena. Y ahora tengo que contarle lo que he convenido con Schlegel.

—Ayer salí de la Bonne Nouvelle con un amigo. Somos alsacianos. No hemos hecho nada peor que Henri. Se trata solo de un estúpido asunto militar. Habíamos quedado en encontrarnos en París.

La dueña de la casa me mira de arriba abajo y noto una sensación desagradable al pensar en la corbata roja y la camisa amarilla.

—Para haber salido de la cárcel, viste usted con bastante elegancia, pero quiero creerle. Puede esperar a Henri, pero preferiría que le esperara abajo, en la calle. Vendrá dentro de un cuarto de hora poco más o menos.

Schlegel se mueve furtivamente delante de la casa, como el remordimiento hecho carne y hueso.

—¡Sí que ha durado la visita!

—Bueno, ¿y qué? Puedes darte por contento con que la vieja me haya escuchado al fin y al cabo. Henri volverá del trabajo dentro de un cuarto de hora. Tenemos que hablarle en la calle, pero si nos movemos tan tontamente como tú lo estás haciendo estaremos en la Comisaría de Policía dentro de cinco minutos. Tenemos que andar con toda naturalidad.

Ignoro por qué lado llegará Henri y resulta difícil vigilar la calle en ambas direcciones sin perder de vista la puerta al mismo tiempo.

Henri es puntual. No han transcurrido todavía los quince minutos cuando dobla una esquina. El pelo le ha crecido desde su salida de la Bonne Nouvelle. Sin embargo, no me reconoce, por lo cual, tengo que dirigirme a él.

—¡Eh, Henri!

Su rostro refleja un asombro sin límites. Todo depende ahora de si este encuentro le resulta tan agradable como vaticinó en la prisión, pero enseguida aparece en su semblante la antigua risa de la Bonne Nouvelle. Los hombres como Henri son leales a sus amigos.

—Hans, *ce n'est pas vrai!* ¡Esto no puede ser verdad!

—Pues sí lo es. Y necesito que me ayudes. Mejor dicho, te necesitamos.

Señalo a Schlegel, que lo mira con temor, como si fuera un perro joven que va a ser vendido a otra persona.

—¡Asunto concluido! Y ahora vamos a mi casa.

Estimo que Henri es demasiado impetuoso. Tiene primero que saber lo que ocurre.

—Demos primero un par de vueltas. Tu madre no me ha echado precisamente los brazos al cuello.

—¿Y qué le has contado?

—Que salimos ayer de la Bonne Nouvelle y que queríamos hablar contigo. No ha puesto muy buena cara cuando ha oído hablar de la Bonne Nouvelle.

—¿No se te ha ocurrido nada mejor? —inquire Henri rascándose la barbilla.

—¿Acaso debiera haberle contado que nos hemos escapado de un campo de prisioneros de guerra? Al fin y al cabo me has contado con frecuencia más que suficiente lo que tú viejo opina de los alemanes.

—Demos todavía otra vuelta a la manzana, tenemos que reflexionar sobre lo que hemos de contarles. Pero en ningún caso os dejaré tirados en la calle.

—Creo que podemos seguir tranquilamente con nuestra historia de que somos alsacianos. Y como mi amigo habla también un francés muy bueno, nadie notará nada.

Henri se muestra de acuerdo.

—Pero ¿crees también que podremos dormir en tu casa? Los hoteles son demasiado peligrosos... Y además no tenemos dinero.

—Dormiréis conmigo y con mi hermano, eso no es ningún problema. Pero ¿cómo pretendéis seguir adelante sin dinero?

—Te necesitamos para conseguirlo. Mi amigo posee un reloj de oro de bolsillo y tú debes venderlo.

—Pues entonces está todo arreglado. Mañana me tomaré un día libre. Vender en París un reloj es un juego de niños. ¿Y qué os proponéis hacer después?

—Esta vez tengo la intención de ir a Suiza. Has de saber que es mi tercera evasión.

—Mis respetos —dice Henri mirando mi traje azul, la camisa amarilla y la roja corbata.

Al cabo de un momento nos encontramos de nuevo frente a la puerta de su casa, y Henri susurra todavía, mientras subimos por escalones gastados a fuerza de pisadas —: Mi viejo se tragará también la bola alsaciana, pero tu amigo debe hablar lo menos

posible.

Madame Bonnaventure nos recibe esta vez con más amabilidad:

—Si Henri está de acuerdo, es que todo está bien. No traería a casa a un granuja. Tendrá que perdonarme por haberme mostrado escéptica, pero se me pone la carne de gallina cuando oigo la palabra cárcel. Puede imaginarse perfectamente qué sobresaltos tuvimos con Henri.

—No sería distinto con mi madre, madame. Pero en estos tiempos hay en la cárcel personas que realmente no debían de estar allí.

—Tiene usted razón. Lo sé por Henri y les recibimos de buen grado por ser amigos suyos.

—También he fumado siempre del tabaco que usted enviaba. ¡El truco de las patatas era maravilloso!

Ríe halagada. Tiene la misma mirada bondadosa de su hijo.

A las ocho llega el otro hijo, que es un año mayor que Henri. Y el padre se presenta inmediatamente después.

Es el prototipo del taxista de París. Un poco obeso a causa del mucho estar sentado y posiblemente también del arte culinario de su esposa, que puede desplegar de nuevo todas sus habilidades ahora que ha terminado el racionamiento. Los ojillos despiertos del taxista demuestran que no será fácil engañarle, pero tendremos que conseguirlo a pesar de todo, pues si se da cuenta de que en su casa comen y duermen unos prisioneros de guerra alemanes fugitivos, la noche podría resultar desagradable para Henri y para nosotros dos.

Pero la noche se convierte en una verdadera fiesta. Para celebrar nuestra presencia se sirve un estupendo beaujolais que el dueño de la casa tiene reservado para ocasiones especiales.

—Esto os puede dar idea de lo bueno que es mi padre —susurra Henri.

Y monsieur Bonnaventure dice:

—No quiero saber por qué han estado encerrados, pero cuando Henri les trae a casa no pueden haber hecho nada peor que él. Ahora vamos a celebrar su libertad. Buen provecho y considérense como en su propia casa.

Los entremeses que sirve madame Bonnaventure consisten en alcachofas con la correspondiente vinagreta. Se arrancan las puntiagudas hojas verdes que envuelven el esférico fruto, se meten en la salsa y se chupa la carnosa base.

Sé que vendrá algo mejor después de este estimulante del apetito, pero Schlegel me lanza una mirada de angustia. No ha comido alcachofas nunca.

No hay más remedio en este caso que recurrir a una falta de educación. Antes de que el dueño de la casa nos haya deseado buen provecho, comienzo descaradamente a chupar una alcachofa con objeto de que Schlegel sepa lo que tiene que hacer. No podemos permitirnos correr el riesgo de que los Bonnaventure se asombren al ver que un francés no sabe comer alcachofas.

Afortunadamente no toman por falta de educación mi apresurado comienzo y lo

achacan al hambre propia del recluso puesto en libertad. El resto de la comida discurre normalmente con tenedor y cuchillo. Patatas fritas, filetes, verduras, enormes cantidades de pan blanco y Camembert para terminar. Y todo esto regado con el *beaujolais*, que hasta comienza a soltar la lengua de Schlegel.

Pero la cosa podría terminar mal. Le doy pisotones por debajo de la mesa y hago de la principesca comida un elogio que no es una exageración. La dueña de la casa se siente halagada, y monsieur ríe a carcajadas.

—Es usted un muchacho cabal. No es de extrañar que se haya entendido bien con Henri.

—Pero puede creerme que también resulta maravilloso un paquete de patatas cocidas. Sobre todo cuando hay tabaco dentro.

Ahora es madame quien ríe:

—No tiene idea de lo que tuve que practicar hasta conseguir hacerlo bien. Al fin y al cabo no podía preguntar a ningún vecino, pues todos creían que Henri estaba de vacaciones. Sí que fue una mala época, muchachos, pero ahora ya ha quedado atrás.

Nos mira como si fuésemos hijos suyos. No puede sospechar que su hijo tendrá que pignorar al día siguiente un reloj de oro para que podamos seguir adelante, pero creo que lo comprendería si supiera toda la historia.

No sé qué pensar por lo que se refiere al viejo y ando con cuidado con el *beaujolais*, aunque solo sea por Schlegel, a quien le brillan los ojos y que quizá comience a cantar la *Wacht am Rhein* cuando se abra la botella siguiente. Menos mal que le he prohibido beber coñac. El viejo continúa bebiendo solo.

—En realidad, París no ha cambiado —digo—. Siempre pasaba aquí las vacaciones durante mis años de estudiante.

—Se equivoca —objeta monsieur Bonnaventure—. Tendría que ir a Saint-Germain-des-Prés y ver a los existencialistas. Entonces ya no entenderá París ni el mundo. —Y prosigue, volviéndose hacia su esposa—: Bueno, ya sabes lo que te conté ayer sobre las dos aristocráticas muñecas del dieciséis que llevé ayer en el taxi.

Madame Bonnaventure contesta afirmativamente:

—¡Solo faltaría que a Henri le diera también por eso!

—Le molería los huesos a golpes.

—¿Qué son los existencialistas?

—Joven amigo, también me gustaría a mí averiguarlo, pero sí que puedo decirle cómo hemos llegado a ese engendro. Como han estado en la prisión, no pueden saber lo que sucede fuera.

—Ha dicho usted algo de dos muñecas aristocráticas.

—Bien, comencemos por eso. Ayer conseguí una carrera en la calle de la Pompe, *arrondissement* dieciséis, un distrito elegante, como usted sabe.

Contesto que sí con la cabeza.

—¿Muchachas de buena casa?

—¡Y tanto! Vestidos de noche de Dior, lo más elegante que hay ahora.

Calculando nuestro modo de vida, dos meses de sueldo por cabeza. Y dinero a montones en los bolsos de mano. «Saint-Germain-des-Prés», me indicaron. Y mi auto comienza a apestar como si fuera una perfumería. Me ordenan parar cuando llegamos a la calle Dauphine en el lugar donde se ensancha y donde los conductores que recorren trayectos largos y que van al mercado desde la calle Vaugirard se detenían antes a orinar. Pero eso ha cambiado hoy por completo. Así, pues, paro el taxi.

—Creo que los caballeros no querrán saberlo todo con tanta exactitud — interviene madame Bonnaventure.

—No hay otro remedio, pues de lo contrario no comprenderán qué son los existencialistas.

Enciende un Gauloise y ofrece el paquete.

—Así, pues, paro el coche y espero que me paguen el viaje, pero no están dispuestas a salir, sino que desean que las lleve hasta la próxima esquina, que está un poco más oscura. «Ahora nos cambiaremos —dicen las muchachas— y dejaremos nuestros vestidos en el coche. Esperamos que sean para usted una garantía de seguridad. Han costado mucho dinero.»

»—*D'accord* —digo yo—. ¿Y qué hago después?

»—Muy sencillo. Venga a recogernos a medianoche.

»—Muy bien —contesto mientras miro por el retrovisor.

»Una ropa interior increíblemente excitante y un murmullo y unas risas sofocadas verdaderamente escandalosas. Cuando bajan del coche, llevan unas faldas viejas y unos repugnantes jerseys de cuello alto.

—Pero ¿por qué? —pregunto.

—Pues porque son existencialistas. Estoy ya a punto de explicárselo. Penetraron en el sótano del Tabou aparentando no tener un céntimo en el bolsillo. Eché un vistazo al interior. El aire se podía cortar y bailaban como si el mundo fuera a desaparecer el día siguiente. Y cantaba una tal Juliette Gréco, una fachosa de pelo largo que todavía no tiene dieciséis años. Y los hombres llevaban barba y se miraban fijamente, sonriéndose unos a otros.

—Serían invertidos —digo ingenuamente.

—Eran completamente normales, pero lo absurdo del caso es que se portan como si no lo fueran.

—No lo comprendo.

—Ni podrá comprenderlo, joven amigo. Las cosas han cambiado aquí un poco mientras usted ha estado en la prisión. ¿Dónde pueden divertirse los parisienses? Los alemanes mandaron en Montmartre durante la guerra y ahora han sido relevados por los americanos. ¿Montparnasse? Un sitio aburrido, le digo. Y entonces alguien tuvo la ocurrencia de alquilar un sótano en Saint-Germain-des-Prés. Creo que se llama Corassière.

—Pero ese es un distrito miserable, sin nada que valga la pena.

—También lo creía yo así antes, jovencito. Tampoco les sienta muy bien a los

vecinos de ese barrio, pues tiran a la calle desde un tercer piso el contenido de sus orinales cuando hay demasiado ruido. Pero ya no es posible cambiarlo. Antes hacía dos viajes con mi coche cada medio año a Saint-Germain, pero ahora se está ocupado toda la noche, y uno puede tropezarse en el Tabou hasta con Maurice Chevalier o la Garbo.

—¿Y qué ocurrió con las dos chicas que se cambiaron de ropa en su coche?

Monsieur Bonnaventure se encoge de hombros:

—Existencialistas como los demás. Dan brincos con los barbudos en el sótano, hablan de una forma que no hay quien los entienda y aparentan no tener ni cinco céntimos en el bolsillo. Y cuando las llevas de regreso al dieciséis, te dan una propina que ni Rockefeller. Auténticas mariposas nocturnas, si me lo pregunta.

Enciende otro cigarrillo y empuja lejos de sí el plato del queso. Desde la vivienda vecina, al otro lado del estrecho patio interior que parece uno de esos agujeros grises pintados por Zille en Moabit, llegan los gritos de una mujer, que dominan los sonidos de la radio.

—¿Por qué no cierras la ventana, mujer? —indica monsieur Bonnaventure a su esposa—. No es posible oír la propia voz de uno.

—*Et alors?* Tampoco tiene tanto interés lo que estás contando. ¿Qué nos importan los existencialistas?

—A nosotros sí que nos interesan, madame —intervengo—. Cuando se ha estado separado de la calle tanto tiempo, siempre se quiere saber lo que ocurre en el gran mundo.

—*Oh, vous savez, le grand monde? Je m'en fous.* Nosotros tenemos que vivir en nuestro pequeño mundo, *pas vrai?*

—*Bien sur, madame.* Pero nos interesa lo que su esposo sabe de los existencialistas.

Wolfgang Schlegel hace un gesto afirmativo con la cabeza como un estudiante que no quiere perder una sola palabra de la conferencia que va a pronunciar el profesor.

—¿Los existencialistas? —dice monsieur Bonnaventure, el hombre que día tras día respira el aliento de la gigantesca ciudad, un aliento que, por decirlo así, forma parte de la sangre que corre por sus arterias, dando en la mesa un manotazo que hace bailar los vasos—. ¿Los existencialistas? Una gran cosa para la prensa internacional, pero una estafa de la época, si me lo preguntan. He estudiado un poquito el asunto cuando empezaron los viajes a Saint-Germain-des-Prés. Se charla con los clientes y se lee el periódico. Yo siempre he actuado así y siempre he sabido con bastante precisión lo que estaba ocurriendo. Saint-Germain-des-Prés habría seguido siendo el asqueroso barrio que es si un gran periódico no hubiese enviado allí a uno de sus reporteros. La Greco y la Cazalis, dos mujeres que saben esconder debajo de sus jerseys de cuello alto no solo los pechos, sino también algo que por mí pueden llamar mística, tienen que haber vuelto loco a ese periodista de tres al cuarto. Habló de un

nuevo sentido de la vida nacido en los sótanos de Saint-Germain. Y el jaleo se desató de un golpe. Las colas que había cada noche delante del Tabou eran tan largas que se tuvieron que abrir nuevos sótanos. Conozco al portero del Tabou. Se llama François de la Rochefoucauld y quizá sea realmente un aristócrata de cuna. ¿Y por qué no? La nobleza ha venido bastante a menos a consecuencia de la guerra, y los propietarios de cabarets necesitan propaganda para sus sótanos. Y han prosperado lo suyo. Han provocado una ola de fiebre y así se puede encontrar en estos sitios lo mismo a Marlene Dietrich que a Ali Khan, y todos los americanos que llevo en el taxi a esos sitios me preguntan por Jean-Paul Sartre.

—¿Quién es ese hombre?

—Se nota que han estado en la cárcel. Ese Sartre, que vive allí, tiene su tertulia en el café Flore. Es un profesor de Filosofía de Ruán y ha escrito no sé qué cosa sobre la nada. De aquí han sacado el existencialismo, pero no vayan a creer que han leído lo que ha escrito. Lo han leído tan poco como yo.

—Entonces ese Sartre procede de Ruán, como nosotros —dijo.

—Exactamente. Solo que él ha tomado mejor la curva. En cualquier caso, no ha estado encerrado en la Bonne Nouvelle. Ahora todos hablan de él.

—¿Es un gran escritor?

—Ni idea. Lo único que sé es que estuvo en el Flore durante toda la guerra bebiendo malta y coleccionando colillas. Entretanto es posible que escribiera su historia de existencialistas. Y ahora todos acuden a verle diciendo que han leído sus paparruchas.

—¿Como las muchachas que se cambiaron de ropa en su auto?

—Lo ha comprendido. Esas cabras locas de casa bien tienen que ir con la época. Y así están de moda Sartre y sus existencialistas. A Montmartre van únicamente los americanos, pero también hay desertores que se esconden en Saint-Germain.

—¿Es posible eso? —pregunta Schlegel, todo oídos. Yo no veo razón alguna para impedirle la pregunta. Henri, que está al otro extremo de la mesa, sonrío irónicamente.

También sonrío monsieur Bonnaventure, animado por el beaujolais, pero más que nada, sin duda, porque conoce muy bien la materia:

—Esos individuos pueden ofrecer neumáticos de coche, aguardiente y whisky, y cualquier hotelero de Saint-Germain los oculta a cambio de ello. Con el jaleo que hay ahora en esos lugares, la policía militar no tiene ninguna oportunidad.

Schlegel me guiña un ojo. Lo hace con bastante descaro, pues el beaujolais le ha quitado todas las trabas respecto al hombre de quien le he dicho que es un enemigo declarado de los alemanes. Tengo que darle más pisotones. Si esto sigue así, pedirá al viejo Bonnaventure que le lleve en el coche a Saint-Germain-des-Prés, pero no recuerda que no puede ofrecer aguardiente ni neumáticos de automóvil, sino únicamente un reloj de oro, recuerdo de su primera comunión. Y este reloj nos ha de proporcionar el dinero necesario para llegar hasta la frontera suiza. Nuestro

existencialismo es completamente distinto del de Saint-Germain-des-Prés.

Afortunadamente se contiene después de haberle aplastado yo los pies a fuerza de pisotones. Pero no debe seguir bebiendo. Son demasiadas las tramas finamente urdidas que se han perdido en el alcohol, y no puedo permitirme ir a parar a un campo de castigo porque el propietario de un reloj de oro de la primera comunión beba más de la cuenta. Por esta razón me opongo cuando monsieur Bonnaventure intenta llenar los vasos otra vez.

—Monsieur, cuando se viene de la cárcel hay que ir poniéndose en forma poco a poco.

—Está bien, entonces beberé a su salud. Por el feliz regreso a la patria.

Schlegel le sonrío como si estuviera ya de vuelta en casa. El beaujolais lo ha vuelto todo muy fácil, pero no debemos abandonarnos ahora, a pesar de lo agradable que resulta pensar que podemos burlarnos de todos los gendarmes de Francia.

Además, Monsieur Bonnaventure es un conversador brillante. Animado por los lucrativos viajes a Saint-Germain-des-Prés, recuerda ahora las épocas pasadas, cuando iba a buscar mantequilla a Normandía con un taxi de pedales.

—Mirándolo bien —dice llenando otra vez su vaso—, yo podría haber terminado en la cárcel, exactamente igual que ustedes. Todos teníamos un pie dentro de ella cuando los alemanes nos cortaron el grifo. Y cuando se había conseguido sacar un par de libras de mantequilla a esos malditos campesinos de Normandía, que cada vez eran más desvergonzados, no se podía uno sentir seguro hasta encontrarse de nuevo dentro de sus cuatro paredes. Pero éramos más astutos que los alemanes. No me creerán si les digo a cuántos oficiales he llevado pedaleando por París sin que tuvieran la menor sospecha de llevar una bola de mantequilla debajo de su asiento. —Se frota las manos, orgulloso y alegre al rememorar este pasado—. Les tomábamos el pelo bonitamente. Cuando pienso lo que ocurría en el Lido...

—Por lo que sé —objeto—, también se divirtieron mucho en el Lido.

—Pues claro que se divirtieron, igual que ahora los americanos. Los que tienen dinero no se aburren nunca en París. Pero en el Lido no había solo alemanes, sino también los grandes especuladores y agentes de todos los matices. Naturalmente, también la Gestapo, pero les garantizo que los agentes de la Resistencia hicieron negocios estupendos. Colaboraban con el primer camarero, un belga llamado Bob que intentaba averiguar todos los secretos de los alemanes. Era uno de los tipos más osados que he conocido. Proporcionaba a los alemanes informaciones falsas y a nuestra gente las buenas.

—Así, pues, el Lido era un auténtico centro de espionaje...

—Pues claro que lo era. Y, como es lógico, los cuerpos desnudos de las mujeres servían para poner de buen humor a los alemanes, lo mismo que ocurría con Madame Pipí.

—¿Quién era esa mujer?

—La más refinada servidora de los lavabos que he conocido. Lo que no contaban

los de la Gestapo mientras bebían champaña, lo contaban al orinar, y Madame Pipí lo contaba enseguida todo a Bob, el camarero mayor. Y los alemanes la tenían por una mujer callada porque les vendía tabaco inglés a unos precios de escándalo. Un hermoso Navy-Cut amarillo que traían los pescadores del Canal. Era lo que apreciaban esos monos que solo fuman rubio y no tienen ni idea de lo que es el auténtico tabaco negro, lo mejor que hay. La mujer tuvo que ganar una fortuna con el tabaco.

—Usted también sabía desenvolverse.

Monsieur Bonnaventure me mira compasivo como un profesor que notara un patinazo de un alumno auxiliar.

—Un verdadero taxista de París, querido, sabe desenvolverse en todos los sitios. Incluso he conocido a Léon Voltera, el propietario del Lido. Por lo demás, era el alcalde de Saint-Tropez, y si a mí me hubiesen salido durante la guerra las cosas tan bien como a él, no tendría necesidad de pasear por París a ningún trasto caprichoso. *Mais que voulez vous?* Uno lo sabe todo, pero da la casualidad de que sigue pegado a su volante.

Los taxistas de París viven las cosas más increíbles. Parece ser que aquí han cambiado muchas cosas. Pero, a pesar de lo interesante que todo nos resulta, acaba invadiéndonos un cansancio terrible.

No hay camas, pero madame Bonnaventure arrastra dos colchones al pequeño cuarto que Henri comparte con su hermano, y dormimos tan bien como no habíamos dormido desde hacía mucho tiempo. Verdad es que el hermano nos molesta un poco hacia las siete, pues tiene que acudir a su trabajo, pero luego seguimos durmiendo hasta las diez, porque Henri se ha tomado un día libre. En la cocina hay un café con leche humeante y unos crujientes croissants. Hace ya tiempo que el dueño de la casa está corriendo con su auto por París, y madame disfruta al observar nuestro magnífico apetito.

Lo principal es que los Bonnaventure no han notado nada. Esta noche estaremos sentados en el tren de Belfort suponiendo que Henri venda el reloj de oro.

—Tenemos que ir a la orilla derecha —indica Henri—. Aquí no hay quien compre un reloj de oro. Lo intentaremos en Pigalle.

A estas horas, cuando no tiembla ninguna luz fluorescente, la Place Pigalle aparece un poco clorótica y casi aburguesada. En el café Soleil Levant, el *garçon* se hurga la nariz, pero esto no tiene importancia para los dos viejos miopes que esperan su aperitivo. El asfalto del bulevar Clichy despide un brillo negro bajo el agua arrojada por las mangas de riego de los barrenderos. Aquí no se hacen transacciones comerciales a esta hora.

Pero un poco más lejos hay joyeros, en las inmediaciones del Gaumont Palace. No son establecimientos magníficos como los de los grandes bulevares, pero sí lo adecuado para nosotros, pues aquí no se pregunta por el origen de la mercancía.

Pero, por desgracia, el reloj de la primera comunión de Wolfgang Schlegel, con la

dedicatoria grabada de tía Emma, resulta ser un objeto realmente dificultoso. El hecho de que el oro de catorce quilates no sea corriente en el comercio francés nos ocasiona problemas inesperados.

Tres joyeros se encogen de hombros con expresión de sentimiento y el último sonríe descaradamente como si supiera de cierto que habíamos robado el reloj la noche anterior. Sin embargo, cree poder embaucarnos con un precio ridículo.

—Así no puede ser —digo una vez que hemos salido de la tienda—. El próximo llamaré a la Policía y en tal caso podemos hacer la maleta. Tenemos que tratar con la gente del mercado negro.

Henri se muestra de acuerdo, pero opina que todavía es demasiado pronto para esto. Solo los árabes están ya animados a esta hora.

—Pues entonces vamos a ver a los árabes.

Schlegel empieza a ponerse nervioso. El reloj es suyo al fin y al cabo y los del mercado negro le resultan sospechosos, sobre todo si se trata de árabes.

Henri lo tranquiliza:

—No tienes por qué sentir miedo. A fin de cuentas tengo un documento de identidad en el bolsillo y haré solo el negocio. Vosotros mirad desde lejos y no os mezcléis en absoluto.

Encuentro buena la idea, pero Schlegel se desprende a disgusto de su reloj, del magnífico objeto que debe llevarnos a Suiza.

Henri se dirige al primer árabe que ve en la calle Elysée des Beaux Arts, la cual, según me enteraré más tarde, fue antaño la perdición del célebre *Papillon*. Negocian un par de minutos. Y el individuo, de nariz ganchuda como Mokri Mustafá, pero de pequeños ojos punzantes, parece estar interesado en la operación. Sin embargo, Henri lo deja plantado y regresa adonde estamos.

—Quería que le dejara el reloj cinco minutos, pero yo soy tan zorro como él. No hubiéramos vuelto a verlo.

—Tendríamos que encontrar uno que se dedique a comprar objetos robados. Ciertamente no nos pagaría mucho, pero sería lo más seguro.

—Pero ¿cómo quieres encontrar uno? Da la casualidad de que no andan por ahí en cuadrilla, y además no se les puede conocer como a las prostitutas.

—En todo caso, no adelantamos nada así. Tenemos que reflexionar.

Lo hacemos en una sucia taberna de la calle Lépici. Nos sentamos a una mesita redonda que hay en el fondo y Henri invita a cerveza. Ninguno de los tres tiene hambre.

La gran idea llega con la segunda cerveza:

—Tenemos que vender el reloj a un americano.

Henri me mira con ojos escépticos, pero yo estoy como electrizado.

—¿No lo comprendes? ¡Un reloj alemán de la primera comunión, y con dedicatoria grabada, es un recuerdo de guerra fantástico!

—¿Y dónde vas a encontrar un americano?

—Supongo que no actuarán de forma distinta a como lo hacían antes los soldados alemanes. Ha de haber bandadas de ellos en las inmediaciones de la Torre Eiffel.

Este razonamiento es evidente para los dos.

Henri llama:

—¡*Garçon*, la cuenta!

Acto seguido cogemos el metro en dirección al Campo de Marte.

Es primera hora de la tarde y hay relativamente poco tráfico. Los que disponen de tiempo y dinero no han llegado aún a los postres. No son los días despreocupados de antaño, pero el tiempo se vuelve a distribuir como en los tiempos de la paz.

Las flores de verano muestran en el Campo de Marte el mismo esplendor que desde tiempos inmemoriales. Estuve aquí cuando tenía trece años de edad, y la Torre Eiffel me había parecido más pequeña que en las tarjetas postales.

Así era antes. Ahora soy un proscrito y tengo que observar los movimientos de los demás. El que nos capture conseguirá seis mil francos de recompensa por cabeza, así han cambiado los tiempos. A pesar de todo, es hermoso que las flores florezcan como antaño, en el verano de 1936, cuando vi por vez primera esta torre.

Realmente encontramos aquí a los americanos con sus máquinas fotográficas. La idea ha sido acertada y no tardaremos en comprobar si es valiosa o no. En cualquier caso, la Torre Eiffel es el fondo apropiado para una fotografía de recuerdo, para la fotografía que irá por vía aérea a Massachusetts y Ohio en los próximos días.

—Buscaremos uno que vaya solo —propongo—. Será más peligroso negociar con todo un grupo.

Encontramos el hombre al cabo de diez minutos. Fotografía hasta la última piedra y ha de tener dentro de la máquina una película interminable. Parece un poco intratable, pero, sin embargo, también la clase de persona a quien pudiera interesarle un reloj alemán.

—*Want to buy a watch?*

—¿Qué clase de reloj?

Saco del bolsillo el reloj y le enseño la dedicatoria grabada en la tapa flexible. Y ahora me doy cuenta de que tía Emma se lo regaló a Wolfgang en 1936, el año en que estuve por primera vez en este lugar. Tía Emma no podía sospechar que había regalado a su sobrino un objeto tan importante.

El americano muerde el anzuelo. Temo por un instante que me arranque el reloj de la mano y salga corriendo, pero es un individuo honrado que incluso entiende algo de oro: examina el contraste y se hace traducir lo grabado en la tapa.

—*How much?*

Ahora tengo que jugármelo todo a una sola carta. Siempre se podrá seguir regateando si está interesado en la compra.

—*One hundred dollars.*

El americano saca una gastada cartera de bolsillo de los ajustados pantalones.

—Llevo encima solo la mitad.

Cincuenta dólares. Calculo con rapidez. Esta cantidad podría ser suficiente para los billetes de ferrocarril, pero no nos sobraría nada. Y también tenemos que vivir.

—*Sorry* —digo—. El reloj vale lo menos doscientos dólares, eso sin contar su valor sentimental.

—*Sorry too* —contesta él—. Lo habría cogido de buen grado, pero usted mismo ha podido ver lo que llevo en la cartera.

Tiene tanta confianza en mí que me pone los billetes en la mano. Con la Torre Eiffel a nuestras espaldas, estamos frente a frente como dos negociantes que lamentan mutuamente no poder llegar a un acuerdo. Con el rabillo del ojo veo que Henri y Wolfgang estiran el cuello en el banco donde están sentados. Estoy ya dispuesto a cerrar el trato cuando veo el reloj de pulsera del americano. Es antichoque y submarino, exactamente lo que se busca hoy y que se podrá vender mucho mejor que el viejo reloj que le ofrezco.

—Cerraré el trato si me da su reloj de pulsera además de los cincuenta dólares.

Duda un segundo, pero acto seguido se lo quita de la muñeca y lo pone sobre los billetes que aún tengo en la mano.

—*Okay, boy*. Acepto.

Me guardo el reloj y el dinero en el bolsillo de los pantalones y le estrecho la mano, tal vez demasiado fuerte. Pero él también está contento.

Henri, Schlegel y yo nos sentamos en un banco como tres chiquillos después de un golpe que les hubiese salido bien. En mi bolsillo crujen los billetes americanos que Henri se encargará de cambiar ventajosamente en cualquier mostrador, pues nadie va al Banco con dólares en papel. Y además tenemos el reloj de pulsera. Cincuenta dólares entre los que se dedican a esto, pero de todos modos seremos ricos aunque obtengamos menos.

Experimento una sensación agradable y siento que el viento del verano me acaricia suavemente la cara. El cielo se ha tomado más claro. Solamente Schlegel se muestra preocupado todavía.

—No os alegréis demasiado pronto. Primero hay que vender el reloj y cambiar el dinero.

—Esto no es problema —replica Henri—. Estos relojes son dinero contante y sonante y le besan a uno la mano cuando cambia dólares.

—A pesar de ello no podemos andar sentados de un sitio para otro por aquí como si fuésemos turistas. Primero tenemos que solucionarlo todo y después te invitamos a comer.

—De ningún modo. Aquí pago yo.

—Ni hablar. Ahora nos toca el turno a nosotros y podemos permitirnoslo. ¿Sabes dónde podría vender el reloj?

—Eso no tiene importancia. Iremos a la próxima taberna, junto a la Escuela Militar.

—Pero me gustaría venderlo en Saint-Germain-des-Prés.

—Estás soñando. ¿Por qué atravesar todo París?

—¿Por qué no? Ya no importa media hora más o menos y en ninguna parte estamos tan seguros como en el metro.

—En la cárcel tenías menos pretensiones. Además, a esta hora no podrás ver a esos pájaros, pues están durmiendo. No se despiertan hasta la noche.

—Pero podemos echar un vistazo al Tabou.

—Ahora está cerrado.

—Pues entonces al café Flore.

Henri se encoge de hombros:

—*Mon père t'a bourré le crâne*. Mi padre te ha hinchado la cabeza. Pero vamos si tanto lo deseas.

Todos los parisienses son así. Hablan como si esta ciudad fuera la más aburrida del mundo, pero esto es una desdeñosa presuntuosidad. Cuando están fuera lo miden todo por el rasero de París y lo encuentran todo demasiado pequeño. Desde que estoy al lado de Henri he dejado de acordarme de que no tengo documentación. Todo me parece ligero y bajo brincando las escaleras de la estación del metro de la Escuela Militar como un gorrión a quien le importan un comino las cosas sin importancia. Schlegel camina más despacio, pues ha de procurar que no se le bajen los pantalones.

Saint-Germain-des-Prés me produce una gran decepción. Durante el día es un barrio que carece de atractivos, no tan soso quizá como Belleville y con un poco más de color que Ménilmontant, pero casi aldeano, con árboles de copa ancha y una pequeña iglesia cuya torre achatada está cubierta por un puntiagudo remate. Alrededor las mismas obesas amas de casa que en la plaza de Italia, donde vive Henri, y el mismo griterío de las verduleras. Las mismas tabernas y los mismos *clochards* que se apoyan durante una hora en el mostrador discutiendo delante de un pequeño vaso de vino tinto.

—No es para volverse loco —digo a Henri.

—Ya te lo había dicho, pero da la casualidad de que tú has querido siempre pasarte de listo. En Saint-Germain se vive en los sótanos, y solo de noche. Allí tienes el café Flore, con el mismo aspecto de otros mil.

Entramos en una taberna de la calle Saint-Guillaume. Tiene el mismo aspecto que las otras y tampoco la gente tiene un aspecto distinto del de las de Belleville. Obreros y empleados modestos que se echan al coleteo un tinto o un rosado o quizá también un Pernod para rematar un día de trabajo. Se bebe con moderación, pero se habla mucho. Henri, a quien he dado el reloj, tiene que abrirse camino a empujones hasta llegar al mostrador, detrás del cual manipula en mangas de camisa el dueño del establecimiento. Después de haber hablado Henri con él en voz baja, los dos desaparecen detrás de una puerta en la que figura la inscripción «*Privé*».

Los dos vuelven al cabo de cinco minutos. Henri me guiña el ojo como antaño en la Bonne Nouvelle, cuando habíamos acertado con la patata oportuna, y ahora sé que podemos pagar el vino rosado que he pedido para Schlegel y para mí.

Henri se sitúa a nuestro lado sin despegar los labios y pide una ronda de coñac.

—Otros cuarenta dólares por el reloj —me susurra. Y aunque nunca he sabido calcular con rapidez, pienso que podremos sacar como mínimo cuatro billetes de ferrocarril hasta Belfort.

Los billetes hacen un bulto en el bolsillo derecho de los pantalones de Henri. De buen grado le abrazaría cuando desandamos el camino hacia el Metro.

—En realidad no ha sido ningún problema —explica con una sonrisa irónica—. Y ahora vamos derechos a la estación de Austerlitz a sacar los billetes.

Henri se encarga de sacar los billetes mientras nosotros nos ocupamos de elegir la comida. Nada de andar con ahorros, cosa que se comprende sin necesidad de explicaciones. El camarero presenta una lista de platos de dimensiones considerables y es una satisfacción agradable ver cómo Henri la ojea con displicencia.

Por la ventana frente a la cual estamos sentados penetran los últimos rayos del sol de verano, ya muy bajo. Nos sentimos libres como las personas que circulan apresuradas por la acera.

—Hace un año que nos conocimos, Henri, precisamente por esta época.

No tengo por qué hablar en voz baja, pues el restaurante está casi vacío.

—Cuando llegaste aquel día al refectorio —observa Henri—, sentí un gran enojo por el hecho de que yo, un combatiente del FFI, tuviera que estar con un alemán en un sitio maloliente. Fue una cosa graciosa, ¿no lo crees así?

—Naturalmente. Pero ¿no era la Bonne Nouvelle entera una cosa graciosa? Colaboracionistas, combatientes de la Resistencia, ladrones y rufianes. Y entre ellos un alemán.

—Pero ¿qué has hecho desde que saliste de la Bonne Nouvelle? —quiere saber Henri. Bajo la mirada de sus padres no habíamos tenido hasta ahora la menor ocasión de hablar sensatamente. Y mientras el camarero sirve los entremeses, le cuento todo lo ocurrido desde mi salida de la Bonne Nouvelle. Solo siente desprecio por la recompensa que consiguió aquel viejo en Forbach, pero la mala suerte que tuvimos con el tren americano de mercancías a él le hace montar en cólera.

—De todos modos hay una justicia reparadora —dice—. Ha sido un americano quien os ha comprado el reloj que nos estamos comiendo ahora.

—Y que nos llevará hasta la frontera, aunque no lo habríamos conseguido sin tu ayuda.

Sin embargo, Henri no quiere escuchar nada de esto:

—¿Acaso crees que habría dejado de ayudar a un camarada?

—De todos modos, has tenido que correr un poco de riesgo.

—No digas tonterías. Eres amigo mío, y contra eso la política no puede nada.

Los filetes llegan acompañados de una gigantesca fuente de patatas fritas. Schlegel abre los ojos como un niño asombrado y se lanza como un azor sobre la presa. Tengo que pedir agua para alargar el vino. No por razones de economía, pues podríamos permitirnos cinco botellas, pero Schlegel se muestra demasiado

imprudente empujando con sendos vasos de vino las patatas fritas.

—Si sigues así, te pasarás la noche entera en el retrete, y en Belfort tendré que llevarte a que te vea un médico. Mira a Henri que come como un señor.

—No es ninguna maravilla —dice irónicamente Schlegel—. Al fin y al cabo él vive como un gusano en el queso.

Lo ha dicho en voz baja y en alemán, pero se contiene y deja de meterse patatas fritas en la boca como si se tratara de leños en una estufa de placas de loza. Incluso comienza a masticar.

Pero ninguno de los dos conseguimos igualar a Henri en su soltura de movimientos al comer, porque eso a los franceses les viene desde la cuna. La forma ágil y juguetona de cortar la carne, el modo de fragmentar el pan que sirve de esponja para la salsa y de empuje para el tenedor, y el rápido, pero no apresurado, movimiento al llevarse la comida a la boca, tienen la naturalidad del gorrión que picotea y del sibarita que disfruta comiendo, y es algo que no se puede aprender. No resulta fácil jugar a ser francés. No basta llevar boina.

De postre hay fruta y queso, pero el camarero lo retira con bastante rapidez cuando ve los agujeros que le hacemos.

Fuera tiemblan las luces fluorescentes del bulevar y una pareja estrechamente abrazada estudia la lista de platos expuesta en la ventana. La muchacha aprieta contra el cristal su nariz respingona, y se tiene la impresión de que las comisuras de los pintados labios, levemente abiertos, están húmedos a consecuencia del goce anticipado.

Pero en esto queda todo. Mueve la cabeza, vacilando al principio, pero con firmeza después. Demasiado caro. No en todos los bolsillos crujen los billetes como en el mío. Es una pequeña satisfacción, aunque demasiado pequeña para permitir un brote de arrogancia. Ellos no tienen dinero, pero la guerra ha dejado ya de perseguirles y se amarán esta noche. No hay que pensar en ello.

El tren partirá dentro de media hora y Henri nos acompaña al andén. Quiere tener hasta el último segundo la seguridad de que no nos pase nada.

—*¡Au revoir*, Henri, gracias por todo!

Cuando el tren se pone en marcha, Henri saca un blanco pañuelo de bolsillo, cosa que no cuadra con él. Lo mantiene muy alto hasta que se convierte en una mota diminuta que desaparece en la noche.

¡Adieu, Henri!

EL TREN traquetea a través de la noche. Schlegel, reclinado como un príncipe en su rincón, mordisquea los dátiles de Argelia que Henri nos ha dado por la ventanilla para que vayamos masticando algo durante el viaje.

En el departamento viajan cuatro personas inofensivas. Podría dormir si Schlegel no anduviera siempre murmurando disculpas y pasando por encima de las diversas piernas. La abundante comida ha repercutido en él de una manera lógica, pero por desgracia no se puede alquilar el retrete de un tren expreso.

Con el alba hace acto de presencia el miedo normal. Belfort es parecido a Metz. La frontera está cercana y caeremos en la ratonera si se llevan a cabo operaciones de control en las barreras.

Pero solo exigen el billete, y a poco nos encontramos frente a la fachada gris de ladrillo de la estación de Belfort. Apenas son las ocho. No incurriremos en el mismo error de Metz. Pasaremos el día en la ciudad y nos dirigiremos a la frontera solo cuando se haya hecho ya de noche. La ciudad se llama Delle y, según el mapa, la barrera levadiza tiene que estar en la misma estación.

Belfort es lo bastante grande como para contar con un establecimiento de baños y apenas han transcurrido veinte minutos cuando nos encontramos ya debajo de unas humeantes duchas. El placer es casi más intenso que el que experimentamos con la comida en la estación de Austerlitz y de buen grado lo prolongaría hasta el mediodía. Pero tenemos que salir al cabo de una hora. Sería una estupidez llamar la atención tan cerca de la frontera.

Todavía es temprano, y los cines de provincias no abren antes de las tres de la tarde. Pero tenemos dinero y nos parece recomendable un desayuno abundante.

Encontramos el bar adecuado en una calle lateral muy próxima a la estación: obreros sin afeitarse que se cubren con la boina, discusiones sobre nada y una obesa tabernera que nos acerca un humeante café con leche, croissants y dos tazas en una parda bandeja de plástico que se balancea en las manos de la mujer.

—El día es aún condenadamente largo —susurro—. Tómame tiempo. Iré a buscar unos periódicos. Hemos de permanecer aquí una hora como mínimo.

Cuando vuelvo con los periódicos, mi compañero está fumando y ha pedido dos copas de coñac. A poco se convierten en cuatro porque necesitamos tener ánimo y porque bebemos con demasiada rapidez. Pero el coñac por la mañana no es conveniente para unos indocumentados como nosotros. Rehúso la tercera ronda y nos vamos a dar un paseo. Encontramos un parque donde hay unos bancos libres.

—Casi como en Heidelberg.

—Sí, pero no es tan romántico.

No me agrada su seguridad. De todos modos, quedan todavía unos treinta kilómetros hasta Delle. Tal vez la gente de aquí no sepa todavía que se dan

recompensas por cabeza.

Deambulamos por el parque con marcada despreocupación. A las dos y media saco entradas para un cine moderadamente lleno donde se proyecta una película malísima. El noticiario semanal proporciona un soplo de actualidad internacional y, después de todo, no llama la atención el hecho de permanecer sentado cuando comienza la siguiente proyección. No salimos del cine hasta las siete poco más o menos. El tren saldrá para Delle dentro de media hora.

Pero la partida en este lugar es completamente distinta de la de París. No porque no haya alguien en el andén haciendo señas con la mano, sino porque la proximidad de la frontera puede convertir este tren en una peligrosa trampa. Cada uno de los que viajan puede ser un cazador de recompensas. ¿Y quién puede saber si la policía de investigación criminal no hará pruebas al azar?

He comprado más periódicos, pero no hacemos más que hojearlos nerviosamente. Y Schlegel, incómodo, mira de soslayo en todas direcciones.

Estamos llamando la atención, lo noto hasta en el cortísimo pelo cubierto por la boina. Si hay policía de investigación criminal en el tren nos descubrirá en cinco minutos. Quizá se pueda salvar todo aún si no viajamos a la ratonera de Delle.

Los árboles proyectan alargadas sombras bajo los últimos rayos de sol. Sin embargo, llegaremos demasiado pronto, si es que llegamos. El atardecer es todavía bastante claro para policías y cazadores de recompensas.

Hay que permanecer sentado y sujetar los nervios. Lo de ahora es mucho más duro que evadirse de un campo de prisioneros. El revisor se contenta con taladrar los billetes y cuando el tren penetra en la estación de Delle nos encontramos todavía tan libres como en el momento de subir.

Veo la barrera levadiza antes de que chillen los frenos. Solo pocos metros detrás de la barrera, donde aduaneros y guardias se mueven de un sitio para otro. Tenemos que pasar por aquí. El tren penetra en Suiza, pero sería una locura pretender esconderse en el lavabo.

Descienden cincuenta viajeros, quizá setenta. No hemos despegado los labios desde Belfort y tengo seca la garganta. Doy a Schlegel una palmada en el hombro para que comprenda que los que llegan con la boca cerrada resultan más sospechosos que los que hablan. Hay que charlar aparentando que se debaten asuntos de enorme importancia.

El método es sencillo. Si actuamos con serenidad no provocaremos sospechas de ser prisioneros de guerra y, con un poco de suerte, los aduaneros y los guardias se imaginarán que tienen sus documentos en regla unas personas que discuten vivamente. Hablo a Schlegel de un asunto sin importancia, pero con mucha energía. Mi camarada colabora tan bien como si hubiéramos practicado esto ya mil veces.

Nos acercamos a la barrera y se forma una pequeña cola. Ya no puede ocurrirnos nada si conseguimos deslizarnos por el ojo de esta aguja. Mientras hablo, me aventuro a echar una ojeada a los gendarmes. Están haciendo comprobaciones al azar,

pero la mayoría no necesita más que entregar el billete. Si cogen a uno de nosotros, el otro seguirá su camino sin volver la cabeza, según hemos convenido.

Todavía cinco metros, todavía tres. Schlegel va ahora detrás de mí, y delante de mí hay una mujer gruesa con una pesada maleta. Jadea un poquito por el esfuerzo de llevarla, pero no puedo ayudarla, pues a lo mejor hace contrabando y en tal caso me vería metido en un lío.

Siento que no se me haya ocurrido la idea de ponerme un cigarrillo entre los labios, operación que da más seguridad, pero ahora es demasiado tarde.

La gorda pasa sin que la controlen, pero me cierra el camino, pues ha depositado la maleta en el suelo. Noto en el cuello el aliento de Schlegel. Un gendarme aparta en este momento la maleta.

—Está impidiendo por completo el paso, madame. Por favor, deje que pase la gente.

Dos segundos después he cruzado la barrera, seguido de Schlegel. Torcemos enseguida hacia la derecha. Por la izquierda se aproxima a la barrera un destartado camión que atrae la atención de los aduaneros.

Saco unos cigarrillos después de doblar la próxima esquina. La calle está casi vacía. Comienza a oscurecer.

Siento que las rodillas se me doblan y me tiembla en la mano la cerilla. Schlegel da una chupada profunda, pero tiene los nervios más sólidos de lo que yo habría creído. El miedo ha desaparecido de sus ojos.

No hay mucho de qué hablar. A la derecha de la calle, hacia el sudeste, se alza la oscura pared del bosque, por el que ha de cruzar la frontera. Cinco minutos después hemos desaparecido entre los árboles.

—¿Crees que puede habernos visto alguien? —pregunta Schlegel.

—No lo creo, pero tenemos que buscar un escondrijo por si acaso. Primero ha de hacerse noche cerrada. Disponemos de toda la noche para el par de centenares de metros que nos quedan.

—¿Nada más?

—De ningún modo. Delle está rozando la frontera.

La espesura de helechos ofrece un buen escondrijo, pero hemos de tendernos sobre el musgo húmedo que huele a moho y a hongos.

Estoy echado de espaldas, viendo claros de cielo entre los jirones de nubes, exactamente el tiempo que necesitamos. El bosque está silencioso.

Desde luego, esto no es descansar. Cuando se está tendido entre los helechos sin moverse y con los nervios en tensión, el bosque comienza a cobrar vida. Y hacen acto de presencia los susurros que me volvieron loco en las Ardenas, junto a Charleville. Y este es un bosque más peligroso, porque aquí termina Francia. Después de ochocientos kilómetros quedan solamente unos cuantos metros.

Los susurros se hacen de pronto más fuertes. Crujen ramas, y después se puede oír con claridad el ruido de unos pasos. Nos aplastamos contra el musgo, conteniendo

el aliento. Son unas botas que pisan el suelo duro y están muy cerca. Quizá se trate de un camino por el que patrullan los guardias fronterizos. Los pasos se alejan.

—Han pasado a unos diez metros —murmura Schlegel.

—Si ha sido una patrulla, pudiera ocurrir que tuviéramos un par de horas de tranquilidad. Esperaremos diez minutos y después probaremos suerte.

Avanzamos despacio porque el musgo es pérfido. Continuamente pisamos ramas podridas y entonces permanecemos quietos algún tiempo antes de dar otro paso. Tenemos que encontrar el camino y caminar paralelamente a él, pues entonces sabremos de qué dirección viene el peligro.

Es un sendero de apenas un metro de anchura, indudablemente el que utilizan los guardias fronterizos, y está tan trillado que amortigua el ruido de los pasos mejor que el suelo del bosque, lleno de maleza. Pero yo, sin despegar los labios, tiro de nuevo de Schlegel hacia el interior del bosque. Ni siquiera nos atrevemos a susurrar. Tal vez nos encontramos ya en Suiza.

La sensación de que puede haber un guardia fronterizo detrás de cada árbol nos paraliza la cabeza y las piernas. Tengo la garganta completamente seca. De pronto me hincó de rodillas y tiro de Schlegel para que haga lo mismo. Permanecemos unos minutos acurrucados entre los helechos escuchando con toda nuestra atención.

Unos rumores ligeros llegan de todas direcciones. Pueden ser producidos por el viento, aunque también por un corzo o un ratón. En una ocasión escucho voces, pero el sonido procede de la parte francesa.

Seguimos avanzando con una extrema lentitud. El monte bajo se aclara y se hace menos peligroso sentar el pie. Mejora la visibilidad, pues es mayor la distancia entre los árboles, y la luna brilla. ¿Nos habrán descubierto y nos están haciendo entrar en una ratonera?

De repente nos hallamos ante una masa oscura. Al principio pienso que el bosque vuelve a hacerse más espeso, pero luego veo que se trata de un muro. Tendremos que dar un gran rodeo si la pared pertenece a un edificio de la aduana.

Sin embargo, tiene más bien el aspecto del muro de un parque.

Nos aproximamos despacio, arrastrándonos. Junto al muro hay un camino de gravilla y seguimos arrastrándonos hasta el sitio donde el camino se desvía y el muro confluye con otro en ángulo recto.

El camino desciende hacia un pueblecito. Apenas hay cien metros de distancia hasta un farol, y a su luz veo con toda claridad un buzón con la cruz blanca.

¡Estamos en Suiza!

En la pared leo la palabra «Burrus». Es una finca del rey de los cigarrillos suizo, pero ningún rey puede sentirse en estos momentos más feliz que nosotros. Sin embargo, es ahora cuando nos damos cuenta por vez primera de no haber hecho proyectos para más adelante. Ninguno de los dos había creído que las cosas fueran tan bien. Es una sensación indescriptible saberse un hombre libre en un país libre.

—Se acabó ya el andar a gatas —digo—. Claro que esta noche no podremos

llegar a Basilea, pero sí hasta Delémont. Quizá nos coja algún auto. ¿Qué te parece si telefonara a mi tío?

—¿Tienes dinero suizo?

—Cambiaremos.

—¿Cambio oficial?

—¿Por qué no? Aquí nadie nos hará nada. Suiza no es un país neutral, sino también un país dispuesto a prestar ayuda. Estoy convencido de que incluso nos permitirán telefonar sin pagar. Al fin y al cabo, soy medio suizo y puedo citar el nombre de personas que me garanticen.

—Ya estás lanzado —dice Schlegel sonriendo irónicamente—. Pero a lo mejor estás en lo cierto. Yo tengo que acostumbrarme primero a que ningún policía pueda meterse más con nosotros.

Debe de estar aproximándose ya la medianoche, pues no encontramos a nadie en el camino del pueblo, únicamente hay luz en un restaurante, y durante un momento reflexiono si no nos vendría bien una cerveza para celebrar el éxito. Aquí, en la frontera, se puede pagar también con francos franceses, pero se impone el buen sentido.

Tenemos primero que buscar un arroyo para quitarnos de encima la suciedad del bosque.

Al salir de la aldea, donde un letrero indica que todavía faltan quince kilómetros hasta Porrentruy, nos encontramos con un ciclista y, diez minutos después, con un camión que, por desgracia, marcha en dirección contraria. Pero es una sensación deliciosa notar debajo de los pies el suelo de una carretera suiza y no verse obligado a tumbarse en las cunetas cada vez que se oye un ruido. Llegamos a Buix después de una hora escasa y nos sentimos ya tan dentro del país que inevitablemente celebraríamos nuestra victoria si hubiese aún un restaurante abierto. No hemos encontrado ningún arroyo, pero el barro se ha secado ya de tal forma que podemos quitárnoslo rascándolo.

Caminaremos por la noche y telefonaremos a tío Fredy cuando llegue la mañana. Quizá venga a recogernos y podemos esperarle en uno de estos cómodos restaurantes comiendo Rösti y Geschnetzeltes.

—Y pediré fresas con nata para postre —dice Schlegel.

La boca se nos hace agua mientras seguimos caminando.

De pronto, un hombre cubierto con un capote de paño de color verde aceituna aparece frente a nosotros como brotado del suelo y nos enfoca con el deslumbrante cono luminoso de una lámpara de bolsillo.

—*Vous êtes français?*

La boina. Nos ha tomado por contrabandistas, pero esto se arreglará enseguida. Se convertirá ahora mismo en amigo nuestro, pues Suiza es neutral y no nos entregará.

—Somos alemanes prisioneros de guerra y acabamos de cruzar la frontera por Boncourt. Tengo en Basilea un tío que nos ayudará.

La luz de la linterna de bolsillo recorre nuestras ajadas ropas y el guardia fronterizo parece satisfecho.

—Así que desean ir a Basilea...

—Sí. Puedo darle la dirección de un tío mío que vive allí. No seremos una carga para nadie. Descansaremos un día y seguiremos para Alemania a continuación. ¿O nos internarán?

—No, el asunto está correcto. Se trata solamente de cumplir algunas formalidades, y por ello he de rogarles que me acompañen hasta el puesto de policía.

Esto no suena bien y noto que tampoco le agrada a Schlegel. El hombre tiene una pistola encima, pero el arma está dentro de la funda y entre los dos podríamos dominarle con facilidad. Noto que Schlegel tiene la misma idea. Y el hombre también, pues su mano derecha se dirige como casualmente hacia el arma, pero después la deja caer.

—No tienen por qué tener miedo. Se trata realmente solo de una formalidad.

—¿Y seguro que no nos pondrán en manos de los franceses?

—Seguro que no. Es un asunto rutinario porque da la casualidad de que también nosotros tenemos nuestros reglamentos.

Schlegel me pregunta con los ojos, pero el guardia fronterizo suizo ha ganado ya. Vacilo solo un segundo.

—¿Podré telefonar a Basilea desde el puesto de Policía?

—Claro que sí. No hay ningún problema.

—Mi tío le dirá que no hay razón alguna para que usted nos detenga. En el peor de los casos estaremos con usted hasta mañana, pues entonces vendrá mi tío a recogernos.

En el puesto de Buix se hacen cargo de nosotros tres gendarmes de fronteras. Son hombres correctos, aunque se muestran un poco menos amables que el hombre que nos ha detenido. Hemos de dar nuestra filiación e indicar por qué sitio hemos cruzado clandestinamente la frontera. No hay motivo alguno para excitarse, cumplen tan solo con su deber.

Por desgracia, la situación se presenta de modo diferente a como nos la había pintado su colega, que se mira desconcertado las punteras de las botas cuando el jefe nos dice que tiene que ponerse en contacto telefónico con la policía francesa de Delle. Nos ponemos de pie de un salto, pero la puerta está vigilada por dos agentes.

—¡Nos ha hecho caer en una trampa!

—Lo siento, messieurs, pero las disposiciones son así. Tenemos que entregar todos los prisioneros de guerra evadidos. Ustedes no son los primeros.

—¡Pero su colega nos ha asegurado que no nos ocurriría nada!

Por el rostro del policía se desliza furtivamente la misma leve sonrisa con que los *surveillants* de la Bonne Nouvelle sacaban de los paquetes el tabaco oculto. Todos son iguales, tanto los de Francia como los pagados por la madre Helvecia.

—Posiblemente ha sido necesario para evitar que tuvieran ustedes alguna mala

idea —contesta. Y a continuación pide que le pongan en contacto con la policía de Delle.

Se ha cerrado la trampa, aunque los grandes ojos de niño de Schlegel quieren creer todavía en un error o un milagro.

—¿Podría telefonar a mi tío a Basilea, por favor?

Es la última posibilidad que nos queda, pero el jefe se hace el sordo. Repito la pregunta en voz más alta y doy dos pasos en dirección hacia él.

—Nos ha dicho que Suiza es un país neutral que no devuelve a los prisioneros de guerra, y todo el mundo lo ha creído así.

Se encoge de hombros con un gesto de pesar.

—Así era durante la guerra, pero ahora hace ya mucho tiempo que no internamos a nadie. Creo que tendrían que saberlo. ¿O acaso vienen de la Luna?

—Venimos de Ruán.

—¡Un hermoso trayecto! Lo habrían sabido si hubieran venido de un campo próximo a la frontera. Los camaradas suyos que proceden de Belfort o Besançon no andan por la carretera, pero, a pesar de ello, pillamos a la mayoría.

Suena el teléfono. Es la policía de Delle, y el gendarme suizo explica dónde pueden recoger la captura. Solidaridad internacional de los gendarmes. Ya no se puede hacer nada.

—¿Puedo, al menos, llamar a Basilea para hablar con mi tío?

El deber cumplido parece haberle vuelto más benevolente.

—¿Pueden pagar?

—Con francos franceses —digo poniendo doscientos sobre la mesa—. Puede guardarse el resto. De todos modos nos lo quitarían los franceses. Pero antes de hablar necesito imprescindiblemente ir al retrete.

Uno de los gendarmes me acompaña al exterior y se queda de guardia delante de la puerta. Envuelvo el dinero en papel de celofán después de enrollarlo y lo introduzco en el lugar cuya eficacia está ya bien demostrada. La boina cuelga delante del agujero de la cerradura.

No tarda la comunicación con Basilea. Son las dos de la mañana, y tío Fredy habla en voz muy baja por efecto del sueño, pero se despabila en el acto.

—Pero no es posible. ¿Dónde estás?

Le explico lo ocurrido y le suplico que hable con el jefe del puesto. Es inútil. Los reglamentos de la Confederación son inamovibles como las montañas de los Alpes, y la voz que suplica por teléfono desde Basilea rebota en ellos. Con un semblante impasible, el jefe del puesto vuelve a dejar el auricular. Actúa según las disposiciones, pero podría haberse ahorrado el gesto despreciativo hecho con las comisuras de los labios.

—Así, pues, te hacen volver a Delle —dice Fredy.

Casi me enloquece el hecho de oír al hombre que me ayudó a salir de la prisión y cuyo traje llevo ahora. Ha podido hacer algo contra los franceses, pero se ve

impotente frente a sus compatriotas.

—Sí —contesto—. Los franceses tienen que llegar de un momento a otro.

—¿Y qué ocurrirá después?

—El campo más próximo es el de Belfort. Probablemente nos llevarán allí y lo intentaré todo para permanecer en este campo.

No puedo decir más desde aquí. Sabe que pende sobre mí la amenaza del campo de castigo y que solo con artimañas conseguiré escapar a él.

—Bueno, pues mantén la cabeza bien alta —me anima Fredy—. Intentaré ponerme en contacto contigo estés en Belfort.

Acto seguido se queda muda la línea. Ha sido un fantasma de la técnica, y la realidad se presenta cinco minutos más tarde en forma de un negro automóvil de la policía. ¿Cuántas veces tendré que montar todavía en este cajón? Parece que los gendarmes hacen con frecuencia estos viajes y no se muestran demasiado rigurosos, pero no nos ahorran la colocación de las esposas.

EL INTERROGATORIO en el puesto de policía de Delle es rutinario y breve. A los individuos les resulta indiferente que hayamos huido de los americanos o de los franceses y no dudan de que procedemos del campo americano Philip Morris. La distancia les hace sentir respeto.

—No os excitéis y dormid un par de horas. A mediodía os llevarán al campo de Belfort.

A juzgar por las paredes llenas de garrapatos y las fechas que se suceden en breves intervalos, la celda con tarimas y ventanas enrejadas ha tenido que ser testigo de muchos desengaños. Leemos algunos estallidos de rabia impotente, habiéndose inmortalizado también algunos alemanes prisioneros de guerra. El último, de hace tres días, dice: «Los suizos son tan hijos de perra como vosotros, pero la próxima vez lo conseguiré».

La próxima vez. ¿Cuándo será? El alba penetra por entre los oxidados barrotes de hierro.

Al menos, antes de que nos vuelvan a esposar uno con otro, nos sirven una espesa sopa con carne. Una hora después nos encontramos en la ciudadela de Belfort, un extenso campo de prisioneros. Lo que importa ahora es si nos creerán o no el cuento del Philip Morris.

El interrogatorio lo efectúa un ayudante jefe. Tiene extendidas en la mesa nuestras mezquinas pertenencias.

El colega de Ojo de Pasta coge el cortaplumas y nos devuelve todo lo demás empujándolo sobre la mesa. Un escribiente alemán nos arroja a los pies dos viejos uniformes y unas botas.

—Vamos, poneos eso.

Utiliza el mismo tono que los amiguitos de Ruán.

—No te des más importancia que los franceses —le replico. Reacciona con un gesto tan agrio que produce alegría verlo:

—¿Creéis acaso que esto es un sanatorio?

—¡Vete a paseo, soplón! No te necesitamos.

Su cara se torna carmesí como la de un suboficial prusiano en los tiempos que daban leche y miel a estos amiguitos, aunque la leche era aguada y la miel sintética.

—¡Eso lo veremos ahora mismo! —brama—. ¡Soy el intérprete y el que levanta las actas!

Y acto seguido se dirige al ayudante jefe.

—*Ils sont très malpolis!*

Lo dice como figura en el libro de texto de cuarto curso y con un acento espantoso. Podré darle la puntilla si el ayudante jefe es un hombre medianamente sensato. Tengo que jugármelo todo a una carta.

—Creo, *mon adjudant*, que avanzaremos más deprisa sin su extraordinario intérprete —apunto.

El escribiente pretende bramar de nuevo, pero la mueca maliciosa del francés le hace sentirse inseguro. El ayudante jefe se halla dispuesto a oírnos sin necesidad de intermediario.

—Bueno, hablad entonces. Por lo que oigo, venís de El Havre.

—*Oui, mon adjudant*, del campo americano Philip Morris. ¿Quiere ver nuestros números de prisionero?

—No es necesario, caballeros —dice sonriendo con ironía—. *Prisonniers de luxe*, ¿no?

—Un prisionero es un prisionero, *mon adjudant*. Pero bien pudiera ocurrir que hayamos sido mejor cuidados que en los campos franceses de prisioneros de guerra.

—Y ahora los señores querrían de buen grado probablemente regresar a su campo de lujo, ¿verdad?

El asunto se va desarrollando bien y me hace sentirme audaz.

—¡Tenemos derecho a ser devueltos a los americanos, *mon adjudant*!

—Una leve equivocación. Los que pillamos aquí, en la frontera, nos pertenecen. América está lejos, pero aquí hay una industria que fue aniquilada por los alemanes y que necesita mano de obra. Por consiguiente, se acabó el pan blanco y el café.

Se frota las manos. Y me resulta difícil no ya no echarle los brazos al cuello, sino poner cara de decepción. Ojo de Pasta esperará en vano nuestro regreso.

—Bien, y ahora dad la filiación al escribiente. Después de pelaros tendréis vuestros treinta días de barracón de castigo. ¡El orden ante todo!

Doy un pisotón a Schlegel. De buen grado gritaría de satisfacción. Sin embargo, ¿por qué no jugar una nueva carta después de este sonado triunfo?

—Pero es que ya nos han pelado, *mon adjudant*.

—¡Que te crees tú eso! —sonríe con ironía—. Casi tres centímetros de largo, el corte de pelo americano moderno. No, la moda en el barracón de castigo es un poquito más corta.

—*Okay, mon adjudant!* Al fin y al cabo era solo un intento.

Hay que dejar en su poder el cuero cabelludo, aunque resulta molesto perder otra vez estos tres centímetros. Pero ¿qué es esto comparado con la certeza de quedarse en Belfort y conseguir un número francés de prisionero de guerra?

Este número figura cinco minutos después en el fichero y hasta se ofrece la oportunidad de aprovecharse de los defectuosos conocimientos de francés del escribiente. La alegría maligna de que ya no volveremos a gozar del pan blanco y del café y de que, además, nos pelarán al cero, lo convierte en un hombre tratable.

Incluso hasta permite que le eche una mano al rellenar la «*fiche*». En el apartado «Campo de procedencia», pretende poner: «*Evadé du camp américain Pilipp Morris*».

—*Evadé* es una equivocación —le digo.

—¿Y eso?

—Francés incorrecto. Tiene que decir: «*Vient du camp américain Philip Morris*». Este «*vient*» significa que hemos venido de algún modo, pero que no hemos huido.

—Por mí como quieras —dice—. En cualquier caso no podéis regresar allá.

Después nos envía al barbero, escoltados por un joven centinela francés.

—¿Por qué motivo les has hecho rectificar eso? —inquire Schlegel.

—Pues muy sencillo. No hemos huido, sino simplemente hemos venido. Por tanto no somos reincidentes y tenemos derecho a trabajar en cualquier sitio, incluso en las casas de los campesinos, ¿comprendes? Aquí, en la frontera, una cosa así es muy importante.

—¿Y crees que pasará?

—¿Por qué no? Sabes muy bien lo pesada que puede ser la burocracia de los campos de prisioneros.

Treinta cabezas rapadas nos saludan en el barracón de castigo. Como en Saint-Avold, se nota que la frontera está cercana. Muchos de ellos han sido atrapados en Suiza y devueltos a Francia y tenemos que contar con todo detalle lo ocurrido en nuestro caso, pues el intercambio de experiencias es lo más importante para cualquiera que intente probar suerte otra vez.

Les produce una gran impresión el hecho de que hayamos conseguido salvar la gran distancia que existe entre Ruán y la frontera. Ninguno ha llegado tan lejos, pero nuestra breve aventura en Suiza echa a perder la buena impresión producida.

—¿Cómo pudisteis ser tan tontos y coger la carretera principal?

—¿Cómo íbamos a saber que Suiza devuelve a los prisioneros de guerra? ¿Acaso creéis que eso lo anuncian en los tableros?

—Tiene razón —interviene un pequeño berlinés—. Tampoco lo sabía yo la primera vez que pasé al otro lado. Se ha de ir con los suizos con tanto cuidado como con los franceses.

Pero uno de Allgäu pretende estar mejor informado:

—Todo eso son tonterías. No prestéis atención a lo que dice este bocazas berlinés. Lo que tienes que hacer en Suiza es robar de verdad. O atizar a un guardia fronterizo de manera que esté listo para ingresar en el hospital.

—¿Y qué sacas con eso?

—¿Que qué sacas con eso? Pues que no te devuelven sino que te meten en la cárcel y vives como un príncipe. Por la mañana todo el cacao que quieras y una auténtica cama con colchón y sábanas. Lo único que tienes que hacer es actuar con la habilidad suficiente para que no te echen únicamente cuatro semanas, pues en tal caso no tendrás más que paja podrida y sopa de nabos tibia. La próxima vez que pase al otro lado haré una limpieza que no quedará ni un trapo viejo. Me tendrán que echar seis meses por lo menos. La cárcel es un auténtico sanatorio, os lo aseguro. Y me largo la última semana. Te presentas a reconocimiento médico alegando estar enfermo, vas a la clínica y te marchas dando un paseo.

Habrá que tomar nota de esto como de las tantas cosas que se aprenden cuando se est  entre rejas con la cabeza pelada al cero. Pero nosotros no tenemos motivos para quejarnos.

—Si piensas que Ojo de Pasta no conseguir  vernos más porque unos franceses nos ocultan aquí de otros franceses, podemos realmente sentirnos satisfechos —digo a Schlegel—. Nada de campo de castigo y, además, estamos junto a la frontera. Podemos llegar a Suiza dando un salto, y la próxima vez sabremos cómo hay que proceder.

Los días son t rridos y la vida es mezquina en el barracón de castigo. Estamos a finales de julio y no nos dan siquiera agua suficiente, por no hablar de comida. El sol hiere sin piedad el techo de chapa ondulada. En la Bonne Nouvelle se podía al menos beber el agua que se quería, pero todos los cuencos están aquí vacíos al llegar la noche.

Sin embargo, ofrecen algo. Una semana después se presentan unos agentes de la Legión Extranjera. Dos litros de vino, cuarenta cigarrillos, mantequilla y pan a cambio de un compromiso de cinco años. El que acceda marchar  enseguida a Marsella, al banderín de enganche, y tres días después será un legionario más en África.

El suboficial, que habla alemán a la perfección, extiende sus cebos sobre un mantel de cuadros que pone en el centro del barracón de castigo.

La boca se les hace agua a treinta hombres. Uno puede hartarse de comer, beber y fumar. Hay mujeres en África, y la soldada es buena.

—A mí no me interesa —dice el de Allg u, el que tiene intenciones de pasar unos meses en una prisión suiza.

De los treinta firman ocho que reciben acto seguido las especies que les corresponden. Cinco minutos más tarde están ya fuera sin que ninguno haya dejado siquiera uno de los cuarenta cigarrillos que les han dado a cada uno.

— Bestias! —dice Schlegel—. De buena gana hubieras arañado un cigarrillo durante el trato —respondo con sonrisa irónica—. Pero deja a esos pobres diablos que no saben los que se hacen. Hemos tenido en la Bonne Nouvelle a un legionario que anduvo diez años por Sidi-bel-Abb s y por Indochina. Era capaz de afeitarse con un trozo de cristal, pero estaba tuberculoso y sifilítico. Deja que se marchen esos hijos de perra que se venden por un pedazo de pan. Nosotros estaremos otra vez en Suiza dentro de un mes.

Parece que el aire se ha vuelto más limpio en el barracón de castigo después de haberse marchado los legionarios, pero el hambre continúa, y continúa también la fría aversión de los franceses hacia los hombres del barracón. Ocho días después se presentan a buscar hombres para las minas y la fundición de Montbéliard-Sochaux, y esta vez no es posible elegir. Necesitan quince hombres y los cogen. Yo soy uno de ellos y cumplo así una parte de mi castigo, mientras Schlegel continúa en el barracón. Antes de marcharme le doy la dirección de mi tío en Basilea. Ha sido para mí un

buen camarada y no debe quedarse desamparado.

Ir a Montbéliard-Sochaux es poco más o menos que ir a Gelsenkirchen-Schalke, pues el Sochaux F.C., financiado por la empresa Peugeot, desempeñó en el fútbol francés de los años treinta el mismo papel que el Schalke 04 en Alemania por la misma época. Era el equipo de gala de Francia, y la pareja defensiva constituida por Mattler y Cazenave disfrutaba en Francia de la misma popularidad que en Alemania los cuñados Szepan y Kuzorra, jugadores del Schalke 04.

Años atrás, cuando yo era un niño había visto a Mattler y a Cazenave jugar en el Parque de los Príncipes de París. También a Paul Jones y Reinhold Munzenberg, unos defensas fuertes como rocas. Y como el fútbol es algo internacional para el que le gusta, el viaje a Sochaux es casi sentimental. Pero se trata de una de esas especulaciones erróneas que uno hace cuando es prisionero de guerra.

La fundición de Sochaux es un edificio que amenaza ruina. No es extraño que hayan escogido el barracón de castigo para hacer el reclutamiento.

Trabajamos como bestias con un sustento que ni siquiera habría sido suficiente aunque hubiésemos permanecido tumbados el día entero sin hacer nada. Básicamente ningún desayuno, una sopa de agua con dos patatas al mediodía y tres patatas para cenar. Nada de pan y ninguna otra cosa si se prescinde de la sal.

Resisto dos días este trabajo, pero al tercero me doy cuenta bien clara de que esto no puede continuar así, pues nos iremos al otro barrio en poquísimos tiempo. No sé qué es lo peor en este sitio, si la brutalidad del director o la estupidez de los alemanes, que incluso se muestran dispuestos a realizar adicionalmente durísimos trabajos a destajo única y exclusivamente para tener por la noche dos patatas más en su plato de lata. Aproximadamente la mitad de ellos proceden así y se lleva una contabilidad precisa de ello.

Igualmente lo han comprendido tres de Allgäu que también han sido reclutados para este trabajo en el barracón de castigo de Belfort. Los tres permanecen muy unidos y se han evadido dos veces ya los tres juntos. Si la tercera fuga no resulta satisfactoria, también les hace guiños a ellos el campo de castigo, pero esto no les importa. Están firmemente decididos a intentarlo otra vez y me ofrecen ser de la partida.

Sin embargo, rehúso la oferta. ¡Cuatro juntos! Esto es casi un movimiento de tropas. Y en Toni Fickler, un campesino de Ottobeuren, rubio, de un metro ochenta de estatura y espaldas de mozo de cuerda, se adivina desde cien metros al alemán, aunque tenga la boca cerrada. Verdad es que los otros dos, Eugen Wisheu, guarda forestal natural de Ottobeuren, y Chrisostomus Zengerle, de Kempten, que trabaja en la fabricación de velas, son algo menos llamativos, pero intentar la huida cuatro hombres juntos es una insensatez.

Ellos lo comprenden, pero saben también que después de un par de semanas en este lugar asesino no tendrán ya fuerzas para escapar. Por ello la huida ha de ser emprendida uno de los próximos días, aunque el barracón donde nos encierran por la

noche está muy vigilado.

La mañana siguiente se soluciona de una manera inesperada la cuestión de si debo probar solo la suerte. Tengo una disputa con el capataz, pues adapto el ritmo de mi trabajo no a las instrucciones que me da él, sino a las de mi estómago gruñón. Cinco minutos después estoy en la oficina del director por haberme negado a trabajar. Y antes de que haya podido abrir la boca, me da una de esas bofetadas tras las cuales uno acostumbra medir mucho las palabras. Es un hombre que pesará más de cien kilos, con cuello de toro y malignos ojos de sapo.

—No puedo cumplir la cuota, *monsieur le directeur*, porque nunca he hecho esta clase de trabajo. Todavía no me he acostumbrado, y sin desayuno no tengo fuerzas por la mañana.

Otra vez restallan en mi cara aquellos dedos como morcillas.

—¡O sea que te niegas a trabajar, cerdo asqueroso!

—Yo no he dicho eso.

—Yo te diré lo que eres: un agitador que me está revolviendo toda la tienda. No volverás a trabajar más, ¿entiendes? Te echaré de aquí por *indésirable* y haré que vuelvas a la ciudadela de Besançon.

Un *indésirable* es un indeseable, y sé desde mi época de permanencia en la Bonne Nouvelle que un preso con este adjetivo calificativo no puede esperar nada bueno. La expedición a Montbéliard-Sochaux ha terminado de mala manera.

Me encierran en el barracón-dormitorio, pero puedo cambiar unas cuantas palabras con Eugen Wisheu, el guarda forestal de Ottobeuren, antes de que llegue el coche que ha de trasladarme a Besançon.

—¡Qué horror! —exclama al interesarse por mi situación—. La ciudadela de Besançon es un auténtico fuerte del que no se sale.

—No os preocupéis por mí. No puede ser peor que este sitio.

—Tenemos la intención de largarnos el domingo —me dice Wisheu.

—Bueno, pues que tengáis mucha suerte.

Eugen se hace todavía el remolón. Después me pregunta:

—¿Verdad que tú tienes un tío en Basilea? ¿No podrías darnos su dirección?

No me gusta la idea. Tal vez Schlegel esté ya camino de allí. Por otra parte, los tres de Allgäu son unos auténticos amigos a los que no se puede negar nada. La única duda es cómo reaccionará mi tío ante aquella invasión, pues no solo le costará dinero, sino que además le causará conflictos. Pero si llegan a Basilea, al menos podrán decir a Fredy que me hallo en la ciudadela de Besançon.

Le doy la dirección, y media hora más tarde estoy sentado otra vez dentro de uno de esos malditos Citroën negros. El conductor, que es el chófer del director, es tan odioso como este. Me aprieta de tal modo las esposas que se me clavan en la carne.

Tengo unos fuertes dolores de vientre y diarrea a causa de la sopa de nabos, y por ello he de pedir que se detenga en el campo, pero cree que es una trampa y se niega.

—Entonces cargará usted con la responsabilidad. No podré aguantar dos minutos

más.

Frena de mala gana. Hay unos arbustos al lado de la carretera, pero no me deja ir tan lejos. Cuando me ha quitado las esposas, me queda el tiempo justo para bajarme los pantalones. El conductor permanece a mi lado, pistola en mano. Pasan dos muchachas en bicicleta, sofocando la risa, cosa que le molesta a él más que a mí. Luego me arroja un periódico a los pies.

No sé por qué no me pone las esposas cuando continuamos el viaje, tal vez para no tener que tocarme.

No despega los labios hasta llegar a Besançon. Veo la ciudadela a mano izquierda cuando cruzamos el puente del Doub, y no tengo más remedio que recordar las palabras de Wisheu. Quien pretenda salvar estos enormes muros ha de tener un valor y una audacia especiales.

El coche se detiene en un puesto avanzado que hay en el sitio donde la carretera se torna pendiente y comienza el firme de losas de piedra. El conductor entrega su prisionero a un soldado, un argelino joven. El camino es una cuesta muy empinada y transcurridos treinta metros le ruego que me permita recobrar un poco el aliento, a lo que el soldado no se opone.

—¿Te han devuelto por estar enfermo? Estás blanco como la cal.

—Sí —contesto—. Sufro un cólico intestinal. Déjame sentarme un poquito.

El soldado se sienta a mi lado y yo miro de reojo el sobre que tiene en la mano. Allí está mi documentación.

—A ver, enséñamelo. Tengo que ver si han metido todos los papeles.

El hombre duda un instante:

—No sé si podrás abrirlo.

—¿Acaso piensas que se trata de secretos? Si falta el certificado médico me quedaré con las ganas de saber si estoy muy mal.

Esto lo convence. Abro el sobre y encuentro lo que había esperado: la ficha que llené personalmente en Belfort y una carta del director de la fábrica, que leo rápidamente. Quizás el argelino no sepa leer francés y tome la carta por el certificado médico.

—Está todo —explico pidiéndole un cigarrillo.

—Pero no deberías fumar si estás malo.

—¡Bah, no hagas caso! Si estuviera muy mal me habrían mandado al hospital y no a la ciudadela.

Y mientras el argelino busca fuego, la carta desaparece en mis bolsillos sin que él se dé cuenta.

El cigarrillo me sabe a gloria y el soldado se siente satisfecho de haberme hecho este favor.

—No se está tal mal en la ciudadela —dice—. Hay lentejas con frecuencia y hasta carne a veces. El comandante es una persona decente. No acapara productos para el mercado negro, sino que da a los prisioneros lo que les corresponde.

El argelino tiene razón. Cinco minutos después estoy en el cuarto del comandante, que solo mira por encima mis papeles.

—Vienes que ni a pedir de boca, muchacho. Ayer se llevaron mi intérprete al hospital y además hablaba un francés la mitad de bueno que el tuyo. Trabajarás en el despacho del hombre de confianza y puedes tener una habitación propia.

¡Intérprete y habitación particular! El señor director de la fundición sufriría un cólico biliar si sospechara lo que ha conseguido con este traslado. Pero el comandante no ha visto aún mi cabeza pelada al cero, oculta por la gorra de cuartel.

—Le debo una explicación, *mon commandant*. He pasado treinta días en el barracón de castigo por haber huido. —Y para atestiguar mis palabras me quito la mugrienta gorra.

—Bueno, ¿y qué? Has cumplido ya el castigo, y con eso queda liquidado el asunto.

Me acompaña personalmente a la oficina del «*homme de confiance*». Se llama Haid, es oriundo de Hechingen, una ciudad de Suabia, y antiguo suboficial de infantería de los buenos, de esos para quienes la tropa es más importante que los superiores. También él se muestra satisfecho de este rápido e inesperado hallazgo de un nuevo intérprete.

—Soy aquí el hombre de confianza alemán. Trabajarás en mi oficina y tendrás fundamentalmente a tu cargo el contacto con los patrones de los grupos de trabajo. Como podrás ver, tenemos muchos puestos en el exterior.

Señala un mapa de Estado Mayor que ocupa la mitad de una pared de su oficina. Unos alfileres con las cabezas de colores señalan los lugares donde trabajan los prisioneros de guerra de la ciudadela de Besançon.

—Los rojos corresponden a trabajos continuos —explica—. Un noventa por ciento son trabajadores del campo que viven en las fincas de los campesinos. Los verdes corresponden a trabajos de día en fábricas y son devueltos por la noche a la ciudadela. Tendrás que escribir un poco, pero eso te distraerá. Y yo cuidaré de que no te falte comida suficiente.

Y así, cuando menos lo esperaba, me veo agregado a la agradable burocracia del campo de la ciudadela de Besançon, comiendo en platos auténticos y durmiendo en una verdadera cama de campaña, entre sábanas de cuadros azules. Cierto que no sirven por las mañanas precisamente cacao ni café, pero sí una taza de malta con pan abundante. Y al mediodía una sopa de lentejas con tocino.

Prisioneros de guerra en situación de funcionarios. Si no fuese por los gruesos muros, la ciudadela de Besançon casi se podría considerar una hacienda. Los atardeceres de agosto son largos y la mirada se desliza a lo lejos sobre el valle del Doubs y los montes Jura hasta los Alpes suizos. Pero también están cerca las azuladas cimas de la Selva Negra, que se alzan en el noreste.

Cada semana faltan dos o tres cuando se pasa lista. Las cálidas noches de verano, que permiten dormir en los bosques, les han quitado el miedo al peligro. Pero los

guardias fronterizos y los cazadores de recompensas lo saben y están ojo avizor. Y los que consiguen llegar a Suiza no han ganado nada ni mucho menos. La mayor parte de ellos vuelven, son pelados al cero y cumplen su encierro de treinta días.

Dada mi condición de intérprete, estoy presente en todos los interrogatorios, y una y otra vez, por orden del comandante, tengo que recitar el discurso de siempre sobre la inutilidad de la fuga. Al contrario de Ojo de Pasta, el comandante ha depositado en mí una confianza que me avergüenza.

La situación discurre así quince días. Cada noche estoy hartado, y cada mañana me siento en la oficina donde está el gran mapa de Estado Mayor con los alfileres con cabezas de colores. Pero comienzan a irritarme las cabezas de alfiler, cada una de las cuales representa un trabajo. Los correspondientes a los puestos de trabajo en los montes Jura están clavados junto a la frontera suiza. Nunca ha sido más favorable la oportunidad de escoger un camino para huir. Todas las sendas están señaladas en este mapa.

Después de tres semanas no he avanzado todavía un paso. Se va acercando setiembre poco a poco, y la cosecha de cereales está en su apogeo. Cada día piden de las fincas del Jura nuevos prisioneros para segar avena. Los campesinos forman cola delante de mi oficina. En una ocasión hay entre ellos hasta una monja católica. Haid, el hombre de confianza, la mira tan asombrado como yo.

—Si vienen a buscar aquí gente para un convento de monjas, habrás perdido a tu intérprete —digo con una sonrisa irónica—. Me presentaré voluntario en el acto.

Pero antes de que pueda preguntarle en francés qué desea, gruñe en un alemán sin acento extranjero alguno:

—Tiene usted una lengua muy suelta, jovencito. —Después saca repentinamente de su negro bolsillo de piel una lata de ovomaltina y una carta sin franquear cuyas letras comienzan a danzar delante de mi vista—. ¿Se llama usted así? —pregunta.

—Sí, hermana. Y la letra es la de mi tío de Basilea.

—Lo sé, joven. Guárdese la antes de que entre algún francés. Deseo ayudarle, pero no quiero disgustos.

—Gracias, hermana.

—Soy la hermana Romanoff y vuelvo mañana a Einsiedeln. Me reuniré con su tío en Basilea. Si puede escribir una carta en cinco minutos, me la llevaré.

Escribo un par de líneas mientras el hombre de confianza permanece en la puerta para que nadie nos sorprenda. Todo queda listo en un par de minutos, y solo el bote de ovomaltina que hay sobre la mesa y la carta que tengo en el bolsillo demuestran que ha ocurrido algo extraordinario.

Las noticias que llegan de Basilea son tan estremecedoras que rompo enseguida la carta en trozos pequeñísimos. Wolfgang Schlegel, hambriento y destrozado, se presentó a medianoche hace tres semanas en casa de mi tío, de donde volvió a salir un par de horas después con ropa nueva para deslizarse a Alemania a través del alambre de espino en el Langen Erlen. Puedo imaginarme a la perfección dónde fue. Lo único

que tuvo que hacer fue descalzarse y atravesar la pradera que llega de la Selva Negra y que apenas acaba a la altura de la orilla en este lugar.

Pero esto no es todo. Toni Fickler y Eugen Wisheu, los dos de Allgäu, se presentaron dos días después. El mismo método, igual cruce de la frontera.

Todo ha salido a la perfección —escribe tío Fredy—, pero no espero que esto siga así. Por lo demás, tus dos de Allgäu perdieron uno durante el camino y cuento con que también ese uno se presente en cualquier momento. Pero después se acabó. Puede ser que vosotros veáis las cosas de otro modo desde detrás de las alambradas de espino, pero yo no soy un campo de tránsito. Dicho sea de paso, tengo la sensación de que te estás portando como un tonto de remate. Otros se pasean por Suiza como turistas.

La partida de ajedrez que juego esta noche con el hombre de confianza es un fracaso absoluto. Me da mate al cabo de un par de jugadas.

—Esta noche no puedes concentrarte. Tiene que ser la carta que ha traído la monja.

—Aciertas.

—¿Malas noticias de casa?

—Mi tío ha pasado a tres por la frontera y yo estoy aquí sentado rellenando formularios. Tendrás que buscarte mañana otro intérprete.

—¡De eso, ni hablar! El comandante te necesita tanto como yo.

—¡Tonterías! Nadie es insustituible. ¿Y no hemos hablado con frecuencia del derecho que todo el mundo tiene a fugarse? Además, ya no tengo elección. Lo comprenderías si hubieras leído la carta.

—Pues si es así enséñamela.

—Hace ya tiempo que está en la letrina. Lo mismo podría llevar dinamita encima. Los burócratas de los campos de prisioneros no tenéis la menor idea de las cosas explosivas, y casi habéis querido inculcarme también que no hay nada más sensato que lentejas con tocino y un grueso muro alrededor.

—¿Es que te va mal aquí?

—No he dicho eso, y sé también que este campo es bueno porque dispone de un buen hombre de confianza. Tú haces mucho por la gente y ellos te están agradecidos también. Nadie lo entendería si te fugaras, pero lo mío es distinto. Sabes que he estado siempre fugitivo o en el talego, aunque no te lo haya contado todo, pero sí te he hablado de Ojo de Pasta. ¿Acaso crees que podrías protegerme si se enterara de que me he escondido aquí con un número falso de prisionero? ¿Y quién puede garantizarme que no se enterará? Te digo que ha sido muy bueno para mí que haya venido esa monja. ¡No tienes derecho a retenerme aquí!

—¿Y si te lo ruego?

—No quieras tocarme la fibra sensible. Encontrarás un nuevo intérprete para tu campo modelo, y yo tengo que irme porque aquí no encajo. Quizá se deba a que os habéis hecho algo así como unos nidos calientes de cuyo calor no participo porque lo

que me ha ocurrido a mí es completamente distinto de lo sucedido con vosotros. Me he aprovechado de ello y me he recuperado bien, pero ahora tengo que poner punto final, créeme. Di al comandante mañana por la mañana que deseo trabajar fuera. Cómo lo hagas es asunto tuyo, pero piensa que mi situación será mucho peor que la de cualquier otro si se enteran en Ruán de que estoy escondido aquí. Solamente esto es una razón muchísimo más que suficiente para que me dejes marchar.

—Está bien —accede Haid después de reflexionar un poco recogiendo las figuras de ajedrez—. Cuidaré de que mañana puedas escoger tu trabajo.

Mi memoria retrocede esta noche de setiembre de 1946 al mismo mes de 1945. El tribunal militar de Ruán me condenó hace exactamente un año y ordenó mi traslado de la celda individual al refectorio de la Bonne Nouvelle. Mis posibilidades de escapar eran en aquel entonces de una entre mil. Pero los tiempos han cambiado. Aquí, en la ciudadela de Besançon, tengo un cincuenta por ciento de posibilidades, la frontera está cerca y el tiempo ha echado aceite sobre el oleaje de odio contra los alemanes.

PUEDO escoger el trabajo que más me convenga. Tiene que ser una hacienda campesina lo más cerca posible de la frontera. En el mapa de Estado Mayor, que todos los días he de arreglar de acuerdo con la situación, hay docenas de alfileres de cabeza roja tan cerca de la frontera suiza que, en realidad, uno tiene que maravillarse ante la moderada cantidad de evadidos. Ciertamente que el Doubs, que delimita la frontera, es un río de corriente impetuosa y se desliza con tal violencia entre unas pendientes de roca tan ásperas que él solo ha hecho dar la vuelta a muchos fugitivos. Esto es lo que cuentan los expertos en el barracón de castigo de Belfort. Pero también dicen que la vigilancia en el Doubs tiene mucho más huecos que en la frontera verde.

Esta es la causa de que el valle rocoso del Doubs me atraiga como un imán. Sin embargo, los aldeanos que se presentan la mañana siguiente solicitando prisioneros de guerra no viven en la zona conveniente. Necesito un campesino que viva en la frontera.

El hombre se presenta al mediodía. Tendrá unos treinta y cinco años. Tiene unas anchas espaldas y se toca con una boina. Se llama Alphonse Guillaume y es de la aldea de Le Ruissey, un pueblecito magnífico. Hace tiempo me sé de memoria los nombres de los villorrios pegados a la frontera. Está a cinco kilómetros escasos del Doubs, y al otro lado, a la misma distancia, está La Chaux-de-Fonds, una de las mejores aldeas a las que provee de mano de obra la ciudadela de Besançon. Este Alphonse Guillaume me interesa muchísimo, pero he de procurar que no se dé cuenta.

Me ofrece su callosa zarpa, gesto que realizan la mayoría de los campesinos que vienen a este campo. No es un gesto calculado, pues aunque sí es verdad que el prisionero es un auxiliar barato para la recogida de la cosecha, no le consideran en modo alguno una persona de segunda categoría.

—Tengo dos prisioneros, pues mi finca es bastante grande —explica Alphonse—. Uno de ellos se ha puesto enfermo y precisamente acabo de dejarlo en la ciudadela. Pero necesito imprescindiblemente que lo sustituya uno, pues hay mucho que hacer hasta entrado el otoño.

—No hay problema —digo—. Si he oído bien, usted viene de Le Ruissey, ¿no?

—*C'est exact*. Puede tener la seguridad de que todos los que trabajan conmigo están bien. No soy un explotador. Todos somos personas, ¿no es verdad?

Este Alphonse me resulta altamente simpático y miro de soslayo el gran mapa mural para estar seguro de que su pueblecito se halla realmente casi pegado a la frontera.

—¿Trabajo duro?

—Veinticinco vacas, cereales, patatas. Mi finca está a mil metros de altitud y completamente solitaria. Tengo los dos prisioneros también en invierno aunque no

hay mucho que hacer. Un poquito de destilación de genciana a cambio de un sustento de primera calidad. ¿No es una buena oferta?

—¡Claro que lo es! —admito. Posiblemente destilaré la genciana clandestinamente y la pasará de contrabando a Suiza.

—Pero tendría que saber ordeñar —prosigue Alphonse, que acierta mi talón de Aquiles, pues mi único contacto con vacas y toros se ha limitado a rascarles con temor la frente.

Me pongo a manejar el fichero. Me rechazará si le digo que no tengo la menor idea de lo que es ordeñar.

—Ya no hay campesinos en el campo —digo con expresión de pesar—. Y dígame, ¿sabe hablar francés el hombre que le ha quedado?

—Eso no, pero es un auténtico campesino de Baviera. Se llama Konrad y nosotros le llamamos Conny. No hay nadie capaz de enseñarle nada en cuestión de agricultura.

—¿Y cómo se entiende con él?

—Resulta un poco difícil, pero entre campesinos siempre nos entendemos de un modo u otro, ¿no le parece?

—Concedido. Pero, si no encuentro ningún campesino, ¿aceptaría usted a otro que tuviese ganas de trabajar y que posiblemente hable francés?

—¿Por qué no? Nuestro trabajo no es una cosa del otro mundo, y si ese hombre hablase el francés como usted, entonces sería una cosa ideal. Pero, naturalmente, no se puede pedir tanto.

Monsieur Alphonse Guillaume, cultivador de Le Ruissey, ha mordido el anzuelo.

—Al comandante no le agrada que trabajen con los campesinos los hombres que hablan bien el francés, pero esto de hacer de intérprete no es un trabajo productivo. Y a mí me gustaría hacer de nuevo algo sensato. Uno se oxida aquí entre fichas y paredes.

—Pues entonces se viene conmigo sin más ni más —dice Alphonse sin ninguna reserva mental.

—No creo que sea posible, monsieur Guillaume.

—Pero tú me agradas. De verdad.

—Me alegro, monsieur Guillaume. También me gusta usted a mí. Ciertamente que no tengo mucha experiencia en el ordeño, pero por lo demás sé desenvolverme muy bien en la agricultura.

—Pues ¿a qué esperas entonces?

Me da el tú familiar, pues ya ha dejado de considerarme un funcionario del campo. Para él ya soy un criado suyo.

—La cosa no es tan sencilla como parece, monsieur Guillaume. Me necesitan aquí.

—Y yo necesito un sustituto para el hombre que he devuelto, ¿comprendes? Es suficiente con que Conny sepa ordeñar, pero no sabe una sola palabra de francés. Y si

tú vienes con nosotros, todo irá sobre ruedas.

No puede sospechar que todo está ya preparado. Haid me ha regalado un auténtico macuto militar que está casi lleno, pues en su campo modelo hay un almacén que dispone de calcetines, ropa interior y toallas.

—Que te vaya bien —dice Haid al despedirme—. Y sobre todo, no vuelvas.

El auto de Alphonse Guillaume espera delante de la ciudadela. Es un viejo Renault de radiador angular para el que el viaje hasta la ciudadela ha sido una proeza digna de mención. Huele que apesta y brotan del tubo de escape ruidosas explosiones falsas.

Abajo, a orillas del Doubs, Alphonse para frente a una taberna dándome la primera muestra de confianza.

—Espera en el auto. Tengo que buscar a un amigo. Volveremos dentro de diez minutos, y entonces nos pondremos en marcha.

—Correcto, monsieur Guillaume.

Podría quitarme ahora la guerrera, sacar del macuto el jersey y marcharme. Falta únicamente la boina para tapar la cabeza de erizo, pero el centímetro de pelo que tengo casi sería suficiente para salir del paso. Este Alphonse es un optimista.

Sin embargo, sería una estupidez gigantesca huir ahora de este hombre, pues no existe mejor conductor que él para llegar hasta la frontera, al menos desde mi punto de vista. Cuando vuelve de la taberna con su amigo al cabo de casi una hora, tiene brillantes los ojos, y un fuerte olor a vino tinto se mezcla con el hedor de la gasolina. Alphonse está de un humor inmejorable.

El otro escora todavía un grado más. Le parece estupendo que Alphonse haya conseguido un prisionero con el que se puede hablar sin dificultad. Se llama Étienne Taillard y es el vecino de mi patrón.

Se sienta al lado de Alphonse y me da un cigarrillo tras otro mientras el conductor zumba con un ruido de todos los diablos por las estrechas y serpenteantes carreteras del Jura. Está oscureciendo ya cuando llegamos a Le Ruissey, pero renuncian al aperitivo antes de la cena, al que pretendían invitarme en una taberna existente junto a la iglesia. La proximidad de sus haciendas y de sus esposas les ha refrescado la cabeza.

Le Ruissey es uno de esos pueblecitos diseminados del Jura, que tienen la extensión de una ciudad media. Las granjas están solitarias en laderas de suave pendiente. Y después que Taillard ha bajado del coche, tenemos que andar casi un kilómetro por un camino accidentado hasta la finca perteneciente a Alphonse Guillaume, cuyo nombre es La Combe aux Pages. Encuentro bonito el nombre de la granja, cumplido que el hombre agradece con orgullo de propietario.

La aldeana, los dos niños y Conny cenan en la espaciosa cocina que sirve de cuarto de estar al mismo tiempo. Huele a patatas fritas y tocino y beben leche en tazones tan grandes como soperas.

Conny lleva unos viejos pantalones de campesino y una camisa a cuadros. Tiene

tostado el rostro por el sol y el viento, y está tan fuerte y sano como si jamás se hubiese visto detrás de un alambre de espino. Se alegra de ver de nuevo a un compatriota.

—Puedes estar contento de haber aterrizado aquí Una gente magnífica y puedes comer hasta reventar.

—¿Y el trabajo? He oído que tú eres del campo, pero para mí no es tan sencillo. Voy a decírtelo ahora mismo. Le he dicho que sé un poquito de agricultura, pero no es verdad. Me tendrás que enseñar un par de cosas para que no lo note enseguida.

—Ya arreglaremos eso —responde Conny.

No se me escapa la mirada que dirige a mis manos, que se han vuelto muy finas. Me siento bastante débil al lado de este gigante campesino franconio.

—No sé nada de ordeñar —explico.

—No tienes por qué preocuparte. Eso lo hacemos la mujer y yo. Sales a las seis y llevas las vacas al establo. Un juego de niños cuando lo hayas hecho una vez. Mañana iré contigo y te enseñaré cómo se hace. Tu antecesor aquí no era tampoco del campo y se acostumbró al trabajo de una manera estupenda.

—¿Y qué se hace después de ordeñar?

—Desayunar, como es lógico. A continuación limpiarás el establo y yo engancharé el caballo para llevar la leche al pueblo. Creo que podrás arreglártelas con el biello y la escoba.

—Creo que sí. Pero ¿qué viene después?

El campesino, que no comprende nuestra conversación en alemán ni sospecha cuáles son mis problemas, pasa por encima de la mesa su petaca de cuero y el papel de fumar. Es el mismo «*tabac gris*» que Madame Bonnaventure nos hacía llegar de contrabando a la Bonne Nouvelle en unas patatas ahuecadas.

—¿Qué viene después? —deseo saber.

Conny me mira como lo hacen los campesinos, que terminan su trabajo con la certeza de que el día siguiente, si bien traerá consigo esfuerzo y trabajo, no presentará ningún problema de otra clase. Y disfrutan de esa certeza mientras descansan.

—Después le toca el turno a las patatas y la avena. Está saliendo bien la avena.

—Por mí... —digo—. Oyéndote hablar así, se podría uno creer que la finca te pertenece.

Me contempla con tan franca perplejidad que decido andarme con mucho cuidado en las explicaciones del propósito que me ha traído a esta finca. En ningún caso se lo diré hoy mismo. Sobre todo porque es esta una noche tan bella como no he vivido ninguna desde que mi vida está regida por barrotes de hierro, esposas y alambres de espino. ¿Hay sitio más lleno de paz que una casa campesina a través de cuyos cristales limpios se ve brillar la luna?

El campesino enciende la radio para escuchar las noticias. Es el 10 de setiembre de 1946 y pronto hará frío en el Jura. Y también se tomarán frías las aguas del Doubs.

Se nota que Conny es como de la familia hace tiempo. Y yo, antes de poder

siquiera reaccionar, soy confiscado por André, que tiene tres años de edad. Se sube a mis piernas y me echa los brazos al cuello. Madame no sale de su asombro.

—Es la primera vez que se sube encima de un extraño —dice a Alphonse—. Ni siquiera Étienne lo ha conseguido.

Étienne es el señor Taillard, un vecino, un hombre que en realidad me agrada más que Alphonse, algo parco en palabras, que comienza a bostezar y a hacer reproches a su esposa por no estar ya en la cama el pequeño André, sino gateando sobre mis piernas.

—Conny te mostrará dónde dormirás. Ya es hora de que nos acostemos todos. Hay que levantarse temprano.

Disponemos de una habitación espaciosa junto a la cocina, en la planta baja. La ropa de la cama está recién cambiada. Sábanas limpias y, además, una manta de lana y un edredón. Se necesitarán en el invierno, pues la habitación no dispone de calefacción y la finca está situada a gran altura, pero no es mi intención continuar aquí durante el invierno. En realidad se lo diría de buen grado a Conny, pero mi camarada está roncando a los dos minutos de haberse acostado. Y sé que no resultará fácil hacerle ver con claridad que hay cosas más importantes que la siega de avena francesa.

Me despierta a las cinco y media de la mañana. ¿Existe para él en resumidas cuentas alguna diferencia entre ordeñar aquí o hacerlo en Alemania? No se me va de la cabeza la sospecha de que se halla satisfecho y contento y que en realidad no piensa huir.

—Puedes coger en la cocina agua caliente para afeitarte. Pero afeítate solamente cada tres días, pues es suficiente, ¿no te parece?

—A las vacas les importará un rábano —gruño volviéndome del otro lado.

—Vamos, tienes que salir. El viejo armará bronca si las vacas no están en el establo a las seis y media.

—¡Maldita porquería! No irás a creer en serio que he venido a este sitio a buscar vacas en plena noche. Tú eres un campesino, de acuerdo. Pero ¿te has dado cuenta de que estamos casi en la frontera con Suiza?

—¡Claro que sí! Solo cinco kilómetros hasta el Doubs, pero no se puede ir al otro lado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El dueño. Y, en resumidas cuentas, todos lo dicen.

Levanto la cabeza de la esmaltada palangana.

—¿Acaso crees que van a decirte que es un juego de niños?

—Las paredes de roca que hay a la izquierda y a la derecha del río son verticales y tienen más de cien metros de altura. He visto fotografías.

—Con toda seguridad se trata de tarjetas postales de los parajes más agrestes. ¡No irás a creer de verdad que todo el Doubs es así! He hablado en la ciudadela con gente que lo ha cruzado nadando. Hay suficientes sitios por donde se puede descender.

En este momento se abre la puerta:

—Lo que tenéis que hacer es ir a buscar las vacas en vez de andar discutiendo aquí sin hacer nada.

Alphonse, despeinado, en camiseta de lana y chanclos, nos hace salir disparados hacia los húmedos campos de pastoreo sobre los que flota el vaho de la niebla matutina.

De momento no hablamos más del Doubs, pero sé que no estaré muchos días conduciendo las vacas de monsieur Guillaume. Tendré que hablar claro con Conny.

Para desayunar hay leche caliente, pan blanco y mantequilla, y luego puede uno liar un cigarrillo de la petaca de Alphonse. Ahora está de mejor humor, pero se ha dado ya cuenta de no haber contratado a un campesino al hacerse cargo de mí.

La limpieza del establo resulta ser un trabajo de una pieza, pero hasta cierto punto consigo terminar todos los asaltos del combate. Después, trabajar en el campo, comer, volver a trabajar en el campo y cenar. Un día duro. Sin embargo, ¿de qué me sirve el reconocimiento de Alphonse y la satisfacción de Conny por el hecho de ver qué hago mi trabajo cada vez mejor? Llegará el otoño y crecerá el Doubs y sus aguas correrán frías como el hielo.

El día siguiente trillamos en la finca de Étienne Taillard. Los campesinos se ayudan entre sí, y el anfitrión no debe mostrarse avaro en tales ocasiones. Se sirve beaujolais en la cena y hay un jamón sabrosísimo, pero yo no puedo tragar como Conny, pues estoy cansado como un perro a consecuencia del desacostumbrado trabajo. Me despierta, sin embargo, la genciana, que destilan personalmente los aldeanos del Jura y que baja como fuego por la garganta. Igual que los otros, tamborileo en la mesa llevando el compás del vals *Musette*, que transmite la radio. Ahora veo también que los negros ojos de la hija de Taillard, una muchacha de diecisiete años, no se apartan tímidos, sino que relampaguean cuando la miro riendo.

Pero cuando me despierto de verdad, el padre de la muchacha se sienta de pronto a mi lado, mientras Alphonse habla en voz muy alta de política al otro extremo de la mesa.

—Tú no has venido a este lugar para que prospere la finca de Alphonse, ¿verdad?
—me dice en voz baja mientras me penetra con la mirada.

—No le comprendo, Monsieur Taillard.

Ni un solo músculo se mueve en el rostro de Étienne, pero sus ojos relampaguean como los de su hija.

—*Eh, bien!* Un individuo con tu aspecto y que habla el francés como tú no viene a la frontera suiza a sanear la agricultura francesa. Lo que pretendes es fugarte, ¿estoy en lo cierto?

—Eso tengo que pensarlo primero con un trago, monsieur Taillard.

El aldeano llena de genciana dos vasos hasta el borde y brinda mirándome fijamente.

—¡Por un buen regreso a casa!

—Eso se puede interpretar de muchas maneras.

—Puedes hacerlo tú también. Lo único que pretendía mostrarte es que el viejo Étienne no es tan ingenuo como Alphonse, *tu comprends?*

—No comprendo nada en absoluto.

Taillard se echa a reír con fuerza y me hace caer su maciza zarpa de tal manera sobre el hombro que casi ruedo debajo de la mesa. Un soplón se comportaría de un modo distinto. Sin embargo, tendré que andar con cuidado, y por ello rehúso el siguiente vaso de genciana.

Es casi medianoche ya cuando Alphonse nos lleva con el viejo Renault de regreso a La Combe aux Pages. El vino y la genciana también han hecho efecto a Conny, que comienza a hablar espontáneamente cuando nos desnudamos.

—Quizá se debiera probar.

—¿Probar qué?

—Huir, naturalmente. Hoy he pensado por primera vez en ello. Llevo ya seis meses aquí y sé cómo están las cosas. No vayas a creer que no había pensado en huir, pero ahora soy uno más de la finca y Alphonse dice que nos pondrán en libertad la primavera próxima.

—Hace ya mucho tiempo que no estás en un campo de prisioneros, querido. ¿Con quién hablas en realidad? Cuando uno te dice: «Guerra *finie*, pronto *retour*», eso es música celestial. En los campos se habla de otra manera respecto a la puesta en libertad, y yo he despachado con el comandante y el hombre de confianza suficientes papeles para saber de qué lado sopla el viento. Por eso estoy aquí.

—¿No crees que nos soltarán el próximo año?

—¡No lo piensan ni mucho menos! Ahora tienen un millón de prisioneros de guerra alemanes, y los americanos entregan continuamente más. Hace un par de semanas llegó a Belfort un transporte procedente de los Estados Unidos. Tal vez se llevaran una buena sorpresa. En Nueva York los embarcaron en buques de pasajeros contándoles que regresaban a casa. ¡Y tendrías que haber visto su equipaje! Cazadoras forradas, toallas de baño y sacos de dormir de pluma. En un par de días se lo dieron a los franceses a cambio de pan y cigarrillos, pues probaron por primera vez lo que es el hambre. Ahora trabajan como negros en minas y fundiciones porque están más fuertes que nosotros. Los franceses no son estúpidos y tienen derecho a tomarse la revancha. ¿Acaso les hemos devuelto nosotros sus prisioneros? ¿Y acaso no hemos sacado de su país durante cinco años otra cosa que perfumes? ¡Hay que pagar todas las cuentas!

Conny me mira con ojos fijos.

—Yo no he hecho nada a los franceses —dice—. Era soldado de infantería y apenas llevaba cuatro semanas aquí cuando me cogieron.

—¿Es que todavía no comprendes que tú has de pagar las culpas de los demás? No te imaginas qué cantidad de oficiales y contadores cruzaron a tiempo los puentes del Rin con camiones cargados hasta los topes. Ahora están en casa como hombres

honrados y abriéndose camino de nuevo mientras tú solo puedes liar un cigarrillo con el tabaco de Alphonse.

—Pero Alphonse es una persona decente y le tengo mucha simpatía.

—¡Claro! Alphonse es una persona decente. Lo mismo que tú. En resumidas cuentas todos somos personas decentes, pues no queríamos en modo alguno toda esta porquería. Pero, al fin y al cabo, tú tienes una granja y una familia. Y Suiza está ahí, al otro lado. ¿No es esta ya una razón suficiente para arriesgar algo?

—Tienes razón en ello. Pero ¿quién me garantiza que podremos conseguirlo?

—No hay garantía alguna, Conny, pero yo huiré de todos modos. Y, además, exactamente dentro de tres días.

—¿Cómo dentro de tres días?

Le aterroriza el pensamiento de quedarle solo dos noches para reflexionar. Si no lo convengo ahora, tendré que irme solo. Y esta idea me asusta, a pesar de que sospecho que Conny será más lastre que ayuda.

—¿No me has contado que Alphonse va todos los sábados por la noche a la taberna y que no vuelve antes de las dos de la mañana?

—Sí, es verdad, y a veces más tarde.

—Entonces no puede ocurrir nada. La mujer acuesta a los niños a las nueve, y ella estará durmiendo a las diez lo más tarde. Tenemos como mínimo tres horas de tiempo y podemos escoger las mejores ropas de Alphonse. El único peligro es el perro. Todo podría echarse a perder si ladrara.

—No necesitas preocuparte por ese motivo. El animal come de mi mano y no dirá esta boca es mía. Nos marcharemos el sábado.

Por vez primera veo brillar una decisión emprendedora en los ojos de Conny.

Se trilla el día siguiente, y la familia Taillard en pleno acude a ayudar. Un día duro y una larga noche. Y los Guillaume, a su vez, no se dejan ganar en esplendidez. Se matan pollos y se traen de la chimenea lonjas de tocino, algo que los habitantes de las ciudades no pueden ver siquiera estos días aunque ofrecieran alfombras persas a cambio.

Cierto que se han hecho buenos negocios con los fabricantes de Besançon, pero, sin embargo, los mejores trozos se han quedado siempre en casa. Es posible que los campesinos del Jura sean más espléndidos que sus colegas de Normandía, pero no están en modo alguno tocados de la cabeza.

Étienne Taillard ha venido, no solo con la esposa y el criado, sino también con su preciosa hija de ojos negros. Las miradas de la muchacha encienden la sangre. No creo que pensara fugarme el sábado si el padre fuera mi patrón.

Pero la suerte está echada y no puedo quitarme de encima la desagradable sensación de que Taillard se da cuenta. Cuando el vino tinto comienza a hacer efecto y los otros hablan con voz fuerte, el hombre se sienta a mi lado y comienza a susurrar. Quiere saber cuándo me marchó. Me echo a reír y busco los ojos de su hija.

—Tiene usted una hija muy bonita, monsieur Taillard.

—¡Bah, deja eso! Lo único que pretendes es desviar la conversación.

Sabe que ha olfateado el verdadero rastro. Queda por saber si permitirá la jugarreta que intentamos hacer a Alphonse o si quiere avisarle. Tengo que frenar con el vino, pues de lo contrario acabaré por preguntarle cuál es el mejor sitio para cruzar el Doubs. Por suerte sé cuál es el pasatiempo favorito de Taillard. Es un fanático del ciclismo y antes de la guerra ganó un par de premios con sus pronósticos en los concursos periodísticos sobre la Vuelta a Francia. La Vuelta a Francia ha pasado incluso por Le Ruissey, Taillard conoce a todos los ases y se apodera de él un entusiasmo auténtico cuando habla de ellos. Los hombres que, como él, se dejan fascinar por la gran aventura del deporte, quizá tengan comprensión para la aventura de la evasión de un prisionero de guerra. Conoce a todos los ases de la bicicleta, y de quien más le gusta hablar es de René Vietto, que, se dejó arrebatarse la Vuelta de 1939 por el belga Sylvère Maes.

Siento la tentación de hablarle como a un padre, pero no puede ser. He brindado tres veces mirando a su hija, la muchacha de ojos de fuego, sin llamar la atención, pues el vino tinto ha hecho reinar una armonía que nos incluye a Conny y a mí.

Pero tengo que responder a Monsieur Taillard, que acepta con sonrisa irónica las evasivas.

—¿Por qué huir, Monsieur Taillard? Nunca me ha ido tan bien desde que estoy en el cautiverio. No tengo mucha idea de la agricultura, pero Monsieur Guillaume es un buen patrón.

—Muy hábil, muchacho. Pero una mañana se quedará mirando con cara de tonto hacia la frontera. ¿Apostamos algo?

—No apuesto nunca, Monsieur Taillard. ¿Cómo podría pagar las apuestas perdidas?

—Pues entonces tendrás que ganar esta.

Así termina la velada. Creo que Taillard no advertirá a Guillaume, pero de lo que sí me doy cuenta es de que no desea unas relaciones demasiado amistosas entre su hija y yo. Creo que considera nuestra huida una especie de deporte y nos favorece. Pero el deporte concluye en cuanto se trata de tu hija.

Conducir vacas, limpiar de estiércol el establo, segar avena y sacar patatas nos ocupan los dos días que preceden al de la decisión. Salvo que hemos cortado unos trozos del tocino que pende de la chimenea, que serán nuestras provisiones de viaje, no podemos hacer ningún preparativo para el día X. Todo depende de que Alphonse vaya o no a la taberna el sábado por la noche.

El hombre no causa dificultades de ninguna clase. El problema lo constituye más bien Madame, que precisamente esta tarde del sábado cuece unos cuantos de esos bollos deliciosos que nadie puede rechazar. Lo peor es que tiene intención de servirnoslos a Conny y a mí después de la cena, como si fuera un banquete. Es, sin duda, una venganza bien planeada por las escapadas de Alphonse. Quizás incluso intente darnos a alguno de nosotros algo más que los bollos, lo cual nos retrasaría una

semana entera, aparte plantearnos otros problemas.

Como soy el más joven, mis oportunidades son mayores. Pero, para eliminar toda duda, explico a Conny que ni los bollos más dulces de todo el Jura ni la campesina francesa más sedienta de amor me impedirán emprender la fuga.

Conny, por su parte, tampoco piensa más que en la patria. Para él no existe ninguna tentación que pueda retenerle ahora.

No obstante, Madame Guillaume se muestra hoy particularmente obstinada. Cuando su Alphonse, conduciendo el monstruo de Renault de radiador angular, ha dejado atrás ya ruidosamente el accidentado sendero, deja de trabajar a las cinco y se retira con objeto de embellecerse.

—Ahora podemos afeitarnos sin llamar la atención —digo a Conny—. Está muy enfadada con su marido y así se sentirá halagada.

Después del afeitado nos ponemos una camisa limpia cada uno, y Conny hasta se da una brillantina que le ha regalado Alphonse. Mi camarada huele a violetas y regaliz cuando entramos en la cocina, preparada como para una fiesta.

Por vez primera desde mis tentativas de fuga, siento unos remordimientos más grandes que el temor. Esta mujer tiene de los prisioneros de guerra un concepto distinto al de la gente de la ciudad, y ahora quiere proporcionarse una noche agradable y dárnosla a nosotros.

—¿Sabes qué pienso? —exclama Conny—. Si mañana no estamos aquí, Alphonse le atizará una paliza.

—Lo siento, pero cuando haga frío y crezca el Doubs ya no podremos hacer nada.

Fuera, la noche de setiembre es tibia y serena. Hace un tiempo que ni a pedir de boca para andar por los rastrojos que ascienden suavemente hasta la cresta donde comienzan los bosques y el terreno desciende de nuevo hasta el valle rocoso del Doubs. Conny, que ha estado en una ocasión arriba con los caballos, dice que se oye el ruido del río cuando el viento llega del sur. Unas cuantas nubes blancas que estaban a gran altura se han disipado hacia el oeste. Tendremos luna nueva.

Conny, que ya no tiene miedo, no huele solo a la barata brillantina de Alphonse, sino también lo suyo a genciana. Tiene que haberse echado en la bodega un buen trago cuando bajó a buscar las provisiones para el viaje que tenía escondidas debajo de la cama.

—¿Has bebido para cobrar ánimos?

Contesta que sí con una inclinación de cabeza, aunque podríamos hablar de todo lo que quisiéramos delante de la campesina, que permanece sin ningún recelo junto al hogar, preparando dos tortillas con mucho jamón. Se ha pintado los labios por vez primera. Tampoco la había visto nunca con el vestido verde y las medias de seda que luce ahora.

Me preocupa el problema de conseguir que se acueste temprano. Con seguridad que no se ha arreglado tan esmeradamente para acostarse en cuanto acabemos de cenar.

—Creo que esta noche se le podría hacer un favor.

Conny ha dicho esto con los ojos brillantes, a los que se le ha subido la genciana, pero afortunadamente es dueño de sus restantes sentidos, pues su voz no suena de forma distinta de como si estuviese hablando del tiempo o de la avena, que todavía no se ha recogido por completo. Marthe no se vuelve, y por ello tampoco ve cómo mi camarada acaricia con la mirada las firmes carnes de la mujer, como alguien que de pronto recuerda que ha de solucionar todavía alguna cosa antes de abandonar la casa.

—Eres un tonto —digo yo como si también estuviese hablando de avena— si no has notado hasta ahora que tiene unas carnes firmes. ¿Por qué no has probado antes? ¡Has tenido seis meses de tiempo!

—No hace falta que me lo digas, pero no tienes por qué presumir de ese modo. ¿Acaso crees que no he notado cómo te interesa la hija de Taillard?

—Estás en lo cierto, pero yo no me he hartado de genciana, sino que he estado reflexionando. Probablemente es todavía una doncella y se necesita la mitad del invierno para conseguir algo así. Y sin garantía, ¿comprendes?

—¿Y dónde está la garantía de que no nos pillen en el Doubs?

Me enfurezco en este momento de tal manera que Marthe vuelve la cabeza sin apartarse del hogar.

—¿No os alegráis?

—Pues claro que nos alegramos, madame —contesto yo cortésmente.

—Pues que Conny vaya entonces a la bodega y traiga el mejor vino.

—¡Procura no beber más genciana! —le grito mientras se aleja.

Mientras Conny está fuera y el pequeño André juega sobre mis rodillas con su rojo auto de bomberos, la mujer se inclina dos veces sobre mi hombro como por casualidad, y cada vez, como por casualidad, me roza con el pecho. Marthe Guillaume no está jugando al póquer, sino que pone sus cartas descubiertas sobre la mesa.

Afortunadamente, Conny, que debe de haber barruntado algo, vuelve de la bodega con una rapidez increíble. Y la mujer le echa una reprimenda por haber traído únicamente dos botellas.

—¡Dile que los franceses no somos tan roñosos como los alemanes cuando celebramos algo!

—Se equivoca en ese sentido, madame. Pero ¿qué celebramos en realidad?

La mujer vacila un momento. Y para ocultar que ha enrojecido, vacía de un trago el vaso de beaujolais en la misma forma que acostumbra su Alphonse.

—Me parece que no fuisteis tan juiciosos últimamente en casa de Taillard. ¿O era mejor su vino?

—Nada de eso, madame, pero entonces no nos sentó muy bien. Ha de pensar usted que hemos perdido la costumbre.

—Pero mañana es domingo y podréis dormir a placer. ¿Es que no queréis alegraros ni siquiera un poquito?

—Temo que hoy no podré beber mucho. El diablo sabrá a qué se debe este maldito dolor de cabeza.

Pero no es tan fácil conseguir que una mujer renuncie a una fiesta que ha planeado. Me trae dos aspirinas y un vaso de agua y tengo que tragármelas.

Conny no hace ningún esfuerzo por sofocar su mueca irónica. Tengo que darle unos pisotones por debajo de la mesa para evitar que, a causa de una satisfacción imprudente, se meta en una juerga que no debe ocurrir. Van a dar las ocho y no hemos preparado nada, salvo el pan y las lonjas de tocino que están ocultos debajo de su cama.

—Enseguida se pasará —dice la aldeana acariciándome el pelo.

Y acto seguido me entrega una nueva botella de beaujolais para que la abra. No se me ocurre ninguna evasiva, por lo que introduzco el sacacorchos con todas mis fuerzas. Conny opina que lo mejor sería emborracharla.

—Imposible, nos llevaría un par de horas. Yo estoy enfermo y basta. Y tú tienes que mostrarte muy cansado.

Madame tiene que prepararme a las nueve un té de menta, pues ahora siento un terrible dolor de estómago que la aspirina es incapaz de combatir. Y como Conny comienza simultáneamente a bostezar sin disimulo, la mujer se entrega con resignación. Su proyectada fiesta se ha ido al diablo.

Marthe dice, con una cara como si una granizada le hubiera destrozado la cosecha:

—Me iría ahora a casa de los Taillard si Alphonse hubiera dejado el coche. ¡Valiente par de inútiles estáis hechos!

Como para reforzar estas palabras, Conny abre la boca de par en par una vez más y me pregunta entre bostezos, con interés no disimulado, qué ha dicho la mujer.

—Ha dicho que somos unos inútiles —le contesto. Y acto seguido me dirijo a ella —: ¿Y quién podrá vigilarnos si se va usted a casa de los Taillard?

Se echa a reír.

—¡Huir vosotros! Si no sois más que unos cobardes... Vamos, idos a la camita para que mañana estéis bien otra vez. ¡Y yo que había creído estar tratando con hombres de verdad!

Conny la ayuda a limpiar la mesa para que Alphonse no note lo bien que hemos comido y hemos bebido. Ya tendrá un disgusto más que suficiente cuando le obliguen a pagar tres mil francos de multa por cada uno de nosotros dos por negligencia en la vigilancia.

Conny se presenta en la habitación al cabo de un cuarto de hora.

—No creo que vuelva a salir —dice.

—Pues entonces puedes hacer la prueba con el perro.

Como dormimos en la planta baja, solo tiene necesidad de abrir la ventana para atraerlo. El animal se acerca en silencio, moviendo la cola, pero esto no significa todavía mucho, pues conoce a Conny desde hace largo tiempo. Mi camarada le

acaricia el pescuezo y le mete en la boca un pedazo de tocino.

—Ahora tienes que acariciarle tú también.

El perro gruñe un poco, pero después se queda tranquilo. No sé tratar a los animales tan bien como Conny y tendría que haber hecho antes amistad con él.

—Perfecto... Mantendrá cerrado el hocico. ¡Si estuviera tan seguro de Marthe como del perro!

La espera destroza los nervios. El viejo despertador señala las diez y media. Su tictac suave, que hasta hoy no me ha molestado nunca, ahora comienza a irritarme.

Podemos esperar aún media hora, pero ¿qué ocurrirá si la mujer está despierta todavía o Alphonse vuelve por una vez más temprano?

Me descalzo, pero sé que, a pesar de ello, crujirá el piso del corredor. Por suerte, el viejo armario aldeano donde están las ropas no se halla en el dormitorio.

Un cuarto de hora todavía. Nos quitamos los mugrientos pantalones y nos cambiamos la ropa interior. He traído conmigo cinco mudas del campo de prisioneros. Alphonse puede quedarse con tres, pero no es un buen cambio para él por dos trajes completos.

—Ya no tiene objeto seguir esperando más tiempo. Si la mujer nota algo, la ataremos y la amordazaremos.

—Tendríamos que haberle echado en el vino polvos para dormir —gruñe Conny, metiéndose una vez más debajo de la cama para sacar la cuerda del establo.

Es tan larga que hubiéramos podido liar con ella a Marthe como una momia egipcia. También tenemos un gran pañuelo de bolsillo para taponarle la boca. Cuando abro la puerta y me deslizo al pasillo, Conny está preparado como un cowboy con su lazo.

Los pisos de madera tienen una vida interior inescrutable. Ayer, durante el ensayo general, no crujió ni mucho menos como ahora, y tengo que avanzar descalzo lo mismo que un escalador que tantea cada centímetro del engañoso terreno. La cuarta parte del peso, luego la mitad y después apoyar todo el peso del cuerpo y quedarse quieto. Necesito lo menos cinco minutos para ir hasta el armario, que está a pocos metros. De la habitación de Marthe no llega el menor ruido. Solo se oye el murmullo del viento, que sopla a cada momento con mayor fuerza.

La pesada puerta del armario se agarra un poco, pero Conny ha engrasado las bisagras y no produce ningún ruido. Toco las perchas y tengo enseguida dos pantalones, pero en la penumbra doy solo con una chaqueta. Tendría que soltar el gancho inferior que abre la otra puerta, pero no sé si Conny lo habrá engrasado.

Sin embargo, toco después la chaqueta de cuero con cremallera que Alphonse se pone siempre que va a Besançon. La ha comprado solo hace un par de semanas y se la habría dejado de buena gana, pero no hay otra elección. La puerta se cierra de nuevo sin ruido.

Conny se queda no poco asombrado al ver el botín. También he cogido la boina.

—Había mucho silencio en la habitación, pero esperaremos todavía unos minutos.

Si no hay ningún movimiento todo estará a punto para salir. Podemos estar en el Doubs a medianoche.

La chaqueta de piel sienta como hecha a medida, pero las mangas de Conny son demasiado cortas. Y no puede cerrar la prenda porque es más alto y ancho que Alphonse.

Por última vez aplico el oído contra la puerta. Nada se mueve. La aldeana, los niños y el ganado duermen en la granja. Solo el perro se nos acerca moviendo la cola cuando salimos por la ventana. Conny le habla en voz baja, lo acaricia y le da otro pedazo de tocino. El animal salta hacia mi camarada y no resulta tan fácil hacerle comprender que tiene que volver a su caseta.

Ya estamos por fin en los prados de la granja La Combe aux Pages. Caminamos monte arriba, en dirección suroeste. La Osa Mayor brilla tan clara en el cielo negro violáceo que no nos cuesta nada orientarnos. Al cabo de diez minutos hemos alcanzado ya casi la cresta, donde comienza el bosque, a gran altura sobre la aldea de casas de labor muy diseminadas.

Todavía un par de rastros. El bosque empieza a continuación. No son estos los trillados senderos que utilizan los prisioneros de guerra evadidos. Ningún Eldorado para los cazadores de recompensas, al contrario que en Alsacia y Lorena.

OÍMOS el murmullo del río al cabo de media hora. Al principio muy leve, como cuando yo era niño y oía el murmullo del mar en la gran caracola que tío Albert tenía en su despacho al aplicar el oído a la concha. El terreno desciende más abrupto cada vez. Los árboles son más escasos y aumenta el rumor de la corriente.

Llevamos ya casi una hora andando y queda descartada toda duda, pues las estrellas nos han mostrado el camino directo. Hemos alcanzado el lugar donde termina Francia.

Cuando no solo oímos el ruido de las aguas del Doubs, que se abren camino por el valle de rocas con arrolladora fuerza, sino que las vemos centellear espumantes a la luz de las estrellas, tenemos el río a casi cien metros por debajo de nosotros y los puntos de descenso son casi verticales.

Nos sentamos debajo de un abeto. Todavía sentimos tierra debajo de los pies, pero la pared de roca comienza unos cuantos metros más allá. La cuestión estriba en saber si debemos ir hacia la derecha o hacia la izquierda.

Conny sugiere que comamos algo. La idea no es mala, pues necesitamos disponer de fuerza, pero la sed es mayor que el hambre y mordisqueamos con desgana los salados trozos de tocino.

No tengo la intención de mandar, pero noto que el camino de la izquierda es más favorable. Conny cede después de una breve discusión. Nos deslizamos doscientos o trescientos metros a lo largo de los fragmentos terrosos que hay frente a la pared rocosa, asiéndonos a cada árbol para sujetarnos. Un solo paso en falso significa despeñarse, y si la pared no se torna más plana nos veremos colgando del borde.

Nos buscarán cuando se haga de día. Y precisamente en este paraje, pues no hay otro sitio por donde dos personas pudieran cruzar la frontera. Tenemos que pasar al otro lado antes de que sea de día.

Me agarro a cada asidero que encuentro escuchando la respiración de Conny detrás de mí. Me sigue confiado a pesar de que ignora adónde puede conducir el camino, y resulta agradable no encontrarse solo. Pero no hay ningún camino para bajar hasta el río. Las rocas siguen siendo escarpadas y no permiten hacerse muchas esperanzas. Si alguien ha cruzado alguna vez la frontera por este sitio tendrá que haber utilizado cuerdas y ganchos, pero nosotros no nos hemos traído siquiera la cuerda del establo.

Nos detenemos un momento, cada uno sujeto a un abeto con las piernas cruzadas y la mirada dirigida hacia el fondo del valle. Mi pie derecho pende sobre el abismo, pero el izquierdo pisa todavía el suelo. La pared no desciende tan verticalmente por este sitio y quizás haya raíces y salientes de roca que ofrezcan suficiente asidero para bajar.

—Tenemos que probar por aquí, Conny.

Conny respira pesadamente y le tiemblan las manos cuando saca la petaca y lía dos cigarrillos. El viento apaga una y otra vez las cerillas, pero no arriesgamos nada aunque fumemos. No anda ningún guardia fronterizo por estos lugares. Cuando aplastamos las colillas hemos tomado ya la decisión.

La roca por donde me deslizo es durante los primeros metros lo bastante oblicua y ofrece asideros suficientes. Cuando por fin encuentro un escalón donde los pies disponen de un sitio seguro, veo que Conny sigue todavía agarrado a su abeto. Por debajo de mí se abre en las rocas una ancha grieta, una especie de chimenea oblicua por la que quizá se podrá pasar.

—Baja. Tengo un asidero sólido y hay aquí sitio para dos. Desde arriba parece mucho más peligroso.

Lo que digo es una tremenda exageración, pero Conny se quedará arriba si no le infundo ánimos. La chimenea oblicua nos permite bajar lo menos veinte metros más.

Por fin está a mi lado, jadeante, y yo prosigo inmediatamente el descenso.

Ya no hay tierra ni raíces, pero la roca ofrece una hendidura lo bastante estrecha para poderme apoyar en ella continuamente a la derecha y a la izquierda. Sin embargo, es débil la luz de las estrellas, por lo que todo depende del tacto. Cuando estoy acurrucado abajo, en la chimenea, apenas quedan ya veinte metros hasta el Doubs, pero la pared gris desciende casi vertical. Conny está a mi lado cinco minutos más tarde.

El resto sería un juego de niños si dispusiéramos de unos ramales de cuerda atados entre sí, pero no hemos pensado en esto. El Doubs no debe de tener más de veinte metros de anchura en este estrecho paraje entre las paredes de roca que convierten en rugido su suave murmullo.

Conny ha dejado de ser ya el individuo medroso de antes. Se envuelve la mano izquierda, que aún le sangra, en un gran pañuelo de bolsillo. A pesar de la oscuridad le veo brillar los ojos en el rostro lleno de suciedad.

—Si me sujetas por los pies, podré ir un poco hacia abajo y examinar la pared — dice.

Le agarro por encima de los tobillos y apoyo con todas mis fuerzas los pies contra un saliente de la roca. Conny cuelga sobre la pared y he de recurrir a todas mis energías para no ceder. El ruido del agua no permite oír nuestro jadeo. Cuando mi camarada trepa hasta la chimenea, falta de su mano sangrante el pañuelo, pero ha descubierto algo.

—Hay un saliente rocoso a solo un par de metros a la derecha. Si lo alcanzamos, bajaremos un buen trozo. Es lo bastante oblicuo para que podamos deslizarnos sin que perdamos pie.

La pared entre la chimenea y el saliente es casi vertical, pero nos agarramos con fuerza a las rocas y conseguimos descender, aunque los pies se quedan sin un punto de apoyo algunas veces. Después nos deslizamos boca abajo sobre la roca oblicua hasta alcanzar el peldaño que sobresale de la pared vertical.

El Doubs ruge a diez metros debajo de nuestros pies. Aquí hay un abeto cuya copa roza el saliente rocoso. Nos tiemblan los brazos y las piernas. La sed se torna casi insoportable. ¿Debe terminar todo en este punto? El salto es demasiado arriesgado y la pared es demasiado lisa.

—¡El abeto, Conny!

Él me mira sin comprender.

—Tenemos que tirar de su copa hasta la roca y luego bajar por él.

—¿Y cómo vas a alcanzar la copa?

—De la misma forma que antes. Eres más alto que yo y quizá puedas cogerla si te sujeto por los pies.

Lo consigue, pero resulta terriblemente duro tirar de él hacia atrás, pues tiene cogido con ambas manos el delgado y flexible tronco.

—Es joven —jadea—, pero me parece que nos sostendrá.

—Tenemos que ir juntos, pues cuando tú hayas pasado yo no podré acercarlo a las rocas. Pasaré por encima de ti y tú has de bajar en el momento siguiente para que resista el peso. No tienen importancia las manos desolladas. Ya volveré a vendártelas con mi pañuelo.

—No es posible, no puedo soltar el tronco.

Tendido boca abajo, sujeta convulsivamente el delgado tronco. Me tumbo a su lado para coger también el árbol con objeto de que Conny pueda atenazarlo más abajo sin que el abeto se nos escape. A él le sangra fuertemente la mano izquierda, pero no creo que lo note. También yo tengo despellejadas las manos a consecuencia del descenso, pero ¿qué significa esto a cambio de alcanzar el Doubs? Con tal de que el árbol resista...

—Resistirá si actuamos con rapidez —asegura Conny—. Pero todo depende del primer segundo, pues el árbol caerá con nuestro peso.

Un momento después colgamos con el abeto, que se aparta como un muelle de las rocas. La madera resinosa rasga las manos, las ramas nos azotan la cara, y el árbol se inclina sobre el cabrilleo blanco de la espuma del río.

—¡Más deprisa! —grito al notar que mis pies chocan contra sus hombros. De un momento a otro se oirá el crujiente chasquido de la madera al romperse y caeremos al río.

Pero el árbol bascula hacia atrás, casi hasta las rocas. Y ahora hemos descendido ya lo suficiente.

El abeto resiste. Somos incapaces de comprender el milagro. Nos sangran las manos y tenemos la cara llena de arañazos y los pantalones destrozados, únicamente ha resistido la chaqueta de piel de Alphonse. Conny me abraza cuando me dejo caer desde la última rama y quedo tendido como ebrio en la estrecha cinta, sembrada de guijarros, que hay entre el acantilado y el río.

Pero no hay motivo ni tiempo para celebrar el éxito.

—Ya son lo menos las dos, Conny. Tenemos que cruzar el río a nado. Desnúdate.

—A lo mejor no es hondo. No me quitaré la ropa. Necesitaré las dos manos si tengo que nadar.

—Por mí... Yo quiero tener ropa seca en el otro lado.

Avanzo descalzo, llevando sobre la cabeza la ropa y los zapatos. El río desciende con violencia, pero consigo llegar hasta el centro antes de tener el agua al cuello. En este momento se me hunden de repente los pies en un hoyo, me veo obligado a nadar y la corriente me lanza contra una roca con tal violencia que la vista se me nubla. Las aguas me arrastran cincuenta metros antes de encontrar pie de nuevo y salir tambaleándome a la orilla suiza. Pero tengo las manos vacías. Me queda tan solo un empapado pantalón de deportes. He perdido también el dinero, y solo el diablo puede saber si ha sido arrastrado por el Doubs o se ha quedado enganchado en alguna roca.

Conny estaba en lo cierto. La ropa mojada es mejor que no tener ninguna. Y, sobre todo, mi camarada lleva zapatos. Yo tengo que enfrentarme medio desnudo y descalzo con una nueva pared rocosa.

Las rocas empiezan a dos metros escasos de la orilla, pero la pared donde comienza Suiza es menos pendiente que la de la orilla francesa. Ahora compruebo que la pérdida de los zapatos y de la ropa no debo considerarla como una desdicha. Por entre los pelados flancos rocosos asciende, serpenteante, un estrecho y empinado sendero que posiblemente no habríamos descubierto si la corriente no me hubiese arrastrado tan lejos.

Unos cantos puntiagudos me hieren los pies. Y arriba, en la cresta, donde comienzan los rastrojos, las cortas y duras briznas de paja se me clavan en la carne. Pero ahora que hemos salido del oculto sendero, probablemente hecho por los contrabandistas, tenemos que evitar cualquier camino. Amanecerá dentro de media hora escasa, y para entonces hemos de hallarnos lo bastante lejos del Doubs y haber encontrado un escondrijo.

Apenas siento el frío de la noche, pero resulta difícil seguir a Conny con los pies sangrando. Él anda con un paso uniforme, como un montañero. Nunca he envidiado más a una persona la posesión de unos zapatos cómodos.

Tengo que hacer alto junto a una húmeda pila de heno, jadeando.

En el este aparece la pálida franja del amanecer. Al otro lado del río, Alphonse estará ahora durmiendo su borrachera al lado de Marthe. Transcurrirán todavía un par de horas antes de que nos echen de menos. Pero, aunque alerte a la policía de todo el departamento, no le servirá de nada. Su poder termina en las rocas.

Caminamos todavía casi media hora hasta que aclara lo suficiente como para que podamos divisar una granja. Está aislada en una cumbre de suave pendiente. Con su tejado tan saliente, parece una hermana gemela de La Combe aux Pages. Se ve luz ya en el establo. Llamaremos sencillamente.

—Ordeñan temprano —observa Conny.

—Pues entonces podrás ayudarles ahora mismo y así ganaremos nuestro desayuno.

El aldeano deja caer el cubo de ordeñar a consecuencia del susto y nos mira con unos ojos como platos, como si fuésemos fantasmas. No consigue decir una sola palabra.

—Somos prisioneros de guerra alemanes y acabamos precisamente de cruzar el Doubs. ¿Querría ayudarnos?

Solo muy poco a poco desaparece el miedo de sus ojos tan abiertos y ha de respirar hondo un par de veces antes de recobrar el uso de la palabra.

—*Nom d'un chien!* ¿Y quién les ha puesto de esta manera?

En esta región del Jura suizo se habla solo francés, igual que en el lado opuesto.

—No nos ha golpeado nadie, monsieur. Han sido el Doubs y las rocas.

—¿Y por qué va usted desnudo?

—El río se me ha llevado la ropa.

El aldeano reflexiona mientras se rasca la barba sin afeitarse desde hace días, pero las cavilaciones no duran mucho tiempo.

—Vengan, entren en la cocina. Mi mujer encenderá el fuego ahora mismo. Aquí fuera no están bien.

He olvidado el apellido de este hombre excelente porque no me atreví a anotarlo. Su nombre de pila era André. También me acuerdo de Jean-Claude, un pequeño de pelo rubio. También había dos chiquillas que todas las mañanas tenían que bajar a la escuela del pueblo. Un largo camino que garantizaba la ausencia de visitantes inesperados. Un escondrijo ideal. La granja más próxima está a dos kilómetros de distancia.

Casi nos avergüenza la buena voluntad de la campesina. Lo primero que hace es poner en la mesa dos enormes tazas de humeante ovomaltina. Luego va en busca de yodo y unguento para vendarnos las heridas. Después nos prepara una cama ancha y blanda como no hemos visto desde hace años y dice a los niños, que nos rodean asombrados, que deben permanecer muy quietos, pues los señores tienen que descansar. Cuando nos despertamos, el sol está ya muy bajo en el horizonte.

El dueño de la casa mira con ojos divertidos nuestras caras llenas de arañazos.

—*Ça ronfle là-dedans comme au régiment!*

—¿Qué dice? —pregunta Conny, todavía medio dormido, pero consciente por completo de la maravillosa realidad de estar en buenas manos, se vuelve del otro lado y me hace dar un grito de dolor al hundirme el codo en las costillas que habían chocado violentamente con las agudas peñas del Doubs.

—Dice que roncamos aquí dentro como en un cuartel.

—Puede ser. Hemos de haber dormido más de doce horas. Me he levantado una vez, pero tú no te has dado cuenta. Y has estado continuamente queriéndome echar de la cama. Tu vieja no lo tendrá fácil contigo.

—Mejor que la tuya. Bueno, creo que tenemos que salir, están esperándonos para comer.

Madame nos ha preparado ropa interior, camisa, pantalones, calcetines y hasta

zapatillas. Parece un cuento de hadas, aunque me duele muchísimo tener que andar con los pies vendados. En la espaciosa cocina hay unas tortillas como la noche anterior en casa de Alphonse, pero saben mejor en libertad.

—Primero pensé llamar al doctor —explica la mujer—, pero mi marido ha opinado que es mejor que nadie sepa nada de ustedes. Tampoco los niños deben decir nada cuando vayan mañana a la escuela.

—*Merci, madame...* No sabemos cómo podremos agradeceréselo.

—No merece la pena hablar de ello. ¿Acaso deberíamos haberles dejado marchar en este estado?

—Oye, si eres un soldado, ¿dónde tienes el fusil? —desea saber el pequeño Jean-Claude.

—Hace ya mucho tiempo que no lo soy, Jean-Claude, Y tampoco quiero serlo más.

Cuando los niños se han ido a la cama y el campesino reparte cigarrillos Maryland, de Burrus, junto a cuya casa de campo nos deslizamos Wolfgang Schlegel y yo este verano antes de que nos sorprendieran los guardias fronterizos suizos, explico cómo hemos llegado hasta aquí. El campesino se da una y otra vez palmadas en los muslos de puro regocijo.

—¡No pueden imaginarse la cara de tontos que habrán puesto esta mañana cuando nadie haya conducido las vacas al ordeño! Por lo demás, conozco Le Ruissey. Está muy cerca, exactamente detrás de aquella cresta.

Y el hombre señala a través de la ventana el horizonte donde los rojizos rayos del sol poniente acarician el bosque de donde hemos venido.

—Escribiré ahora una carta a mi tío y le pediré que venga a recogernos el próximo fin de semana. Ya estaremos curados en una semana. Bueno, ello suponiendo que podamos estar aquí hasta entonces.

—Por mí pueden quedarse dos semanas. Aquí están seguros y no tienen por qué precipitarse.

Las niñas se llevan el lunes por la mañana la carta cuando van a la escuela y prometen a sus padres no hablar de nosotros con nadie. Parecen ya lo bastante mayorcitas para saber de qué se trata.

La respuesta llega el miércoles. Fredy escribe aliviado, pero aún deja traslucir el temor de que todavía pueda suceder algo malo en el último instante y me recomienda que no me mueva de esta casa y no cometa ninguna imprudencia, pues ya le he hecho padecer bastante de los nervios.

Dentro de la carta viene un billete azul de cien francos, y tengo que presionar largo tiempo al aldeano hasta que, por fin, lo acepta.

El sol de setiembre es todavía tan cálido que me permite tumbarme un par de horas diarias en una manta extendida sobre la hierba.

—No hay mejor medicina que el sol —afirma la aldeana mientras me quita el vendaje de los pies.

Conny ayuda en el establo y hasta en la siega de la avena, aunque ha de tener cuidado con la mano izquierda; pero da la casualidad de que es un campesino, y no puede quedarse tumbado soñando. A veces oigo el murmullo del Doubs cuando el viento sopla del noroeste.

El viernes puedo ya andar bien, y el vendaje es sustituido por un esparadrapo. Después de la cena, el dueño de la casa trae un frasco enorme con aguardiente de ciruelas para festejar la despedida. Fredy ha escrito diciendo que pasará la noche en Le Lóele con objeto de poder estar en la granja el sábado por la mañana.

Es la primera noche que duermo mal desde que hemos cruzado el Doubs. ¿Y si alguien nos hubiera visto en el campo o las muchachas hubiesen dicho algo a pesar de todo? Creo que sería capaz de cometer un crimen si se presentara un gendarme en lugar de mi tío. Mientras Conny ronca, yo me estremezco al oír el menor ruido. Los habitantes de las ciudades no comprenderemos nunca la sensación de seguridad que las paredes y el techo de una granja dan a un campesino. De no ser por mi insistencia, Conny no se habría ido nunca de la casa de Alphonse Guillaume.

Fredy llega el sábado por la mañana a las diez. Y no en coche, pues los automóviles andan todavía escasos en Suiza en 1946. A unos cuatro kilómetros por debajo de la granja hay una parada de autobús de la que parte un estrecho camino hasta la casa.

Por fin estamos todos sentados en la cocina. Y tío Fredy, pensando en su porte irreprochable, como ha hecho siempre, se quita la chaqueta confeccionada a medida y se afloja la corbata. Luego vacía una botella de cerveza con un brío que habría hecho sentir vergüenza a cualquier albañil, agradece a nuestros anfitriones la ayuda prestada y acepta la invitación a comer.

—Pero antes deseo dar un paseo con mi sobrino —dice.

Caminamos por la pradera desde la que se ve Francia y se puede oír el murmullo del Doubs. Es el mismo paisaje que el del otro lado, pero me doy cuenta ahora por primera vez de que todo es distinto. Siento algo parecido a la seguridad de Conny debajo del techo de la granja, pero mi sensación es más intensa y me libera de los últimos residuos de temor.

—Has adelgazado un poco —dice Fredy—. No tanto como temía, pero ¿a qué se deben esos arañazos que tienes en la cara?

—Un abeto en el Doubs. Tuvimos que hacer un poco de ejercicio acrobático.

—Me lo imagino. Apenas podríais haber escogido un sitio más difícil.

—Pero es que no teníamos otra alternativa. Sin embargo, mejor medio desnudo por el Doubs que con camisa y corbata en la frontera verde junto a Boncourt.

—Os portasteis como unos idiotas. Schlegel me lo ha confiado. Y también llegaron los dos de Allgäu detrás de él. Sin embargo, espero que todo termine ya ahora, ¿no?

Fredy me mira fijamente, pero se le entornan los ojos y noto que no ha venido únicamente a ayudarme, sino también a darme un escarmiento.

—Ya era hora de que vinieras. Yo no tengo nada que ver con los alemanes y no veo por qué he de exponerme a causa de unos extraños simplemente porque son amigos tuyos. Comprendo que todos queráis volver a casa, pero ¿tenéis idea de lo que se piensa de vosotros en Suiza y en el resto del mundo?

—Puedo imaginármelo. Encuentro magnífico que hayas ayudado a los tres, pero ahora comprendo también que ha sido pedir demasiado.

—Menos mal que te das cuenta. Bien, lo primero que tenemos que hacer ahora es pensar de una manera práctica. Tengo en la maleta trajes completos y sombreros para vosotros.

—Hasta ahora siempre he salido del paso con mi boina.

—En Suiza se lleva sombrero. En Basilea te tomarían enseguida por un contrabandista francés.

—No he llevado nunca sombrero. Antes de la boina solo he sabido lo que son la gorra de visera, la gorra de cuartel y el casco. Y sin la boina no estaría aquí ahora.

Pero mi tío no siente ningún deseo de discutir conmigo sobre cubrecabezas militares y civiles y mi relación especial con ellos.

TRES horas después nos ponemos en camino hacia la aldea, con tres sombreros de ala ancha y bien equipados en los demás aspectos. El campesino, su esposa y los niños nos hacen señas durante largo tiempo. Luego llega el autobús que va a La Chaud-de-Fonds. Suben con nosotros un par de aldeanos, y Conny observa rigurosamente la orden de fumar en silencio su puro suizo sin capa mientras Fredy conversa, despreocupado, con los pasajeros en el alemán de Basilea.

Llegamos a la estación del ferrocarril de La Chaud-de-Fonds. Valiosos relojes de pulsera en vitrinas que nunca fueron amenazadas por las bombas, y en los quioscos, innumerables clases de chocolates que nos hacen la boca agua. Cigarrillos, cigarros suizos sin capa, habanos y gente que lleva zapatos de suela auténtica y trajes de una calidad como no hemos visto desde hace años.

Acude a mi memoria la estación del ferrocarril Rue Verte, la de Ruán, pero también las de Sainte-Lazare y Austerlitz, de París, con los miserables quioscos y cantinas de un país que comienza de nuevo a vivir. ¿Qué aspecto tendrán las estaciones de ferrocarril alemanas?

La vida ha seguido aquí su curso y se tiene una extraña sensación al subir al tren de Basilea con viajeros que no conocen otra cosa. Fredy ha comprado periódicos. También uno en alemán para Conny, que bajo su sombrero de ala ancha fuma en silencio un cigarro tras otro con el aspecto de un buen campesino del Jura que viaja a la ciudad con el fin de hacer su compra semanal.

Basilea, SBB. Esta estación fue siempre más importante que la de Baden de enfrente, la de Lörrach, adonde llegaban los trenes procedentes de Alemania y que ahora ha sido reducida a la categoría de estación de mercancías. ¿Quién puede viajar en realidad de Alemania a Suiza en esta época?

La estación y la plaza rebosan de gente en esta tarde de sábado. Tenemos que ir a Münsterberg y Fredy pretende ponerse en la cola de las personas que esperan el tranvía, pero yo quiero ver Basilea.

—Por favor, tío Fredy, vamos a pie. La maleta no pesa casi nada y la llevo a gusto.

Se encoge de hombros y nos ponemos en camino. Está bien claro que mi tío no puede comprender lo que ocurre en mi interior en estos momentos.

Basilea. Solo a un par de centímetros de la gran línea trazada por la historia mundial. Aquí podían comer queso de Emmental y oír el aullido estridente de las sirenas sin necesidad de tener que refugiarse en los sótanos. Es posible que hubiera un tiempo en que tuvieran miedo, pero eso ya ha quedado atrás. Sea cualquiera el motivo, Hitler marchó a lo largo de la leve frontera que dejó a los confederados seguir gozando de su libertad. Basilea escuchó el estruendo de los cañones y de las bombas, pero la alambrada de espino no sufrió ningún daño, excepción hecha de los

desesperados intentos de prisioneros de guerra franceses, rusos, polacos y belgas para romperla.

La mayoría de ellos quedaron colgando de las alambradas sin que los habitantes de Basilea pudieran ayudarles. Los alemanes perseguían con perros y metralletas a los que se arriesgaban alocadamente a luchar con el alambre de espino tendido en esta zona.

—La alambrada existe todavía —explica Fredy—. ¡Imagínate lo que sucedería si los alemanes intentaran penetrar ahora en Basilea en masa!

Cuando llegamos al piso de soltero de Fredy, comprendemos enseguida que nos queda solo una noche. No hay sitio para tres. Y además se ha de pensar en la asistenta, que no tiene por qué enterarse de nada y que no vendrá el día siguiente porque es domingo.

Mi tío ha preparado personalmente nuestro alojamiento de emergencia y la cena está en la nevera.

Según el plan de Fredy, nuestra cena siguiente la haremos ya en Alemania. Es un plan fijado en todos sus detalles. Dormir hasta las nueve de la mañana, desayunarnos a las diez, comer a las doce y media en un local que no llame la atención, volver después a la casa y esperar que oscurezca. Después, coger el tranvía hasta Riehen, pasear por el Langen Erlen y... cruzar la frontera. Un plan lógico y sencillo que no tiene discusión. Fredy desea ayudar una vez más, pero después quiere descansar definitivamente. Si todo sale bien, mañana por la noche habrá ayudado a cruzar la frontera a cinco prisioneros de guerra alemanes fugitivos.

Fredy pone sobre la mesa un paquete atado con cuerdas, de casi medio metro de largo.

—Vuestra herramienta para el alambre de púas —explica sacando del pardo papel de embalaje una pesada cizalla de acero muy bien afilada.

—¿Tanto alambre hay en la frontera?

—Por desgracia, sí. No es una alambrada corriente, sino una banda de rollos tan altos como un hombre, con una anchura de veinte metros como mínimo. Los otros han necesitado más de una hora, pero con estas tenazas lo conseguiréis en un par de minutos.

No puedo evitarlo. Mientras Conny se queda con Fredy frente a un vaso de vino, yo me dirijo a Münster y contemplo el Rin, en cuyas aguas se reflejan las luces de los restaurantes de la orilla. Inmediatamente, donde comienzan Francia y Alemania, hará su famoso meandro y fluirá hacia el Norte entre la Selva Negra y los Vosgos. Existe todavía la vieja barca de pasaje de Münster, que se mueve con mucha lentitud entre las orillas, y una negra riada humana se desliza en esta tibia tarde de sábado por el puente de Wettstein. Ciudadanos que disfrutaban su fin de semana, con dinero acuñado antes de la Primera Guerra Mundial. Al otro lado, detrás de la estación de ferrocarril de Baden y la alambrada de espino quedan tan solo unos trozos de papel sin valor. Es el punto donde termina el bienestar y comienza el caos. Mañana por la noche

cortaremos el alambre.

No se habla mucho más cuando regreso a casa de mi tío y tampoco el domingo. El horario fijado por Fredy discurre con la precisión de un reloj. No necesita corrección.

Lo único inquietante es el nerviosismo de Conny. Se toma un trago de aguardiente mientras yo guardo en una vieja cartera de mano las tenazas, los útiles de afeitar, cigarrillos y un par de tabletas de chocolate. Constituye nuestro único equipaje. En el fondo está la boina de Alphonse, de la que no puedo separarme. Ha cruzado conmigo el Doubs y cruzará también la alambrada de púas.

Casi ha oscurecido ya cuando cogemos el tranvía de Riehen. Tres niños que regresan del zoo con el padre y la madre nos pisotean, hablan de monos, leones y elefantes y quieren a toda costa que participemos de su alegría. Conny, que no debe abrir la boca, se mueve nervioso en el asiento y respira por fin cuando la familia desciende.

Es ya de noche cuando llegamos al Langen Erlen, pero hay todavía gente en el camino arenoso que discurre a lo largo del pequeño riachuelo.

—Hay un camino así en la otra orilla —susurra Fredy—, y enseguida viene la alambrada de púas, pero no debéis utilizar ese camino porque está reservado para los guardias fronterizos. Pasan cada hora de dos en dos en bicicleta. Se presentarán dentro de diez minutos. Entonces tendréis que descalzaros, arremangaros los pantalones y pasar el río. Disponéis de una hora, pero no la necesitaréis. De todos modos esperaré aquí, en los matorrales.

Puntualmente como el ferrocarril suizo, en el otro lado pedalean los dos guardias fronterizos. Es tan oscuro que solo se les ve como sombras y reina un silencio tan profundo que se oye desde lejos el crujido de las ruedas sobre la arena.

Estamos en el río. Los pantalones, arremangados por encima de las rodillas, reciben solo unas salpicaduras, y solo una vez me hace dar un traspíe una piedra de aristas cortantes. Me duele enormemente la planta del pie, pero ya estamos en la orilla opuesta. Tendidos en la hierba, nos secamos los pies y nos volvemos a poner los calcetines y los zapatos.

La cizalla de acero sueco desprende un brillo mate a la luz de la media luna. Corta casi sin hacer ruido, pero este matorral metálico se hace más denso cuanto más nos introducimos en él. Han trascurrido diez minutos y no alcanzamos todavía a ver el fin. Los alemanes y los suizos han echado toneladas de alambre de espino en esta raya fronteriza. Me gustaría saber cómo Schlegel, Wisheu y Fickler han podido atravesar esta laberinto sin instrumento de corte. Conny se arrastra, jadeante, detrás de mí. Hacemos un alto después de unos quince minutos.

Por fin los rollos se hacen menos densos. Zigzagueando entre ellos, podemos llegar a una pradera pedregosa. La cuestión es saber si aquí habrá guardias fronterizos. Baden del Sur pertenece a la zona de ocupación francesa, y si los franceses nos pescan seremos los estúpidos más grandes que hayan cruzado una

alambrada de espino.

Permanecemos diez minutos en una hondonada. Nada se mueve. Después nos deslizamos hacia Brombach, a la izquierda de las alturas de Tüling. Será medianoche, pero hay luz todavía en una casa campesina y llamo a la puerta.

El recibimiento no es muy amistoso, pero se muestran dispuestos a ayudarnos cuando les explicamos nuestra situación.

—Hay un par de franceses en la localidad, pero aquí podrán dormir sin preocupaciones. Mañana les llevaremos a Schopfheim. Allí sacarán los billetes para regresar a casa.

Fredy me ha dado cien francos para el camino, pero el campesino no acepta nada.

La mañana siguiente viajamos a Ravensburgo donde vive mi madre con mi hermana desde que su casa de Friburgo fue destruida por los bombardeos. La campesina ha zurcido algunos agujeros que tenían nuestros trajes, pero no habría sido necesario en modo alguno, pues las ropas de los hombres que llenan los trenes hasta los topes no se pueden comparar con los trajes de Fredy. Y si se piensa en las mujeres de Basilea, las de aquí apenas visten mejor que las campesinas rusas.

¡Regreso a la patria! ¿Qué saben de nuestra felicidad las entristecidas caras que nos rodean? Conny, que ahora podría hablar sin llamar la atención, continúa chupando su puro suizo. Piensa en su granja, en su mujer y en su hijo y lo hace con la orgullosa satisfacción del hombre que ha tenido el valor de arriesgar su vida en una gran empresa.

El tren pasa por delante de unas iglesias barrocas a las que la guerra no ha quitado nada de su armoniosa solemnidad. Ha respetado el estuco y la piedra. Pero a las personas les ha sido presentada una cuenta cruel y se les ve en los rostros que no saben cómo pagarla.

Ravensburgo. Una estación de ferrocarril intacta y ningún problema en la barrera. Estaré en casa dentro de un par de minutos. Una muchacha nos indica el camino a la Rauennegstrasse. Ríe con sonido claro cuando le ruego que nos acompañe hasta la casa.

—No os estaba esperando precisamente a vosotros dos. Tendréis que buscaros otra más tonta.

Todavía un par de escalones. No puede ser más sencillo.

Escaleras suabias limpiísimas que huelen a cera como si no hubiese habido una guerra. Brillan las placas de latón en las puertas de cristal, y el timbre suena estridente. Mi madre me echa después los brazos al cuello y rompe a llorar. Ha terminado la guerra y no hay palabras que puedan expresar esta sensación.

Más tarde contamos nuestras aventuras mientras mi madre nos sirve una taza de malta, pan negro y mermelada de frambuesas. Mi hermana, que llega de la escuela media hora después, puede comprenderlo tan poco como mi madre. Pero es ella la que enseguida reacciona de una manera realista:

—Naturalmente, ¿no tendréis ningún documento?

—¡Claro que no! Pero estoy aquí y eso es lo principal.

—No es como te lo imaginas. Vendrán a buscarte aquí. Tenéis que pasar a la zona americana todo lo más deprisa posible.

—Pero no tan deprisa, creo yo. Siempre será posible pasar una noche en la propia cama. Por lo demás, he dado Friburgo como dirección mía en Alemania.

—Eso no sirve de mucho. Hemos tenido que presentarnos a la policía y no vayas a creer que no son capaces de encontrar un rastro desde Friburgo hasta Ravensburgo. Tenéis que marcharos y lo mejor sería que tu amigo se fuera ahora mismo.

Conny se muestra conforme. Ha mostrado valor en el Doubs, pero desde entonces se ha convertido en una carga.

—Está bien —digo—. Mi hermana te dejará sentado en el tren y yo pensaré mañana lo que hago. Cierto que estoy en casa, pero tú estás en mejores condiciones, pues Schweinfurt se encuentra en la zona americana.

Los dos se dirigen a la estación cuando oscurece. Mi madre echa más agua en el pote del café y me unta la quinta rebanada con mermelada.

—Has adelgazado.

—Tú también, mamá.

—Hemos salido adelante muy bien. Lo más importante es que por fin has vuelto.

Pero las arrugas que le circundan la boca y los ojos no mienten. Papá no ha regresado de la guerra y mamá solo ha podido salvar en Friburgo una maleta.

Se ha hecho de noche y hay silencio en la calle, desde la que no penetra ningún ruido en la habitación.

—Pero ¿dónde podrá haberse metido Anneliese?

—Bueno, todavía no es tan tarde. Esperará hasta que Conny esté sentado en el tren.

—No puede hacerlo, ahora está prohibido salir de noche. No se lo toman tan en serio como al principio, pero hay que andar con cuidado.

El timbre suena en ese mismo instante.

—¡Gracias a Dios! —exclama mi madre abriendo.

Mi hermana tiembla de pies a cabeza. Se deja caer en una silla, esconde la cara entre las manos y se echa a llorar.

—¡Vamos, di qué ha ocurrido! ¿Los franceses?

Dice que sí con la cabeza quitándose las manos de la cara.

—¡Conny! ¡Han cogido a Conny!

—¿Detenido? ¿Lo has visto tú?

—Sí. Le saqué el billete y estuve hablando con él unos minutos. Estaba muy nervioso y me rogó que cruzara la barrera con él. Todo parecía tranquilo. No se veía ni un francés y la gente no tenía que hacer más que mostrar el billete en la barrera. Yo tenía la intención de esperar en la entrada principal hasta que él hubiese pasado. Había una pequeña cola y Conny tuvo que ponerse en ella. De repente llegó un jeep con policías militares franceses. Él no los vio hasta que estuvieron al lado del revisor.

Me di cuenta de que se ponía pálido. Creí por un momento que echaría a correr, pero siguió en la cola.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Lo apartaron enseguida. Un par de minutos después se lo llevaron al jeep y se marcharon.

—¡Maldición! ¡Ya no se puede hacer nada!

—Tienes que marcharte enseguida.

—¡Ni hablar! Fíjate, a mí no me han buscado siquiera. Ha sido una simple cuestión de rutina y Conny ha tenido mala suerte.

—¿Crees que no hablará? —pregunta mi madre.

—Seguro que no.

—¿Entonces te quedarás aquí esta noche?

Convenzo a las dos de que sería más peligroso actuar precipitadamente. Ya no es como antes, pero nadie podrá quitarme esta noche en casa.

Sueño con los gendarmes y con el Doubs. Y me siento feliz al despertar en un viejo sofá y ver cómo entra el sol por una ventana que no tiene rejas. El panorama es más triste para Conny. Acercó la silla donde están los cigarrillos y el chocolate suizo. El viejo reloj de sobremesa da las seis y todavía no se oye ningún ruido en la habitación de mamá y mi hermana.

Un trozo de chocolate, una chupada al Maryland y de nuevo otro mordisco de chocolate. Un placer de la libertad que se ha materializado. El cigarrillo arde todavía cuando suena el timbre con ruido estridente. Toques largos, tres, cuatro veces. De la escalera llega el sonido de botas de hombre. Antes de que mi madre se haya echado con manos temblorosas el abrigo sobre el camisón, sé que vienen a buscarme. Conny no ha mantenido cerrada la boca.

Abierto de piernas y con una sonrisa irónica, el grueso capitán de gendarmes se planta junto a mi lecho mientras dos hombres guardan la puerta.

—Mira dónde está el pájaro que se escapó volando. No nos esperabas tan temprano, ¿verdad?

Me dejan cinco minutos de tiempo.

—Desayunarás en el talego, y no necesitas afeitarte. *Allez*, date prisa. ¡No podemos perder tiempo!

En la cocina, dejo que el agua fría del grifo del fregadero corra sobre mi cabeza. Uno de los hombres está en la puerta y vigila mis movimientos, pero me sobreestiman. Nunca me he sentido menos capaz de pensar con claridad.

La decepción resulta demasiado cruel para mi madre. Ha perdido el conocimiento y está tendida, con una palidez de cera, en el sofá donde yo dormía unos minutos antes. Por ello no ve cómo me ponen las esposas y me empujan al interior del acostumbrado Citroën de la policía.

Ravensburgo es una ciudad pequeña, y pequeña es también la cárcel, pero sus muros son gruesos. Como un sonámbulo, atravieso el patio y camino por un corredor.

Los franceses me entregan a un funcionario de uniforme verde y cuidan, además, de que me quite los cigarrillos. Luego le llega el turno a la celda.

Dos caras jóvenes sin afeitar me miran fijamente con curiosidad en la penumbra. Reconozco enseguida al tercero, acurrucado en su tarima con la cara vuelta hacia otro lado. Una rabia feroz se apodera de mí. Me lanzo sobre él de un salto y llueven los puñetazos sobre su cara. No se defiende. Pero grita por efecto del pánico, retorciéndose en el suelo. Los otros me cogen y me retiran a la fuerza.

—¡Estás loco, le vas a matar!

Jadeando, intento zafarme de quienes me sujetan, pero son fuertes y me ponen los brazos a la espalda. También el guardián se presenta al instante.

Una violenta patada en las costillas me deja sin respiración. Conny se levanta gimiendo y se limpia con la manga la sangre que le brota de la nariz.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¡Este cerdo me ha denunciado a los franceses! Mi madre ha quedado en casa, y no sé siquiera si vivirá todavía o no. ¡Y no vaya usted a creer que, después de todo lo que he pasado, voy a tolerar que me pisotee como a un perro!

—Es el otro prisionero de guerra, señor policía —dice uno de los muchachos—. Habría sido mejor que no le hubiese traído a esta celda.

—No me interesa. Nuestro reglamento es válido también para los prisioneros de guerra. Además, esto no es un campo de prisioneros, sino una cárcel.

Puedo pensar de nuevo por primera vez en este día. La descarga me ha tranquilizado.

—Pero es que mi sitio no está en la prisión, compréndalo. Lo que los franceses hagan con nosotros es asunto de ellos. Pero ¿cree usted que hemos vuelto a la patria para que nos den palizas los alemanes?

—Sin embargo, ustedes sí que se han pegado.

—Y usted me ha dado una patada.

—Porque aquí nadie se pega.

—Usted no tiene ni idea de lo que ocurre.

—Ni quiero saberlo.

—Son ustedes peores que los franceses... Y a ver, ¿dónde hay un abogado si dicen que esto no es una prisión? ¿Dónde está el juez de instrucción?

—¡No diga tonterías, hombre! Lo único que hago aquí es cumplir con mi deber.

—A pesar de todo, ahora me está tratando de usted. Y ahora exijo que me lleve a presencia de su director.

El jefe causa mejor impresión. Pero este burócrata tampoco es capaz de tener iniciativas propias.

—Tiene usted razón al decir que su sitio no está realmente aquí, pero los franceses mandan y nosotros hemos de cumplir nuestro deber.

—Entonces autorice al menos que mi madre y mi hermana puedan visitarme.

—Está prohibido.

—Pero mi madre está enferma. Estaba sin conocimiento cuando me han sacado de casa, donde solo he pasado una noche. Comprenda, se lo ruego, que mi madre quiere saber dónde estoy y qué me va a ocurrir. Tengo derecho a ello por mi condición de prisionero de guerra.

—Lo siento. Haré que lo trasladen ahora a otra celda.

Me encierran con dos estraperlistas que han de contar con un par de meses, pero que están de un humor inmejorable. Y hasta tropiezo con un guardia que tiene el valor suficiente para llevar una carta a mi madre y volver con la respuesta. Mi madre se encuentra bien y me aconseja que no corra más riesgos.

Sabe también en qué celda estoy e incluso puedo hacerles señas. Los paisanos tienen rigurosamente prohibido rondar los muros de la prisión, pero nadie se opone a que los niños busquen castañas en los grandes árboles que se alzan muy cerca del muro. Mi hermana se aprovecha de esta facilidad y viene con un niño de la vecindad.

Se aproxima mucho con un gran cesto al muro y podemos vernos si me subo a la tarima y aprieto la cabeza contra los barrotes de hierro. Mi madre se queda en segundo término.

Los franceses vuelven al cabo de ocho días. Dos gendarmes vienen para llevarnos al tren de la mañana de Tuttingen. Conny y yo, esposados el uno al otro, caminamos hacia la estación bajo las miradas curiosas de los habitantes de Ravensburgo, que se quedan con la boca abierta. El tren está lleno a rebosar, y la gente que ha sido echada del departamento por los gendarmes nos lanza unas miradas inconfundibles: Los presidiarios viajan sentados y nosotros tenemos que ir de pie.

Ha quedado solucionado el asunto de Conny. Ahora sé que la situación ha sido superior a sus fuerzas. Ha sido su primera y última evasión. Podrá quedarse en el campo de Tuttingen si tiene suerte. Hemos vuelto a reconciliarnos durante el paseo por el patio de la prisión, pero siempre que me mira lo hace con los ojos tristes de un perro apaleado.

UNA HORA después, en el campo de Tuttlingen, llega el momento de la separación. Conny es conducido enseguida al barracón de castigo para cumplir sus treinta días de arresto. Yo soy conducido a presencia del comandante.

Es alsaciano y le divierte hablar en alemán. Todavía más placer le producen los papeles que tiene sobre la mesa de despacho. Allí está todo, comenzando por la prisión.

—Tienes unos antecedentes de primera categoría. Primero en la cárcel y luego siempre huyendo de un lado para otro. Si tu amigo no hubiese sido tan estúpido, realmente habrías conseguido esfumarte. Pero aquí no se escapa ni un ratón por las alambradas, puedes estar seguro. Te enviaré a un precioso campo alsaciano donde te enseñarán lo que es disciplina.

El barracón de castigo para casos difíciles está protegido como el oro de Fort Knox. Cuento siete alambradas antes de ser entregado al centinela que hace guardia con una metralleta delante del barracón de castigo. Siete jaulas vigiladas hasta llegar a la alambrada principal, un terreno plano bien visible desde todos lados y centinelas con ametralladoras en las torres. Este barracón está construido a prueba de evasiones.

Antes de que el barbero acabe de cortarme de nuevo el pelo al cero, unos individuos que no dan la impresión de tener miedo me dicen:

—Se pasa lista tres veces al día, y durante la noche dos parejas de centinelas dan vueltas continuamente alrededor del barracón. Hasta la lista de la tarde podemos movernos un par de metros entre el barracón y la primera alambrada. Somos treinta y cinco hombres y cada uno de nosotros se ha fugado lo menos tres veces. Pero aquí no hay ni un agujero. Nuestra única posibilidad de huida puede ser durante el traslado a un campo de castigo situado en cualquier parte de Alsacia.

Estamos en octubre y oscurece a las seis y media. La vida discurre aún en el campo, pero se cierra el barracón de castigo. A la luz de la mortecina lámpara que hay en el centro de la larga mesa, algunos están sentados jugando al *skat*, rodeados de mirones, pero la mayoría están tumbados boca arriba en la paja podrida con la mirada fija en el techo. A mi lado está tendido un berlinés del barrio de Wedding, un individuo flaco, de fuerte osamenta, que rayará en los treinta, de ojos negros que relucen en la penumbra cuando chupa el tallo que se imagina un cigarrillo.

—Me he fugado cinco veces; la última, del campo de castigo adónde nos llevarán ahora de nuevo —me dice—. Allí se fuman hojas de té y se come carne de perro, pero a mí me darán tales palizas que ya no necesitaré comer más porque no tendré con qué. ¿Cuántas veces te has escapado tú?

—Cuatro. O, en realidad, cinco. También he estado en la cárcel bastante tiempo.

—¿Y dónde?

—En Ruán.

—Un hermoso trayecto.

—Se puede decir que sí. Y cuando llegas a Alemania te vigilan más fuertemente que nunca.

Entonces le relato todo lo ocurrido en Ravensburgo.

—A ese Conny lo matarían en el campo de castigo.

—También quería yo hacerlo, pero, a fin de cuentas, él no tiene la culpa. El culpable de todo soy yo. Tendría que haber sabido que se encontraba contento con sus campesinos del Jura. Ahora estará como un buen chico esperando su puesta en libertad.

—Un día lo será, mientras nosotros estiraremos la pata en el campo de castigo.

—Pues por lo mismo tenemos que salir de aquí. ¡Tendrá que haber algún camino! El hombre se sienta y me echa a la cara un acre humo de hojas de té.

—Escúchame bien, muchacho. Si te digo que no hay ningún agujero es que no lo hay. ¿Me tomas por un principiante? Me escaparía aunque tuviera no un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito, sino solo un diez, pero aquí no hay siquiera un uno por ciento, ¿no lo has comprendido aún? Tenemos que esperar el traslado, antes no es posible hacer nada.

—¿Y cuándo crees que se efectuará el traslado?

—Probablemente el lunes. Hasta ahora ha sido siempre los lunes.

—Entonces disponemos aún de tres días.

El día siguiente me siento al lado de Orje a tomar el suave sol de octubre. Ahora veo por vez primera lo largas y delgadas que son sus piernas. Le han pescado como a mí, de paisano, y han dado unos pantalones viejos de la Wehrmacht que le vienen veinte centímetros como mínimo demasiado cortos. En cambio, los míos son demasiado largos. Está fumando té otra vez, pero el mal olor es más fácil de soportar al aire libre. En el camino, que pasa derecho como una vela junto a la alambrada principal, se ve de tarde en tarde algún que otro ciclista.

—Parece como si fuera el declive de una orilla de un río —observo.

—Y lo es. Por ahí debajo fluye el Danubio, a mano derecha está el Tuttlinger Freibad. Tengo explorado todo. Pero ¿cómo piensas atravesar las siete alambradas hasta llegar a la principal?

—Mañana es sábado. En Francia tenían los sábados siempre solo la mitad del personal de vigilancia.

—Aquí también —confirma Orje echando al aire el humo de sus hojas de té—. ¿Y qué provecho crees tú que se puede sacar de eso aquí?

—Hace media hora que estoy estudiando los movimientos de los centinelas que hay en las puertas grandes entre las jaulas. Como puedes ver tú mismo, permiten sin objeciones el paso de cualquier grupo de trabajo sin pedir los papeles.

—Es lógico porque en caso contrario tendrían mucho trabajo. Pero nadie pasa por la alambrada principal.

—Siendo berlinés, tendrías que conocer la historia del capitán de Köpenick.

—Claro que la conozco. Pero no comprendo de qué provecho puede sernos.

—Su idea puede sernos de provecho. En el talego de Ruán teníamos también gente que se hacía llegar limas y cortafíos. Pero el único que consiguió escapar no se manchó siquiera las manos, sino que salió tranquilamente por la puerta principal. Formaremos un pequeño grupo de trabajo y atravesaremos todas las puertas hasta llegar a la alambrada principal.

Orje mueve la cabeza:

—Con todo, quedan todavía dos vallas: la principal y esta de aquí.

Señala el alambre que se alza tres metros a muy poca distancia de nuestros pies:

—Cierto que mañana al mediodía no habrá aquí ningún centinela, pero nuestra puerta estará cerrada.

—Pero tú aseguras que podríamos movernos con libertad por el campo si atravesáramos esta valla.

Se anima de repente:

—Tienes razón, solo así podrá resultar. ¿Y qué dirías si el viejo Orje tuviera unos alicates? —murmura señalando unas hierbas que crecen junto a la valla—. Están enterrados ahí. Valen un capital.

—Nuestro problema consiste en que el grupo de trabajo ha de ser lo más reducido posible —digo—. Cuatro o cinco hombres, más no. Y habrá que salir mañana por la tarde, poco antes de las seis. Estará ya anocheciendo y dispondremos de una buena media hora de tiempo para llegar a la valla principal antes de la lista de la tarde.

—Yo escogeré a la gente —decide Orje.

Siento una leve punzada en la boca del estómago. Sabía que se presentaría. Mientras se hacen planes y se mantiene cerrada la boca, no hace acto de presencia, pero de repente aparece como el primer tictac de una bomba de relojería. Y uno no es el único que la siente, pues es imposible guardar el secreto frente a cuarenta cabezas peladas que tienen los oídos muy finos. Cada uno de nosotros se convierte en una estación de radar cuando hay en la atmósfera un ambiente de evasión. Si los guardianes tuvieran solo la décima parte del olfato de los hombres que han recorrido Francia e incluso Suiza con las ropas más extrañas, la tentativa fracasaría ya en la primera valla.

Todo el barracón está enterado al cabo de una hora, y después de la lista del mediodía se hace inevitable hablar con claridad. Tienen derecho a ello, pues los que permanezcan aquí han de contar con represalias.

Orje habla en voz baja para no llamar la atención de los centinelas. Los demás nos rodean apretadamente. Los de atrás se suben a la mesa para oír mejor. El ambiente es tenso, pues la elección se ha efectuado ya. Orje ha sido lo bastante hábil como para buscar no solo hombres experimentados, sino también fuertes.

—Habéis de tener en cuenta que seis hombres son ya más del máximo conveniente. Si alguno más se nos uniera lo echaría todo a perder. Nuestras oportunidades son una contra cien, y tirarán a dar. Si nos matan entre las alambradas,

los que se queden en el barracón se sentirán contentos de no haber participado.

Esto produce efecto, pues todos saben que en la valla principal se dispara sin previo aviso. Orje sabe hablar de una forma estupenda. Ha ganado la primera batalla porque ha sabido escoger las palabras adecuadas. La mayoría de los que se quedan se pronuncian por la fuga. Los demás se reservan la opinión.

Cuatro se deslizarán por un agujero con mayor rapidez que seis. Sin embargo, no hay manera de reducir el grupo. Lo importante ahora es que dispongamos de la ayuda sin la cual no sería posible escapar del barracón de castigo.

Media docena de hombres se preparan para la evasión. Me agradan todos, pero Orje es un caso de suerte. La operación no tendría sentido sin él. La mañana discurre con una lentitud torturante. Sin embargo, Orje saca también buen partido de esta espera.

—Las nubes vienen del oeste y oscurecerá pronto —dice.

—¿Y qué sacarás de ello si el centinela continúa por la tarde delante del barracón?

—No estará. Se marcha todos los sábados.

¿Será imposible hacer un agujero en la alambrada y que se deslicen por él seis hombres si hay un centinela en el reducido terreno del barracón de castigo?

La lista del mediodía dura media hora más de lo normal, pues se han equivocado al contar. Pero la cuenta termina saliendo por fin y podemos dirigirnos a recoger la sopa.

Como de costumbre, Orje se mete entre pecho y espalda el caldo gris con trozos de nabo.

—No es que dé mucha fuerza —dice—, pero tienes que comer si pretendes cruzar siete vallas.

A eso de las dos, el centinela abandona la valla que circunda el barracón de castigo y cierra la puerta. Las demás puertas continúan vigiladas. Sin embargo, se va viendo cómo los hombres cubiertos con cascos de acero azules y provistos de metralletas quedan poco a poco reducidos a la mitad. El hombre de la torre está a una distancia de cincuenta metros.

Este centinela no podrá dominar con la vista un pequeño ángulo muerto. Si seis hombres se aprietan contra el lado frontal del barracón, la mirada de él pasará por encima de ellos, pero volverá a verlos en cuanto den tres pasos hacia la alambrada. Este ángulo muerto se ha de agrandar en unos minutos. Orje opina que los seis hombres podrían salir en tres minutos, y es él quien pretende abrir el agujero.

No es fácil disuadirle, pero cede por fin cuando los otros apoyan mi razonamiento. Con su metro noventa de estatura, hace demasiado bulto. Así, los alicates van a parar a mi bolsillo.

Fuera, en la jaula próxima, hay un par de bancos viejos que parecen bastante estropeados. Tendrán unos cinco metros de longitud y pertenecen a las toscas mesas con que están equipados los barracones. Propongo echarnos al hombro uno de estos

bancos y marchar en fila india como un auténtico grupo de trabajo.

—Si el centinela no es tonto —objeta uno—, tendrá que llamarle la atención el hecho de que seis hombres son demasiados para un banco tan ridículo. Con dos tendríamos suficiente.

No dejo que prospere este razonamiento, pues he estudiado la estupidez de los vigilantes de los campos en lo que se refiere a la teoría de la ocupación.

—No se sorprenderá lo más mínimo —afirmo—. Todo lo que huele a trabajo es correcto. ¿Crees tú que uno que está aquí de centinela va a tomarse la molestia de pararse a pensar si un trabajo es lógico o no? Si nos ve con un banco, entonces es que alguien nos habrá ordenado transportarlo. Es suficiente.

—Tiene razón —apoya Orje—. En cuanto tengamos el banco, podremos marchar hasta la valla principal sin que nadie nos moleste. Es mucho más importante que dé buen resultado lo de las mantas.

De un par de grises mantas de la Wehrmacht dependerá que el centinela continúe tranquilo en la torre. Haciendo una especie de biombo con ellas, tenemos que aumentar el ángulo muerto lo suficiente para que yo pueda practicar el agujero en la alambrada. Una limpieza del barracón, improvisada el sábado por la tarde, es testimonio tan solo de la limpieza alemana.

Poco antes de las seis, cuando comienza a oscurecer, salen los hombres con las mantas y comienzan a sacudirlas y golpearlas. Me arrastro hacia la valla detrás de los dos hombres que, con los brazos extendidos, sostienen las mantas para que las oreo la brisa de la tarde. Las mantas impiden que el centinela pueda verme desde su elevado puesto.

Resulta más fácil de lo que había imaginado. El sacudimiento de las mantas apaga el ruido crujiente de los alambres. Dos de los que se han quedado atrás avanzan arrastrándose para sujetar alzados los alambres, y uno detrás de otro se cuelan ambos por el agujero. Los demás permanecemos inmóviles en espera de la señal convenida. El hombre que está de guardia en la torre tiene que volver antes la cabeza.

—Exactamente las seis —susurra Orje—. El asunto se pondrá feo si ese orangután no se vuelve enseguida.

La señal liberadora nos llega al cabo de tres minutos. Entonces nos ponemos de pie y nos dirigimos despacio hacia el sitio donde están los bancos. Ya no hay retroceso posible. El agujero abierto en la alambrada ha vuelto a ser tapado y se han doblado las mantas.

El banco que hemos escogido ha criado musgo. Marcho el primero y por el bamboleo de la madera sobre mi hombro noto que los que me siguen intentan todos coger el paso. Hay solo tres o cuatro barracones en este espacio vallado. Probablemente serán depósitos. Ahora todo depende de cómo reaccione el centinela que guarda la puerta de alambre.

Izquierda-dos-tres-cuatro, izquierda-dos-tres-cuatro. Todavía cincuenta metros. Me dirijo en derechura hacia él, y cuando nos encontramos a diez metros, el banco

nos libra realmente de toda sospecha. El centinela abre la puerta mecánicamente tras mirarnos solo por encima.

Pasamos por delante de un grupo de trabajo que sierra madera. Orje sujeta el banco detrás de mí.

—Más despacio —susurra—, no son más que las seis y seis minutos. Tenemos tiempo. La cosa va sobre ruedas, ¿no?

Un par de soldados se cruzan con nosotros sin prestar atención. Un suboficial francés vestido con uniforme de paseo camina con paso rápido y nos deja atrás. El centinela le abre la puerta y la deja abierta para que pasemos nosotros.

Después de la tercera jaula, la cuarta. El banco resulta un enmascaramiento inmejorable y todo discurre sin el menor tropiezo. Hay que verlo para creerlo. Dejamos atrás el barracón del comandante, y la siguiente puerta se abre lo mismo que la siguiente a esta. Como en una película absurda.

Por fin llegamos a la valla principal. La gran puerta, guardada por dos centinelas, se abre precisamente para que pase un jeep, pero la diversión se acaba en este lugar. Obedeciendo más al instinto que a una reflexión lógica, dirijo a mis camaradas hacia la derecha, donde los franceses han hecho un campo de deportes que cuenta con unas porterías de fútbol improvisadas. Se han reunido cinco o seis frente a la portería más alejada y están lanzando penales, a pesar de que apenas se puede ya divisar el balón en el crepúsculo.

Muy cerca de la valla principal, a la altura de la línea media, hay un barracón descuidado que tiene rotos los cristales de las ventanas. No es necesario deliberar. Noto que Orje, que marcha detrás de mí, tiene el mismo pensamiento que yo. Penetramos con nuestro banco en el barracón sin que los futbolistas se hayan dado cuenta de que existimos. El banco va a parar a un rincón, y, como obedeciendo a una voz de mando, todo el mundo se echa al suelo.

—Las seis y catorce —susurra Orje—. Pasarán la lista de tarde dentro de dieciséis minutos. Tenemos que haber salido ya dentro de diez minutos.

La valla principal no está ni a ocho metros de distancia. Si uno se tiende de espaldas, desde los huecos de las ventanas se puede ver cómo relucen a la luz del crepúsculo los alambres de la valla.

—Esperemos que no nos hayan visto los futbolistas —dice alguien.

La quietud se adueña del lugar en este momento, y poco después los jugadores, empujados por la oscuridad, pasan por delante del barracón. Permanecemos como estatuas de sal, tensos los nervios, a punto de romperse.

—Las seis y diecinueve minutos —dice Orje cuando se ha extinguido el ruido de los pasos.

Me he arrastrado ya hacia la puerta, que está desquiciada y es solo un negro agujero. Tenemos que estar fuera dentro de cinco minutos.

Me arrastro en la penumbra hacia la valla. Los contornos del próximo puesto elevado se pueden reconocer todavía con una endiablada nitidez. Quedan cincuenta

metros escasos, y si el centinela tiene buenos la vista y el oído no necesitará luz para alcanzarme con un disparo. El alambre cruje de una manera terrible al ser herido por los alicates. Tiembla la valla entera y aguardo hasta que se hace de nuevo el silencio. No obstante, nada se mueve en la torre.

Puedo pasar al cabo de dos minutos, pero este campo está mejor protegido que todos los demás, pues a la valla interior sigue la exterior, entre las que hay una zona de metro y medio de anchura, llena de rollos de alambre de espino.

La valla exterior parece ser completamente nueva. Los alambres se cruzan formando una malla de cuadrados de unos veinte centímetros de lado. Repentinamente me asalta la tentación de seguir inmediatamente y trepar como si subiera por una escalera. Pero esto iría en contra de lo acordado. Cada uno de nosotros ha tenido que jurar que no se escaparía solo. Tengo que esperar que todos se hayan deslizado a través del agujero. Orje es el último en llegar.

—Faltan cinco minutos para la media —susurra Orje—. Ya es más que tiempo de salir.

—Entonces no tiene sentido continuar cortando alambres. Se puede trepar con facilidad. Un salto cerrado dura cinco segundos y los dedos sangrantes se curan otra vez.

Todos estamos de acuerdo y el alambre comienza a crujir bajo doce manos y doce botas, bajo el peso de seis hombres que se sirven de manos y pies apresuradamente. Son tres metros escasos, y todo el mundo se deja caer al otro lado, hacia el declive de la orilla del Danubio. Después corremos a toda velocidad a lo largo de la orilla del río, esperando el tableteo de la ametralladora. Es inimaginable que el hombre encaramado en el puesto elevado no haya oído nada.

Nada se mueve todavía cuando torcemos hacia la derecha y trepamos sobre las barreras del Tuttlinger Freibad. Corremos por delante de las piscinas vacías que parecen embudos gigantes de color verde oscuro. Inmediatamente detrás de los baños se alza una pared protectora: el bosque. El terreno asciende en una pendiente muy pronunciada. Alcanzamos los primeros árboles jadeando y tambaleándonos.

Todos hacemos esfuerzos para recobrar el aliento hasta que Orje balbucea:

—¡Han pasado ya tres minutos de la media y todavía no hay luz ni pasan lista!

El enorme campo de prisioneros, que parece una ciudad fantasma, está apenas a doscientos metros de nosotros. De algunos barracones sale una luz mortecina, pero la noche se cierne impenetrable sobre las alambradas.

—Quizá va mal tu reloj —apunta uno.

—No lo creas. Marcha al segundo.

Orje encuentra otra explicación.

—Es sábado, y los que están de servicio no son tan puntuales como de costumbre porque no están los jefes.

El campo cobra vida en este instante. Unos silbatos estridentes y unos conos de luz deslumbrantes hacen relucir los alambres. Seguimos adelante, tropezando, sin

despegar los labios.

Las zarzas se agarran a las ropas y la subida es cada vez más pronunciada, pero la dirección que seguimos es buena. Caminamos exactamente hacia el norte. En el transcurso de esta primera hora tenemos que alejarnos lo más posible del radio del campo de prisioneros.

Orje es quien camina con mayor rapidez. Se mueve con flexibilidad, a pesar de su gran estatura, y se ha de parar una y otra vez para que le alcancemos los demás. Se hace necesario un alto para recobrar aliento muy cerca de la cresta, donde el terreno se torna más llano. Dos de los hombres se hallan tan fatigados que se dejan caer en el musgo.

Hemos dejado ya de ver el campo de prisioneros, pero se percibe su intranquilidad, pues el viento transporta hasta el bosque ruidos de vez en cuando.

—Ahora habrán contado lo menos tres veces ya —sonríe Orje irónicamente—. Saben que faltan seis del barracón, pero ignoran por dónde hemos salido si los camaradas han remendado bien el primer agujero. Antes de mañana a primera hora, los franceses no tendrán prácticamente ninguna posibilidad de descubrir el agujero practicado en la valla principal. No tienen el menor punto de referencia y tendrán que examinar un par de kilómetros de alambrada. ¿Y de qué les van a servir mañana por la mañana los sabuesos? Ya no habrá ningún rastro, y quizás hasta llueva esta noche.

—Seis hombres escapados del barracón de castigo es algo que jamás les ha pasado hasta ahora y habrá que contar con una acción de búsqueda a gran escala —intervengo—. Propongo que nos dividamos en tres grupos de a dos. Y no olvidéis que durante el día hemos de escondernos en las casas de los aldeanos.

Orje afirma con la cabeza:

—Tienes razón, pero primero necesitamos comer algo. Esta comida la haremos juntos todavía. Falta poco para las ocho. Todavía no duerme ningún campesino y ha de haber granjas detrás de este bosque. Además, nunca he tenido una sed tan espantosa como ahora.

Todos están de acuerdo. El grupo se divide en tres parejas y a mí me toca a Orje de compañero.

LA ÚLTIMA acción conjunta no carece de riesgos. Después del bosque encontramos una pradera pedregosa. Media hora después divisamos la luz de una granja solitaria.

—Quizá sea mejor que llame uno solo y los otros permanezcan ocultos —digo a Orje cuyos ojos negros se entornan un poco.

—Si el campesino no quiere por las buenas —responde—, entonces tomaremos por la fuerza lo que necesitamos. Se llevará un estacazo en la cabeza si no colabora. Así se hará, y por eso he querido yo también que los seis juntos acometamos esta primera empresa.

Orje es un ladrón profesional. A ninguno de nosotros se nos habría ocurrido la idea de atacar a un campesino que no se mostrara dispuesto a ayudarnos. A pesar de todo, su salvaje y fría decisión me obliga a admirarlo. Deja que pase yo delante, pero sé que lleva en el bolsillo una piedra del tamaño de un puño.

El campesino que abre cuando llamo a la puerta se aterroriza de tal modo que intenta cerrar la puerta inmediatamente, pero Orje interpone el pie y le empuja hacia el interior del pasillo, junto con la pesada puerta de roble. La granja está ocupada segundos más tarde. Seis hombres vestidos de gris de campaña, pelados al cero y con las manos ensangrentadas exigen alimentos y bebidas.

El campesino nos mira con los ojos muy abiertos como si fuésemos fantasmas, agarrándose con las manos temblorosas a un armario. Después se hace la luz, pues la esposa del dueño de la casa ha abierto la puerta de la cocina para ver qué ocurre.

—¡Jesús María! —grita levantando las manos. Desde la cocina llegan las limpias voces de los niños.

—¿Quién más hay en la casa? —pregunta Orje, que con la mano derecha sujeta la piedra que lleva en el bolsillo.

—Nadie —contesta el campesino con voz temblorosa—. No hay nadie, excepto mi mujer y mis hijos. Pero en la población hay franceses.

Orje se saca la mano del bolsillo de los pantalones y se detiene a solo unos centímetros de distancia del campesino.

—Ahora presta mucha atención —ordena—. No queremos más que algo de comer y de beber. Leche o agua, un pan y un trozo de tocino.

El labrador respira y vuelve a su cara un poco de color.

—Acuesta a los niños —dice a su mujer—. Yo iré a buscar lo que necesitan.

Cinco minutos después estamos sentados a la mesa de la cocina, bebiendo mosto. Un leño reseco crepita en el hogar.

—¡Un jarro más, campesino! Nos queda un largo camino por delante.

—Y detrás de ustedes está el campo de la SS de Balingen, ¿no es así? —De sus ojos ha desaparecido el miedo, que ha sido sustituido por una expresión astuta—. No

hace falta decir que se han escapado de allí.

—No sabemos de ningún campo de la SS en Balingen —contesto yo—. Hace dos horas estábamos todavía en el campo de prisioneros de Tuttlingen, si es que lo quiere usted saber, y las manos ensangrentadas se deben al alambre de púas.

—¿Y por qué no tienen pelo?

—Porque venimos del barracón de castigo.

Pero estas explicaciones se le antojan a Orje demasiado estúpidas:

—¿Acaso es esto un interrogatorio? No te importa nada de dónde vengamos, ¿entendido? Ahora no queremos de ti más que un poco de comida y bebida. ¿Acaso es pedir demasiado?

El campesino se estremece de miedo. Deja de hablar del campo de la SS y se limita a cuchichear con su esposa. La mujer desaparece en la cocina y vuelve con una lonja de tocino que pesará lo menos cinco libras.

—Trae además dos panes —dice el dueño de la casa mientras mira de soslayo a Orje. El pan y el tocino son divididos en seis porciones iguales. Comeremos por el camino.

Fuera ha comenzado a lloviznar. Esta lluvia tenue resulta beneficiosa, pues borrará las huellas.

—El campesino tendrá cerrada la boca —asegura Orje—. Ha amparado a evadidos, pero lo ha hecho únicamente porque nos ha tenido miedo.

Comemos bajo la lluvia un pan húmedo y esperamos hasta que los ojos se han habituado a la oscuridad. Resulta difícil orientarse. Uno de los hombres propone continuar juntos todavía esta noche, e incluso Orje duda. Pero yo me pronuncio en contra de marchar los seis en un solo grupo:

—Cuando amanezca, estaréis sin saber qué hacer. Ningún campesino esconderá a seis hombres un día entero. Y, por lo demás, el campo ese de Balingen, el de la SS, se encuentra exactamente en nuestra dirección. Todos creerán que hemos huido de allí. Seguiremos el plan y nos separaremos ahora. Dirección general hacia el norte. Intentad dejar atrás Spaichingen esta misma noche. Dejadlo a la izquierda y cruzad el Heuberg, donde hay solo pequeñas aldeas que se pueden rodear con facilidad. El que tenga suerte puede dar con un campesino que le facilite ropa de paisano. Hay que marchar siempre de noche y nunca por carretera. El que se esfuerce podrá estar en la zona americana dentro de tres noches.

Nos estrechamos las manos, pero no se intercambian direcciones. Si alguien es cogido no debe llevar encima ni un trozo de papel.

Por fin nos quedamos Orje y yo solos. Esperamos unos minutos hasta que la noche se ha tragado a los demás.

El frío viento del oeste llega en ráfagas y, en campo abierto, las gotas de agua azotan el rostro como si se clavaran agujas en él. El bosque está tan oscurísimo que hay que palpar el camino para encontrarlo.

Avanzamos un buen trecho, y pasada la medianoche, cuando deja de llover y las

estrellas brillan entre negros jirones de nubes, estamos seguros de que seguimos la dirección acertada. Los pelados y pedregosos montes del Alb tendrán aquí unos mil metros de altura. Hacia las tres de la mañana vemos unas cuantas luces muy por debajo de nosotros.

—Spaichingen —explico—. No iremos mucho más allá.

Necesitamos encontrar un alojamiento antes de que llegue el día, y hemos de arriesgarnos a bajar a una aldea, pues no hay granja alguna aquí arriba, donde el viento silba sobre un pobre terreno de piedra.

El pueblecito se llama Denkingen. Son las cuatro y media cuando, en la entrada del pueblo, nos acercamos sigilosamente a una casa donde ya brilla una luz. Si hay franceses en la aldea, estarán en el centro. Además, no nos queda otra elección.

La mujer que nos abre la puerta se asusta, pero nos deja entrar. No hay dificultades de ninguna clase cuando se presenta el hombre, a quien ella ha ido a buscar. Tan pronto nos ve, el campesino sabe lo que ocurre y no desea en modo alguno saber mucho.

—¿Cuánto tiempo desean quedarse?

—Un día. Solo dormir. Seguiremos nuestro camino cuando oscurezca.

—¿Balingen?

—No, no venimos del campo de la SS, nos escapamos ayer de Tuttlingen.

El campesino se encoge de hombros:

—En el fondo da igual de dónde vengan. Desde luego, está prohibido esconder a prisioneros de guerra, pero yo lo he sido. Pueden desayunar ahora y después dormir en el granero.

Después de la leche caliente y el pan negro, los miembros se tornan tan pesados que hemos de hacer un gran esfuerzo para no quedarnos dormidos en la mesa de la cocina. Nos dan a cada uno una manta de lana, y la paja del granero no está húmeda ni es gris como la del campo de prisioneros, sino amarilla y seca. Permanecemos despiertos un par de minutos, viendo amanecer a través de las grietas de la armadura del techo.

Está anocheciendo ya cuando el campesino nos despierta. Trae una gran jarra con leche caliente y, además, pan y tocino.

—Tienen que comer aquí porque en la cocina es demasiado peligroso. Nunca se sabe quién puede venir. ¿Cuándo tienen intención de continuar?

—A eso de las diez, cuando haya tranquilidad fuera.

—Correcto. He encontrado un par de trajes viejos para ustedes. No es que sean preciosidades, pero en cualquier caso son mejores que sus uniformes destrozados.

—Hace mucho por nosotros —le digo, agradecido.

El campesino hace un gesto evasivo:

—Todo el mundo desea volver a casa. Yo he tenido más suerte. ¿Por qué no habría de ayudarles?

Nos tumbamos en la paja, hartos de comer. Hay silencio en la calle y desde el

establo llega el metálico entrecuchar de los grandes cántaros de leche. Me veo obligado a pensar en Alphonse y en Marthe, y tengo la seguridad de que el taimado Taillard sonrío irónicamente a causa de Alphonse diciéndose que sabía desde el principio lo que habría de suceder. Taillard se dio cuenta de todo, pero no hizo nada para impedir la fuga. Hace un rato, cuando Orje tragaba con ansia leche a litros, el aldeano de Denkingen sonreía en la misma forma que Taillard cuando, tiempo atrás, bebí su vino después de la trilla.

Orje se despierta y lanza un eructo detrás del que se esconden tres litros de leche, medio pan y media libra de tocino. Y ahora quiero conocer bien la situación.

—Dime una cosa, Orje, tú conoces la cárcel, ¿no?

Contesta con una franqueza que desarma a cualquiera.

—Naturalmente. He estado tres veces en Moabit.

—¿Y por qué?

—Hurto y robo con fractura, pero no tengo ganas de explicártelo.

—Tampoco tienes por qué hacerlo. Simplemente, lo he notado porque yo también he estado en la cárcel.

—Ya me lo habías dicho, pero no he querido saber nada de ello. ¿Y sabes también por qué?

—No.

—Porque tú no eres un auténtico pájaro de la prisión. Quizás hayas olido un poquito lo que es, pero sigues siendo un burgués y te habrías echado a llorar si ayer le hubiese pegado un golpe en la cabeza a aquel aldeano. ¿Me equivoco?

—No habría llorado, pero me habría opuesto.

—Es lo mismo. Y ahora presta atención, burguesito bien protegido. Supongo que te habrás criado en una honrada ciudad de provincias, hijo de padres sin mancha.

—Poco más o menos es así.

—Ya lo ves. Mi padre, en cambio, era un comunista que estiró la pata en el campo de concentración. Y mi madre se dedicó a hacer la carrera. ¿Qué sabes tú del Berlín de los años treinta?

—Nada. Fui en dos ocasiones durante la guerra. Una vez estuve tres días en 1943, y luego en 1945 cuando los rusos estaban ya en Köpenick.

—Entonces no sabes nada, pero puedes darte por contento con hallarte ahora en un granero de la Alb suaba y no en un campo siberiano.

—Y lo estoy. Y hasta contento de que estés conmigo.

—Lo mismo me ocurre a mí —responde Orje con una sonrisa irónica—. Lo principal es que podemos fiarnos el uno del otro. Esta clase de cosecha es mejor dentro de la cárcel que fuera, ¿verdad?

—Es verdad, Orje.

Poco después de las nueve, el campesino se presenta y nos lleva a la cocina. Hay carne y patatas, y podemos lavarnos, afeitarnos y mudarnos de ropa. La despedida es cordial. El hombre se arriesga a acompañarnos un trecho del camino hasta que

tenemos frente a nosotros el campo abierto. Hacia la derecha se ven a la luz de la lima las peladas y rocosas laderas del Heuberg.

Evitamos de nuevo las carreteras y hasta los senderos más estrechos, pues la noche es clara y no está lejos el campo de castigo de los internados políticos y antiguos miembros de la SS. Avanzamos más deprisa que el día anterior. Pasada la medianoche hay tanto silencio aquí, en la Rauhen Alb, como en la alta montaña.

No habría podido encontrar mejor compañero para esta caminata que Orje, el berlinés del barrio de Wedding. Tiene para los ruidos tan buen oído como el mejor inspector de la Policía de Investigación Criminal.

Después de caminar sin pausa durante seis horas, tenemos que acercarnos furtivamente a la carretera a buscar un indicador de alguna localidad. No hallamos ninguno, pero cerca de una fábrica de cemento leemos en un poste kilométrico: «Balingen, 3 kilómetros».

El campo no puede quedar lejos. Tampoco los hombres que están despiertos y trabajan. Permanecemos tendidos diez minutos detrás de unos arbustos que crecen al borde de un pedregoso sendero.

—No disponemos ya de mucho tiempo. Amanecerá dentro de veinte minutos. Si damos en Balingen con un campesino que se porte bien con nosotros, este sitio será tan bueno como cualquier otro.

Lo encontramos en Schömberg. El labrador se asusta, pues parecemos dos vagabundos, pero resulta un hombre tratable.

—Les esconderé un día entero si realmente son prisioneros de guerra.

—Venimos de Tuttlingen... Palabra de honor.

—¿Por qué no han dado un rodeo entonces? Aquí se encuentran en la zona más peligrosa de Alb. A dos kilómetros hay un campo enorme con políticos.

Orje guiña los ojos. Y antes de que yo pueda abrir la boca, se pone delante del campesino, una cabeza más bajo que mi camarada:

—No tenemos nada que ver con los políticos —dice—. ¿Y cómo vamos a saber que hay aquí un campo muy grande? Tenemos intención de ir a la zona americana, y esa zona está exactamente al norte de Tuttlingen. Llevamos caminando dos noches y deseamos dormir y, si es posible, comer un poquito. Solo eso. Esta noche se verá usted libre de nosotros. ¿De acuerdo?

El aldeano dice que sí con la cabeza y nos dirige a la cocina.

—Si me garantizan que no son prisioneros políticos, el asunto está en regla. Podré sortear bien las preguntas de los franceses. Les diré que ustedes son paisanos y que no tengo ningún derecho a examinar sus documentos, pero sí tengo el deber de darles asilo.

Nos hemos convertido en auténticos hombres de la noche. El sueño durante el día es largo y reparador, y los campesinos se muestran dispuestos a ayudarnos. Haigerloch es la estación siguiente y luego viene Herrenberg, a la derecha, en la frontera de las zonas de ocupación francesa y americana. El Würm, que serpentea

hacia Pforzheim entre la Selva Negra y Schönbuch, nos señala el camino detrás de Nufringen y Gärtringen.

Los campesinos afirman que las fronteras de las zonas están prácticamente sin vigilancia durante la noche. Solo hay controles en las carreteras principales y las estaciones de ferrocarril, pero ahora nos hemos vuelto más cautelosos y buscamos un escondrijo cuando oímos el menor ruido. También atravesamos descalzos los arroyos, y uno se habitúa a esta forma de caminar guiándose por las estrellas a través de bosques, praderas y campos de cultivo. Weil der Stadt queda a la derecha, y esta noche brillan las estrellas como diamantes.

Amparándonos en vallados y bosques, llegamos hacia las cinco de la mañana a la aldea de Merklingen, a un par de kilómetros al noroeste de Weil der Stadt. Será la última etapa antes de alcanzar la meta. El aldeano no pone reparos a concedernos un breve alojamiento y confirma que estamos ya en zona americana. Por primera vez desde Tuttlingen no dormimos sobre paja, sino en camas auténticas.

—Los franceses no tienen nada que decir aquí —asegura el aldeano—. ¿Por qué habría de esconderles?

No despierto hasta que ha vuelto ya a oscurecer. Orje duerme todavía, pero la situación es ahora completamente distinta de la de la zona francesa. Podremos haber alcanzado nuestra meta dentro de dos horas y no deseo perder un solo minuto.

Orje está completamente desnudo en la cama para disfrutar de las limpias sábanas y maldice como un carretero cuando le despierto:

—¿Acaso tiene ahora importancia media hora más o menos?

—Sí, porque deseo volver a casa.

Nadie me espera. Pero ¿no es un trozo de hogar la casa de guardabosque de Seehaus, explotada por mi tía Martha, que está en un calvero a menos de quince kilómetros de aquí? Un escondrijo ideal a cinco kilómetros escasos de Pforzheim.

La cena carece de importancia para mí por primera vez desde que salí de Tuttlingen. Seehaus actúa como un imán; es la casa solariega desde el siglo pasado. Mi abuelo fue el primer posadero. Aquí nació mi padre, y mi primo Erich se hará cargo del establecimiento cuando regrese del cautiverio ruso. Tía Martha lo gobierna hasta que regrese mi primo.

Después de cenar, mientras densas nubes de lluvia ocultan las estrellas, nos dirigimos a Seehaus por la carretera de Tiefenbronn. Después comienzan unas sendas montañosas cubiertas de musgo, y hay en el aire el olor a resina de madera recién cortada. Por primera vez no es Orje quien marca el paso. Pero después, cuando de nuevo cruje bajo nuestros pies la polvorienta grava de la carretera de Tiefenbronn, oímos el sordo zumbido de unos motores, mezclado con claras voces de muchachas que sofocan la risa.

Es inconcebible lo que está ocurriendo allá abajo, donde se encuentra la Seehaus. Muchachas que ríen y rugientes motores de pesados camiones. Uno de los vehículos se aleja hacia Pforzheim, roncando el motor con tal estruendo que nos hace meter la

cabeza entre los hombros hasta que el conductor mete la segunda marcha, haciendo crujir el cambio. Seguimos avanzando a tientas, protegidos por los abetos, hasta que vemos los faros de los camiones y las ventanas iluminadas del gran salón.

Las muchachas, chillando, se dejan bajar de los camiones por soldados americanos. Desde la puerta abierta llegan fragmentos de música.

—Nada más que negros —susurra Orje.

—Media compañía por lo menos. No podremos entrar, está bloqueada la casa.

—¿No hay ninguna otra entrada?

—Sí la hay, en la fachada del frente, pero estará cerrada con cerrojo. Tendremos que esperar hasta que se hayan emborrachado.

Permanecemos tendidos una hora en el bosque. Parece una estampa de la época de los buscadores de oro del salvaje Oeste, con la diferencia de que frente al vociferante *drugstore* que se llama Seehaus no hay carretas entoldadas, sino camiones. Cuatro negros salen a eso de medianoche y descargan unas cajas.

Damos un gran rodeo alrededor de la casa y encontramos abierta la puerta de los lavabos. Sale luz por una ancha hendidura. Sin embargo, se oye continuamente ruido de pasos vacilantes que bajan las escaleras y han de transcurrir veinte minutos hasta quedar por fin vacío el urinario un momento.

Nos deslizamos al interior en cinco segundos y llegamos a la escalera. Hiede a orines, whisky y humedad. El ruido que producen en la sala apaga el ruido de nuestros pasos. El largo pasillo del primer piso está a oscuras, pero de la última habitación sale una estrecha franja de luz a través de la hendidura que queda entre la puerta y el suelo.

—¿La habitación de tu tía?

La puerta se abre antes de que yo pueda contestar y una mujer vieja nos mira fijamente con ojos aterrorizados. Su largo camisón blanco le hace parecer un fantasma.

Noto que va a gritar pidiendo auxilio, pero Orje actúa con más rapidez. Se lanza sobre ella como un felino, le tapa la boca y la empuja al interior de la habitación. Mi tía intenta defenderse y gritar. Sin embargo, los brazos de Orje parecen un tornillo de banco.

Por fin, mi tía me reconoce y Orje puede aflojar la presión, pero transcurren todavía unos minutos antes de que tía Martha deje de temblar y yo pueda explicarle las razones de este asalto nocturno. Abajo, en la sala, la diversión ha alcanzado su punto culminante. El viejo piso de madera se estremece y cruje bajo el pataleo acompañado de gritos de los soldados y las chicas. Mi tía se pone una bata de casa y cierra la puerta con llave.

—Tenéis que quedaros aquí —decide—. Solo aquí estaréis seguros. Esta es la única habitación que respetan.

—¿Y qué pasa con las demás habitaciones?

Tía Martha se encoge de hombros.

—¿No os podéis imaginar lo que pasa? Han bebido y bailado y necesitan camas, al menos los suboficiales. ¿Qué puedo hacer yo? Soy una mujer vieja y me puedo dar por contenta con que me dejen tranquila.

—¡Pero no son más que negros!

—Bueno, ¿y qué? Las chicas consiguen chocolate, cigarrillos y margarina. Hay entre ellas hasta mujeres casadas. La ciudad está deshecha y tienen hambre. Si queréis saberlo, esto se ha convertido en un auténtico burdel. —Se dirige al armario y nos echa sobre la mesa dos tabletas de chocolate—. Seguramente tendréis hambre. También podéis fumar Chesterfield —prosigue, pero sus ojos inexpresivos no cuadran con lo que está diciendo—. Al principio intenté todavía negarme. Sin embargo, me encerraron y organizaron en la cocina batallas con platos y vasos. Y después han sido sus muchachas las que han cogido la cocina. ¿Qué puedo hacer yo? Ahora me dejan en paz. Limpio durante el día y vienen por la noche. Aquí, en el bosque, pueden hacer lo que quieran. Además, no hay ningún local de recreo en la ciudad. ¿Sabes qué aspecto tiene?

—No, pero tiene que ser malo.

—Todo quedó deshecho en veinte minutos. Solo hay casas todavía en pie en Brötzingen y en la parte norte de la ciudad. Veinte mil muertos, o puede que treinta mil.

—Aquí, en el bosque, todo sigue como antes.

Mi tía se encoge de hombros:

—Durante el día, sí. Pero no sabes lo que ocurre por la noche. Dentro de una hora se marcharán, aunque dos o tres se quedarán aquí a dormir con sus chicas y luego se desayunarán.

—¿Y dónde duermen?

—Aquí, en el primer piso. Por eso no podéis salir de esta habitación.

Extiende unas mantas en el suelo. Y, antes de dormirme, oigo todavía risas ahogadas y pasos vacilantes en el pasillo.

Mi tía está ya vestida cuando despierto. Orje duerme aún, y es tal el silencio en Seehaus que se oye el murmullo de los viejos castaños.

—Se han ido todos —dice tía Martha—. Ahora podéis bajar a desayunaros. Pero ¿qué haréis después?

—Mi amigo sigue su camino, tiene que llegar a Berlín, pero a mí me agradecería quedarme un par de días.

Mi tía no había contado con esto, no quiere disgustos. El tráfico nocturno de burdel no tolera huéspedes clandestinos. ¿Y quién puede saber cómo reaccionarán los americanos si descubren a un fugitivo con la cabeza rapada?

Tras una larga conversación a solas, tía Martha se manifiesta conforme con alojarme en una buhardilla a condición de que me marche dentro de un par de días.

Orje se despide ya al llegar la tarde. Quiere continuar en tren y le enseño el sendero que conduce a Pforzheim.

—A ese no le pescará nadie —aseguro a mi tía sin sospechar que no tardarán en verse confirmadas mis palabras.

Al anochecer, antes de que lleguen los negros con sus chicas, se presenta una visita procedente de Merklingen.

La campesina en cuya casa pasamos la última noche antes de llegar a Seehaus ha recorrido a pie todo el camino. Me mira con ojos brillantes de cólera:

—¡Devuélvame enseguida mi reloj de pulsera! Es un regalo de boda de mi marido. ¡Si hubiese sospechado que eran ustedes unos ladrones, les habría dado con la puerta en las narices!

De pie frente a ella, desconcertado por completo, veo que brilla el enojo en la mirada de mi tía, cuyos labios se comprimen.

—¡No sé nada de un reloj! —me defiendo.

—Pero lo habéis hurtado, ¿no? Admítelo.

—¡No tengo nada que admitir! Es posible que mi camarada haya hurtado el reloj, pero doy mi palabra de honor de que no sé nada de ello.

Las dos mujeres me miran a la cara con una superioridad tan impertinente que enrojezco de rabia:

—Si no me creen, no puedo remediarlo. Si tuviese dinero pagaría el importe del reloj.

—¿Dinero? —exclama riendo con sarcasmo la aldeana—. O se hace el tonto o es que realmente no sabe que no se puede hacer nada con esos pedazos de papel. ¡O me devuelve el reloj o le denuncio!

Ahora comprendo por qué tenía Orje tanta prisa por marcharse, pero en realidad mi camarada podría haberme ahorrado este sofocón.

—No irá usted a creer que yo le dijera dónde podría encontrarnos si hubiese sospechado algo del reloj robado. ¿Acaso los ladrones dejan su dirección?

Esto produce efecto, y aunque las dos mujeres no están convencidas enteramente de mi inocencia, admiten que pudiera haber ocurrido así. Cuando la campesina se marcha y me retiro a la buhardilla, escondiéndome de los negros y sus chicas, sé que Seehaus no puede ser para mí un escondrijo duradero. Cierto que mi tía me trae chocolate y cigarrillos, pero ya no tenemos nada que decirnos.

No puedo encender la luz, pues una de estas pequeñas zorras o un soldado podrían asombrarse a causa de la buhardilla iluminada. Orje es un cerdo por haber hurtado el reloj, pero ¿no tuvo razón cuando dijo que las mujeres se abren de piernas y los hombres tienen que agachar la cabeza cuando termina una guerra? Tiene aún setecientos kilómetros por delante y ha tomado a su manera lo que necesita. Las mujeres lo toman a la suya.

En Seehaus domina todavía tan solo el derecho del vencedor, pero únicamente han podido conquistar la casa, no el bosque. En este día de otoño inundado de sol, las copas de los árboles susurran como antes; y el arroyo que desciende hacia el Würm por la ancha pradera bordeada de elevados abetos se abre camino a través de la

hierba, cantarín, como en la época en que cientos de excursionistas domingueros llegaban hasta Seehaus desde la ciudad que es ahora un montón de ruinas.

Más tarde fumo tumbado en la casa. Se oyen en la posada los estruendosos pasos de los leñadores, que se hacen servir cerveza floja y después hablan y hablan a mi tía hasta convencerla de que les traiga una botella de whisky. Quizá le den a cambio también un poco de leña para que los negros no quemen sillas y mesas para calentarse. Ya han comenzado a hacerlo, pues octubre camina hacia su fin y la gran pradera está cubierta de escarcha cuando se marchan a la ciudad por la mañana. Aquí, donde comienza la Selva Negra, hace más frío que en Normandía. No tardará en nevar.

Escribo una carta a mi madre, a Ravensburgo. Y le cuento una sarta de mentiras para que crea que me va todo bien y que se han solucionado todos los problemas. Iré mañana temprano a la ciudad y echaré la carta. Y mi tía se sentirá contenta de que no vuelva.

Los negros y sus muchachas se muestran particularmente ruidosos esta noche. Están celebrando el cumpleaños de un sargento, y yo desayuno con un pedazo de tarta de crema y mantequilla que mi tía ha salvado para mí. En el pasillo me he cruzado con una de las mujeres que se quedan más tiempo por la mañana.

—¿Te ha sonsacado algo? —pregunto a tía Martha. Pero ella solo tiene ojos para la humeante cafetera, de la que me sirve café americano. Deposita con manos temblorosas la cafetera en la mesa, sin mirarme.

—Le he dicho que eres sobrino mío. No dirá nada.

—Y como es natural, también le habrás dicho de dónde vengo.

—No dirá nada, créeme.

—¿Y quién me lo garantiza? ¿Acaso tú?

Sostiene por fin mi mirada y se deja de evasivas.

—Claro que no puedo garantizar nada. Lo mejor será que te vayas.

—Ya lo sé. Dentro de una hora te habrás desembarazado de mí.

Se resiste todavía un poquito, pero la discusión se acaba enseguida con unas cuantas lágrimas que no me sirven de nada. Me hace un paquete con chocolate y cigarrillos. Sin embargo, me habría resultado más duro despedirme de Seehaus si mi tía no hubiese añadido —cosa completamente superflua— que muchos alemanes se darían por satisfechos en estos momentos si dispusieran de tales provisiones. Así, la despedida es casi una huida.

Hay solo cinco kilómetros hasta la ciudad, en la que tengo un número suficiente de amigos y familiares.

Nada ha cambiado en el bosque. La «vereda del sombrero», con sus azules marcas en los troncos de los árboles, pasa por delante de las rocas en las que hacíamos ejercicio durante nuestra niñez, y atraviesa los verdes calveros donde buscábamos lirios de los valles y aspérulas. Luego cogíamos madroños y zarzamoras. Y en otoño, antes de que la nieve lo cubriese todo, buscábamos setas cuando, ya a

últimas horas de la tarde, volvíamos a casa por el bosque desde Seehaus.

Pero, pasado el bosque, lo que antes era la ciudad de Pforzheim queda de repente a mis pies, bañada por un pálido sol de octubre, como un montón de ruinas de espantosa desolación. Es inimaginable que puedan vivir seres humanos en este caos. Pero ya en la cuesta de St. Georgen, que lleva al casco antiguo de la ciudad, me cruzo con tantas personas que dejo de reflexionar sobre el problema. Viven en sótanos y cobertizos de tablas, y entre los altos montones de ruinas se retuercen calles por las que hasta circulan tranvías.

Realmente, la ciudad sigue viviendo.

PFORZHEIM. Después del Schlossberg, la estación de ferrocarril. Apenas queda piedra sobre piedra, pero las vías han sido reparadas lo mismo que los puentes que comunican con la parte norte de la ciudad donde hay secciones enteras de calles que permanecen intactas.

Zähringer Allee, Hohenstaufenstrasse, Kronprinzstrasse, Hohenzollernstrasse. En esta zona han caído menos bombas y el escaparate del zapatero Golicki no ha sufrido ningún daño. Debe de ser el mismo cristal que pagó mi padre cuando yo, hace diez años, lo alcancé con un balonazo tan fuerte que se hizo trizas y el viejo Golicki, con su perilla polaca, armó un escándalo que parecía que el mundo se venía abajo. Emigró un par de meses más tarde. Pero siguen todavía aquí Zorn, el panadero, y Bock, el carnicero, y en la pradera que hay junto a la casa de Übelhör, el fabricante, unos pequeños juegan al fútbol en la misma portería en la que no conseguí meter un penal cuando el reñido partido entre la Zähringer Allee y la Kronprinzstrasse estaba empatado a tres goles.

Me dan de cenar en casa de la familia Knössel. El recibimiento es cordial. Antes vivimos debajo del mismo techo, pero no podré pasar la noche aquí a causa de la falta de espacio.

Sigo mi camino después de cenar. Los familiares se han quedado sin hogar a causa de las bombas o viven tan apretadísimos que después de unas horas de mendigar me quedan únicamente dos soluciones, las dos igualmente insensatas: regresar a Seehaus o volver a Francia.

Apenas me amenaza peligro alguno por parte de la policía alemana. Incluso el policía más cerrado de mollera tendrá comprensión para un individuo al que no se le puede reprochar nada, salvo el afán de regresar a su patria. La cosa es distinta en el caso de la policía militar americana, pues colabora con los franceses y está obligada a devolver a los franceses a cualquiera que se haya escurrido a través de las alambradas.

No tengo frío en los sótanos, que cambio casi todas las noches, pero tengo muy poco que comer.

Quizá Conny haya tenido razón al fin y al cabo. Segar avena durante el otoño y destilar genciana durante el invierno en la granja de Alphonse no era peor que andar escondiéndose en los sótanos de Pforzheim. Además, comíamos lo suficiente y nos trataban bien.

No es posible comprar en el mercado negro documentos de puesta en libertad, pero sí, en cambio, tarjetas de identidad. Según dicen, es facilísimo conseguirlas en Múnich, pero es necesario presentar una fotografía de pasaporte, y con la cabeza casi completamente rapada se resulta sospechoso a los ojos del más ingenuo de los guardianes de la ley. Mi pelo tiene en estos momentos una longitud de cinco

milímetros. Habrá llegado ya la primavera cuando haya crecido lo suficiente para una fotografía de pasaporte.

Sin embargo, mi hermana llega de Ravensburgo con una maleta. Sin salvoconducto, se entiende. Ha cruzado durante la noche el límite de la zona por el bosque y me trae un traje y mil marcos. Desde luego, con esta cantidad no puedo comprar mucho más de un cartón de Chesterfield, pero podría servirme para conseguir una tarjeta de identidad.

—Necesitaría una peluca —digo.

Mi hermana se pasa dos días en Pforzheim buscando una peluca, pero la gente o tiene pelo o no tiene ninguno. Y el fuego ha consumido el departamento de accesorios del teatro.

Finalmente, un viejo amigo de nuestra familia, propietario de un laboratorio fotográfico da con la solución en bastantes buenas condiciones.

—No hay problema —explica—. Te haré una foto, le retocaré el pelo y volveré a fotografiar el resultado. Ningún gendarme del mundo distinguirá que el pelo ha sido pintado.

El día siguiente me dirijo a Múnich en un tren lleno hasta los topes. En el bolsillo interior de la americana cruje un papel de celofán en el que llevo envueltas dos valiosas fotografías de pasaporte. Por ochocientos marcos, compro en Mathäser a los estraperlistas una tarjeta de identidad que parece bastante auténtica. Pero mi retocador, Meyle, no se muestra en modo alguno satisfecho cuando le muestro la lujosa cabellera marcada con un sello.

—Si hubiese sospechado que hacen los sellos con patatas, lo habría hecho yo mismo. Ya puedes romper esta tarjeta de identidad.

—¿Y quién va a procurarme una mejor?

—La policía, como es lógico. No debería haber dejado que fueras a Múnich. Me lo he reprochado muchísimo cuando te has marchado. Conocí a tu padre y te conozco a ti desde que empezaste a andar. Pero solo después de haberte marchado a Múnich me di cuenta de que no puedo ayudarte retocando una fotografía tuya para que parezca que tienes pelo. Por ello he hablado con un hombre importante de la policía. Mañana irás a presentarte.

—Más para ello necesito un certificado de puesta en libertad.

—Nada de eso. Las relaciones son hoy más importantes que todo lo demás. No te devolverán, sino que te darán autorización de residencia, cartilla de racionamiento y tarjeta de identidad como a todos los que se presentan correctamente al regresar del cautiverio.

—¿Y cómo lo ha conseguido?

—Eso es cuenta mía —contesta el hombre que me ha puesto pelo en la fotografía—. ¿Quieres seguir dando vueltas por ahí como un perro vagabundo?

La oficina de la policía está en peores condiciones que la que tenía en la ciudadela de Besançon el hombre de confianza alemán. Pero el individuo que me escucha desde

detrás de una insegura mesa de despacho goza de más poder.

—Existen personas que me han confirmado la identidad de usted. En realidad, ¿por qué no ha venido antes a presentarse?

—Porque tenía miedo. Sé que usted tendría que entregarme.

—Hoy se tendrían que hacer muchas cosas, pero no hay por qué saber imprescindiblemente lo que se hace.

—¿Cómo debo entender esto?

—No necesita entenderlo en absoluto. Lo mejor sería que usted me dejara hacer las preguntas. Concretamente, no he oído una sola palabra de lo que usted ha dicho hasta ahora, ¿comprende?

—No.

—Mejor —dice dándome por encima de la mesa un trozo de manzana—. Es un poquito harinosa, pues los campesinos se comen las mejores, pero hay que tomar lo que se consigue, ¿no está de acuerdo?

—Lo estoy. Me he dado cuenta de ello en los sótanos. No se es nadie si se carece de documentos y de una cartilla de racionamiento. En Francia al menos era un número.

—¿Qué es eso de Francia?

Pienso si no será un hombre normal del todo. Le he contado con todo detalle de dónde vengo y espero que me haya comprendido. Tal vez el Ejército le haya dado de baja antes de tiempo por causa de algún balazo en la cabeza. Por su edad, tiene que haber estado en la guerra. Ahora está sentado en una oficina, come manzanas y no es capaz de retener nada en la cabeza.

¿Intenta tenderme una trampa? El pensamiento me sacude como un electrochoque. Si coge el teléfono, volcaré la mesa, se la echaré encima y saldré corriendo.

Pero quizá sea tan solo un soñador inofensivo. Por ello le repito cuidadosamente que me he evadido de un campo francés de prisioneros de guerra y que he venido a esta oficina por recomendación del señor Meyle.

El hombre reacciona con una indiferencia asombrosa. Comienza a cortar otra manzana. De seguir así la cosa, terminaré de nuevo en su sótano si tengo suerte, con la diferencia de que ahora sabe la policía dónde podrá detenerme.

—Ya le he dicho antes —sonríe irónicamente empujando sobre la mesa un pedazo de manzana limpiamente pelado— que no he oído nada de Francia. Puede elegir... O soy sordo o usted no me ha dicho una sola palabra de eso.

—Realmente no le entiendo.

—¿No le he dicho que sería mejor que me dejara a mí formular las preguntas?

—¿Y por qué no lo hace?

—¿Acaso me es posible? Usted se emperra en contar cosas de las que yo no debo enterarme. Lo que he de oír es algo completamente distinto. Y por eso va usted ahora a escuchar lo que yo diga.

Instantáneamente cede la presión que me ahogaba.

—En realidad podemos prescindir por completo de hacer preguntas —dice empujando un cuestionario sobre la mesa—. Usted firma aquí que ha llegado de un campo ruso de prisioneros y todo lo demás es asunto mío.

—¿Y por qué de un campo ruso de prisioneros?

—Porque así podré proporcionarle los documentos que necesita. Si usted llegara procedente de un campo de prisioneros americano, francés o inglés, tendría que dar cuenta, o sea, entregarle. Pero ¿cómo puedo comprobar lo que usted me diga? Los prisioneros de guerra evadidos no acostumbran viajar con una lista de embarque y usted no es el primero que se sienta en esa silla.

El funcionario comienza a anotar mis datos de filiación. En un rincón, una estufa de tubería echa humo como la de la enfermería del campo de la Tubize. Por primera vez desde que estoy en Alemania, siento algo de la seguridad que teníamos en los refugios de las trincheras o en las cabañas rusas cuando chisporroteaba la madera resinosa y el humo acre nos irritaba los ojos. También había experimentado esta sensación de felicidad en la Tubize, e incluso hasta algunas veces en la Bonne Nouvelle, cuando había hecho una jugarreta a los *surveillants* o sacaba el tabaco del interior de las patatas preparadas por madame Bonnaventure. Estoy seguro de que el hombre que está llenando los cuestionarios me hará libre. Un par de líneas escritas con una pluma que araña el papel, unos sellos... ¿Un servidor del Estado? No hay ningún Estado. Es solo un hombre que ayuda a otro.

Más tarde tengo que dar todavía un paseo. Hay cartillas para el suministro de alimentos y de artículos de fumador. Ahora, por fin, tengo derecho a existir.

EN UNA cálida tarde de julio de los años cincuenta, empiezo a ser un *insider* entre los periodistas deportivos. Los primeros viajes al extranjero llegaron después de la época de meritorio en el *Sportwelt*, de Stuttgart. Es la segunda Vuelta a Francia en que participo. Todavía, después de terminar cada etapa, me quedo como hipnotizado por la forma de trabajar de los expertos en estas lides, cuyas frases salen de sus labios listas ya para la imprenta. Y cuando compro a la mañana siguiente sus periódicos, me considero un principiante a quien todavía le queda mucho por aprender.

Pero esta tarde tengo la sensación de haber conseguido algo, motivo suficiente para, en la gran cervecería que hay frente a la estación principal de Metz, hundir un poco más la mano en la modesta caja de las dietas de viaje.

Conozco bien esta cervecería. Antaño, Kaiser y yo habíamos tenido la intención de desayunarnos aquí una mañana de niebla, fría y húmeda, de febrero de 1946, pero a mí me pareció más segura la cantina de la estación principal.

La explanada de la estación rebosa ahora de la ruidosa vida que acompaña a la Vuelta a Francia, que hará alto aquí esta noche para ir después de la zona lorenesa a la alsaciana. Dejaremos a la izquierda Saint-Avold, donde una vez tuve la intención de encerrarme en un cajón americano de transporte de ataúdes. Llegaremos a Besançon después de pasar por Estrasburgo.

Erich Baumann, de Ludwigsburgo, que acompaña en calidad de fotógrafo a la Vuelta a Francia por vez primera, comparte tan de buena fe conmigo la botella de vino que he pedido para celebrar el día que no me queda otro remedio que darme prisa.

—Tragas que es un primor.

—¿Por qué no has pedido un vino más barato?

—Porque hoy me permito celebrar una pequeña fiesta. La grande llegará pasado mañana en Besançon. Ignoro todavía si saldrá bien o no, pero puedes acompañarme si lo deseas.

—Depende de lo que ofrezcas.

—Pudiera ser que nada en absoluto, pero resultaría demasiado complicado explicártelo.

Es una de esas tardes de julio en las que el calor sofocante se aleja despacio de las paredes de las casas cuando el sol desaparece. En el verano de 1945 no había manera de alejarlo de la celda de la Bonne Nouvelle, y del grifo goteaba continuamente solo agua tibia.

—*Garçon*, otra botella. Y mucho hielo en el cubo, *s'il vous plaît*.

Hay mucho público arremolinado frente al hotel de al lado, donde se aloja el equipo nacional francés, pero Louison Bobet ya no concede más autógrafos. La estrella se ha hecho dar un masaje y está en la cama, pues sabe que solo puede

conservar la popularidad el que comienza la etapa bien descansado. Y el que tiene en sus piernas una etapa de doscientos cincuenta kilómetros es capaz de dormir aunque la caravana publicitaria recorra las calles con sus altavoces, suene en la plaza la música del vals *Musette* y ascienden cohetes hacia el cielo. El Tour es una fiesta popular que descansa solo un par de horas cuando ha pasado ya la medianoche.

Esta tarde es mi fiesta, y nadie tiene la menor sospecha de que hace un par de años casi gané la etapa Metz-Saarbrücken. Pero me pillaron en Forbach. Las esposas hicieron «clic» y se acabó la carrera.

—El que cede está listo —le digo al fotógrafo a pesar de que la lengua está poniéndose torpe.

—Exacto —responde él mientras el Traminer desciende por su garganta—. El que se eche atrás con un vino de esta clase es un animal.

Llegamos a Besançon dos días después. El sol del atardecer baña la ciudadela con una luz irreal, de oro rojizo, cuando cruzamos el puente sobre el Doubs.

—Si quieres, te llevo ahora al hotel —le digo—, pero yo no me quedaré. Y necesitaré el coche esta noche para ir a Le Ruissey.

Ya le había relatado entretanto algo de mí penúltima evasión.

—¿Qué distancia hay hasta tu villorrio?

—Treinta o cuarenta kilómetros. Una hora corrida.

—Está bien, te acompaño, pero al menos podríamos habernos lavado y cambiado de ropa.

Detrás del gran meandro del Doubs, las chimeneas de las fábricas arrojan un humo negro al cielo del anochecer, y la ciudadela desaparece cuando la carretera comienza a serpentear por el Jura. Es la misma carretera por la que Alphonse Guillaume y Étienne Taillard me llevaron a Le Ruissey en el viejo Renault. Pero, cosa extraña, experimento la sensación de volver a casa, como antaño, cuando volvíamos del frente con permiso en tren. El coche no avanza con rapidez suficiente, y una y otra vez he de reducir velocidad, pues la estrecha carretera penetra en el ascendente territorio como un sacacorchos.

A la salida de una localidad nos hacen señas dos muchachas que visten faldas blancas. Desean ir al baile que se celebra en la próxima aldea, y Baumann abre la portezuela del coche con un gesto tan aristocrático que hace reír ahogadamente a las chicas.

—*Vous êtes du Tour de France?*

—*Oui, mademoiselle.*

Han visto las grandes placas sujetas en el radiador. Uno es alguien cuando acompaña al Tour.

—¿Son alemanes?

—*Oui, mademoiselle.*

—Ya ves —dice a su amiga—. Hasta los alemanes vuelven a tomar parte. —Y luego añade, volviéndose a mí—: También hemos estado en la meta de Besançon.

Pero Baumann se interesa por cosas de índole más práctica:

—¿Por qué no nos vamos a bailar con ellas? No sería lo mismo que estar toda la tarde sentados en el hotel.

—Ni hablar —me opongo, metiendo la tercera. Las chicas se quedan un poquito decepcionadas, pero se despiden en la próxima aldea con sincera cordialidad.

Son ya cerca de las once de la noche cuando llegamos a Le Ruissey. Hay todavía luz en la taberna de la plaza de la iglesia, pero la mayoría de las casas están ya a oscuras. Tenemos que recorrer todavía un kilómetro hasta el lugar donde está la granja de Taillard.

Brilla todavía la luz en la casa, mucho más cerca de la carretera que la de Guillaume. La puerta aún está cerrada y desde ella parte un ancho camino que llega hasta la granja, atravesando la pradera. Queda todavía casi un kilómetro hasta subir a La Combe aux Pages, pero será mejor llamar primero en casa de Taillard.

Abre después de haber llamado por tercera vez, y lo hace con la precaución del campesino que vive en un lugar muy apartado. Pero la luz que llega desde la cocina es suficiente para alejar toda desconfianza. Me atiza en el hombro una palmada que me hace vacilar, y luego tira de mí hasta la cocina, gritando:

—¡Mamá, levántate, tenemos visita!

Quizá se hayan tornado grises un par de mechones, pero tengo delante al mismo hombre en quien confié desde el primer momento. Debajo de las pobladas cejas chispean unos ojos claros en cuyos rabillos bailotea la picardía.

—*C'est pas vrai!* —dice Taillard tirando de mí hacia la luz y sujetándome la muñeca como si lo hiciera con un tornillo de banco—. Realmente, es que no puede ser. Visita de Alemania a medianoche. ¡Ha vuelto nuestro prisionero! ¿Cómo lo has hecho? ¡A ver, cuenta, siéntate!

La esposa se presenta en la cocina en zapatillas y bata de casa y me besa en las mejillas.

—No está solo, Étienne, ¿no te has dado cuenta? De seguro que los señores tendrán hambre. Haré una tortilla con jamón.

—Justo, mujer. ¡Claro que tendrán hambre! Y tiene que contarnos su vida. Voy a buscar un buen vino.

Baumann es saludado ahora y Taillard desaparece acto seguido en la bodega. Vuelve bien cargado y comienza la fiesta. Lo primero que me prohíbe es que lo trate de usted.

—Cuando estabas en casa de Alphonse en calidad de prisionero tenía el derecho de tutearte. Es lo que se acostumbra con los prisioneros, *pas vrai?*

—Naturalmente que es así. Y puede usted seguir igual.

—Solo a condición de que tú también lo hagas. Soy un sencillo campesino y en realidad tendría que tratarte ahora como a un *monsieur*, pero, sencillamente, no puedo, *tu comprends?* Supe desde el principio que te largarías de casa de Alphonse.

—Tienes buen olfato, Étienne.

—*Eh bien!* Al menos puedo distinguir entre un vino bueno y otro malo. ¿Recuerdas todavía que lo bebiste en una ocasión?

—¡Claro que sí! Aquella vez que vine a la trilla con los Guillaume.

—¿Y sabes también por qué me alegré en aquella época de que estuvieras en casa de Alphonse y no en la mía?

—No.

—¿Sabes qué hiciste perder el juicio a mi hija?

—Solo un poquito, Étienne.

—No habría hecho nada contra ti, pero tal como estaban las cosas era un motivo más para desear que te escapases de Alphonse.

—¿Cómo está tu hija?

—Se ha casado bien y tiene dos hijos. Mañana iremos a visitarla.

—Temo que no me sea posible. Tenemos que estar a las once en Besançon, en el momento de la salida, y también saludaría de buen grado a Alphonse. Ha tenido conmigo más molestias que tú.

Taillard se golpea el muslo como si jamás hubiese oído un chiste más ingenioso.

—Sencillamente, no podía entenderlo, ¿comprendes? Aquella mañana de domingo se presentó aquí Marthe con los ojos hinchados de tanto llorar porque su marido maldecía como un loco furioso. Luego fuimos juntos a dar cuenta a la gendarmería y os estuvieron buscando un poco. Naturalmente, Alphonse tenía la esperanza de que os cogieran, pues le faltaba la chaqueta de piel y tuvo que pagar tres mil francos de multa por cada uno. Pero yo os deseé suerte, considerándolo desde el punto de vista puramente deportivo.

—Ganamos aquella vez la primera etapa, Étienne, pero luego tuvimos que correr algunas más y Conny se quedó tirado en la carretera.

Alborea después de haber sido vaciada una botella tras otra. Hace ya tiempo que Madame duerme, y yo relato la historia a Étienne, que, a las seis de la mañana, opina que un café negro resultará ahora mejor que la cama.

—Después iremos a casa de Alphonse. No ha sido nunca un verdadero campesino, pues de lo contrario te habría calado como lo hice yo. Ha vendido la granja y ahora se dedica al transporte con un par de camiones.

Taillard nos indica el camino a primera hora de la mañana. Va sentado a mi lado, un poquito tieso y con la mirada sorprendentemente clara después de la larga noche de fiesta.

Cuando nos detenemos frente a la casa de Alphonse Guillaume, el coche con la placa de la Vuelta a Francia es rodeado por unos niños que se dirigen a la escuela. La mayoría de ellos han nacido durante la época en que Conny y yo segábamos avena en la granja de Guillaume y preparábamos la vuelta a casa a través del Doubs. Disputan sobre si somos alemanes, italianos o suizos, y Taillard abre la portezuela con una sonrisa irónica.

Pero hemos llegado demasiado tarde. Únicamente Marthe está en la casa.

Alphonse está de viaje con el camión, el muchacho ha ido a la escuela y la chica se encuentra en la oficina.

—Es secretaria —me susurra Taillard—. ¡Hay ahora industria en Le Ruissey!

Marthe me reconoce enseguida, pero la sorpresa resulta un fracaso, pues ha dejado de ser una campesina y le molesta no haberle dado tiempo para pintarse los labios.

Taillard se ha olvidado de decirme que Marthe ha envejecido. Antaño no tenía mellas en la boca y podía reír como una muchacha cuando yo lanzaba a André, que ahora está en la escuela, hasta el techo de la cocina y lo cogía de nuevo al caer.

—Bien venido a Le Ruissey.

Su voz suena tímida, como si se avergonzara de no continuar siendo eternamente joven. Ha quedado ya muy atrás la época en que, cuando descendía la niebla desde los negros bosques de la cresta, nos sentábamos a beber leche en la gran mesa de la cocina, restregada hasta no quedar una mota en ella. Ahora hay una mesa barnizada como las que usa la gente de la ciudad, cubierta con un mantel de flecos de color, en el que pone coñac y pastas.

—*A votre santé, messieurs.*

—¡*Santé*, Marthe!

Taillard mete mano al plato sin el menor empacho.

—Os habéis convertido en una gente muy elegante. ¡Hay que admitirlo!

Un destello de vanidad brilla en los ojos de Marthe, pero sigue comportándose con timidez. Taillard debería haberle avisado. Guardamos silencio hasta que Marthe pregunta por Conny.

—No tengo ni la menor idea. Hemos perdido todo contacto.

La mujer no comprende esto, pero ello hace fluir la conversación, pues Taillard tampoco lo entiende. Para esta gente que jamás ha salido de sus pueblecitos del Jura, Conny y yo teníamos que ser compañeros. Todas las personas que emprenden aquí algo en común se pertenecen el uno al otro.

—¿Ni siquiera sabe —inquire Marthe— si ha regresado ya a su granja?

—Estoy seguro de ello, madame, pero eso no me interesa. En aquella época, cada uno tenía que mirar por sí, y la él le resultó más fácil porque sabía dónde estaba su sitio.

—Una vez supieron ustedes también dónde estaba su sitio. —Y la mujer señala hacia arriba, donde está la granja.

—Pero nadie nos preguntó si queríamos o no.

—¿Acaso lo pasaron mal?

—No. Hemos sido nosotros los únicos que nos hemos portado mal. Por ello quisiera de buen grado saldar mis deudas.

La mujer se echa a reír como antaño, cuando nos sentábamos juntos en la cocina.

—No hay nada que pagar ni de qué disculparse. No disponían ustedes de mucho tiempo para tomar una decisión, ¿verdad? Empezó a nevar poco después de haberse

marchado ustedes.

Ahora, cuando podríamos hablar como entonces, tenemos que partir. A las once comienza en la ciudadela de Besançon una nueva etapa de la Vuelta.

Un viejo llega desde la plaza cuando estamos ya dentro del coche y los niños aplastan su nariz contra los cristales de las ventanas. Sobre los blanquecinos mechones de pelo entrecano se asienta una boina mugrienta. Y el viejo llama desde lejos:

—*Dis donc*, Étienne, ¿no son los alemanes que estuvieron en casa de Guillaume?

—Seguro, lo son —responde Taillard—, pero no disponen ya de tiempo. Tienen que ir a Besançon para el comienzo de la etapa del Tour.

—¡No tienen que ir a ningún sitio! ¿O es que no quieren aceptar un vaso de un viejo?

Y con estas palabras nos empuja al interior de la taberna, como si tuviera todavía el mismo poder de dar órdenes que durante la guerra de 1914-1918, cuando servía como sargento en Verdún y no dejaron pasar a los alemanes. Entramos los cuatro, pero el dueño del establecimiento tiene pronto que juntar mesas, pues los hombres quieren brindar con nosotros. El griterío de los muchachos pone en movimiento a dos docenas de hombres, y para remate falta únicamente Alphonse, que está de viaje con su camión.

Cuando digo que pagaría de buen grado el traje con que me escapé de Le Ruissey y que luego se llevaron las aguas del Doubs, los puños de los campesinos golpean la mesa con tanta fuerza que saltan las botellas de beaujolais y las risas estruendosas de todos atraen a nuevos parroquianos.

El viejo de la boina respira con dificultad a causa del entusiasmo y tiene que hacer un esfuerzo para aspirar una bocanada de aire.

—¡Y quiere pagar! ¿Lo habéis oído? Habrá que ir a buscar al notario para que le extienda su documento.

—¡Por la minuciosidad alemana! —brama Taillard dando un puñetazo en la mesa.

Hace ya tiempo que los ciclistas de la Vuelta ruedan de Besançon a Dijon. Sin embargo, cuando consulto el reloj, el viejo de la boina me agarra por el cuello.

—No hay nada que hacer, amiguito. Ahora te hemos apretado por segunda vez, pero ahora no hay escapatoria, ¿entendido?

Muchas aldeanas de Le Ruissey esperan hoy a sus maridos tan inútilmente como la redacción de mi periódico alemán mis noticias de la carrera, pues en esta taberna se cierra el círculo de la gran aventura.

—He vivido dos guerras —dice el viejo—. La próxima tendrán que resolverla entre ellos los altos caballeros de París y Berlín.

—Nuestra capital se llama ahora Bonn.

—Por mí, que se llame como quiera. Pues entonces, los señores de Bonn. ¿Conoces Bonn?

—Por encima. París es otra cosa.

—Yo no he ido nunca en mis setenta años. Solo he llegado hasta Verdún. Viaje gratis, pero sin billete de vuelta, ¿comprendes?

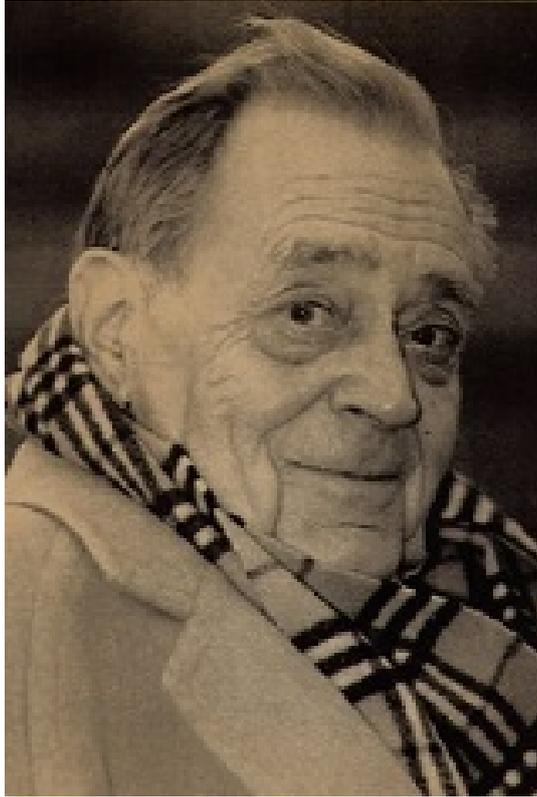
—Nunca los dan —contesto yo—. Mi regreso a la patria fue bastante complicado. En realidad tengo que agradecersele únicamente a la boina, pero eso es una larga historia.

Al despedirme, le ruego que me regale su boina. Y me la da, un poquito asombrado y disculpándose porque está raída y mugrienta y, además, procede de la guerra.

Cuando giramos en la plazuela de la iglesia e iniciamos el regreso, saludo con la boina por fuera de la ventanilla. La carretera serpentea a través de los campos del Franco Condado en los que amarillea el trigo. La avena, que no será segada hasta setiembre, está verde todavía.

La carretera se anima al cabo de una hora, y en el horizonte se elevan, claros, los muros blancos y grisáceos de la ciudadela de Besançon. Un gendarme que ha reconocido de lejos la placa de la Vuelta a Francia detiene el tráfico que discurre en dirección contraria a la nuestra.

El gendarme nos da preferencia de paso y saluda.



Hans Blickensdörfer fue un periodista y escritor alemán nacido en 1923 en Pforzheim. Como jefe de deportes del *Stuttgarter Zeitung* y colaborador del francés *L'Équipe*, Blickensdörfer dio forma a un nuevo estilo de periodismo deportivo.

Blickensdörfer se hizo conocido del gran público gracias a sus libros, especialmente por su novela autobiográfica *La boina*, que se convirtió en un *best-seller* de la noche a la mañana y se tradujo a dieciocho idiomas. En ella cuenta el autor su encarcelamiento en cárceles y campos de prisioneros franceses al final de la Segunda Guerra Mundial y sus numerosos intentos de fuga, que finalmente le llevaron de regreso a Alemania. En 1990 la novela se llevó a la televisión en una coproducción germano-francesa protagonizada por Patrick Bach y dirigida por Alain Bonnot.

Notas

[1] Reich. <<